



Quédate



Ana García Cruz

Quédate

Ana García Cruz

Ilustración y diseño de cubierta: Gauziana
Imagen avión: "Designed by onlyyouqi / Freepik"

Copyright © 2019 Ana García Cruz
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9781695835993

A todas las generaciones que me preceden,
por hacerme posible.

Especialmente a mi teatrera madre,
a la cual le debo mi pasión por la escritura,
y al currante de mi padre,
mi predilección por la ciencia ficción y
las historias de acción.

Y, por último, a mis hermanos,
exclusivos oyentes de esas primeras novelas
que escribía y les leía justo antes de dormir.

Vuestro interés me animaba a continuar.

AGRADECIMIENTOS

A las magníficas bandas sonoras que me ambientaron y marcaron el ritmo de la escritura, especialmente las composiciones de: Ennio Morricone, Two Steps from Hell, Dario Marianelli, Christophe Beck, James Newton Howard, Harald Kloser, Thomas Banker, Hans Zimmer, John Powel y James Horner, entre tantísimos otros.

A todos los libros que me permitieron documentarme, entre ellos los escritos por: Somaly Mam, Patricia McCormick, Pere Montalà Vicens, Ángela Vallvey, Graham Saunders...

A las innumerables fotografías de gente anónima y artículos de bloggers viajeros, que me evocaron escenas cuando estaba bloqueada.

Y, sobre todo, a esta historia que se negaba a abandonarme cuando flaqueaba e incluso, en determinadas ocasiones, me ha ayudado a sobrellevar momentos difíciles.

*La cigarra chirría,
bajo el abrasador sol de media tarde.
A la sombra de una descolorida sombrilla,
aburrida sobre esta silla de plástico cuarteada por el sol,
invierto estos vacíos minutos, pensando.
Los meses vuelan
mientras veo pasar el desdén,
al volante de turismos y camiones.
Ojos compasivos, lenguas venenosas
que achacan mi esclavitud
a mis malas decisiones.
Sin embargo, ninguno de esos jueces
advierde los lacerantes ojos que,
desde la distancia,
vigilan que la mercancía no se malogre
ni escape.
Corazones sin escrúpulos,
bajo las órdenes de ese que nos vende a granel,
sin mancharse las manos,
y goza de una vida de excesos,
en un maravilloso chalet de lujo,
sufragado con el negocio del sexo.
Sí, yo soy esa “fulana” con medias de rejilla
que malvende la juventud en una carretera secundaria,
esa que no sufre para pagar facturas
o plazos de hipoteca*

*porque duerme en una habitación comunitaria.
Yo, que nunca me angustiaré por el futuro de mis hijos
porque mis compradores me fuerzan a perderlos,
que nunca probaré las mieles del amor
porque estoy estigmatizada
por vender mi cuerpo a la fuerza,
envidio vuestros días más negros,
vuestros peores trabajos,
vuestros demoledores desengaños.
Y me pregunto cuándo os daréis cuenta
de lo mucho que podríais aprender de mí,
si por un momento dejaseis de juzgarme
por ser lo que nunca escogí.
Estáis vivos, sois libres
y lo tenéis todo a vuestro alcance.
¿Cuándo vais a apreciarlo?*

PRÓLOGO

La anciana cayó en la parte más oscura del corral, levantando una polvorienta nube de plumas. Algunas gallinas aletearon agitadas, como si pudiesen intuir lo que iba a suceder. Cacareos nerviosos, cloqueos ahogados, y unos misteriosos pasos sobre la paja, que se aproximaban a la mujer que diariamente las alimentaba.

El aguijonazo que la había paralizado, todavía insertado en su nuca, tenía firma humana. Quiso decir su última palabra y proferir una amenaza, pero los efectos del veneno le constreñían la tráquea, privándole la respiración y alterando sus pulsaciones.

—He sido muy generoso, vieja. En pocos minutos estarás en el Infierno aunque la voz del asesino carecía de cuerpo, no le era desconocida—. Descuida, se lo haré saber cuándo ya estés bajo tierra: *No sufras, princesa, la yaya la espichó rápido* —se jactó, sin remordimiento y con una naturalidad sobrecojedora.

Sin duda, no era la primera vez que mataba.

El Monstruo se agachó y volteó a la anciana, quería ver sus ojos mientras agonizaba y que ella viera los suyos y entendiera el móvil del crimen:

Solo él decidiría si su nieta pestañeaba, comía o bostezaba. Y la muerte era el castigo por intentar arrebatársela.

PRIMERA PARTE

BARCELONA:

La vie en rose

NUEVA YORK

Miércoles, 8 de febrero de 2012

Alexander

Los más envidiosos achacan mi éxito a mi buena estrella. Por supuesto, jamás he desmentido esa opinión desproporcionada que alivia sus frustraciones y enaltece mis méritos, pero podría afirmarse que hoy, el favorable comportamiento del clima, constata sus acusaciones. Sumisamente, como un guion pautado, el temporal de nieve remite en el mismo instante en que mi taxi cruza el río Harlem y abandona Manhattan y lo hace con tal precisión que, cuando mis impecables Fratelli Rossetti pisan la Terminal 4 del aeropuerto JFK, las máquinas quitanieves ya ultiman su trabajo sobre las pistas y el tránsito aéreo se reanuda, como por arte de magia.

Con la frescura del que ha dormido sus ocho horitas en una confortable *king size* y, posteriormente, ha desayunado en la mejor cafetería de la Quinta Avenida, zigzagueo resolutivo entre esos agobiados pasajeros que se desperezan y se ponen en pie como mochileros artríticos sin albergue. Desorientados y sonámbulos, se arrastran hasta los servicios sin un triste peine barato que llevarse a la cabeza, con la ilusión de recomponer lo insalvable. Ese inaguantable tufo a sudor revenido y a aliento mañanero me incita a apretar el paso hasta la zona de embarque. De camino al mostrador sorteo a una pareja acampada en el suelo como un muro de contención, a niños gritando, a semihumanos aseándose, con diminutas toallitas perfumadas. Gente de toda raza y color, que transporta consigo el aroma a perritos calientes, especias y ajo, a colonia barata y tabaco, a establo y grasa de motor; clase turista, por suerte, alejados del confortable refugio en *first-class*.

La azafata de tierra me dedica su mejor sonrisa. El billete en clase preferente y la infinidad de sellos en mi pasaporte, duplican su cordialidad. Después de tantas reclamaciones y caras de reproche, agradece despachar a un

rostro atractivo y limpio, acompañado de un abrigo más que caro y unos modales exquisitos.

Siempre he tenido un gran concepto de mí mismo, hay quien lo llama narcisismo, yo lo llamo amor propio.

Puesto que aún queda tiempo para el despegue, doy un paseo por el *duty-free*, valorando las campañas publicitarias de las grandes marcas. Sin lugar a dudas, en Nueva York, la publicidad alcanza la categoría de arte. Entro en un quiosco y compro media docena de revistas: Vanity Fair, Vogue, Elle, Cosmopolitan, GQ y Variety, para amenizar las siete horas de viaje, captando ideas.

Ya estamos a principios de febrero e inevitablemente el *Valentine's Day* monopoliza los escaparates como una campaña política a favor de Cupido. A disposición de los enamorados, un aluvión de opciones: dulces de fantasía con forma acorazonada, joyas, perfumes, lencería picante, peluches adorables con los que conquistar a la persona amada... Sin querer, esa apasionada tonalidad rojiza que inflama los establecimientos, me inspira un deseo tan excitante como insatisfecho. Qué puedo decir, incluso Superman sufre ante la kryptonita, y este triunfador, aunque me pese admitirlo, tiene muy mala suerte en el amor. Por enésima vez, exhalo ese suspiro de desolación que, como un apellido, siempre acompaña su nombre.

Con el ánimo deshinchado de repente, entro en un atestado Starbucks para tomarme el segundo capuchino de la mañana. Mientras espero ser atendido por un universitario pluriempleado ante el mostrador, la mujer que hace cola delante de mí manosea el *flyer* de un famoso musical de Broadway refrescándome una temeraria ocurrencia que tuve hace tiempo. Enseguida saco mi iPhone del bolsillo del abrigo y marco un teléfono con prefijo español.

Mi buena amiga Lorena responde al cuarto tono, con voz trasnochada.

_Pero bueno, Alex, ¿qué horas son estas de llamar? Me has fastidiado la siesta _replica, de mal humor.

_Ups, sorry _azorado, consulto el reloj que marca ambas franjas horarias: Nueva York-Madrid, en España son las cuatro de la tarde_. Si no es un buen momento...

Tras un largo silencio, destinado a incomodarme, Lorena se echa a reír.

_¡Pero mira que eres tonto! ¿Desde cuándo duermo yo la siesta? Estaba a punto de irme al gym. Además, tú nunca molestas, corazón. ¿Por dónde andas ahora? ¿Por Tokio? ¿Sídney? ¿Berlín?

_Por Nueva York, pero estoy de vuelta. Aunque, antes de volver a Barcelona, haré una pequeña escala en Londres para ver a mi... Amanda.

_¿Amanda? _me pregunta con picardía_. ¿Quién es esa Amanda, picarón? Oh, perdona... acabo de acordarme.

Lo dejamos ahí. Pocos entienden la inamovible condición impuesta por mi madre desde el mismo instante en el que articulé mi primera palabra: queda terminantemente prohibido desvelar nuestro parentesco. De mi boca jamás ha salido el entrañable: mamá, ni el respetuoso: madre, ni siquiera el desapegado: señora. Ningún apelativo le permitiría sobrellevar sus inseguridades mejor que su propio nombre, por mucho que eso traumatizara a su hijo de dos años. Y es que el paso del tiempo la aterra y la maternidad lo hace tan evidente... En definitiva, para Amanda Wakefield es preferible obviar que tiene un hijo de treinta y dos años. Pero no pasa nada, ya lo tengo superado.

_En fin, quería saber si podía contar contigo para este sábado. ¿Recuerdas la proposición que te hice hace tres meses? Quisiera llevarla a cabo este fin de semana.

_¡Después del favorazo que me hiciste, estoy a tu disposición las veinticuatro horas del día!

_No exageres, tampoco fue para tanto, necesitabas a alguien que buscara tu talento y, casualmente, yo conocía a la persona que sabría valorarlo _respondo con modestia_. Y dime, ¿ya tenéis fecha para el estreno?

_A mediados de marzo _responde, entusiasmada, aún en una nube.

_Mentalízate, porque a partir de entonces empezarán a lloverte los papeles _la adulo.

_¡Ojalá, solo espero no cagarla... Mi personaje lleva todo el peso de la obra, apenas salgo del escenario dos segundos. ¿Y si se me seca la boca? ¿Y si me bloqueo cuando esté sola en el escenario? ¡Oh, pero que niña soy, me llamas desde Nueva York, no puedo entretenerme con mi pánico escénico! Cuéntame, ¿adónde iremos? ¿Es un sitio elegante? ¿Debo comprarme algún vestido para la ocasión?

_Si fuese el caso, todo corre de mi cuenta, ya sabes.

_¡De eso nada! Además, necesitaré nuevos modelitos para lucirme en las galas. Igual me dan el Max a mejor actriz protagonista, nunca se sabe _la voz de Lorena está cargada de optimismo.

_Había pensado en un vestido oscuro, entallado y sexy. Medias negras,

tacones de aguja. Quizás una peluca rubia, una melena larga y exuberante. Mucho maquillaje, pestañas postizas, un buen perfume... Un escote sugerente y descarado, si tienes algún *push up* mejor, pero nada obsceno. No busco una ramera de tres al cuarto que haya recogido en el Camp Nou, busco una *acompañante* sofisticada y despampanante.

La camarera, de rasgos latinos, escucha mi conversación disimuladamente mientras me sirve el cappuccino. Por su forma de desviar la mirada, es evidente que no hablo un idioma desconocido para ella. Acostumbrado a ser el eterno forastero en la ciudad, me confié pensando que nadie entendería el español. Ahueco la mano para hablar más bajo, sonrojándome, y la camarera se aleja, conteniendo la risa.

_Mi vecina tiene un abrigo de piel sintética que nos irá que ni pintado, se lo pediré. Y ahora, define mi carácter. ¿Soy encantadora o una zorra odiosa? _sigue Lorena, tomando nota y atemperando mi rubor. Me alejo de la barra, con el ardiente vaso abrasándome la mano y respondo en cuanto he ganado distancia.

_Superficial, engreída. Estás acostumbrada a que te concedan caprichos. Suelen sacar beneficio de tus relaciones, pero, aunque derrochas elegancia, intelectualmente tienes pocas luces. Lo siento, no eres una chica muy culta. Tampoco quiero destrozar su autoestima, ¿entiendes?

_Vale, guay, una cazafortunas remilgada que utiliza todos sus encantos para sacarte hasta la cera de los oídos. Ya sé por dónde vas, tranquilo, ese papel lo bordo. No tendrás ninguna queja. Pero, ahora en serio, ¿crees que esto funcionará? Porque si yo fuese ella, me pillaría un rebote...

Lo maduro un segundo y esbozo una amarga sonrisa que Lorena no puede apreciar.

_Por extraño que parezca, es lo único que surte efecto _confieso, resignado.

BARCELONA

Sábado, 11 de febrero de 2012

Marta

_¡¡Maaaartaaaa!!

Nada más entrar en la cocina, Xabier ruge mi nombre hasta desgastármelo. Según va ladrando a los cocineros, lleva más de veinte minutos buscándome por todos los recovecos del restaurante: empezó por los aseos, mi lugar predilecto para el escaqueo, después subió a la sala de celebraciones de la primera planta, donde hoy se celebra una despedida de soltero, luego regresó a la barra del bar, pero tampoco me encontró entre los guiris que se hinchan a cerveza y enloquecen con nuestras tapas, y finalmente, se asomó a la terraza aclimatada con estufas de exterior donde, cuatro pirados, toman raciones de pulpo a la gallega mientras diluvia. Al no dar conmigo, su última alternativa era volver al punto de partida, o sea, a la cocina.

_¡Pero dónde narices se ha metido! _Comparados con sus ladridos, el cacharreo de sartenes y el *tac, tac* de los cuchillos, son como el imperceptible zumbido de un mosquito tigre.

Ya lo imagino, con la cara al rojo vivo, como las gambas de Palamós que se tuestan sobre la parrilla.

_¡Esta cría está jugando con fuego!

Y por lo visto, estoy a puntito de abrasarme. En cuanto se acerca a mi escondite en la despensa, me atrincho tras un pilar de botellines de cerveza, cruzando los dedos (¡como si ese gesto me hiciera invisible!)

_¿La habéis visto? _interroga a los pinches y al friegaplatos. Todos saben dónde estoy, pero no les apetece meterse en fregados y, mucho menos, verse en el aprieto de defenderme_. ¡Los clientes de la mesa diez llevan un buen rato esperando y su descanso terminó hace más de quince minutos! ¡Esta vez SÍ me va a oír!

Uf, por los pelos. Aunque suene superestúpida tengo una buena excusa. Había aprovechado ese descanso de cinco minutitos que mis compañeros suelen invertir en la nicotina, para avanzar un poco en la lectura del último libro de Gloria Latorre y, a veintiséis míseras páginas del final, no podía volver al trabajo con el comecome del desenlace, así que me he columpiado un poco, más o menos, un cuarto de hora. Sí, ya sé que es una gilipollez arriesgar el puesto de trabajo que me permite pagar el alquiler de mi miserable habitación de dos metros cuadrados, por terminar un puñetero libro, pero cualquier fanático de Gloria Latorre estaría de acuerdo conmigo en que “Viento estático” es la novela más adictiva que jamás ha escrito.

Pero, en fin, por mucho que sus páginas me transporten a universos imaginarios, en la Tierra sigo estando en apuros.

_¡Qué ganas tengo de que vuelva Olivia! _clama Xabier, recordándome lo inmediato que será mi despido cuando ella se reincorpore tras su baja de maternidad. Esa excedencia que iba a durar unos mesecillos y que ya se prolonga más de año y medio, mantiene mi contrato con vida_. ¡En qué momento me fiaría de su recomendación y la contrataría!

Hace cuatro veranos Olivia y yo trabajamos juntas en un chiringuito de Castelldefels, después mantuvimos el contacto y al quedarse embarazada enseguida abogó por mí para cubrir su plaza de camarera, seguramente porque eso la tranquilizaba: con lo desastre que soy y el poco entusiasmo que pongo en todo, Xabier jamás me elegiría para reemplazarla.

Antes de que me descubra y se lie parda, escondo el libro detrás del congelador industrial de los helados y apago la linterna del móvil, para no delatar mi posición. A la desesperada, examino las paredes en busca de una ratonera por la que colarme, pero Sanidad premiaría el orden y la limpieza de este almacén: sólo refrescos, latas, agua embotellada y una puerta cerrada con llave que conduce hacia la bodega. Sería una excelente vía de escape si pudiese abrirla, pero sólo tres personas tienen acceso a ella: el propietario, el maître y el sumiller, para los demás es terreno prohibido desde que un camarero listillo se dedicó a saquear poco a poco la bodega y a subastar botellas de gran reserva online.

_Creo que la vi entrando en los servicios hace rato, quizás esté en “uno de esos días”... _insinúa Teo, entre comillas.

_O se le soltó el vientre, esas cosas ocurren _opina Juanito, el friegaplatos, con su acento mejicano.

_O está embarazada y el marisco le da arcadas _suelta Roxy, en tono de burla, dando por sentado que eso es imposible pues, para una boba como ella que coquetea con todos los clientes que pisan el restaurante, mi desinterés absoluto por el sexo masculino es como una disfunción mental inexplicable.

Al poco, todo el personal de la cocina quiere meter cuchara para sacar a Xabier de sus casillas, así, cuando me encuentre, ya estará tan desquiciado que me arrancará la cabeza de un mordisco: que si me estoy liando un canuto en el baño, que si me estoy zampando las sobras de las mesas a escondidas, que si estoy hablando con mi psiquiatra por teléfono...

No suelo caer bien a la gente, a la vista está. De hecho, en todo el tiempo que llevo trabajando aquí no he hecho amistad con nadie. Según ellos, soy una antipática. El cariño es mutuo, pero necesito el curro o, mejor dicho, el dinero del curro, así que lo llevo bien, tan bien como lo llevaría un pulpo dentro de una piscina olímpica llena de lejía.

En fin, tanta bromita hincha las narices de Xabier que enseguida renuncia a su colaboración y sale a buscarme fuera del restaurante.

¡Es la mía!

La chusma de la cocina aplaude cuando salgo de mi escondrijo.

_Te has metido en un buen lío, guapa. El jefe está que echa humo contigo _me aclara Roxy, alcanzando un pedido con un contoneo de camarera sexy y eficiente.

No se resbalará, no.

Para qué voy a perder el tiempo discutiendo con esa bruja con nombre de actriz cursi. Tengo que aprovechar que Xabier sigue en la calle y atravesar medio restaurante para atender a esa gente que, según él, lleva tanto rato calentando la silla. Digo según porque Xabier tiende a exagerar. No me extrañaría encontrarme la mesa vacía.

Para colmo, el restaurante está a petar, lo que convierte el desplazamiento en una yincana. Esquivo mesas y driblo sillas, pisoteo un abrigo de piel, que en otra vida fue una camada de visiones, choco contra el carrito gemelar de unos mellizos, que se despiertan asustados por el encontronazo y rompen a llorar. Al verme correr así, algunos clientes lo interpretan como amenaza de explosión de gas en la cocina, los demás adictos al marisco, siguen chupando cabezas de gamba, como si nada.

El local es tan inmenso que me parece que nunca llegaré a la dichosa mesa a tiempo de librarme de esa bronca, pero finalmente lo consigo y sin que

Xabier me eche el guante.

La mesa diez, más conocida entre nosotros como el Bote del Amor, está en el rincón más privilegiado del restaurante, ante las fabulosas vistas de la principal atracción del *Pop á feira*: una inmensa pecera de dos metros de alto por tres de ancho. Aislada con una preciosa celosía de madera y resguardada por una columna que imita al mástil de un viejo bergantín, los comensales pueden engullir marisco en total intimidad, mientras observan ese relajante pedacito de fondo marino que recuerda a los documentales de los arrecifes de coral de Australia.

¡Cuántas veces me habré ensimismado contemplando estos pececitos multicolores, imaginándome buceando lejos de aquí, mientras sirvo *fideuàs* y cócteles de gambas! ¡Y qué frustración siento al verme atrapada dentro de este uniforme y en esta vida improductiva e insulsa, donde se amontonan las decepciones!

Suspiro mirando a los peces, preguntándome cuándo narices me atreveré a perseguir mis sueños.

¡*Despierta, Marta!*, me avisa mi sentido arácnido cuando veo a Xabier reflejarse en el cristal de la pecera, entrando por la puerta de la terraza, echando humo por las muelas.

Con habilidad de ninja, me escondo tras el mástil y tecleo sobre el comando electrónico el número de la mesa. En cuanto mi jefe pasa de largo, me pongo manos a la obra.

Si hay algo a destacar de la mesa 10, es su elevado porcentaje de declaraciones de amor y proposiciones de matrimonio. Al amparo de la celosía, los hombres se sueltan fácilmente porque, en caso de cagada máxima, nadie podrá percibir cómo se les cae el alma a los pies o el corazón se les hace añicos ante las calabazas, sólo la mujer a la que han perdido, en caso de que aún siga sentada a la mesa, claro. Por lo general, el triunfo está garantizado en un 98% de los casos. Sin embargo, para los camareros es una mesa comprometida y empalagosa. A menudo interrumpimos besos apasionados, piropos guarretes o manitas bajo la mesa, lo que nos convierte en los aguafiestas de la noche. Y por lo que se ve, hoy me ha tocado a mí ser el bicho malo del cuento.

En fin, la parejita es perfecta. Cuando me acerco, la Barbie a tamaño natural usa la cuchara como espejo, asegurándose de que el pintalabios sigue en su sitio. Con el dedo retoca las comisuras de sus carnosos labios de color

granate. Su escote, deja poquísimo a la imaginación y, según mi opinión, lleva la espalda demasiado al aire para estar en pleno invierno. Por su parte, su tímido acompañante, se parapeta detrás de la carta de vinos como esos ejecutivos de las películas americanas que, ocultos tras el Financial Times, toman café mientras sus hijos preadolescentes tiemblan al prepararse, para ir a la escuela por el *bullying*. Lo poquito que se deja ver, sintoniza con su pareja: reloj de pulsera caro, camisa blanca impoluta y ceñida, marcando bíceps, y unos aires inaguantables. Enseguida, me dejo llevar por mis prejuicios: no parecen clientes campechanos. Por la ropa que visten, diría que para ellos viajar en metro es deporte de riesgo.

¿Hoolaaa? ¿Ninguno se ha enterado de que la camarera espera y espera?

_Buenas noches, ¿han decidido ya que tomarán? _pregunto, educadamente, para romper el hielo.

La maniquí se encoge de hombros, frunciendo morritos, sin dirigirme la mirada y sigue concentrada en el reflejo de la cuchara, la muy narcisista.

Empuñando el lápiz táctil del comandante electrónico, me decanto por la parte masculina de la pareja, esperando que sea más comunicativo. Pero cuando el desconocido decide darse a conocer, mi carita automática de camarera adorable, se me cae a los pies como una máscara de porcelana.

¡Ahora entiendo porque el imbécil se escondía tras la carta de vinos porque quería evitar que echara a correr! Le hacía en Nueva York, codeándose con la flor y nata del cine, el teatro y la pasarela. ¡Lejos! ¡Bien lejos de mí!

¡Adiós a la paz que he disfrutado estos dos meses! ¡Adiós a los desayunos en la cafetería de la editorial! ¡Bienvenido, señor insomnio!

Inmediatamente me arde de estómago.

El muy idiota sonrío, mi cara de espanto le ha alegrado la noche.

Como si de pronto volviese a regarle la sangre en el cerebro, la rubia aparca la cuchara y coge el menú para silbarme los entrantes, pero él se le anticipa, la mar de galante, fanfarroneando en inglés con mucha soltura.

_Goog night. My partner wants...

_Si quería que le tomasen nota en inglés, ¿por qué pidió las cartas en español? _interrumpo su fantasmada, mirándolo con rabia. Sabe de sobra que sólo domino dos lenguas: catalán y castellano, hablándome en inglés lo único que pretende es humillarme.

La modelo parpadea, pasmada. ¡Menudos modales, los de la camarera!

Él, no pierde la sonrisa.

_Tiene razón _se disculpa, sin arriesgarse a tutearme_. Pensaba que en un restaurante de esta categoría el personal estaría a la altura, pero, en fin, se lo pondré más fácil _ojea de nuevo el menú y traduce_. Ella tomará el *tartar* de atún y yo, las cocochas de merluza con almejas.

¡Buf! ¡Cómo le encanta ningunearme! Cuando permanece en la ciudad nos vemos a diario en el Grupo Editorial Xifré, pero aquí es un cliente, y yo una simple camarera. Obviamente, perdería puntos ante la rubia si ella se enterase de que conoce a una Don Nadie como yo.

Marco el pedido a toda prisa, ansiosa por escurrirme de esta trampa cuanto antes. Le arranco la carta de los dedos, ásperamente, y regreso a la cocina.

¿Qué coño pretende? Hay cientos, ¡miles! de restaurantes en toda Barcelona y tiene que venir precisamente al mío. ¡Cómo si no tuviese bastante con las visitas de mi hermana cuando me trae a todos sus ligues, ahora viene este, con su suvenir americano, a hincharme las narices!

No es casual. Me susurra esa vocecilla interior. *Por supuesto que no.*

Pues yo también puedo ningunearle. No es nadie. Nunca fue nadie.

Pues eso. No conseguirá molestarte.

En cuanto les sirvo los entrantes, me relajo. Lo único que tengo que hacer es servirle su puñetera comida y atender al resto de mesas. Podré soportarlo.

Pero, ¡qué tonta soy!, casi olvido que Alexander Xifré vive y respira para hacerme la vida imposible. Para empezar, intercambia el asiento con la Barbie de morritos inyectados, porque el mástil le impide controlarme y, desde su nueva posición, escucharé mejor el chasquido de sus dedos cada vez que me reclame.

Empieza el ataque. Me huelo dos horas terribles. Dos y media si se entretienen en la sobremesa.

Vuelve la migraña. La rigidez de hombros. Las ganas de mordisquearme las uñas, con lo feo que quedaría eso delante de los clientes.

Señorita, ¿puede traernos una copa limpia? ¿Nos sirve una ración de ostras? El vino está demasiado frío. Tráigame otro tenedor, este se nos ha caído al suelo. ¿Qué postre nos recomienda?

Por desgracia no tengo autoridad para prohibirle la entrada, pero siempre lo recordaré como uno de los clientes más tocapelotas que ha pisado la marisquería.

Por su parte, la rubia le ríe todas las gracias. Le da a probar todos los

platos. La mar de coqueta, balancea con la punta de los dedos el zapato de tacón de aguja y le hace piececitos.

Y Álex está disfrutando como un enano. Se le cae tanto la baba que parece un caracol con incontinencia salival. Y encima, no para de dar la nota subiendo la voz y riendo a carcajadas con los patéticos chistes que esa cabeza hueca le susurra en inglés.

Lo juro, cuando piden la cuenta, casi rompo a llorar.

Mientras el precioso suvenir americano se *empolva* la nariz en el baño, él la espera a la mesa, terminándose el cortado a sorbitos. Bien repanchingado y con colorete, parece un pelín achispado por las dos botellas de vino que se han pimplado a lo tonto.

Aunque aún no ha terminado, recojo el mantel, invitándolo a largarse y preparo la mesa para nuevos clientes.

_He vuelto _sonríe alegre, iluminando el restaurante con esa dentadura blanqueada. Siempre obtiene lo que se le antoja con su arrebatadora sonrisa. Pero, gracias a Dios, enseguida aprendí a desconfiar de esa perfecta hilera de dientes relucientes.

_Pues qué bien _respondo sin ganas, soltando un bufido que me eriza el flequillo_. ¿Qué pasa? ¿Los neoyorquinos te han repatriado o echabas de menos mortificarme? _confirmo, sin dignarme a mirarlo.

_¿Mortificarte? _responde con voz grave_. ¿Eso crees?

Entorna sus ojazos azules tras la taza y ronronea como un gato salido, mirándome descaradamente el culo cuando me inclino.

_El uniforme te sienta muy bien, ocho y medio sobre diez.

Arrojo los cubiertos sobre la bandeja, aclarando con mi mala uva lo poquito que me interesan sus puntuaciones.

Cauteloso ante tanto objeto punzante, coloca la taza sobre la bandeja, como si quisiera ahorrarme faena.

_Aterricé esta mañana _me informa, limpiándose la espumilla del café con la servilleta.

_Y no podías esperar hasta el lunes para acribillarme con tus humillaciones. Tenías que venir aquí _le reprocho con ganas de arrearle una buena bofetada con la mano abierta. Siempre saca lo peor de mí y como continuamente lo tengo a mi vera, ha conseguido que la humanidad crea que soy prima-hermana de Shrek_. ¿Por qué has venido? _le recrimino sin rodeos, a bocajarro.

Su respuesta es una carcajada nerviosa. Sin más, se acaricia la frente y echa un vistazo al pasillo que conduce a los lavabos.

_¿El martes... también trabajas aquí? _alcanza la factura y ojea sin palidecer el dineral que se han llevado al estómago entre el marisco y las dos botellas de gran reserva. Se saca la cartera del bolsillo y tras posarla sobre la mesa, la cubre con su mano.

_¿Para qué? ¿Para repetir la experiencia? _gruño al comprender que no piensa soltar un euro hasta que el interrogatorio termine.

_Más o menos _contesta con una media sonrisa poco efusiva, entrando en esa fase de bajón alcohólico_. ¿Trabajas o no? _insiste, cuando aparco la bandeja sobre la mesa y le retuerzo los dedos uno a uno para alcanzar su billetera.

_¡Qué más te da! _bufo, haciendo fuerza.

_Es San Valentín.

_¿Y qué?

Agarra la cartera con más fuerza. Gustosamente le clavaría un tenedor, pero no voy a arriesgar mi puesto de trabajo por un breve ensañamiento catártico.

_¿No cenarás con “él”?

“Él” es Julián, mi Julián, el único que quiere a este ogro tal y como es, sin aspirar a que sea una niña mona, o una eminencia en cualquier cosa que me proponga.

_Está en Argentina _le aclaro.

_Oh, vaya, ¿y no te sentirás sola en un día tan especial?

_¿Especial? ¡Venga ya, Álex! San Valentín sólo es una fecha de consumo compulsivo ideada por los comercios para cerrar el mes de febrero con un pequeño margen de beneficios. Él lo sabe y yo también.

_En Estados Unidos es un día muy especial y tú te has cargado toda la magia en dos segundos _le da pena que sea tan escéptica.

_Oh, no sabes cuánto lo siento _digo con falso arrepentimiento.

Le pellizco la mano de sopetón, sin miramientos, pero ni se inmuta. Los clientes de la mesa más cercana, alucinan y agarran sus bolsos.

_Si es una fecha consumista y no significa nada, cenemos juntos _propone, guardándose la cartera en el bolsillo del pantalón, bien arrimadita a la entrepierna.

_¡Y un cuerno! _respondo, maquinando cómo hacerme con dinero sin rozarle el paquete. Empiezo a barajar toda la cubertería que tengo a mano,

pero ninguna herramienta parece útil para eso.

_ ¡Vamos, ayúdame, si ceno con *ella* se pensará que lo nuestro va en serio!
_ confiesa, por lo bajini, horrorizado, ladeando la cabeza en dirección a los servicios. ¡Tanto que disfrutaba hace dos minutos, el hipócrita!_. ¿Acaso me ves con una mujer así?

_ Oh, no, claro que no, Álex. La pobre chica puede aspirar a más.

Aparta las migas que han caído sobre la mesa al quitar el mantel, decepcionado y cabizbajo.

_ ¿Por qué me quieres tan mal? _ murmura, haciéndose el ofendido.

Si no lo sabes tú...

_ No puedo perder el tiempo, tengo trabajo. ¡Págame de una puñetera vez, leches!

_ Si cenas conmigo el martes _ ¡Y dale!_. Así podré contarte cómo me fue por Nueva York. Tengo unas anécdotas buenísimas.

_ Cuéntaselo a quién le interese _ me encojo de hombros, decidida a pedir refuerzos_. Tú lo has querido, le diré a Xabier que vaya llamando a los Mossos porque se nos ha colado un caradura sin blanca.

_ Vamos, Marta. Soy el heredero de un gran imperio editorial y tú eres la única mujer que conozco que no quiere echarme el lazo _ se vanagloria, la mar de modesto_. A tu lado, no corro ningún peligro. O... ¿me equivoco?

_ Si el lazo es al cuello, cuenta conmigo _ le estrecho la mano, como si cerrara el trato.

_ Todavía no me has dicho si trabajas o no, te aviso que puedo averiguarlo _ insiste, achicando los ojos.

_ ¡Pero mira que eres plasta! Solo trabajo aquí los fines de semana, pero no cenaría contigo ni muerta, ¿estás contento?

Por su sonrisa, se diría que sí.

_ No te preocupes, tranquilizaré a Julián cuando regrese de los Andes diciéndole que su niña le es tan fiel como siempre.

_ ¿Ahora eres su espía?

La rubia por fin se ha recompuesto y vuelve con pasos cruzados de pasarela, ahuecándose la melena.

_ Venga, Marta, si ese día no significa nada para ti, cena conmigo. Si tengo un compromiso previo *nadie* podrá atosigarme con la maldita fecha _ susurra, entre dientes, ofreciéndome la Visa.

Mi elocuente dedo corazón resume la respuesta mejor que mis labios.

¡Ponte aquí y baila! Si las mujeres te agobian, es un problema que te has ganado, así que apechuga con ello, guapito.

BARCELONA

Sábado, 11 de febrero de 2012

Alexander

Cuando salimos del *Pop á feira*, una leve llovizna cae sobre los barcos atracados ante el paseo de Joan de Borbó. Mientras esperamos que amaine, ayudo a Lorena a ponerse el abrigo con un exceso de galantería.

Lo has hecho muy bien la felicito.

Lástima que no haya funcionado responde, con una mirada compasiva al volverse hacia mí.

Mi traviesa sonrisa la desconcierta. Según ella no tengo motivos para alegrarme, Marta ha sido una camarera antipática y desagradable que no disimulaba sus ganas de perdernos de vista. Para colmo, ha vuelto a negarme una cita. Tampoco parece que este teatrillo haya mejorado nuestra relación, más bien lo contrario.

La has puesto celosa, ese era mi objetivo de esta noche le aclaro.

Lorena se ríe por lo bajo, eligiendo un cigarrillo de la pitillera metálica que define al personaje que acaba de interpretar. La verdad es que no me equivoqué al recomendarla, sus dotes escénicas son excepcionales y ha cuidado todos los detalles. No cabe duda que llegará lejos sobre el escenario.

Empezaba a sentirme incómoda. Tu chica tiene malas pulgas con el cigarrillo en los labios, adoptando una pose de Rita Hayworth en Gilda, aguarda que le encienda el pitillo. Alcanzo el Zippo que llevaba en el bolsillo, a la espera de este momento, y prendo la llama.

Aunque enseguida se prestó a esta pantomima para que pudiese acercarme a mi chica y robarle unos preciosos segundos de su vida, probablemente Lorena no logra comprender qué me atrae tanto de Marta. Mi musa no tiene un físico espectacular, ni unos rasgos destacables por su exotismo, su estatura entra dentro de la media española, su cabello castaño y su anatomía delgada, no son

deslumbrantes, ni siquiera sus preciosos ojitos de color avellana, son dignos de mención. Y eso es porque Marta se esfuerza muchísimo en ocultar sus innumerables encantos y gracias a sus hábiles dotes para el camuflaje, pasa inadvertida a todo aquel que la mire por descuido. Pocos conocemos esa personalidad tan magnética y sorprendente que entierra bajo tanta normalidad, una explosión de vitalidad reprimida que cada día que pasa, menos se deja ver.

_¿Has visto la cara que ha puesto cuando le has pedido tres veces una sacarina y ella no te entendía? _le recuerdo, visualizando el rostro colorado y ofendido de nuestra camarera.

_Menos mal que se lo has aclarado a tiempo, creí que me arrancaba la peluca de cuajo. Forma parte del atrezzo de mi personaje en la obra y la he cogido sin permiso. Es de pelo auténtico, ¿te imaginas que me la destroza? ¡Qué papelón!

La lluvia amaina, poco después de que ella termine su cigarrillo. Enseguida emprendemos el camino hacia el coche, despacio, como una pareja que se abriga mutuamente en una noche fría y húmeda de febrero. Cuando rodeo los hombros de mi amiga con el brazo, solo lo hago con la enfermiza ilusión de que esa mujer que está enquistada en mi corazón, nos observe a través de los ventanales del restaurante y se muera de celos.

BARCELONA

Lunes, 13 de febrero de 2012

Marta

Después de dos meses de tregua, el pijo vuelve de la Gran Manzana de sobrado y con el guapo subido. Y encima, el sábado se presentó en la marisquería acompañado por el pibón de turno, jodiéndome la noche con su numerito de cliente inaguantable. Como si su visita no me hubiese machacado lo suficiente, a la hora del cierre, mi jefe me dio el temido ultimátum; o me pongo las pilas y empiezo a tomarme el trabajo en serio, o voy derechita a la cola del INEM.

(Lo juro, estuve a punto de mandarlo todo al carajo.)

¿Conocería a la rubia en el avión de vuelta o se la trajo de EEUU como souvenir?

En fin, su *jorobante* retorno pone fin a ese maravilloso periodo de relax. En el trabajo, volveré a sentirme como un jabalí en coto de caza, siempre huyendo o enfrentándome a sus trampas y sus humillaciones. Otra vez tendré que echar mano a esas reglas de supervivencia que yo, Marta Salazar Ortiz, tardé año y medio en perfeccionar:

Regla nº 1: Llegarás al Grupo Editorial Xifré con antelación para evitar encontronazos con el Indeseable en el parking, el vestíbulo o el ascensor.

Regla nº2: Desayunarás fuera del edificio. Queda terminantemente prohibido pisar la cafetería de la empresa, aunque sea para pedir algo para llevar. Y, por supuesto, alternarás los escondites para que el Imbécil no tenga tiempo de estudiar tus costumbres.

Regla nº 3: Aunque sea el hijo del dueño del cotarro, no cederás a sus peticiones. O sea: Nada de subir cafetitos para toda la plantilla de la agencia de fotografía. Ni eres su recadera ni su servicio de mensajería particular. ¡Eso ya se acabó!

Regla nº 4: Cuando el Heredero pise la revista para la que trabajas, fingirás un retortijón y huirás a los lavabos.

Regla nº 5: Por último, en caso de que el encontronazo sea inevitable, le harás frente con el mismo veneno sarcástico que él vomita sobre ti a diario.

A las siete y media de la mañana, tan tempranito como rezan esas reglas, me apeo de la bicicleta y encajo la rueda en el aparcabicicletas del parking. Me muevo a cámara lenta, odiando los lunes tanto como Garfield. No es que deteste mi trabajo de auxiliar de diseño, de hecho, es uno de los pocos alicientes de mi vida, pero la jornada de anoche en el restaurante me dejó hecha trizas y pensar que hoy puedo toparme con el pijo, me ha quitado el sueño.

En el ritual autómatas matinal: me desabrocho el casco, desenrosco el sillín. El parking tiene un guarda que vigila los vehículos las 24 horas y mil cámaras de seguridad, pero no está de más ser precavido, y resulta que, la precaución, es mi perdición.

En cuanto el BMW híbrido del Sr. Xifré Jr. desciende por la rampa, cunde el pánico. ¡Cuerpo a tierra, serpenteante maniobra hasta la primera columna y luego, un pequeño sprint hacia el ascensor!

Ojalá reciba una llamada que lo entretenga dentro del coche y pueda salvarme por los pelos. ¡Mierda! ¡Siempre olvido que, al ser el hijo del Gran Jefazo, goza de una plaza preferente, privilegio que le ahorra darse la caminata desde los suburbios del aparcamiento hasta los ascensores, premiándolo así con unos preciosos segundos extra!

_Ciérrate, ciérrate, ciérrate _acompañó el movimiento de las puertas con mis brazos.

Justo cuando me creía a salvo, el puñetero portafolios de piel del Imbécil se cuela entre la fina ranura que quedaba por cerrar, activando el mecanismo de seguridad de la fotocélula.

_¡Mierda! _repito alto y claro al abrirse las puertas, golpeando con el sillín las paredes metálicas.

Alex olisquea el aire, en respuesta a mi palabrota. Un aire que él contamina con el penetrante olor de su *after-shave*.

_¿Mierda? _ojea las suelas de sus carísimos zapatos, buscando mojonos de perro, mientras pulsa los botones correspondientes: seis y catorce_. A mí no me culpes, yo no he pisado ninguna.

Su humor me pone mala.

_Buenos días _dice dos segundos después. Aunque su voz suena cordial, esos ojos aguamarina le dan un descarado repaso a mi vestuario. Sin cortarse un pelo, arruga el entrecejo censurando la ropa que he elegido para combatir el frío sobre la bici: al cuello, una braga de forro polar caqui que me protege de constipados, al cuerpo, un desfásado plumas del Decathlon y, en las manos, unos guantes de lana de los chinos, infestados de pelotillas. Nada que ver con su modelito de anuncio de Armani: un sobretodo negro de cachemir y una boina neoyorquina de color gris, a juego con ese jersey de cuello alto que le sienta de lujo. Jo, cualquiera pensaría que me he colado en el ascensor para darle el palo...

_Supongo que te pondrás algo bonito...

Antes de que pueda preguntar, sin el menor interés, a qué viene ese comentario, plantifica un par de invitaciones ante mis ojos.

La galería MonArt se complace en invitarle a la inauguración

FotoLiterArte

exposición fotográfica del reputado retratista

Alexander Xifré Wakefield

que tendrá lugar el martes 21 de febrero a las 20 h.

_Puedes traer a un acompañante... Quién sabe, quizás el “Principito Azul” regrese a tiempo de Argentina. Aún faltan dos semanas.

_No pienso ir _digo, devolviéndole las invitaciones.

Mi negativa se le clava en el alma como una espinita emponzoñada y eso me mola un huevo.

_¿Por qué no? _insiste, un pelín irritado, colocando las invitaciones en el interior del casco.

Al segundo, las meto en el bolsillo del carísimo abrigo del que salieron.

_Tengo que trabajar en el restaurante, por mucho que quisiera ir (que no es el caso), no podría.

_¡Es el martes! Y el sábado me dijiste que sólo trabajabas en el restaurante los fines de semana.

Cuando le conviene tiene memoria de elefante, cuando no, olvida acontecimientos históricos.

Esto... me he cambiado el turno. Juanito... necesitaba la noche libre. Es su aniversario de boda *Ay, mentir no es lo mío.*

_Pues cámbiaselo a otro compañero. Tienes que asistir. Es una orden.

Mandar se le da genial y mientras lo hace, forcejea con la cremallera estropeada de mi mochila para guardar las invitaciones que más tarde, en cuanto baje del ascensor, la trituradora de papel del curro hará confeti. Si quieres llegar a ser una fotógrafa medianamente conocida, te conviene asistir a este tipo de eventos. Te presentaré a gente importante, quién sabe, quizás te surjan oportunidades laborales. Ya va siendo hora de que empieces a progresar.

¡Ya estamos! Siempre subiendo el listón y dejándome a la altura del betún. ¿Por qué todos se creen con derecho a decirme lo que debo ser y hacia dónde debo dirigirme?

No tengo ni ganas ni fuerzas para discutirle nada. He pasado una noche de perros, ¿y ahora viene este idiota que no pisa de pies en el suelo a rematarme? ¿No irá a comparar su vida de privilegios con mi vida de mierda?

_¿Vendrás? _insiste cuando el ascensor se detiene en la sexta planta.

_Ya veremos _respondo bostezando.

Mi apatía le irrita.

_Te convendría _replica, un segundo antes de que el ascensor se cierre, para llevarlo hasta la última planta del edificio. A lo más alto.

BARCELONA

Martes, 21 de febrero de 2012

Marta

Ni hablar, no voy ni de coña. Por mí, ya puede fundirse los ahorros de su vida imprimiendo invitaciones y enviándomelas a casa hasta que el buzón reviente, que jamás le daré el gustazo de verme alabándole. No quiero estar presente cuando su ego sufra un empacho y... ¡bum!, nos salpiquen todas sus vísceras. Además, tampoco veo mérito a lo que hace, es muy fácil conseguir un encuadre impresionante cuando un equipo digno de una superproducción de Hollywood te ha puesto la imagen a huevo y lo único que tienes que hacer es apretar el disparador de la mejor cámara disponible en el mercado. Pocos fotógrafos tenemos a nuestro alcance un estudio equipado con virguerías digitales de última generación como las que él puede costearse. Lo malo es que nadie tiene cojones de decirle al ilustrísimo Alexander Xifré que, si ha llegado a ser el retratista más cotizado entre la *beautiful people* es gracias a que el enchufe de papaíto le brinda oportunidades a porrillo. Todo te viene rodado cuando ostentas un apellido importante y si tu árbol genealógico no impresiona lo suficiente, siempre puedes comprar los favores de los que ignoran tu linaje, con un buen fajo de billetes.

La decisión está tomada. Mañana la inauguración será agua pasada, Álex dejará de darme la chapa para convencerme y, al fin, todo volverá a la normalidad.

Después de matar el gusanillo del desayuno en uno de los baretos más cutres de la zona (un antro oscuro y cochambroso, madriguera de jubiletas y parados de larga duración que el Heredero jamás pisaría), echo a correr hacia la editorial.

Pero nada más pisar el vestíbulo, freno en seco porque mis ojos se han topado con la espalda esculpida del Pijo que habla con alguien ante los ascensores. Mi primer impulso es esconderme, pero al apartarse el abrigo de cachemir, mi pánico se evapora de golpe y me entra un alegrón colosal.

Mi Julián conversa con Álex, con un ligero acento argentino, contagio de su último viaje.

Cuando me encuentro a dos pasos de la espalda del Rubiales, el rostro del amor de mis amores se ilumina con una sonrisa. Bajo el gorro de lana, la melena oscura y ondulada de Julián ha crecido varios centímetros. Su barba, espesa y enmarañada, contrasta con el cutis de culito de bebé de Álex. Mi pobre Julián parece recién salido de un barco atunero: anorak impermeable con los puños rozados, botas de trekking embarradas, con los cordones deshilachados y un pantalón de pana tan desgastado que se le transparentan las rodillas. A su lado, mis tejanos rotos, parecen de estreno.

Enseguida Álex nos compara con la mirada, haciéndose cruces: *Son tal para cual. Dios los cría y ellos se juntan.*

En mitad de mi euforia, aderezada con saltitos y gritos de emoción, Julián abre su colorida mochila andina, y saca un paquete envuelto en un arrebujado papel de periódico: mi souvenir. Sin perder tiempo, desenvuelvo con emoción unos cacharros que me resultan ligeramente familiares, más una vez he visto en el metro a algún pasajero sorbiendo mate a través de una bombilla similar a esta.

_Es de bronce niquelado _comenta él cuando la palpo_. Las calabazas las fabrican con porongo, una variedad de calabaza que se usa desde hace milenios como recipiente. No he traído el mate, por evitarme complicaciones en el aeropuerto, pero no nos costará nada encontrar un poco en alguna tetería para que la estrenemos. Allí es costumbre compartirla en familia, ¿sabes?

Lo abrazo como si acabase de entregarme el anillo de pedida. Así puedo fardar ante el Pijo de esta “consolidada” (aunque, penosamente ficticia) relación que mantengo con Julián. Mis escandalosos besos son de lo más convincentes y sus resultados, inmediatos: Julián se queda pasmado con mis zalamerías y Álex, bastante incómodo al ver que sobra, mira el reloj y balbucea que tiene que irse o llegará tarde a una reunión.

Pues venga, esfúmate ya, pelmazo.

Enseguida bombardeo a Julián con docenas de preguntas sobre su peregrinaje por Argentina, ignorando la tímida despedida de Álex. Hablo tan

deprisa que apenas le dejo meter baza.

_Por cierto, Julián, vendrás a la inauguración de esta tarde, ¿verdad? _nos interrumpe el Pijo, empuñando las puñeteras invitaciones como si quisiera encasquetarle los boletos de una rifa_. Marta no se decidía, pero la harás cambiar de opinión, ¿a que sí? _negocia con una sonrisa de anuncio.

Tienes mi odio incondicional, cretino.

Por desgracia, Julián cae de cuatro patas en su trampa.

_Iremos, ¿verdad, Marta? _me consulta, rodeándome con su brazo_. Vamos a la exposición y luego cenamos por ahí. ¿Te apetece?

_Bueno... _accedo, chantajeada por la invitación de la cena.

_Estupendo _Álex me sonríe y se aleja con andares de triunfador insoportable.

Sí, lo sé, tendría que haber replicado, pero después de seis semanas de ausencia, iría al mismísimo infierno con tal de estar con mi Julián dos minutitos, aunque eso implique asistir a la puñetera inauguración y que el Pijo se apunte un tanto en el marcador. Álex 1- Marta 0.

En fin, ya no hay vuelta atrás. Ahora toca lo peor, encontrar algo que ponerme que impresione a Julián y no sea blanco de las pullitas estilísticas del Imbécil.

Es evidente que el retorno del amor de mis amores requiere un buen maqueo y para salir airosa de algo que nunca se me ha dado bien cuento, por suerte, con el apoyo incondicional de mis dos compañeras de piso.

En cuanto me ciono la cita, Azucena pone el armario patas arriba y después de una larga criba, me presta una de sus escotadísimas blusas asiáticas de satén, convencida de que, si realzo mi cuello de bailarina, Julián quedará alucinado. Aunque el hombro al descubierto es supersexy, me siento un pelín incómoda enseñando tanta carne. Sin darme opción a réplica, Azucena me arrebató el foulard que iba a ponerme y saca de su joyero un collar de plata tibetano y unos pendientes turcos que se balancean en mis orejas como dos mini hachas medievales.

Como era de prever, Lidia se convierte en mi estilista y me recoge el cabello en un moño estudiadamente despeinado, con dos mechones ondulados a los lados. Pensaba ir con la cara lavada, como siempre, pero tras una larga discusión donde yo defendía los valores basados en la belleza interior y ella las virtudes de la cosmética, acabo cediendo, ¡todo sea por impresionar a mi mochilero!

Aunque mi fondo de armario es más triste que el de Tarzán, al menos, mis tejanos más nuevos combinan con la blusa, aunque no puedo decir lo mismo del calzado. Solo dispongo de tres pares de zapatos: los mocasines que luzco en la marisquería, negros, aburridos y que apestan a gamba, las botas de senderismo, pringadas de barro reseco y hierbajos y las deportivas de lona color mostaza que llevo a diario. La falta de opciones, y la desgracia de tener el pie más grande de las tres mujeres que vivimos en este piso, solo me deja una alternativa, serán las deportivas, paso de ir a la desesperada a comprarme un zapatito bonito para que el Pijo no se escandalice, ya que Julián no se fijaría en mis pies ni aunque viniese de pisar uva.

En fin, preciosa de cintura para arriba, yo misma de cintura para abajo, abandono el piso a las seis y media vitoreada por los ánimos de las chicas que siguen esta historia de amor como un *reality* de andar por casa.

Hace un rato Julián me aviso por SMS de que no podía recogerme porque tenía que entregar unas fotos con urgencia, de modo que viajo sola en metro hasta la sala de exposiciones. Hemos quedado en la entrada.

Aún falta más de media hora para que tenga lugar la inauguración, y ya se apelotona una variadísima multitud de especímenes en el vestíbulo. Actores, cantantes y deportistas firmando autógrafos, agobiados por los peatones más pegajosos e impresionables que matarían por hacerse un *selfi* con ellos. La muchedumbre borreguera y la flor y nata que taponan la entrada, me dan dolor de cabeza, así que opto por hacerme a un ladito, muy consciente de mi naturaleza mundana.

El abrigo aterciopelado azul que me ha prestado mi amiga del alma, me da un aire a Caperucita muy mono, pero abriga más bien poco. A los cinco minutos ya me castañetean los dientes y exhalo vaharadas. Podría huir del frío en la galería, pero me aterra entrar sin mi guardaespaldas y toparme con el Rubio. Todavía no sé cómo se lo monta, pero Julián siempre mantiene a Álex a raya.

¡Madre mía, no imaginé que la exposición causase tanta expectación! Veo una furgoneta del canal de televisión autonómico aparcando ante la puerta para cubrir el evento. La periodista, armada con el micrófono y el cámara que le pisa los talones, inician el reportaje con el telón de fondo de los famosos que van entrando, como si esto fuese la gala de los Premios Goya.

¡PUF! El Heredero estará insoportable. ¿Cómo voy a driblarlo? ¿Cómo, después de tantas negativas, peinetas y cortes de manga? Tal vez pueda

convencer a Julián para que lo dejemos correr y mañana, si eso, cuando no haya nadie, entramos en el completo anonimato y echamos un vistazo para callarle la boca al bravucón.

El miedo me retiene en la calle y mientras espero, utilizo el calor de mi aliento para calentarme las manos, en fase de congelación. Iba a mordirme la primera uña cuando diviso a Julián al final de la calle. A diferencia del resto de invitados él viene a pie mostrándose tan humilde como siempre. Viste un pantalón de pana marrón, un jersey de lana beige, con motivos de Perú y su viejo anorak negro. Se ha vaciado la desgredada barba y lleva el pelo recogido en una pequeña coleta.

Levanto el brazo entre el tumulto, haciéndome notar y mi sonrisa lo atrae como un faro.

¡Ay! ¿Cuántos años llevo así? Desde los trece, más o menos. Sí. En el 2000 Julián se mudó a nuestro edificio y nada más conocerle su intrepidez me impulsó a dar la patada a las tontadas de la adolescencia, para estrechar entre mis manos mi primera Nikon. Y es que desde que empezaron a salirme tetas, siempre he deseado convertirme en una persona tan íntegra como él. Mi inigualable Julián me descubrió el fascinante arte de la fotografía, me cautivó con sus aventuras, y me concienció con su infinito altruismo. Pero lo malo de admirarlo tanto es que enseguida me achanto cuando quiero declararle mis sentimientos. Álex no le puso el mote del Santo sin fundamento, mi Julián es la bondad personificada y yo... ¿qué soy yo? ¿La patética auxiliar de diseño? ¿Una camarera desastrosa que se escaquea a la mínima?

En diez años, tanto Julián como Álex han progresado en sus carreras y yo sigo en el punto de partida, esperando el pistoletazo de salida o peor aún, en el precalentamiento. Me siento tan inútil...

En fin, tampoco puedo arreglar mi vida en un abrir y cerrar de ojos, ¿para qué voy a torturarme? Esta tarde dejaré mis traumas a un lado. Hace más de seis semanas que no nos vemos y por fin puedo disponer de Julián unas horas y eso es mucho más de lo que esperaba cuando Álex insistía e insistía en que debía ir a su puñetera exposición.

Nota mental: Felicitar a las chicas por los exitosos resultados. Julián se queda ultrapasmado al verme.

_Es-estás increíble _tartamudea, sin creer lo que ven sus ojitos marrones. Y lo mejor es que al quitarme el abrigo, con el holgado cuello insinuando mi hombro desnudo cada dos por tres, a menudo se ofrece para enderezar la

blusa, acariciándome suavemente con los dedos. (Obviamente, el frío se me va de golpe).

Nada más entrar en la galería nos topamos con un gigantesco anticipo de la soberbia “genialidad” del Fantasmón rubio: una inmensa imagen, tan enorme como el Guernika, en la que famosos archiconocidos posan en una recreación de la Odisea, concretamente el capítulo en el que Ulises y su tripulación, se topan con las sirenas que pretenden hacerlos enloquecer con sus cantos. Se trata de un fotomontaje bien elaborado, donde es casi imposible advertir que los modelos posaron sobre un cromograma. Casi todos los visitantes se quedan embobados con los infinitos detalles, mirando a esas sirenas tan cotizadas en las pasarelas, menos nosotros.

A las ocho, la portavoz de la galería anuncia la presentación de la exposición y la multitud se agrupa en pocos segundos ante el minimalista atril situado sobre un entarimado, en el centro de la sala principal.

—Bienvenidos a la inauguración de la exposición *FotoLiterArte*. Es un placer para nuestra galería haber sido escogida para exponer, por primera vez, esta reinterpretación de los clásicos de la literatura, llevada a cabo por el afamado retratista Alexander Xifré que, a pesar de su juventud, ya es considerado uno de los retratistas más reputados de nuestro país, además de un destacado referente internacional.

Álex avanza hacia el micrófono con elegancia y profesionalidad. Acostumbrado a hablar en público, no sufre el pánico escénico que yo padecería ante tanta celebridad. Saluda a la concurrencia, en distintos idiomas, y agradece cordialmente nuestra asistencia antes de enfrascarse en explicaciones sobre sus fuentes de inspiración, sobre los tres años de recopilación gráfica que le han llevado a pisar más de medio mundo (primer mundo, obviamente) y sobre el enriquecimiento personal adquirido al retratar a eminencias de la cultura, el cine, el deporte y la televisión. Como nieto del ilustrísimo editor Joan Manel Xifré es para él un tremendo orgullo aunar su pasión por la literatura y la fotografía en estas particulares escenas de los clásicos literarios, representados por grandes personalidades de sus propias nacionalidades. La exposición se divide en épocas, reservando una pequeña sala para la literatura infantil, etc., etc., etc...

Aunque Álex ya tiene al público en el bolsillo, yo me desconecté hace rato babeando con los canapés de autor que los camareros del servicio de catering distribuyen en silencio sobre las mesas. Le he echado el ojo a un par que

tienen una pinta de chuparse los dedos.

Por su parte, Julián está tan atento al discurso como el resto. Puede que le cueste identificar en ese metrosexual sofisticado que habla ante el micrófono, al viejo amigo que estudiaba con él en la facultad, aquel con el que presentaba los trabajos de grupo. Su forma de entender la fotografía es tan abismal que parece imposible que, tiempo atrás, llegasen a ponerse de acuerdo para sacar adelante un proyecto, presentarlo y aprobar con buena nota. Y es que, hace una década, podían pasarse días y noches enteras hablando de sus aspiraciones, comentando técnicas, experimentando en el laboratorio que Julián había instalado en su cuarto de baño. Pero la vida les ha conducido por caminos distintos y su amistad se ha bifurcado como dos vías de tren en un cambio de agujas. Julián se decantó por la fotografía de campo, por documentar la fauna y las costumbres de los pueblos del tercer mundo e inhóspitos parajes aún por descubrir. Ha trabajado para *Discovery Channel* y *National Geographic*, ha sido premiado por el *World Press Foto* por su reportaje sobre la caza furtiva del rinoceronte en África y últimamente trabaja como *freelance* elaborando sus propios fotorreportajes que vende a diversas revistas tanto nacionales como extranjeras.

Álex, sin embargo, prefirió el artificial trabajo de estudio, rodeado de las reinas de la pasarela, las estrellas de la farándula y los ases del deporte. Las grandes firmas de moda se dan de bofetadas para contratarle y todo famoso quiere ser retratado por él porque es un hacha camuflando defectos. Hace dos años, gracias a papaíto, pudo quedarse con la última planta del edificio de la editora, antigua hemeroteca y allí fundó una agencia de fotografía especializada en publicidad y diseño de páginas web.

Los aplausos del público revientan mi cápsula del tiempo. Vuelvo al presente, sin la ayuda del DeLorean.

Álex permite que la galerista acapare de nuevo el micro para cerrar la presentación.

__Podrán disfrutar de esta exposición en la Galería MonArt durante dos meses y, a principios de mayo iniciará su recorrido itinerante por Estados Unidos. Espero que la disfruten.

Tras un breve aplauso, la gente se dispersa. La gran mayoría acorrala a Álex para felicitarle, y la prensa lo ciega a instantáneas. Eso me alegra, mientras esté atrincherado tras el muro de *celebrities*, no reparará en nosotros.

__¿Qué te parece si vamos a otra sala? __me sugiere Julián.

_¡Me has leído el pensamiento! _contesto de inmediato.

Aprovechando que lleva las manos en los bolsillos, me cuelgo de su brazo. Durante el paseo por la galería, estoy más pendiente de la calidez de su tacto que de las fotografías. Los famosos que comparten nuestro espacio son como borrones de tinta. El bullicio se amortigua cuando entrelaza su mano con la mía.

Discutimos sobre los recursos que Álex ha utilizado para conseguir los efectos en cada una de las fotografías, nos reímos de los aires de grandeza de alguno de los visitantes y engullimos con agonía los canapés que los del servicio de catering pasean de un sitio a otro sobre las bandejas.

Puede que la sobredosis de laca que Lidia ha gaseado sobre mi pelo haya afectado a Julián, porque hoy está especialmente cariñoso, como si empezase a despertar en él algo más que ese instinto protector de hermano mayor.

Lo deduzco en esa cariñosa forma de limpiarme la punta de la nariz, pringada de salsa rosa. En esas miradas eternas y, en cómo acaricia los mechones rizados de mis patillas, solo por ver cómo se contraen como un precioso muelle de pelo. Y esa voz... joder, grave y ardiente. ¿He dicho que ya no siento frío? ¿He dicho que incluso hace calor?

Pero, como ya es habitual, en cuanto empiezo a hacer planes de futuro y a ilusionarme con una velada de ensueño que me abra las puertas de su corazoncito, la nubecita rosa se oscurece de golpe.

_La semana que viene me marchó al sudeste asiático. Hace tiempo que tengo en mente un reportaje sobre las tribus de minorías de la zona nordeste de Camboya. Quiero profundizar en la repercusión que tuvo en sus vidas la dictadura de Pol Pot y el genocidio llevado a cabo por de los Jemeres Rojos y lo contrastaré con el progreso que poco a poco se va consolidando, ya sabes, la influencia de las nuevas tecnologías y su lucha contra la globalización. Quisiera documentar ese país antes de que los occidentales lo conviertan en un exótico paraíso turístico y pierda su esencia.

Su decisión no me sorprende nada. Estoy acostumbrada a verle partir, a despedirle en el aeropuerto, a acompañarle en su coche y arrumbarlo en su plaza de garaje durante meses, acostumbrada a cuidar de las pocas plantas que sobreviven en su piso, a recoger el correo, y a abrir la puerta al tío del gas para que revise la instalación. Pero no esperaba que se marchase tan pronto. A medida que pasan los años, sus ausencias son más largas y sus visitas, apenas esporádicas. El vínculo que nos une se mantiene vivo gracias a los emails y

las cartas. Según él, yo soy su adorable confidente, la que lee sus hazañas, la única que conoce las penurias que pasa, la que guarda sus secretos, y eso me basta para sentirme un poco más especial que el resto, y me anima a seguir esperando ese momento de intimidad que parece que nunca va a llegar.

_¿Qué opinas de las fotografías? _cambio de tema con malicia, deseando que comparta mi cruel opinión al respecto, quizás por aliviar mi frustración echando un poco de mierda sobre el impecable trabajo del Rubio.

_Xifré tiene un don indiscutible para realzar la belleza de las personas _contesta prudentemente.

_¡Vamos, Julián, si son una frivolidad!

_Pues mí me gustan _añade hermana Virginia, por encima de mi hombro, pillándome desprevenida. Para qué negarlo, su imprevista aparición me cae como un jarro de agua fría. Como decida acoplársenos ya puedo despedirme de mi cita de ensueño. Inevitablemente pasaré a segundo plano, pues ni siquiera la honesta integridad de Julián puede resistirse a los encantos de mi hermana mayor. No existe hombre en la faz de la tierra que no caiga rendido ante su metro ochenta, su cuerpazo de modelo de lencería, su carita de ángel perverso y su melenón pelirrojo. A diferencia de mí, mi hermana sí que sabe sacar provecho a sus curvas. Y aunque su conjunto no es tan llamativo como el mío, su silueta me da cien vueltas. El ajustadísimo jersey de cuello de cisne negro, resalta su pechamen y un cinturón ancho, ciñe su cinturita de avispa. ¿100-60-90, qué hombre puede resistirse a esas medidas?

_¿Qué estás haciendo aquí? _le escupo, molesta.

_Julián llamó a casa para preguntar por ti. A veces, se le olvida que ya eres una mujer emancipada y resulta que yo estaba visitando a mamá cuando sonó el teléfono. Me comentó que ibais a una exposición y me apunté al plan.

Mi mochilero la observa confuso, como si hubiese olvidado esa conversación.

Antes de que pueda replicar, Virginia lo saluda estampándole dos besos y eso me crispa porque toca algo que es mío y lo hace con la sucia intención de recordarme que ella podría arrebatármelo con solo guiñar un ojo.

_¿Te molesta que haya venido?

Como toda respuesta, inflo mis mejillas.

De repente, como llovido del cielo, un periodista del periódico local, aborda a Julián y yo aprovecho su distracción para ensañarme con Virginia.

_Coge a tu acompañante y lárgate _le ordeno, entre dientes, pellizcándole

el brazo.

_ ¡Auh! ¿Qué acompañante? He venido sola.

¿Sola? Eso es inconcebible. Mi hermana es incapaz de salir de casa sin un hombre, igual que el más común de los mortales nunca saldría sin las llaves. Pero si es verdad que viene sola, eso significa que... ¿está buscando a su nueva víctima!

_ ¿Cómo has entrado sin invitación?

_ ¿Qué te hace pensar que no la tenía? _ pregunta, con cara traviesa.

_ ¿De dónde la sacaste?

Se limita a sonreír, pestañeando como una muñequita Nancy. Mi segundo pellizco la hace confesar.

_ Vas a dejarme el brazo lleno de moretones _ lloriquea_. La cogí en casa de papá y mamá. Te habían llegado unas cuantas...

_ ¡Abres mis cartas sin mi permiso? _ me enervo.

_ Mamá dijo que ibas a tirarlas...

_ ¿Y por qué has venido? _ le espeto bordemente, propinándole otro pellizco.

_ ¡Auh! Quería comprobar cómo es ese tío que te saca tanto de quicio.

_ ¿Quién? ¿Álex?

Asiente, divertida.

_ ¡Si ya lo conoces!

_ ¿En serio? ¿Estás segura? Me acordaría de un tipo tan popular _ asegura ojeando a las estrellitas que nos rodean_. ¡Oh! ¿Esa de ahí no salía en una peli de Almodóvar?

_ Te digo que ya lo conoces _ me irrito con su mueca de fascinación_. ¿Recuerdas a aquel tío inglés que estudió con Julián fotografía? Le acompañó a casa muchas veces. ¿Te acuerdas o no?

Virginia hace memoria, apoyando el índice en los labios y mirando el techo, sobreactuando, como siempre.

_ ¿El rubiales larguirucho? ¿El que tenía acné? _ acierta, decepcionada.

_ Sí, pero ha llovido mucho desde entonces _ interviene el susodicho, metiéndose en la conversación.

¡Ya estamos! Cualquiera hubiese pensado que era como un tigre aguardando el mejor momento para atacarnos con su chulería.

_ Algo se cuece cuando dos mujeres cuchichean, me encanta que estéis hablando de mí _ Álex sonríe, la mar de feliz.

Mi hermana enseguida advierte lo poco que queda de aquel chaval que se pasaba por casa. El acné juvenil se resignó con la llegada de la madurez y un infalible tratamiento dermatológico y el cuerpo espigado, de tirillas, fue reemplazado por un cuerpazo de metro noventa, esculpido a base de intensas rutinas de musculación. Por si eso fuera poco, Álex se ha emperifollado a conciencia: un afeitado perfecto, perfume de lo más caro, y un conjunto elegante y al mismo tiempo informal, con la corbata a medio atar. El resultado satisface de sobra las expectativas de mi codiciosa hermana que se queda con la mandíbula desencajada del pasmo.

Álex, sin embargo, prefiere destripar mi vestuario con la mirada. Parecía encantado, incluso alucinado por lo que me he esmerado, hasta que se ha topado con las deportivas que calzan mis piececillos. La bofetada visual le hace retorcer el hocico y emitir un ruidito de desaprobación con la lengua, sacudiendo la cabeza, como si no soportase las contradicciones del conjunto. Enseguida se repone, exhibiendo una de sus pedantes sonrisas.

_Nueve y medio sobre diez. Y que conste que soy generoso, las deportivas deberían restarte dos puntos _recalca con los dedos en V.

Le respondo con un corte de mangas, empujando el dedo corazón.

_¡No seas tan vulgar! La gente importante podría escandalizarse _me pide, con falsa preocupación, cubriendo mi peineta y, al instante, vuelve a su estupidez suprema_. ¿Te dieron la tarde libre en el restaurante o el Santo te ha convencido? Sabía que era una buena idea invitarle a él porque te arrastrarías hasta aquí tras sus pasos.

Pongo en práctica mi mirada asesina, pero le resbala como una gotita de lluvia.

_¿Qué opinas de la serie? Tengo talento, ¿no?

_¡Buf!

_¿Ese bufido qué significa?

_Son un evidente reflejo de tu naturaleza.

_Mmmm... _Medita el comentario_. ¿Adónde quieres ir a parar?

_¿Necesitas preguntarlo? _respondo desganada, agarrando a mi hermana del brazo para darle la espalda al gallito y abandonarle con el comecome, pero Álex se niega a dejar la conversación a medias.

En poco menos de treinta segundos, Virginia presencia nuestro torneo de tenis verbal en el que las pullas rebotan del uno al otro como granadas de mano. Decidida a apagar el fuego de la discusión, toma la iniciativa y se

abalanza sobre Álex para presentarse con esa seducción que la caracteriza, nada descarada, siempre efectiva. Enseguida percibo una atracción recíproca que me pone enferma. Sospecho que mi hermana ya ha escogido a su próxima víctima, pues, al segundo, empieza a desplegar su telaraña sobre el Pijo, sugiriéndole que le regale alguna anécdota sobre los actores retratados, hambrienta de chismes.

Desde la distancia, aprecio cómo Julián, que charlaba con uno de sus colegas de la revista, pierde el hilo de la conversación para observar cómo Álex acapara a mi hermana. Su mirada dolida me confirma que estamos hechos el uno para el otro, pues ambos somos expertos en amores imposibles. Aunque ya han transcurrido diez años desde que Virginia rompió con él, Julián sigue sin restablecerse.

Celosa y abatida, hago de tripas corazón y finjo que no pasa nada. Y por un rato consigo quedar bien ante los grandes profesionales de la fotografía que hablan con Julián, hasta que la reportera de la televisión local me encasqueta el micrófono en la boca para que opine sobre el talento de Alexander Xifré, haciéndome perder de un plumazo todos los puntos que había ganado. Rabiosa porque Julián está más pendiente de mi hermana que de mí, o porque simplemente no soporto a Álex, me ensaño de lo lindo al responder:

—Buf, más de lo mismo. Otra vez el fotógrafo rindiendo culto a la gente guapa, ¡cómo si la vida no les hubiese premiado bastante! Se repite el canon de belleza superficial y requeteexplorado por la publicidad, que sólo sirve para que la gente normal nos sintamos como una mierda llena de defectos. Todos actúan como si Xifré hubiese inventado las sopas de ajo, cuando sólo son un puñado de imágenes retocadas por ordenador que no impresionan ni emocionan a nadie que tenga dos dedos de frente. Y, la verdad, no sé a qué vienen tantos aspavientos, yo me quedo fría.

Julián intenta quitar hierro a mis palabras, creo que lo he avergonzado un poco.

La periodista, boquiabierta, ni pestañea ni respira.

Ferrer, la mano derecha de Álex en el estudio, no concibe mi crueldad y se ha quedado con el canapé a medio camino de la boca.

Los famosillos de nuestro alrededor de inmediato me etiquetan de animal peligroso y se esfuman, para evitar que se les contagie la rabia.

En cuanto logra procesar mi comentario envenenado, el cámara rescata a su colega del shock y la arrastra hacia otra etapa literaria, donde poder socavar

críticas más favorables.

Todos los visitantes me miran mal y eso no es nada agradable.

_Esta gente me agobia _digo secamente_. Vámonos de aquí.

_Estoy de acuerdo _me respalda mi Julián, estrechándome la mano.

Antes de irnos, nos acercamos hasta mi hermana, que, colgada del brazo de Álex como si fuesen pareja, escucha las virguerías que el fotógrafo tuvo que hacer para solapar el fondo con los personajes y adecuar la luz al escenario. Por suerte, ninguno de los dos se ha enterado de mi debut ante los medios de comunicación. Probablemente nunca llegarán a emitirlo (a menos que el programa sea en directo). *Ay, ya la estoy liando parda otra vez.*

Julián interrumpe el flirteo de sus cuchicheos sin miramientos.

_Nosotros nos marchamos. ¿Nos acompañas? _le pregunta a mi hermana, sin soltarme la mano, de hecho, la apretuja más fuerte.

Álex se mantiene al margen, como si no quisiera influir a Virginia y observa nuestras manos entrelazadas con disimulo, rascándose una ceja. Se libera del brazo que mi hermana apoyaba en su hombro, como si le estorbara y repasa fugazmente mi conjunto. Si no supiera que es imposible, creería que ha movido mi blusa mediante telequinesia. En mitad de su descarado escáner, la prenda escoge el peor momento para deslizarse y exhibir mi hombro desnudo, como invitándolo a seguir analizándome, enseñándole más carne. El apretón de Julián empieza a privarme la circulación, para no soltarle, me enzarzo en una batalla por recolocar la blusa con una sola mano.

Entretanto, mi hermana se inventa mil excusas para no acompañarnos. Quisiera que Álex le presentase a los famosillos, alega que apenas ha podido detenerse en las fotografías como el artista merece y se enfrasca en alabanzas sobre el talento del Pijo que, haciendo oídos sordos a sus piropos, se divierte contemplando mi torpe intento por recatarme. Hasta que decide echarme un cable. Su experiencia vistiendo y desnudando al sexo opuesto, queda demostrada cuando me coloca la blusa en su sitio de una tacada. Aunque es bastante discreto, su gesto altruista no les pasa desapercibido. De inmediato, Julián lo intimida con una posesiva mirada que jamás le había visto antes, reacción que anima a Virginia a tomar una decisión:

_Me quedo _anuncia, dedicándole al Rubio una arrebatadora sonrisa, con pestañeo de Betty Boop, inclusive, para conquistarlo.

Desde que salimos de la exposición, Julián apenas ha cruzado dos palabras conmigo: *He reservado mesa en un hindú de Ciutat Vella, cogeremos el*

metro hasta Plaça Catalunya. Aunque no hemos caminado mucho, la exposición me ha dejado agotada: demasiada tensión reprimida que ahora me deja para el arrastre. Por suerte, encontramos asientos libres dentro del vagón en los que recuperarme. Cohibida por su largo silencio, observo su reflejo en la ventanilla con disimulo: Julián parece melancólico y molesto a partes iguales.

Me abrocho el abrigo de terciopelo, aunque en el vagón la temperatura es agradable, un extraño escalofrío me recorre el cuerpo al mirarle.

Seguramente está disgustado por dejarlo en evidencia ante sus colegas del gremio al poner a Álex a caer de un burro. Ay, Marta ¿cuándo aprenderás a reprimir esa boca que tienes?

_Deberías poner a Virginia sobre aviso, ya conoces a Álex _dice, de pronto, salvándome de mi comida de tarro_. Algún día, tu hermana lamentará su comportamiento _añade, sin despegar los ojos de la ventanilla.

_Lo sé _susurro, compadeciéndolo.

Mi pobrecito Julián está hecho polvo. Por más que asegure que el amor que sintió por Virginia se apagó hace tiempo, se nota que aún alberga esperanzas. Nunca entenderé como ella puede torturarlo así, zorreando con el primer musculitos que se le pone a tiro, sin importarle que él esté presente y lo pase mal. Aun así, nuestro vínculo de sangre me obliga a advertirla que Álex es un ligón de cuidado. En cuanto llegue a casa, la llamaré para sacarle de la cabeza la idea de enrollarse con el Heredero, eso, si se digna a cogerme el teléfono. Eso, si no se lo ha llevado ya al huerto...

_Lo siento, te he dejado en evidencia _me atrevo a decir, muerta de culpabilidad.

_¿Por qué dices eso?

_Pensaba que estabas molesto por lo que he dicho delante de las cámaras, ya sabes, el sermón sobre lo superficial que era el trabajo de Álex.

_¿Por qué iba a molestarme? Tenías toda la razón. No sé qué bicho le ha picado, Xifré se vuelve más memo cada día, pero... en fin, sus valores son opuestos a los nuestros, ¿no?

_Puede que mi hermana le dé una buena lección. Así se le bajarán los humos. _Enseguida me arrepiento de haberla mencionado. El inoportuno comentario lo deja fuera de juego durante un buen rato, como si intentase ordenar sus pensamientos y asumir de una vez por todas la derrota.

El metro atraviesa Barcelona bajo tierra y nosotros seguimos calladitos

como cadáveres. Hasta que en la parada de Arc de Triomf, me mira repentinamente a los ojos como si hubiese encontrado en ellos la medicina contra su tristeza. De repente me sonrío y se inclina hacia mí para cogerme la mano. Acaricia los surcos de mi palma, como una quiromántica gitana y resigue con el índice el trayecto de la línea de la vida, que Azucena ha leído tantas y tantas veces, despacito, muy pensativo.

_Tú eres la única razón por la que regreso a este país _confiesa con una penetrante mirada.

Debería responder algo ingenioso o, al menos, algo, pero me quedo paralizada, con la cara roja como un tomate, esperando a ver qué pasa. Y casi me trago la lengua cuando me besa la palma con dulzura.

_Podríamos planear un viaje cuando te den las vacaciones. ¿Te gustaría acompañarme en algún reportaje?

_¿Lo dices en serio?

_Nada me gustaría más.

_Ni a mí _admito, reprimiendo la emoción.

_¡Entonces, hagámoslo!

_Námaste. _Julián le agradece el *thali* que acaban de servirnos, uniendo las palmas de las manos como si fuera a ponerse a rezar.

Hago lo propio. El camarero hindú, que lleva un turbante y un kurta negro, nos corresponde con el mismo gesto. Una sonrisa blanca y radiante resalta en su rostro moreno.

¡Como mola este sitio, me siento como si hubiese aterrizado en Bombay!

Pedimos arroz basmati, *dhal*, *samosa*, *pakora*, rollitos de primavera de col y zanahoria... un menú acorde con la dieta vegetariana que él sigue a rajatabla. Ni vino, ni cerveza, Julián también es abstemio, en su lugar, bebemos agua y zumo de manzana.

_¿No es muy precipitado que vuelvas a marcharte? Acabas de llegar de Argentina, deberías descansar un par de semanas, al menos.

_Tengo que aprovechar la temporada seca, antes de que lleguen los primeros monzones de mayo.

_Pero hace años que no te tomas unas vacaciones en condiciones y todavía falta tiempo para las lluvias _intento convencerlo, a la desesperada, para que se quede un poquito más a mi lado. Todo es más fácil y tiene más sentido

cuando él está cerca.

_Estoy bien. Ya sabes que me encanta viajar. Mi vida ideal consistiría en hacerme con una caravana y despertarme cada mañana en un país distinto. Un día en un campo de amapolas, otro, junto a un lago de aguas cristalinas, al siguiente, a pie de playa... _se justifica, troceando por la mitad el rollito. La pequeña nube de vapores que surge de su interior hace ondear su flequillo.

_Suená bien. ¿Y cuándo piensas en eso, hay alguien a tu lado? _le sonsaco con timidez.

Suspira y sonrío, resignado.

_¿Quién querría seguir a este lobo solitario cargado de manías que siempre anda metiendo los hocicos en el lodo de países tercermundistas? La mujer que esté a mi lado, sufrirá porque no puede retenerme. No soy un hombre egoísta, pero no cambiaría la vida que llevo por nadie. Tampoco puedo obligar a mi *compañera* a seguir un camino que no es el suyo, ¿no crees? _se encoge de hombros, conformado_. ¿Te gusta el restaurante? _pregunta, de repente, señalando con la barbilla la inmensa estatua dorada Ganesha, el dios elefante. La verdad es que el ambiente es estupendo, hilo musical con baladas de Bollywood, estatuas de dioses hindúes, columnas decoradas con rangolis, un impresionante vinilo del Taj Mahal que reviste la pared, y un ambiente muy íntimo, gracias a la tenue luz de las lamparillas que adornan las mesas. A Azucena le fascinaría este sitio, ¡yo, estoy encantada!

_También me gusta tu barba _le piropeo.

_¿En serio? Mi madre dice que me chupa la cara. ¿Tú qué opinas? _me ofrece diferentes ángulos con posado seductor.

_Te da un toque muy hípster y además es un estupendo filtro de sopas. _Le limpio el yogur especiado con la servilleta, riéndome_. ¡Ah, por cierto, hablando de tu madre! Felicítala de mi parte, su último libro casi me hace perder el trabajo. ¡Lo leí en seis días!

_¿Las novecientas páginas?

_¡Ya te digo!

_¿Y te ha gustado? _se diría que le sorprende.

_¡Me enganchó desde la primera frase! Fui cómplice de la protagonista desde el principio y eso que es un personaje... ¿cómo lo diría...

_Manipulador, terrorífico, intrigante...

_¡Lo has leído!

_¿Tanto te asombra?

_ Pensé que no tendrías tiempo. Además, salió a la venta justo cuando te marchaste a Argentina.

_ Mi madre me dio uno de los borradores. Dispongo de muchas horas muertas, viajo en tren y en avión a diario y, en fin, es mi madre, qué menos que dignarme a leer sus “cuentecillos de terror”.

_ ¿Cuentecillos de terror?

_ Abusa de lo macabro, ¿no te parece?

_ Vale, sí... *Viento estático* no es un cuento de la Disney, pero...

_ A la reina de la novela gótica se le agotan las ideas. No me extrañaría que este fuese su último libro _ opina, apilando el arroz con chutney de tomate sobre un trozo de *papadum*.

_ ¡Qué? ¡No podemos permitirlo! Además, este es el mejor de todos. Mis compañeras del *Pop á feira* y Miriam, de la editorial, coinciden conmigo. ¡Hasta ese bloguero insoportable que se la tiene jurada, opina que esta vez Gloria Latorre se ha superado a sí misma!

_ Razón de más para retirarse antes del declive. Además, no me parece ético que se lucre enalteciendo los motivos que pueden tener los asesinos para cometer sus crímenes. Nuestra sociedad no necesita más violencia. _ Como si quisiera dar el tema por zanjado, reclama la atención del camarero_. Traíganos otra botella de agua, por favor.

Julián no admira la obra de su madre y, viniendo de un cacho de pan como él, lo entiendo. Es cierto que en su última novela Gloria describe escenas que me han puesto los pelos de punta, pero el desenlace las necesitaba, era imposible omitirlas.

Como no quiero fastidiar la velada otra vez, no voy a insistir en el tema, ni a hacerme pesada. Lo mejor será que cambiemos de conversación.

_ Ahora que estamos a salvo, sé sincero conmigo, el trabajo de Álex te ha parecido superficial, ¿a que sí?

Aunque parezca una tontería, necesito que Julián se ponga de mi parte al respecto. Solo por saber si soy objetiva o simplemente condeno el talento del Pijo porque me reconcome la envidia.

_ No me tires de la lengua... _ murmura.

_ Desde que volvió de Nueva York está pesadísimo _ me quejo con un bufido.

Julián frunce el ceño y su iris avellana se ensombrece bajo sus expresivas cejas negras.

_¿En qué sentido?

_Se presentó en la marisquería para humillarme delante de la modelito engreída que lo acompañaba _sacudo la cuchara, todavía rabiosa, haciendo memoria. Ya han pasado dos semanas y aún estoy escocida.

_¿Humillarte?, ¿cómo? _pregunta muy serio_. ¿Qué hizo, Marta?

Pues verás, después de tratarme como una mierda, el muy capullo pretendía que le acompañase en San Valentín para quitarle a los moscones de en medio y, aunque era una buena ocasión para comer gratis, no acepté porque ni el caviar compensaría su fastidiosa compañía. Y muy en el fondo, admitámoslo, tampoco accedí porque inexplicablemente esperaba tu llamada. Al final, pasé la noche con Azucena, viendo una película romántica y empalagosa, mientras ella me leía las cartas del tarot durante la publi y me consolaba diciendo que ese sería mi último San Valentín sola.

_Nada _digo tras madurarlo.

_No, en serio, Marta. ¿Hizo algo que te molestó? _alcanza mi mano.

_Es un plomo. Insistía una y otra vez en que fuera a la inauguración de la exposición. Había decidido librarme, pero...

_Vaya y aparecí yo y, sin querer, te obligué a ir. Lo siento. Aunque eso explica por qué se rio de ese modo cuando acepté.

_¿Se rio?

_Te guiñó el ojo. ¿No lo viste? Por un momento pensé _su voz pierde fuerza_... que os habíais liado y me lo ocultabais.

_¡Arg! ¡Cómo pudiste pensar eso!

_No sería tan extraño, ¿no? Hacéis buena pareja.

_¿¡Qué dices?! ¡¿Yo, con ese hipócrita narcisista?!

Julián se echa a reír.

¡Es broma, mujer! ¿Te imaginas la mala vida que te daría ese engreído? En cuanto te diceses media vuelta, te sería infiel con la primera mujer que se le pusiera tiro. Además, ¿de qué ibais a hablar? ¿De truquitos de belleza? Si sois como el agua y el aceite. No te ofendas, yo tampoco me haría con una mujer tan egocéntrica como él añade al ver mi cara de sorpresa. Julián siempre es muy comedido, y nunca se había mojado tanto al opinar de nadie, por eso estoy atónita_. Nosotros nunca entenderemos a esas personas que solo se preocupan de su físico o de la popularidad que adquieren día a día, personas que jamás se permiten un momento de receso o de soledad porque el silencio y el vacío de sus mentes, les aterra. Gracias a personas como Álex, la sociedad asocia el

triunfo con el dinero, el liderazgo, con pisotear y someter al más débil. Todo es factible y está justificado con tal de destacar. Si esa meta no se lleva a efecto en tiempo récord, llega la temida madurez y con ella la decrepitud. Llega el bisturí, la carrera contrarreloj para ganar la batalla a las arrugas y las canas, lo que fomenta la enfermedad de la baja autoestima. ¿Te has fijado en la enorme cantidad de libros de autoayuda que se editan hoy en día? La gente ha perdido la iniciativa y la capacidad para resolver sus propios conflictos, necesitan gurús y manuales para todo, incluso para mear. Han exterminado la religión y la han sustituido por otros credos, pero, al fin y al cabo, el engaño sigue siendo el mismo. El Universo te recompensará tu bondad. El buen karma te traerá buen karma, y si continuamos así, la humanidad seguirá de brazos cruzados, esperando una compensación a su inactividad. Temerosos de perder sus miserables sueldos, esos conformistas actúan como un rebaño sin sesos, aspirando a esa felicidad fraudulenta que las personas como Álex confeccionan para ellos. Esos vendedores de humo ombliguistas, necesitarían vivir las experiencias que vivo a diario para ver la auténtica realidad sin filtros ni baremos de éxito. Por desgracia, nuestro viejo amigo, ha escogido ser artífice de esa propaganda consumista. Nuestras inquietudes son incomprensibles para él. Lo mejor que puedes hacer, Marta, es ignorarlo. Que su meta sea llegar a la cumbre de esa élite que desprecia a la gente a la que explota, no significa que la razón esté de su parte ni que deba imponerte su sistema métrico. ¿Estás de acuerdo conmigo o no?

Julián me mira de hito en hito. El discurso lo ha alterado y está colorado por el entusiasmo con el que ha expuesto los cargos que se le imputan al pijo. Proceso todo lo que acaba de decirme con amargura. Sin duda, yo también entro dentro de ese saco de memos sin seso que esperan un milagro sin mover ficha.

_Dime, ¿no te compadece del pobre Álex? _me atosiga.

_¿Compadecerle? ¿Se compadece él de mí alguna vez? _murmuro, desinflada.

De pronto la mirada de Julián se vuelve agresiva. Su expresión no ha variado un ápice, pero sus pupilas son tan profundas como oscuros abismos.

_Si no viajas tanto... podrías protegerme de él _musito, un poco incómoda.

_La mejor forma de protegerte de él sería cambiando de trabajo.

Supongo, pero...

_Estamos en plena crisis económica, debo ser uno de los pocos privilegiados que tiene dos trabajos. Con el sueldo de la revista pago el alquiler, no puedo prescindir de él y dejarlo todo así, a lo loco, puede ser arriesgado. Mis padres tampoco están para echar cohetes, ya lo sabes. ¡Solo les faltaría tener que ayudarme con el alquiler, con lo mal que les sentó que me fuera!

_Entonces, abandona este país _responde, rotundo, como si me achacase que solo le doy excusas.

¿Lo de acompañarte en algún viaje... iba en serio? pregunto, apocada.

_Por supuesto _responde alegre, como si hubiese iniciado el tema para conducirme a esa posibilidad_. Serás una mujer maravillosa cuando hagas borrón y cuenta nueva, y yo, te ayudaré a conseguirlo.

BARCELONA

Miércoles, 22 de febrero de 2012

Virginia

Jhon Diego Guzmán forcejea con todas sus fuerzas contra la puerta del dormitorio. Mientras intenta impedir que se cierre por completo, en su rostro se presiente el fracaso y el consiguiente despido que lo alejará de esta vida de excesos que tanto le fascina.

Cuando *el monstruo* ha irrumpido en el chalet, JD estaba desprevenido, amontonando a golpe de tarjeta de crédito su segunda ración de polvitos mágicos, y apenas lo ha visto venir. Así de fácil *él* ha llegado hasta mí, sin impedimentos.

En un acto reflejo, Jhon Diego interpone su mano antes de que la puerta se cierre, cometiendo un error irreparable, pues ese insignificante tope de carne jamás contendría *al monstruo*, el colombiano enseguida berrea desgarradoramente, cuando sus dedos atrapados empiezan a partirse. En el clímax del dolor, se arrodilla suplicando compasión, cuando su verdugo se recrea y aprieta. Sus metacarpos, como ramas secas, se tronchan con un chasquido espelúznate, torciéndose en antinaturales direcciones. Astillosos fragmentos de hueso germinan bajo la piel, desgarrándole los músculos y los tendones.

Paralizada por sus desgarradores chillidos, veo fluir la sangre de Jhon Diego por el marco e impregnar el parqué. Cuando está a punto de seccionarle los dedos, *el Monstruo* se muestra compasivo y abre la puerta, liberándolo. Al comprobar el espeluznante estado de su mano machacada, la impresión del colombiano es tal, que se desploma ocupando parte del dormitorio. Sin arrepentimiento, la temida visita, lo expulsa de la habitación, pateándolo. Ahora que nada ni nadie se opone a sus deseos, ya puede quedarse a solas conmigo, en este espacio íntimo, provisto de tres recios pestillos, que va echando despacio, confiado de mi absoluta incapacidad para revolverme

contra él.

Puedo percibir en el ambiente la ira contenida que estallará sobre mí en breve, envolviéndolo como un aura turbia, casi tangible. Las paredes de la habitación se comprimen, la atmósfera se perturba con truculentas vibraciones, incluso la luz de los halógenos se marchita, en detrimento de su oscura presencia.

Hace diez años que presencio su metamorfosis. En la intimidad, a salvo de ojos analíticos, Julián Latorre se desprende de esa apariencia benévola y solidaria que ofrece a los demás, como una piel muerta que reprime su visceral naturaleza.

Con los ojos inyectados por la alteración de la lucha, el consolidado maltratador eleva el brazo y recoge sus dedos en un puño.

No son los primeros golpes que recibo, probablemente tampoco serán los últimos. A fuerza de crueles escarmientos, he asimilado el riesgo de sublevarme y ya no opongo resistencia, tan solo me ovillo y aplico la sabiduría de la experiencia, para evitar el impacto fatal en órganos vitales. Esta situación es un duro trámite, una factura que pagaré hasta que él se canse de amarme.

En esta ocasión, su rabia se prolonga más que nunca y no se amedrenta con el escándalo de la sangre. Se diría que hoy sí viene decidido a cumplir esa amenaza que repite cada vez que deja caer sobre mí otro golpe:

_¡Puta guarra, voy a matarte!

Reclamar auxilio sería en vano, las paredes están insonorizadas para aislar el sufrimiento y la única persona que podría auxiliarme, está desmayada tras la puerta.

Recibo un puñetazo directo en el rostro, el cartílago de mi nariz chasquea y un dolor electrificante se ramifica por mi cabeza. Un escandaloso torrente de sangre se bifurca en mis fosas nasales y rocía su jersey peruano.

_¡Maldita zorra, lo has hecho para provocarme, no lo niegues! ¡SIEMPRE ME HACES QUEDAR COMO UN CAPULLO ANTE TODOS!

Apoyo mi ensangrentada mano sobre el parqué, buscando un punto de apoyo que mantenga mi equilibrio. Mi boca está encharcada de sangre que chorrea por mi barbilla y tiñe mi pijama.

_¡¡¡TE HAS QUEDADO CON ÉL PORQUE QUERÍAS FOLLARTELO, ¿VERDAD?!!!

Me arroja contra la pared y desgarrá mi ropa hasta desnudarme.

Entre bofetadas y zarandeos, llorando por el cansancio acumulado durante años, le aseguro que no he hablado más de la cuenta. Me arrodillo y me abrazo a sus piernas, agradeciendo la pequeña tregua, prometiendo, mientras beso su pantalón de pana, no volver a hablar con Alexander Xifré, y no fijarme en otro que no sea él. Pero recordarle el largo historial de tentativas de infidelidad, tan solo me sirve para avivar su sed de justicia. Mis heridas no consiguen ablandarlo, al contrario, se vanagloria de su bondad pues, según alega, el dolor que me causan sus golpes es una insignificancia comparado con el tormento que yo le ocasiono con mi promiscuidad.

Por no desfogarse conmigo, la emprende a patadas contra la mesilla. Arranca el collage de recortables que encolé en la pared en las tardes de clausura y las litografías. Con ensañamiento, destroza los marcos de los cuadros contra el cabecero de la cama. Los fragmentos se proyectan en todas direcciones, abonando el suelo con un mantillo de cristales.

Guzmán ha despertado y se lamenta tras la puerta. Hace un año lo contrataron para protegerme de estos episodios. Hasta la fecha, nunca se había enfrentado a la cólera de Julián, quizás pensó que todo eran exageraciones. En pago a su escepticismo, esta noche gana una mano inservible.

Más allá de los gritos y los insultos, y a pesar de que los oídos me pitan por la contundencia de sus golpes en la cabeza, a través del grosor de la puerta y más lejanos que los sollozos de mi vigilante manco, escucho unos atronadores pasos que ascienden aprisa por la escalera y como Jhon Diego le balbucea algo incomprensible al recién llegado que, sin entretenerse ni vacilar, aferra el pomo e intenta girarlo con desesperación. La puerta se sacude, los pestillos se resienten. El desconocido empuja con el todo el peso de su cuerpo.

Gracias a Dios, ya están aquí, sólo debo resistir hasta que los refuerzos le pongan freno.

Julián me ha elevado del suelo de un tirón de pelo y vuelve a aplastarme contra la pared, su rodilla se clava en mis costillas y se dispone a comprobar cuánto puedo resistir sus bofetadas. Los segundos se eternizan. ¡Cuándo se abrirá esa puerta!

Los tornillos de los pestillos se aflojan a medida que el desconocido la embiste con rotundos empujones. Una embestida, otra.

Consigo esquivarlo cuando se despista mirando la puerta. Ruedo sobre la cama, pero la inestabilidad me hace caer al otro lado. Él salta sobre el

colchón, y posteriormente sobre mí, aplastándome bajo su cuerpo.

El marco cruje, se desencaja, la tornillería de las bisagras empieza a ceder.

Un nuevo aluvión de bofetadas me desorienta.

—¡No volverás a hacerme daño, hija de puta, porque esta noche voy a matarte!

Esa sentencia apremia a la persona que desea derribar la puerta, pues sus embestidas se triplican.

Presintiendo que le queda poco tiempo para actuar, Julián se sienta sobre mi estómago y oprime mi garganta con sus pulgares, dándome brascas sacudidas contra el parqué.

Justo cuando parecía que ese individuo se había dado por vencido, el empujón definitivo derriba el marco y la puerta al tiempo.

Julián mira los desperfectos con odio, preguntándose quién ha tenido el valor de perturbar nuestra intimidad.

—¿Qué coño haces aquí? —El visitante no le despierta ninguna simpatía, pero sí cierto respeto. Enseguida, mi verdugo se incorpora fingiendo naturalidad, como si estuviese buscando las zapatillas bajo la cama.

En cuanto soy capaz de respirar de nuevo, aúno las pocas fuerzas que me quedan para girarme y gatear hasta el rincón más alejado de él.

—¿Sabes cuánto cuesta esa puerta, inútil? Pienso descontarte la reparación de tu jodido sueldo de matón.

Aunque Julián pretende colocar en su sitio al visitante, su tono ha perdido firmeza.

El desconocido no malgasta el tiempo pidiendo disculpas:

—¿Dónde está?

Al escuchar esa voz temo que los golpes me hayan afectado. En medio de este campo de batalla, su inesperada intrusión hace que mi corazón cambie radicalmente de ritmo y se apacigüe.

—No es asunto tuyo, Tolstoi —opina Julián con menosprecio.

El dantesco aspecto del dormitorio, agranda los felinos ojos del ruso. La amplitud de la estancia, lo obliga a barrer el desastre hasta localizarme. Me encuentra tras las cortinas, gateando dubitativa sobre los cristales, frenando la hemorragia nasal con las medias que llevaba puestas hace un par de horas.

En su afán por decir la última palabra, antes de que el gigante ruso pueda impedirselo, Julián intenta patearme el cráneo. Por fortuna, Dubrovsky lo aparta a tiempo y la puntera de su zapato apenas roza mi flequillo.

¡Mi marido ha vuelto!

Julián se resiste, como una fiera rabiosa, a la férrea inmovilización que le aplica Yakov. A fin de aplacarlo, el ruso dialoga con voz moderada.

_Si no aprendes a contenerte, acabarás matándola.

_¡Iba a hacerlo cuando nos has interrumpido!

Esquivo los escombros del desastre, embriagada.

_Guzmán me ha informado por teléfono de todo. Tras recibir tu llamada, temió que podías aparecer para tomar represalias y me pidió que lo ayudase a reforzar la vigilancia _argumenta contemplándome. Con un sutil desvío de mirada, me indica que entre en el cuarto de baño y entretiene a Julián para concederme tiempo_. Fue un encuentro inofensivo. Ella se despidió de él al poco de marcharos. No se vieron más tarde. No se han citado. Por lo tanto, no tienes ningún motivo para desconfiar.

Guzmán admira desde el pasillo la seguridad con la que habla su antecesor.

Entretanto, yo consigo llegar al baño y acurrucarme en el hueco que hay entre el bidé y la ducha. Cuando diseñaron este dormitorio, prescindieron de la puerta del aseo para evitar que pudiese encerrarme en él y autolesionarme. Sin ese obstáculo de madera y conglomerado, puedo escuchar perfectamente toda la conversación. Solo lamento que el tímpano resentido enturbie con su pitido la voz que tanto he añorado. Sé que esta sonrisa no guarda coherencia con el abominable episodio que acabo de sufrir, pero ya que ninguno puede verme, no tengo porqué reprimirla.

Mi marido ha vuelto y siento que estoy a salvo de nuevo.

_Te estás encariñando demasiado con esa zorra, Brovsky. Espero que no hayas olvidado qué intereses estás defendiendo.

_Sólo cumplo las órdenes de quien extiende mis cheques. Tu madre la necesita viva y entera y lo sabes.

Gracias al espejo abatible del tocador, puedo verlos a ambos. Julián reflexiona sobre ello y serena su actitud. Si Yakov lo libera, promete comportarse.

Dubrovsky lo suelta despacio, recelando de su juramento.

_Ya no puedo fiarme de ella _Julián se queja como un crío mimado que intenta justificar sus travesuras_. Prometió que no volvería a jugármela y le ha faltado tiempo para ponerse a zorrear, y encima lo hace con ese... gilipollas. Sabe que no lo aguanto, por eso lo ha escogido, para cepillárselo y volverme

loco. ¡Es una zorra manipuladora! _Se encamina hacia el lavabo, avivando el odio que se cocina en sus entrañas. De inmediato, Dubrovsky lo doma jalándolo del jersey y obstruye la entrada del aseo con su corpulenta anatomía.

_Escucha la grabación, eso te tranquilizará. _El acento de mi marido se agrava en situaciones de tensión como si, al enfatizar su procedencia eslava, amedrentase más_. Te repito que su conversación era inofensiva, lo que debería preocuparte son las contusiones y las heridas de ambos. El lunes, en cuanto pisen el aeropuerto, la policía advertirá esos moretones y querrán indagar.

_Ese no es mi problema. Para eso os pago, ¿no? Para que limpiéis la sangre que voy derramando.

La conversación se ve interrumpida de pronto con la llegada de Yuri y Toño, dos matones más que trabajan para el clan Latorre.

_¿Todo bien? ¿Está a salvo? _pregunta Toño, en cuanto advierte los destrozos de la habitación. Yuri atiende a Guzmán, que sigue angustiado por la escasa movilidad de su mano.

Cuatro hombres a su servicio, contratados para controlar su temperamento y dispuestos a seguir sus órdenes, siempre y cuando no contradigan esa condición inalterable que viene de más arriba: “la pelirroja es intocable y todo lo que sea perjudicial para ella, debe evitarse”.

Julián sabe que no podrá cumplir su amenaza esta noche. Si por él fuera, entraría en el baño y terminaría lo que ha comenzado, pero Dubrovsky es como un robusto menhir de dos metros de estatura taponando la puerta, de modo que, debe conformarse con amenazarme tras esa pared de músculos. Bajo la amenaza de su mirada, me acurruco como un gato acorralado por una jauría de perros rabiosos.

_Más vale que tu conversación no me disguste, si no, ni los intereses de mi madre, ni la fuerza de tu “guardaespaldas” podrán evitar que termine contigo.

Julián se encamina hacia el despacho en el que se filtran mis conversaciones, escoltado por el dueto eslavo, Dubrovsky y Yuri.

Aún aterrada, permanezco en ese rincón, con el frío tacto de los azulejos besando mi espalda. Me angustia mucho la interpretación que Julián dé a mis palabras, tanto como que Yakov desaparezca de pronto, dejando el asunto en manos de los otros, como si ya hubiese cumplido con su obligación y no le importase mi estado. Estúpidos temores que se desmienten enseguida; al poco, Yakov regresa al cuarto de baño, solo, y me halla echa un ovillo, desnuda,

ensangrentada como un recién nacido y sin madre que lo acicale. Tirito de frío, tiemblo de miedo, de emoción.

Se agacha y me mira con gravedad, apartando con cuidado los mechones sanguinolentos que se apelmazaban en la herida de mi pómulo.

—No permitiremos que vuelva a tocarte —su voz es tan balsámica como el mensaje que anuncia.

Confiada, extendiendo el brazo que cubría mi pecho desnudo y alcanzo su mano. Me rescata del suelo, midiendo sus gestos para que mi desnudez no los embrutezca y con paciencia, me ayuda a sentarme en el borde de la bañera.

De inmediato, hace una fugaz valoración de los daños. Sus ojos grises sondan mi cuerpo sin lascivia, con preocupación. Muchos cortes, muchos golpes, mucha sangre.

—¿Crees que te ha roto algún hueso? —pregunta palpando el rojizo hematoma que aflora en mis costillas magulladas—. Parece que no. Aun así, tendremos que hacerte un reconocimiento y radiografías. —Su tacto me reconforta tanto que me eriza los pezones. Lo admiro sin contenerme ni esconderme. El sentimiento adormece el dolor.

Tan resolutivo como siempre, se incorpora, descuelga el albornoz de la pared y me envuelve con él para que no pierda el calor corporal, anudándome el cinturón con un nudo suelto que no me oprima la cintura.

—Ahora vuelvo.

Desaparece un instante, atraviesa el dormitorio y entra en la habitación anexa. Antiguamente Dubrovsky ocupaba ese dormitorio, desde hace un año le pertenece a Jhon Diego, pero el botiquín que el primero equipó por aquel entonces, sigue dentro del armario. A diferencia de Guzmán, Yakov nunca tuvo que lamentarse por su incompetencia. Como era de esperar, los vendajes están intactos. Todo está por estrenar.

—No ha sido buena idea dejarte sentada en la bañera. Podrías marearte —dice para sí. Sin añadir más, se inclina y me carga hasta la cama en brazos. Mi corazón está desconcertado. Hace unos minutos se exaltaba porque mi supervivencia estaba en peligro y ahora lo hace por entusiasmo. Incapaz de controlar el cóctel de emociones, me abrazo con fuerza a su cuello y ahogo el miedo sufrido, gritando contra su cazadora de cuero. Sin saber cómo reaccionar, se sienta sobre la cama conmigo en su regazo. Considerando que ese susto merece un desahogo, me deja llorar, sin hacer nada por consolarme, ni siquiera mueve las manos, solo me permite abrazarlo. Cuando oculto mi

cara dentro de su cazadora, buscando la protección de su axila y pringando su jersey de sangre, exagera la frialdad de su postura. Aun así, me envuelvo en cuero, como si pudiese ocultarme en su bolsillo para siempre.

Mi marido es frío como un invierno siberiano, pero su cuerpo es cálido como curativas aguas termales. Y eso es lo que más me gusta de él.

_Tengo que curarte _dice cuando ya han transcurrido varios minutos_. A ninguno de los dos nos convendría que él volviese y te encontrase abrazada a mí.

Aparto la cabeza, sobresaltada con esa idea.

_No te tocará, pero no le des más motivos para dudar de ti. Vamos, siéntate en la cama. Estás sangrando mucho y las lágrimas no cicatrizarán tus heridas.

Abandono sus piernas, lamentando que el abrazo haya terminado. Como si todo mi cuerpo estuviese decepcionado, los efectos de los golpes empiezan a manifestarse.

Yakov, me protege los pies con las zapatillas, evitando que me clave más cristales. Recoge la lamparilla de noche y la coloca sobre la mesilla, para iluminar lo mejor posible las heridas. Al tiempo que selecciona los materiales de las curas, contacta con la mujer que paga sus cheques. Con suma eficacia, hace un sucinto informe de lo sucedido, advierte que no podré regresar a la Lanzarote en el plazo acordado y solicita que el médico que sobornan en Barcelona, se presente en el chalet de inmediato para valorar mi estado. No pierde el tiempo extendiéndose, Guzmán está herido, de modo que él ocupará su puesto hasta que éste pueda reincorporarse. Enseguida cuelga y se enfunda los guantes esterilizados, dando prioridad a la hemorragia nasal. En cuanto ha valorado que el tabique no se ha roto y sigue recto, tapona los orificios con dos canicas de gasa, ligeramente humedecidas con agua oxigenada. Después, limpia la sangre que embadurna en mi barbilla, a la que se ha adherido la pelusilla de su jersey, con una gasa húmeda. Hace escasos momentos, Julián me reventó el labio inferior a bofetadas, ahora *mi* Yakov trata el coágulo con cuidado, evitando que la pequeña costra que ya se ha formado se cuartee. Su proximidad me embriaga. Recuerdo el temor que se reflejaba en esos ojos al ver los destrozos del dormitorio, la desesperación con la que me buscaban y sonrío, porque al menos hay alguien que se preocupa por mí sin esperar sexo a cambio.

Sin embargo, él achaca mi embelesamiento a la persona equivocada:

_¿Qué has visto en ese fotógrafo para arriesgarte de esta manera ante él?

Era obvio que *el Iguana* se presentaría aquí para rendirte cuentas por ello. ¿Qué pretendías? ¿Suicidarte?

_Nada _contesto, enmascarando mis intenciones.

Ignoro si frunce el ceño porque mi respuesta no lo convence o porque mi interés por Alexander Xifré le disgusta.

_No sé qué estás tramando, pero si crees que ese inglés ególatra arriesgará su comodidad para enfrentarse a ellos, apuestas por el caballo equivocado. Ese tipo está demasiado ocupado adorándose a sí mismo. _La acritud de su voz, lejos de desanimarme, me contenta. En primer lugar, porque ellos jamás considerarían a Álex un tipo peligroso, lo que le da más libertad de maniobra y lo segundo, porque los celos de Yakov ponen de manifiesto su afecto.

Sin profundizar más en el asunto, se agacha para desinfectar las laceraciones de mis rodillas. Las aletas de su nariz se dilatan al ver los cortes y los pequeños fragmentos de cristal incrustados en ellas. Sacude la cabeza, como si renegara de las escasas ventajas que le proporciona este oficio, mientras valora la forma más idónea de extraer los añicos. En su escrutinio, un resplandor metálico, atrae su mirada hacia el suelo. Su meñique se calza el anillo de mi falso matrimonio con Jhon Diego que terminó enterrado bajo los cristales durante la pelea. Una alianza ostentosa, con un chabacano diamante engastado y descollante que siempre se me engancha en los bolsillos. La inscripción interior y la fecha que ellos escogieron para nuestro enlace, endurece sus facciones.

Al observar sus manos, echo en falta la alianza que siempre llevaba en su dedo, cuando la situación nos convirtió en marido y mujer. Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, él ojea la mía, tal vez esperando encontrar la sencilla y fina alianza de oro blanco que él escogió para mí, pero mi dedo también está desnudo y no hay nada que despierte los recuerdos. En su habitual retraimiento, deja el anillo de Jhon Diego sobre la mesilla y prosigue con las curas, sin aducir comentario.

Selecciona del botiquín unas pinzas y las esteriliza con alcohol. Vuelve a sentarse sobre la cama y tras pedirme permiso, recuesta mis piernas sobre sus muslos.

_Avísame si te hago daño. Algunos cortes parecen profundos, podría ser más peligroso extraer el cristal que dejarlo donde está. De momento, sólo te quitaré los fragmentos más pequeños, prefiero que Gálvez proceda con el resto.

_Confío en ti _respondo, acaramelada.

Me mira un segundo, como si no supiera interpretar el cariño de mi voz. Luego se concentra y, con suavidad, como si abarcase la cabecita de un recién nacido y fuese a peinarle el pelo, enmarca mi rodilla con su mano. Poco a poco, va extrayendo sanguinolentos cristalitos y los deposita en una gasa.

La tarea me permite adorarlo sin privarme. Al interponerse a la luz de la lamparilla, su perfil se embellece, como si un aura que nunca había advertido, lo iluminase de pronto. Respira con armonía, concentrado en la ejecución como un médico experimentado y cuidadoso. Sus labios, finos y masculinos, ligeramente contraídos y tensos, combinan con su mirada rasgada y analítica. Esos fríos ojos grises, que alrededor de la pupila tienden a un inesperado tono cálido y ámbar, como hierro incandescente, siempre me han fascinado. El jersey de cuello alto se ajusta a su musculosa figura, que se ha fortalecido desde la última vez que nos vimos, despertando el anhelo de un abrazo real, correspondido. Siempre quise comprobar lo confortables que eran sus hombros. Tras verle las orejas a la muerte, mi cabeza se reclina para averiguarlo, sin reparos. Pero, de nuevo, Yakov interpreta mi inclinación erróneamente:

_¿Te mareas? _su acento que va y viene.

Sacudo la cabeza, despacio.

_Ya casi hemos terminado, enseguida podrás tumbarte _se apresura.

_No tengo prisa _murmuro solicitando más atenciones sin pedir las.

Vuelve a contemplarme, ligeramente extrañado y cohibido.

Mi sonrisa le parece incoherente y opina que los golpes pueden haberme trastornado. Tal vez, sea así.

El doctor Gálvez felicita a Yakov por la eficiencia de sus cuidados y se aventura a extraer los dos cristales que el ruso dejó intactos por su gran tamaño, al final, la incisión no es tan profunda como sospechaban.

Cuando ya está ultimando su diagnóstico, Julián interrumpe al médico para darme un inesperado beso de buenas noches.

_Te perdono _dice como si con eso todo estuviese arreglado.

Casi le ha ofendido que Álex me prestase tan poca atención en cuanto él y Marta se marcharon. Un segundo después de que salieran a la calle, él se entretuvo con sus retratados y sus amigos, dándome de lado. Hablé con mucha gente sin decir nada comprometido, disimulando, como siempre. En definitiva,

tanto el ruso como el colombiano tenían razón, no había motivos para desconfiar.

Julián recurre a la sempiterna excusa de la ceguera por celos. Lamentablemente, tanto Jhon Diego como yo, hemos sufrido las consecuencias de su inseguridad. De inmediato, promete dejarme en paz durante los tres meses que estará en Camboya. Lo ha hablado con su madre, debe aprender a ser más flexible. Está muy avergonzado. Yo significo mucho para ambos y siendo desconsiderado conmigo, también lo es con ella.

En todo momento, sus tres matones se mantienen en estado de alerta, el médico, al margen, esperando que le permitan retomar las curas y volver a casa con su esposa y sus hijos. Yakov permanece a mi lado, vigilando cada gesto de Julián para anticiparse al primer bofetón.

_Disfruta de tus días libres, mi vida _me pide, rozándome la frente con los labios_. Cuando vuelva dentro de tres meses, mamá me ha prometido que serás mía otros seis. Mientras tanto, prepararé nuestro nidito lejos de vigilancias. Tú y yo solos, como al principio. Y esta vez, no querrás ni podrás escapar. Lo prometo.

Julián se despide con una sonrisa entre cándida y perversa que intranquilizaría al mismísimo diablo.

A las tres de la madrugada, el doctor Gálvez nos abre su consulta de traumatología para realizar unas radiografías. Por suerte, heredé la fortaleza de mi padre. Me recuperaré con mucho reposo y, es posible, que no deba lamentar terribles cicatrices. El diagnóstico para la mano de Jhon Diego es menos halagüeño. Los huesos están pulverizados, le costará algunas operaciones, tiempo y mucha rehabilitación, recuperar la movilidad y, aun así, el doctor no puede asegurar que sea funcional al cien por cien.

En consecuencia, la baja médica de Jhon Diego Guzmán firma nuestra sentencia de divorcio. De modo que, mi ex marido Yakov vuelve a casa. De nuevo seré Irina Dubrovskaya.

Camboya, miércoles 18 de abril de 2012

Querida Marta:

Estos dos meses en Camboya han sido reveladores para mí. Como ya sabes, viajar se ha convertido en mi modus vivendi. Y en mi empeño por mostrar la crueldad del mundo sin ambages, siempre he ilustrado los conflictos sin artificios, para brindar al espectador la oportunidad de sacar sus propias conclusiones. He visto atrocidades y he presenciado milagros de la naturaleza, pero, hasta hoy, no había sentido la necesidad de anclarme a ningún sitio. Es muy difícil retenerme, y lo sabes, pero este asombroso país lo ha conseguido. Llegados a este punto, ya no puedo conformarme con un sencillo reportaje, ni contentarme con escribir un libro testimonial que jamás estaría a la altura de esta vivencia. Quiero formar parte de este proyecto, me lo dicen los huesos.

Mi pequeña Marta, estarás pensando que me he vuelto loco, pero te aseguro que estoy muy cuerdo y que he meditado esto muchísimo. Los dos sabemos que el ritmo de vida occidental me indigna. No comprendo su consumismo, ni esa enfermiza obsesión por el reloj. Tal vez, ese exceso de compromisos absurdos con ese sistema tan insostenible que ha ideado ese presumible “primer mundo”, sea lo que me hace huir a la mínima de Barcelona, impulsándome de un país a otro, sin encontrar ese comfortable lugar al que llamar hogar. Pero, al final, he hallado lo que parecía imposible, mi parcela en el mundo. Laura Richmond, la fundadora de New feet for Them, el centro de acogida de huérfanos afectados por las minas en Battambang que incluiré en mi recopilatorio gráfico sobre orfanatos del mundo, me ha ayudado a encontrar una casa flotante habitable, donde he instalado mis escasas pertenencias y he montado un pequeño estudio de revelado.

No sé cómo me ganaré la vida a partir de ahora, pero te aseguro que el dinero es lo que menos me preocupa. Por el momento, tengo grandes reportajes en mente sobre la religión, las costumbres y la gastronomía autóctonas. También me gustaría hacer un monográfico sobre las impresionantes reservas de la biosfera del Tonlé Sap o los bosques protegidos de Modulkiri y Cardamomo. Como ya te comenté, Camboya no está tan explotada por el turismo como sus vecinas Tailandia y Vietnam y, gracias a eso, aún queda mucha tierra virgen por explorar.

Todavía no he hablado con mi madre sobre esto, busco el momento adecuado para decirle que a partir de ahora viviré en este país. Así que te suplico que me guardes el secreto si, por un extraño casual, coincidieses con ella. Se preocupa en exceso, detesta “mis aventuras”, lo que más desea es que me instale en Lanzarote y me dedique al estudio herpetológico al que mi padre dedicó toda su vida. Jamás podría perder el tiempo con esos reptiles crecidos en cautividad en mi propia casa. Si por mí fuera, liberaría a todos los animales que la habitan y dejaría que esa jaula climatizada se viniese abajo.

Para serte sincero, tú serás lo único que echaré en falta de la vida que dejo atrás y, por

eso, me asusta que la distancia y el tiempo nos conviertan en dos amigos que ya no saben cómo tratarse. Por favor, no permitas que eso ocurra, ni vayas a pensar que esta carta es una despedida. ¡Todo lo contrario, es una invitación! Puesto que siempre has deseado viajar y te quejas de que no vives experiencias como la mía, te invito a que vengas a hacerme una visita cuando te den las vacaciones. Te llevaré de ruta turística, navegaremos por el Mekong, pasaremos por los magníficos templos de Angkor, te mostraré las casas flotantes del Tonle Sap y los fabulosos delfines de agua dulce Irrawaddy. En definitiva, será un placer enseñarte lo que tanto me ha conmovido. Aún recuerdo la promesa que te hice meses atrás en el metro, espero que, a día de hoy, no te parezca estúpida. Me entristecería mucho si no vinieras, no permitas que Laura ponga en duda la solidez de nuestra amistad, no sabes cuánto le he hablado de ti. Por favor, no me hagas quedar como un embustero ante ella y ven a verme. Quién sabe, quizás te animes a empezar una vida nueva, distinta a la que tanto te agobia. Déjate seducir por Camboya y vente conmigo. ¿Puedo contar contigo? Espero que sí.

Te quiero,

Julián

P.D.: Avísame con tiempo de tu llegada, el correo ordinario llega con retraso y donde vivo no tengo acceso a internet para recibir tus e-mails.

BARCELONA

Sábado, 19 de mayo de 2012

Marta

Estuve a puntito de besarle en el aeropuerto, pero me arrugué en el último segundo. Lo que prometía ser un besazo de película, acabó siendo un penoso piquito en su mejilla barbuda.

Cómo iba yo a imaginar en ese instante que, a los pocos meses, recibiría una carta bomba como esta, de haberlo sabido, le habría desarmado con un fenomenal beso de Óscar capaz de fundir las inoportunas neuronas que han intervenido en esa condenada decisión.

No lo entiendes, mi amor, si te quedas en Camboya, me dejarás sola y sin coartada. ¿Y qué pasará con mis sueños y con todos los planes que había imaginado contigo?

Después de este mazazo solo se me ocurre una cosa, viajar hasta allí y recordarle lo fuerte que es nuestra amistad, demostrándole, como sea, que nadie va a quererlo tanto como yo, ni si siquiera esos pobres niños amputados. El objetivo: traérmelo de vuelta, esta vez, para siempre. Y si no puedo arrastrarlo conmigo, quizás... me plantee hacerme camboyana.

Sí, Marta, sí, muy bonito todo, pero, ¿de dónde coño vas a sacar la pasta? Te recuerdo que tus dos sueltos no suman ni mil euros mensuales y que todos tus ahorros volaron cuando decidiste instalarte en ese armario empotrado al que llamas dormitorio.

La triste verdad es que, tras apretarme el cinturón hasta provocarme apendicitis, vender hasta mis apellidos, trabajar hasta las tantas preparando pedidos para la tienda online de bisutería de Azucena, y ahorrar hasta en papel higiénico; no me alcanza ni para el billete de ida. La fecha de mis vacaciones se me echa encima y sigue sin tocarme la lotería.

Como último recurso, aunque detesto deber nada a nadie, hice una patética lista de posibles prestamistas, pero en cuanto abría la boca, todos acababan

llorándome sus desgracias económicas. Algo previsible pues los pocos amigos que tengo son pobres estudiantes que trabajan para costearse la universidad y el alojamiento o viven del sueldo de sus padres. Y mis compañeras de piso, Lidia y Azucena, están tan tiesas como yo. (Bastante generosa ha sido Azu pagándome por ayudarla a ensamblar cierres y ensartar cuentas.) Por otro lado, aunque mi hermana Virginia gana bastante pasta como marchante de arte, si se enterase de la idea que tengo entre manos, además de chivarse a mis padres, me freiría con sus hirientes sermones sobre mi obsesión por Julián. Y si mis viejos llegasen a enterarse, encargarían una camisa de fuerza. Bastante crispados están porque me he emancipado (según ellos, sin necesidad).

No tengo más alternativa, habrá que dejarlo correr. *Jolines, sea como sea, la vida siempre me obliga a resignarme.*

Sábado. Tres de la mañana. Me arrastro por el portal como un gato atropellado que se apoya en la pared antes de palmarla, mientras espero que baje el ascensor después de una jornada demoledora. Acabamos de empezar con la puñetera temporada de verano y el restaurante ya se llena de bote en bote. Tengo los pies escocidos de quemar suela yendo de aquí para allá con la bandeja. Se me han agarrotado tanto los hombros que podrían usarlos como soporte para partir leña y la cabeza me va a estallar de tanto descalabazarme buscando una solución más rápida y menos agotadora que conseguir un tercer empleo que me aporte un capitalazo en dos semanas.

Entro en el piso de puntillas, para no despertar a nadie. A través de la rendija de la puerta, veo a Azucena leyendo un libro de Osho y escuchando el relajante sitar de Ravi Shankar. Como está en uno de sus momentos zen, mejor no la molesto con mis lloriqueos emocionales.

Por el contrario, un rumorcillo más picante, proviene de la habitación de Lidia. La cama rechina, chasquean los besos. Conclusión: Roberto nos gorroneará el desayuno.

Dentro del baño, el espejo me regala la peor versión de mí cuando me cepillo los dientes. Como si se tratase de alguien ajeno, compadezco a esa Marta paliducha y ojerosa, con el pelo electrizado por el estrés, que bosteza de puro aburrimiento y luego se atraganta con el dentífrico.

¿Cuál es la solución? ¿Olvidarme de esas vacaciones solidarias? ¿Esperar a que Julián se arrepienta y regrese? ¿Escribirle mil cartas

desesperadas hasta que se compadezca de mí más que de esos niños lisiados?

Azucena enciende la luz de la cocina y abre el frigorífico.

Lidia se troncha de risa cuando Roberto le suplica con un susurro agónico que se deje de mordisquitos.

¿Cuál es la solución? ¿Quién podría prestarme ese dinero?

Guapo, churri. Muac. Muac.

Azucena calienta un vaso de leche en el microondas.

Lidia: *¡Ah, sí! ¡Sigue así, cari! ¡Más, más, más..., maaachoooooteeee!*

Tiro de la cadena para cortarles el rollo y recordarles que viven en un piso compartido de paredes finas como el papel.

Una vez en mi habitación, me quito el uniforme del restaurante, la corbata negra y el fajín, deseando desprenderme del penetrante olor a gamba. En cuanto me pongo el pijama, voy directa a la cocina con el antojo de beber algo calentito.

Bastet, que se acurrucaba en su capazo, se arrima a mis piernas y me saluda con un ronroneo felino cuando atravieso nuestro diminuto y atestado comedor.

En cuanto piso la cocina, Azucena me ofrece un *Colacao* recién preparado y caliente.

*_Hoy has tenido un día duro _*adivina con una mirada compasiva.

Enseguida lo confirmo sentándome sobre el taburete y desmoronándome sobre la mesita abatible del desayuno. Con tanto cuidado como si arrancase una tirita, me quito las horquillas y el coletero, dejando que mi pelo se libere de la tirantez de este moño de bailarina rusa que Xabier nos impone a las camareras para dar una imagen de pulcritud.

_¿Qué puedo hacer, Azu? No conseguiré ese billete en menos de dos semanas. ¡Y ni los usureros se atreven a prestarme dinero! Estoy por vender un riñón... o un cachito de hígado.

Sopla la humeante infusión ayurvédica que sostiene entre sus manos. Su cabellera encrespada de druida, le cubre esa enigmática mirada.

_He visto la lista que hiciste. Falta el nombre de alguien que tiene dinero a mansalva.

A estas horas de la madrugada, no estoy para muchos acertijos, pero me parece que sé por dónde va.

_¿Te refieres a la madre de Julián? Ya lo pensé, pero ella no sabe que su hijo pretende vivir en Camboya y él me pidió que no comentase el asunto con

nadie. Podría inventarme alguna historia, pero... me da un poco de vergüenza pedirle dinero a mi “futura” suegra cuando apenas nos conocemos.

Justo cuando me entraba el antojo de mojar en la leche unas galletas, Azucena saca la caja de la despensa y las deja a mi lado. A veces, su capacidad para predecir las necesidades de los demás asusta un poco, pero al mismo tiempo lo hace todo tan fluido, tan fácil...

_No estoy hablando de Gloria Latorre, sino de “tu ferviente admirador”
_sonríe con picardía.

Esa indirecta me deja descolocada.

_¿De quién?

_Pide un anticipo de las nóminas _disimula.

_Azu, ¿quién es “el ferviente admirador”? _la intimido, entornando los ojos.

_Pero, para convencer a tu jefa, tendrás que echar mano de “contactos influyentes” _redondea y, tras guiñarme el ojo, me deja en la cocina, a solas con mi empanada mental.

BARCELONA

Domingo, 20 de mayo de 2012

Alexander

Tengo que admitirlo, anoche la invitación de Virginia me cogió con la guardia baja. Hace tres meses, cuando nos vimos en la inauguración de *FotoLiterArte*, ni se me hubiese pasado por la cabeza mantener relaciones con ella, aunque el reencuentro después de diez años fue de lo más gratificante (la transformación de la pelirroja era para quitarse el sombrero), enseguida desdeñé sus insinuaciones por ser hermana de quien es. Si ayer cambié de parecer y acepté cenar juntos, fue con la intención de averiguar quién o qué había minado la vitalidad de su hermana Marta hasta convertirla en esa mujer resentida que me tiene tanta ojeriza. Pero al ver a la imponente pelirroja, vestida tan informal como su hermanita, mostrándose tan divertida y sonriente como lo era Marta cuando me enamoré perdidamente de ella, mi interés por Virginia se disparó. Tras unas cervezas, varios mojitos e incontables chupitos; el alcohol empezó a alterar mi percepción de la realidad hasta el punto de confundir a la una con la otra. Estaba tan extasiado y contento que, por no jorobar el espejismo, ni me esforcé en diferenciarlas.

Y una vez subimos al taxi que debía llevarla hasta su casa, Virginia insistió mucho en que la invitase a mi ático para tomarnos la última copa. El ascensor aún no había llegado al tercer piso y ella ya había empezado a desabrocharme la camisa mientras su lengua sondeaba mi boca. En mi vida me había puesto tan cachondo, mi temperatura corporal habría estallado cualquier termómetro, por más que intentaba controlarme, la fogosidad que experimentaba me impelía hacia ella como un semental. Virginia tampoco destacaba por su frigidez. De hecho, hizo conmigo todo lo que se le antojó y yo, no sólo me dejé hacer, sino que además colaboré, con sumo placer.

El sexo terminó hace unas horas, tras el tercer orgasmo caímos sobre la

cama, sudorosos y exhaustos. Incluso ahora, en la penumbra de mi dormitorio, todavía quedan vestigios del arrollador impacto de nuestras acometidas contra el mobiliario. Adornos volcados, sillas desubicadas y ropa esparcida por toda casa como si el ático hubiese sido asaltado.

Ahora, tras la lucha sobre este ring de sábanas, los primeros rayos de sol se filtran a través de las grietas de la persiana, moteando con tiritas de luz sus rizos, como espirales incandescentes y su culito de marfil, esculpido por Miguel Ángel. Amanece y Afrodita duerme apaciblemente a mi lado, dándome la espalda, deleitándose con su hermosa silueta de guitarra, materializando el erotismo que persiguen todos los hombres desde la pubertad.

El destino me ha hecho un ardiente regalo y, sin embargo, yo lo devalúo al obcecarme. Marta ya tiene a su Santurrón, entonces ¿por qué me siento como un adúltero cabrón? Si he sido infiel a alguien, únicamente ha sido a mis sentimientos.

Incapaz de separar el placer de la culpa, busco consuelo en ese lunarcito que anoche descubrí en su cuello, idéntico al de su hermana. El mismo tamaño, la misma ubicación. Decidido a encontrarlo, retiro los mechones cobrizos que reposan sobre su hombro con el aplomo de un cirujano plástico. Poco a poco, los amontoño sobre la almohada hasta que el premio de consolación queda al descubierto y me abandono a la fantasía de tener a Marta durmiendo, al fin, a mi lado.

Más relajado, me propongo disfrutar el premio pegándome a su espalda como una lapa. Rodeo a Virginia con mi brazo, el hueco de mi mano abarca uno de sus pechos, calentito, voluptuoso y muy apetitoso. Embelesado, recuesto la cabeza en su almohada, a la espera de que el aroma de su cabello me narcotice.

Los pajaritos cantan, el sol nos ilumina, Barcelona despierta. *It's a wonderful moment.*

¡¡¡Ding- dong!!!

Fuck!! (O lo era, antes de que el timbre lo fastidiara.)

Intrigado, ojeo el despertador digital de la mesilla. Marca las nueve y cuarto. ¿Quién viene a molestarme a estas horas en domingo? A decir verdad, no me apetece nada averiguarlo.

Por desgracia, Virginia se despereza con la melodía del timbre. La habitación se le hace ajena, e intrigada por la mano que magrea pasivamente su seno, se vuelve para contemplarme y me encuentra dormido. Pero el

timbrazo se repite y la pantera pelirroja, que en este momento se comporta como un minino desorientado, desvía mi mano de su pecho, envuelve con la sábana sus peligrosas curvas, y se pone en pie para confirmar que ese dingdong de los cojones no es fruto de un sueño.

Álex intenta despertarme, suavemente_. Están llamando a la puerta.

Ante tanta pasividad, decide calzarse mis zapatillas y entra en el baño. Mi albornoz gris marengo le queda grande, aun así, vista de espaldas, su culito sigue siendo una golosina irresistible que se contonea provocadoramente a cada paso que arrastra. Al poco, desaparece por el pasillo, dispuesta a ser la nueva anfitriona de este ático.

Sea quien sea la persona que aporrea la puerta, no desiste. Como empiezo a temerme alguna desgracia, husmeo el aire esperando que huelga a chamusquina, pero sólo identifico el asilvestrado olor de mis axilas y el dulce aroma corporal de Virginia.

De buenas a primeras, tras un escueto silencio, la pelirroja regresa a la habitación a la carrera, zapateando con mis zapatillas del 46 en sus delicados piececitos del 39.

¡Joder! exclama en voz baja, agitando las manos como si acabase de pillarse los dedos con la puerta del coche_. ¡Joder, joder, joder! _arroja el albornoz sobre la cama y rescata de los rincones más imposibles las prendas que tanto le estorbaban anoche. El sujetador sobre el televisor de plasma, el tanga en la lámpara, las medias colgando del armario, la falda bajo la cama, enredada con mis calzoncillos, un zapato en el comedor... Al segundo, regresa con los brazos rebosantes de ropa que selecciona atropelladamente para vestirse tan rápido como si el apartamento estuviera en llamas.

¡Álex, Álex! me zarandea para infundirme el pánico que se ha apoderado de ella_. ¡Marta está aquí! ¡Dios! ¡¡¡Qué coño hace aquí!!! _Se pregunta en voz baja, no se fía del grosor de las paredes, su hermana tiene un oído felino.

¡Marta! despierto de golpe. ¡No quiero ni imaginar el brote homicida de su hermanita cuando encuentre a Virginia en mi cama! ¿Qué le voy a decir? *Mira, pequeña, tu hermana es insaciable, pero, por si todavía no te has enterado, un servidor tiene mucho amor que ofrecer. Y ya que has venido hasta aquí... ¿te hace un "ménage à trois"?*

Lo más probable es que me ganase la bofetada del siglo.

¡Levántate y sácala de aquí! continúa la pelirroja, saltando a la pata coja para enfundarse las medias.

_Si tú eres la hermana mayor, ¿cómo puedes tenerle tanto miedo? _remugo, arrellanándome en la amplitud del colchón de viscoelástica, como si su visita me resbalara, aunque mi única pretensión es que Marta se dé por vencida, salga cuanto antes del edificio y jamás llegue a enterarse de que me he liado con Virginia.

_¿Necesitas que te lo explique? Hace años que conoces su mal genio, por favor, levántate y llévatela de aquí.

Sin previo aviso, presiona el interruptor de las persianas eléctricas para cegarme con el sol que irrumpe a espuestas por los ventanales.

_Ya se cansará... Déjame dormir... _rezongo, escondiendo la cabeza bajo la almohada.

_Por favor, Álex. ¡Si me ve contigo se va a armar!

Los vecinos pronto se quejarán del persistente timbrazo y avisarán a Gabriel, nuestro conserje, para que tome cartas en el asunto.

_Igual te está buscando _aventuro.

_¿Aquí?! ¡Eso es imposible! Nadie sabe que he quedado contigo y ella, menos todavía. A no ser... que tú la hayas avisado _insinúa por lo bajini.

_¿Yo? _replico, asomando la cabeza por debajo de la almohada_. ¿Con qué fin?

_Tú sabrás _contesta con una media sonrisa enigmática y un ligero encogimiento de hombros.

Al parecer, no soy bueno enmascarando mis sentimientos.

_Está bien _remugo incorporándome, huyendo de la pregunta que flota en el aire_. Quédate en la habitación y no hagas ruido. _Abro el cajón de la cómoda y me cubro con el primer bóxer que palpan mis dedos; un Calvin Klein morado con la goma negra.

_¿No te vistes? _pregunta cuando ya avanzo por el pasillo.

_Quieres que la eche, ¿no?

Virginia se cubre la boca para ahogar una carcajada, y lamenta perderse el brinco que dará su hermana cuando le abra la puerta en calzoncillos en plena erección matinal.

¿Por qué no he cogido el móvil? ¡Cómo quisiera fotografiar esta cara, ampliarla a tamaño real y ponerle un marco! ¡Los ojos ahuevados, el cutis hirviendo y las orejas al rojo vivo! En resumen, Marta boquiabierta mirándome el *paquete* y yo feliz porque levantarme de la cama para ver esta carita desencajada, ha valido la pena.

_Insistías tanto que no he tenido tiempo de vestirme _marco pectoral y el esculpido *six-pack* en el que he invertido tantas horas en el *gym*.

De inmediato desvía la mirada, resoplando, tan desquiciada como siempre.

_Tenemos que hablar _va directa al grano. No estaría de más que me diera los buenos días, pero, por si no se ha notado, no soy santo de su devoción_. ¿Crees que podrías ponerte *algo más* encima y cederme diez minutos? _suplica sin despegar los ojos del techo.

_¿No puedes esperar a mañana? Me pillas... *ocupado* _señalo el pasillo que conduce a mi dormitorio_. ¿Y tú qué? ¿No hay nadie por ahí que disfrute con tu compañía? ¡Oh, perdona, olvidaba que el Santo está en las Chimbambas!

Se arma de paciencia. A veces soy insoportable y me merezco el trato que recibo, pero solo sacándola de sus casillas consigo que me mire a los ojos.

_¿No le puedes pedir a *esa* chica que espere diez minutos al *Macho Alfa*? Deja que se recupere. Seguro que está molida _expresa con su habitual sarcasmo, pero con un regustillo final a súplica que me desconcierta. Para que Marta se haya presentado en mi casa tiene que tratarse de algo muy gordo.

_De acuerdo _la curiosidad me pierde_. Espérame en la cafetería de la esquina, enseguida bajo.

Asiente y se aleja tanteando el borde de los escalones con el talón de sus viejas zapatillas de lona, todavía ruborizada.

Al regresar al salón, Virginia asoma su cabecita desde el dormitorio.

_¿Qué quería?

Contra más la miro, más me avergüenza lo que compartimos anoche.

_A saber, ¿quién entiende a tu hermana?

_Nadie, supongo. Bueno, quizás Julián. En mí no confía por culpa de mi reputación. Doy la impresión de ser...

_¿Una fiera devora-hombres?

Sacude la cabeza, con cierta tristeza.

_Una frívola insensible _me corrige_. Pero no me enorgullezco, sólo busco a esa persona que me haga enloquecer.

_¿Y cómo lo llevas? _le pregunto, sin interés, recogiendo mis pantalones del suelo.

_Creo que bastante bien. _Su voz sensual me hechiza de inmediato y antes de que me dé cuenta, sus brazos rodean mi cuello y sus expertos labios anulan todas mis culpas.

BARCELONA

Domingo, 20 de mayo de 2012

Marta

En cuanto Álex escuche mi propuesta, todo serán bufidos y provocaciones. Pero si quiero conseguir algo, no me queda más remedio que blindarme ante sus pullas, enterrar el hacha de guerra y ganármelo haciéndole la pelota como nadie.

¡Ay, qué chungo lo veo!

En busca de apoyo moral, acaricio las gastadas hojas sobre las que Julián escribió sus inesperadas intenciones. El matasellos de Camboya me recuerda la enorme distancia que separa nuestros países y la fotografía que acompañaba la noticia, augura lo complicado que será hacerle renunciar a su nueva vida: Julián abraza a los sonrientes niños del centro de acogida *New feet for them* con un brillo de felicidad en la mirada que nunca le había visto. Él ha decidido alentar a esos niños y yo, egoísta de mí, lo quiero a mi vera, en exclusividad. El insensible memo del ático jamás entendería lo que está sufriendo mi corazoncito, por eso tengo que inventarme una buena trola que suene convincente. Le hablaré de un negocio ficticio que quiero emprender en breve, de reunir un colchoncito de billetes para labrarme un futuro como *freelance* y todo ese rollo empresarial que él valora por encima de cualquier sentimiento romántico. ¡Buf, si hubiera sospechado que algún día necesitaría su ayuda, me habría cosido la boca! Y ahora debo tragarme el orgullo y suplicarle de rodillas algo que me negará sin pestañear sólo por jorobar.

¡Qué palo! Aún no ha pisado la cafetería y ya estoy cabreada con él.

Por si no estuviera ya suficiente nerviosa, la camarera, que ya se me acercó antes, desconfía de mi aspecto y sigue esperando que ese *acompañante* que me obligará a consumir haga su aparición.

Cómo se nota que estamos en la zona alta de Barna, esta cafetería-

pastelería no tiene nada que ver con las humildes cafeterías de mi barrio. Aquí solo entra gente pudiente que compra *baguettes* con semillas de amapola a precio de vértigo y croissants importados del mismísimo París. Los señorones de la ciudad, que visten de domingo, con sus perlas, y sus perritos bolseros con collares de circonitas, se preguntan de dónde ha salido esta chica de clase obrera.

De lo más incómoda, vestida con esta sudadera y este pantalón de chándal, leo una vez más la carta de Julián para recordar porqué voy a negociar con el enemigo.

_Suponía que él tendría algo que ver. _El Pijo interrumpe la lectura. Que se haya enterado tan pronto de mis auténticas intenciones, echa por tierra la historia que había preparado. Ahora tendré que improvisar y en eso llevo las de perder_. ¿Siempre te escribes las cartas a máquina? ¡Qué impersonal! Hasta un idiota sabe que las cartas de amor se escriben a mano.

(Primer pullazo.)

_¡Ja! ¡Cómo si tú hubieses escrito muchas! _contrataco.

_Más de las que imaginas _alardea.

_Ah, ¿sí? ¿Y quién es la pobre víctima, si puede saberse?

Por cómo me mira se diría que la destinataria era yo. *Qué tontería, ¿no?*

Enseguida desvío la mirada, sofocada de repente.

_No la conoces _dice al cabo de unos segundos incómodos y, a la velocidad de un oso perezoso, se sienta a la mesa con una expresión bobalicona. Por lo visto, su ligue de turno, se le ha agarrado del pelo en un probable aquí-te-pillo-aquí-te-mato de despedida, porque viene más despeinado que Albert Einstein.

Tarareando, alcanza el menú plastificado sujeto en el servilletero y busca algo succulento para recargar combustible, después el desgaste calórico con la modelito que lo estará esperando en su cama como su mamá la trajo al mundo.

_¿Qué hacemos aquí? _me pregunta, ojeando las opciones.

A las cinco de la madrugada el plan era perfecto, ¿por qué ahora me parece tan estúpido? *Porque ahora estoy despierta y veo que no va a colar.* En fin, ¿qué pierdo? Ahí voy.

_Mis vacaciones de verano empiezan dentro de dos semanas. Después de hacer un buen tetris con horarios y prometer a mis dos jefes jornadas maratónicas a mi regreso, por fin he conseguido pillarme las vacaciones en junio.

_Sí, ¿y qué? _chasquea los dedos para llamar la atención de la camarera desagradable. Ni siquiera me está escuchando.

Ella toma nota al guapísimo chico despeinado y no se sorprende cuando la mierdecilla que lo acompaña le dice que no va a tomar nada.

_Pues verás _carraspeo para aclararme la garganta_. Quisiera ir a Camboya para convencer a Julián de que se equivoca tirando por la borda su carrera. Quiere quedarse a vivir en el país, ¿lo sabías?

Al oír eso, las dos turistas nórdicas que señalaban los profiteroles del mostrador, pasan a segundo plano. Y eso que sus pantaloncillos cortos dejan medio cachete al descubierto.

_¿Me estás diciendo que no quiere volver? _Su interés me alienta a continuar. No en vano, Álex fue el inseparable amigo de Julián antes de que el éxito lo volviese gilipollas, algún aprecio debe sentir hacia él en su prepotente corazón.

Con recelo, le ofrezco la carta que lee a conciencia. Minuto y medio más tarde, me la devuelve sin aportar comentarios.

_¿Y qué pinto yo en esta historia? _replica con voz cortante, cruzándose de brazos.

_Bueno... yo estoy sin blanca... y había pensado que... ya que tú... eres hijo del propietario del sello editorial... tal vez, podrías interceder por mí y hablar con Sofía para... _Enarca una ceja con cinismo, obligándome a terminar la frase con un hilo de voz... pedirle que me anticipe el sueldo de este mes y la paga extra de junio. Es que me costó mucho convencerla para hacer ese apaño con mi jornada y, ahora me da reparo pedirle ese anticipo. Si tu pudieras... disuadirla... me harías un gran favor.

Digiere lo dicho en silencio, con cara de póquer, hasta que le entra la paranoia y empieza a hacer cosas rarísimas. Echa un vistazo a su alrededor con gesto incómodo, después mira hacia el techo como si siguiera el vuelo de un moscardón invisible, coge el servilletero y lo estudia un rato, pero, por lo visto, no le parece sospechoso y lo deja en su sitio. Finalmente, se inclina para mirar debajo de la mesa y, al no encontrar lo que sea que está buscando, me pregunta en voz baja:

_¿Dónde has escondido la cámara?

¡ARG! ¡¿Por qué pierdo el tiempo con este idiota?!

_¿Estás hablando en serio? _continúa, conteniendo la risa.

La camarera nos interrumpe. Un café vienés y un par de brioches. Yo, ni

agua. Al poco le veo untar la mantequilla en el bollo preguntándome cuándo aprenderé que a Álex sólo le preocupa una persona: Álex.

En un efecto bucle, se ríe como si recordase un viejo chiste y luego se esfuerza por mantener la compostura en misa.

_¿A cuántos de tus amigos les habrás soltado este rollo antes de acudir a mí? _se regodea, chupeteando su pulgar embadurnado de mermelada.

En vista del éxito, recojo la carta y la guardo de nuevo en la mochila para dejarle desayunar en paz y alejarme más hundida que nunca.

Al verme de pie, con el festín del desayuno privándole la voz, señala la silla. Vuelvo a sentarme de inmediato, a la expectativa.

_A ver si lo he entendido bien. Debo convencer a Sofia para que te anticipe dos nóminas para que tú puedas darte el viajecito hasta la Cochinchina y besuquear al Príncipe Azul. Es eso, ¿no? _resume masticando.

_Más o menos _ (¡Ojalá Julián fuera tan espléndido con sus besos!)

_¿Y qué gano yo con todo esto? Imagino que mereceré alguna compensación por mojarme el culo por ti.

¿Recompensarle? ¿Con qué? ¡Si vengo mendigando dinero!

_Mmmm... Pues... seré tu esclava _me aventuro, sin medir las consecuencias. Para acotar la definición, especifico a cuánto estoy dispuesta a llegar por ese anticipo_. Es decir, te llevaré la ropa a la tintorería, te limpiaré el coche, pasearé a tu perro, si lo tienes _niega con la cabeza con cara de acelga_, iré a pagar las facturas, te traeré la compra, te haré los recados...

Arruga la nariz, insatisfecho.

_No me interesa.

¡Mierda! Plan B: de inmediato pongo carita lastimera, lloriqueándole un poquillo para ahondar en su corazoncito de mujeriego y conseguir que me conceda ese favor para complacer su ego masculino.

_Por favor, Álex. Haría lo que fuera por ir. Seguro que puedes convencerla. Dile que han secuestrado a Julián y tengo que pagar su rescate, dile que un familiar mío necesita dinero desesperadamente para evitar un desahucio, dile que cuando regrese, haré huelga a la japonesa. Por favor, hazlo por mí. Si lo haces, te prometo que dejaré de airear tu fama de... _echo el freno, acabar la frase puede jorobarlo todo.

_Termina, ibas muy bien _se aprovecha de que la situación me obliga a ser amable.

_Por fa, por fa, por fa... _imploro.

_Lo siento, pero no pienso ayudarte. Además, no me apetece nada camelar a Sofía. Es un hueso. Tampoco me convence lo que me ofreces. ¿Ser mi esclava? ¿Por qué iba a querer eso, si estoy más tranquilo cuando te tengo bien lejos? _da un sorbo al café y sigue a cuchillo_. Reconoce que has sido un incordio. Puedo entender que no comprendas mis ganas de gozar de la vida por lo amargada que estás, pero no te conformabas con menospreciar mis dotes de retratista delante de los medios, sino que además tenías que ir por ahí destrozándome los planes de fin de semana.

_¡Creí que querías que te quitase a los moscones de en medio! ¡Ah, eso es, cuando tus ligues se pongan pesados, te los quito de encima! _le propongo, dando una palmada triunfal.

_¡Pero si ya lo haces sin que te lo pida! Incluso cuando la tía me interesa.

_Es difícil distinguir cuando lo estás y cuando no, con todas parece muy interesado _murmuro.

_Todavía no he convencido a Silvia de que todo lo que vomitaste sobre mí era sólo tu orgullo herido que hablaba más de la cuenta. Por qué estás dolida, ¿verdad?

_¿Por qué iba a estarlo? _replico, tragándome la bilis. ¡Ojalá pudiera noquearlo! Pero arriesgo demasiado, aunque, en vista de que está todo perdido, según lo que me suelte, no respondo.

_Porque yo nunca he querido nada contigo. En fin, que no te encuentro el atractivo ni con microscopio. Eres masculina, estás plana como una tabla, y padeces una terrible fijación por la ropa de senderismo _se inclina para hacerme una confidencia_. Mira, Marta, nunca conseguirás que Julián te desee si no le enseñas un poco de carnaza. Vístete sexy, suéltate el pelo, demuestra qué escondes debajo de esa facha _se masajea los pezones como si acabasen de crecerle unas tetas enormes_, y puede que entonces me apetezca pedirte algo a cambio de ese favorcito. Pero, por el momento, no puedes ofrecerme absolutamente nada que me interese lo más mínimo, así que, por favor, la próxima vez que te plantees despertarme un domingo para pedirme tonterías, quédate en la cama y madúralo un poco porque yo no puedo perder el tiempo con tus chorradas.

Pretendía irse de rositas, pero soy rápida de reflejos. Justo cuando se incorporaba de la silla, mi rechazazo le ha hecho perder el norte. Como resultado: un espaldarazo contra el suelo y el respaldo de la silla incrustado en las lumbares. Todos los clientes de la cafetería deberían vitorearme por

bajarle los humos a semejante cretino, pero claro, su estatus les impide ponerse del lado de la chica sin blanca.

Al menos el capullo tiene razón en una cosa, soy tan masculina que mis puñetazos son como los de un hombre.

Cuando salgo de la cafetería, aún no se ha puesto en pie.

Ojalá nunca pueda hacerlo.

Era una mala idea. Una idea pésima.

BARCELONA

Domingo, 20 de mayo de 2012

Alexander

_Tu hermana es una bestia sin domesticar _me derrumbo sobre el tres plazas, como un herido de guerra, acribillado por la metralla. Desde el salón, escucho el abre y cierra de cajones del frigorífico, los pies de Virginia, una vez más, calzando mis enormes zapatillas.

Al poco, la ensoñación pelirroja acude en mi auxilio con una bolsa de guisantes congelados.

_No acepta las críticas _sigo, lamentándome.

Aunque maquillo los hechos a mi favor, mi impertinencia merecía más de un puñetazo. En fin, en tan poco tiempo, lo único que se me ha ocurrido para quitarle a Marta la idea de viajar, es minar su autoestima.

La hermosa Virginia coloca la bolsa escarchada sobre mi pómulo, con suma delicadeza.

_Ha venido a buscarme con una idea tan tonta que...

Me distraigo un instante ojeando su colgante, esa porosa esfera de lava engastada en plata que rueda sensualmente por su sugerente canalillo. Gracias a la holgura de mi albornoz, exhibe el precioso acantilado entre sus pechos en todo su esplendor. Ha aprovechado mi ausencia para darse un baño, su cabello húmedo me roza la frente y trae consigo el aroma cítrico del champú. El fulgor de la mañana reflejándose en sus ojos verdes, iluminando su piel inmaculada, eleva a la enésima potencia su sensualidad. Al contemplarla me cuesta mucho asimilar que esta belleza delicada y atenta y esa mula, que no hace otra cosa que pegarme coces, se engendrasen en el mismo útero.

_¿Qué idea? _pregunta, no quiere que mi libido me haga perder el hilo.

_Quería que usase mi posición para que su jefa le anticipe un par de nóminas. ¡Auh! _gimoteo a causa de la gélida fricción de los guisantes sobre el

ojo inflamado.

Con un miramiento especial, sopla la zona dolorida, reavivando mis ganas de besarla. Hago el amago de incorporarme para rozar su boca, pero su interés reprime mi apetito.

_¿Para qué necesita tanto dinero?

_¡Para viajar hasta Camboya! ¡Está chiflada! ¡Deberíais contratar a un psicólogo antes de que su obsesión por el Santito sea un mal irreversible! La muy idiota, y perdona _no debo olvidar que hablo de su hermana_, cree que le convencerá para que vuelva. Por lo visto, Julián pretende quedarse en el país malviviendo en un barcucho que no tendrá ni electricidad. ¿Y sabes qué? Si lo hiciera, estaría encantado.

Su piel, pálida de por sí, de súbito adquiere un tono ceniciento. Incluso sus jugosos labios, azulean repentinamente.

_¿No volverá? _La noticia la deja atónita_. ¿Y por qué Marta no me ha dicho nada?

_No lo sé, tu hermana es tan rara... _la abrazo para que retomemos la intimidad nocturna que me complace más que esta conversación. Aparto el cabello que siempre estorba. Busco desesperadamente la calcomanía, ese lunarcito que tanta ternura y deseo me despierta, como si la burda copia pudiera compensar la irritación que me despierta el asunto.

Intento evadirme besando su cuello, ciñendo sus curvas, mientras doy vueltas a los relamidos argumentos que Julián exponía en su carta. Su deseo de arrastrar a Marta a su vida nómada, me va a quitar el sueño durante una semana.

_Camboya... _pronuncia Virginia con una actitud distante.

_Sí, Camboya _replico, harto del temita_. Por supuesto, me he negado en rotundo _le confieso, como si hubiese afrontado la situación acorde con lo que ella decidiría.

_¿Y por qué recurre a ti? Si no te soporta.

_Y no entiendo por qué, si soy un amor _refunfuño, retirando el albornoz de sus hombros.

_Eso es verdad _me besa sin entusiasmo, distraída.

Sobreactuando para duplicar las atenciones de mi enfermera particular, mendigo caricias paliativas que llenen el vacío del perpetuo rechazo de Marta.

_Convence a esa mujer _exclama, de repente, dejando el beso a medias cuando ya me estaba poniendo a tono.

_¿Qué? ¿Por qué?

_Para que Marta pueda verle. Si ella se le declara y él la rechaza, por fin será libre. ¿No lo entiendes? Sólo Julián puede quitarle la venda de los ojos.

Me penetra con la mirada, esperando que claudique.

_Sí, vale, lo entiendo, pero no puedo ir por ahí haciendo ese tipo de favores porque, a la mínima, todos los empleados de G.E.X. harían cola ante mi despacho para suplicarme subidas de sueldo y anticipos. Además, que no me da la gana, coño.

Virginia abandona el sofá, disgustada con mi decisión.

_No me convencerás. No lo haré. No se lo merece. ¡Por Dios, mira cómo me ha dejado el ojo!

Suspira y entra en el dormitorio para vestirse. Su silencio logra incomodarme.

_Venga, Virginia. No puedes pedirme eso _abandono la camilla. Odio hacer de perrito faldero.

Se sienta sobre la cama y se calza las sandalias.

_Sé que es obstinada y antipática _murmura con voz cansada_. Sé que ha ido por ahí vapuleando tus intimidades y desprestigiándote, pero es mi hermana. No es realista y su amor por Julián la distancia de todos. No lo comprendes, está apostándolo todo por alguien que nunca la corresponderá. He intentado hacerla entrar en razón, pero solo ha servido para distanciarnos. Como ya has visto, no cuenta conmigo para nada_ Sus ojos se empañan de tristeza_. Ojalá pudieras entenderlo... pero no puedo explicarte más.

Su abatimiento me toca la fibra sensible y hace que me replantee el asunto. Quizás sea bueno que Marta se enfrente a la verdad: Julián no la ama como ella espera y su sinceridad le impedirá fingir lo contrario. Marta volvería de ese viaje con el corazón partido y yo podría recomponerlo, pedazo a pedazo, con dosis industriales de cariño.

_¿Cuánto gana mi hermana? _me pregunta Virginia, sacando el monedero de su bolso_. Te daré ese dinero. Así podrás quedar bien con ella sin tener que negociar con nadie. Se lo daría personalmente, pero se supone que no sé lo que se lleva entre manos. Además, si se enterase de que nos hemos acostado, lo rechazaría sistemáticamente _exhibe su tarjeta de crédito_. Dime cuánto gana e iremos al cajero.

_Me ofendes _retorno la Visa al monedero y el monedero al bolso_. No cogeré tu dinero para quedar como el tipo genial. Puedo ser muchas cosas,

pero no me gusta presumir de lo que no hago _respondo sentándome a su lado_. Además, el dinero me trae sin cuidado. No lo hago por eso.

_Entonces... ¿no harás nada? _busca mis ojos, angustiada.

_¿De verdad quieres enviarla al sudeste asiático sola? Puede ser peligroso y, aunque tu hermana no es un derroche de cordialidad conmigo, no quiero que la hagan daño. Si ella no tiene cabeza, tengámosla nosotros. ¿No te parece?

Tras un segundo de admiración, me besa la mejilla, agradecida por mi instinto protector.

_Soy la primera interesada en que desista, pero a cabezota no la gana nadie. Si se ha propuesto llegar hasta Camboya, lo hará, con o sin nuestra ayuda.

_Lo sé _chasqueo la lengua, fastidiado, percibiendo un angustioso peso que me oprime los pulmones. Ya no estoy tan seguro de que Julián vaya a rechazarla y me asusta que él pueda anhelar lo mismo que yo y hasta ahora no se haya atrevido a dar ese paso por temor a truncar su amistad. Quizás ese cambio de escenario incite a Marta a traspasar la línea que él no ha gozado atravesar y acaben comiendo perdices gracias a mí.

_Pero... _rumia Virginia, mordiéndose su jugoso labio inferior.

_¿Pero?

_Pero tú podrías disuadirla. A la vista está que confía más en ti que en mí.

_¿Todavía hablamos de Marta? _ironizo.

_Tengo una idea. _En su rostro, la travesura que maquina se traduce en una mueca irresistible.

_¿Y bien? ¿De qué se trata?

Ahueca la mano para susurrarme el plan al oído, con un atractivo desenlace satisfará a las tres partes. Marta podrá aspirar a ese dinero, Virginia ayudará a su hermana sin ser descubierta y yo obtendré mi sabrosa recompensa.

BARCELONA

Lunes, 21 de mayo de 2012

Marta

El Grupo Editorial Xifré nació en el año 1903 cuando Joan Manel Xifré i Vinyals, tatarabuelo de Álex, fundó nuestro consolidado periódico de tiraje nacional al que, más tarde, se le sumarían cuarenta sellos editoriales. Por si eso no bastara, es uno de los distribuidores de prensa más importante de nuestro país, con más de una treintena de publicaciones mensuales de temáticas diversas: revistas de moda, decoración, psicología, divulgación científica, viajes, puericultura, literatura, sexualidad, cocina, excursionismo, cine, videojuegos, fascículos, etc., etc...

La revista juvenil *Jovemaniacs* para la que trabajo apenas lleva un año en circulación y ya se ha convertido en la publicación estrella entre las lectoras adolescentes. Cada quincena, una nueva portada con el yogurín de turno aterriza en los quioscos y, a los cuatro días, el tiraje se agota. Nuestra edición es más bien patética, se abusa de los tonos fosforitos, las onomatopeyas, el argot juvenil y los fenómenos youtuber e influencer.

Mi trabajo a media jornada consiste en: maquetar los reportajes y las viñetas de los dibujantes subcontratados, seleccionar las diversas fotografías que acompañarán los artículos en los bancos de imágenes, archivar por categorías las cartas de los lectores, depurar los anuncios por palabras, y adornar los pasatiempos y los test con dibujitos divertidos y colores chillones... De vez en cuando, cuando el trabajo de mis compañeros de diseño va con retraso, les echo un cable maquetando el suplemento mensual.

¿Qué no es un gran trabajo? Supongo que más de uno mataría por él, aunque a mí me sepa a poco. En fin, yo quería estar cerca de Julián y él me aseguró que estando dentro del edificio era más probable que con el tiempo encontrase algo mejor. Como siempre, le hice caso. No voy a decir que fuese mal

encaminado, este trabajo me ha servido para adquirir experiencia, conocer el funcionamiento de una editorial y soñar con fundar mi propia revista de fotografía algún siglo de estos. Y si eso no puede ser, siempre puedo escalar posiciones, subir de una planta a otra hasta encontrar mi sitio.

Sobre mi cabeza está la redacción del periódico, y un poco más arriba, la revista *Inexplorat*, donde puntualmente Julián exhibe sus inigualables reportajes. Y tocando el cielo, en la cumbre, el inmenso Studio W&X, que Álex fundó en el 2009 con el dinero y el beneplácito de su papi.

Bueno, lo dicho y ya que trabajo en el retrete de este imperio editorial, cuento con esto para no recibir la visita de la “alta nobleza”, aunque, como todo el mundo sabe, hasta los emperadores se bajan los pantalones ante la taza del wáter y, cómo no, el narcisista, ha decidido hacerme una visita para hundirme más en mi mierda. No sé si viene a comprobar si estoy lloriqueando tras negarse a echarme un cable o simplemente para tocarme los ovarios, la cuestión es que aquí está, levantando las pasiones de mis compañeras de curro, acercándose a mi mesa, luciendo unas oscuras Ray-Ban opacas, y con la camisa un poco desabrochada, mostrando ese pechito tan anhelado por las que me rodean. Enseguida hago como que no lo he visto, meneo el ratón del ordenador, busco archivos antiguos con los que simular que trabajo, y cierro la página de esa agencia de viajes, en la que buscaba una ganga de última hora que me facilite la vida.

Carraspea, harto de que sude de su cara, aunque se nota a la legua que finjo no verle. En cuanto alzo la vista, me hago la sorprendida. Miriam, a mi derecha, suelta una risilla de hiena cuando él nos deslumbra con su sonrisa. Cloe, a mi izquierda, se mordisquea el labio como si reprimiera un orgasmito. Yo, por mi parte, estoy más interesada en el moratón que esconde tras las Ray-Ban. *Ay, pobre, pobre osito panda.*

_¿Qué quieres? _le ladro, tamborileando con el lápiz sobre un taco de post-it, un pelín incómoda por lo que puedan oír las dos cotillas que lo desnudan con la mirada: Miriam y Cloe. ¡Menudas son! Dales un rumor y lo convierten en una verdad científicamente demostrada.

_Quiero hablar sobre lo que pasó ayer.

Con las antenas puestas, se miran una a otra y empiezan a maquinan con sus enfermizas neuronas. Por supuesto, el sexo es lo primero que les pasa por a la cabeza.

_No hay nada que hablar _le respondo tan tajante como una katana. Vuelvo

a encararme hacia el ordenador, esperando que dé media vuelta y regrese a su trono principesco, pero, en vez de eso, coloca su mano sobre la mía para frenar en seco la carrera del ratón. En cero coma le perdono la vida con una mirada láser digna de Cíclope, y enseguida aparta la pezuña.

_Tomemos un café _con el rabillo del ojo advierte como Miriam se deleita mirando su chupetón del cuello, genialidad de la mema que ayer estaría en su cama.

_Ya he desayunado. Además, lo de ayer me quedó bien clarito, y pensándolo bien, es lo mejor que podía pasarme. Deberte un favor de ese calibre me habría traído muchos dolores de cabeza.

El chorro de datos es carnaza para las dos cotillas que ya tienen suficiente material para montar una trilogía.

_Tomemos un café _repite, crispado, enseñando los colmillos.

Por un momento, me entusiasma la idea de que se lo haya repensado, al fin y al cabo, ayer lo pillé desprevenido.

_Vaaaale _accedo perezosamente.

_Chicas, os la robo un momentito... _Se despide de las lobs con una ligera inclinación de cabeza y ambas se deshacen sobre sus sillas como dos pedazos de manteca sobre el motor de un Formula 1.

_Hagamos un trato _propone Álex en cuanto tomamos asiento en la cafetería de la editorial. Como aún lleva las gafas puestas la gente creerá que intenta hacerse el interesante o que ha pasado una noche de farra y aún no se ha recuperado. Solo yo sé qué oculta y, tal vez, esa información me sirva para apretarle las tuercas.

_¿Qué trato?

_No hablaré con Sofia.

_Entonces, no hay más que hablar _respondo, poniéndome en pie.

_Eh, un momento, tengo una idea mejor. Siéntate, por favor _me pide, atento a los ojos que nos miran.

Le hago caso, a regañadientes.

_Si te presto el dinero de esas nóminas, quiero algo a cambio _me susurra.

_Según tú, no tengo nada ofrecer. _Mi autoestima todavía está en la UCI por la paliza que ayer le propinó con sus opiniones.

Sonríe y en esa hilera de dientes mimados por los dentistas más caros, adivino un malvado plan.

_¿Qué? _murmuro con desconfianza.

En cuanto esparce la mirada por el local, los curiosos disimulan. Y es que, su estatus intimida tanto a empleados como a *freelance*.

_ Todo el personal se pregunta de qué hablamos _ introduce con misterio.

Huy...

_ ¿Y qué? Yo no tengo que dar explicaciones a nadie. Solo les extrañará que una pringada muerta de hambre como yo comparta mesa con una estrellita como tú.

_ Y les sorprendería todavía más que una pringadita como tú, se llevara al huerto a alguien como yo _ redondea utilizando mi juego de palabras.

_ ¿Qué insinúas? _ me pongo en modo defensa.

_ Para resarcirme de la corrosiva crítica que hiciste de mí ante los medios, me encantaría que te retractases en... condiciones incómodas.

_ ¿Hum? _ Adelanto el pie bajo la mesa, preparada para el sprint.

_ Quiero que te deshagas en halagos sobre mi maestría y mi encanto personal renunciando durante una tarde a tu _ojea mi camisa de cuadros con grima _... andrajoso feminismo.

_ No te sigo.

_ Te ilustraré con un ejemplo _ propone colocando su Ipad sobre la mesa. Activa la pantalla, que permanecía en modo reposo, y me enseña la fotografía de estudio de una de sus modelos habituales. La pobre lleva un vestidito tan pequeño que parece un cinturón de cuero negro. Las dos rajadas del vestido a la altura de la cadera, dejan al descubierto las blondas de las bragas negras y los ligeros que sujetan las sexys medias de rejilla con encajes. Me parece imposible que alguien pueda mantener el equilibrio sobre esos tacones de aguja, finos como bigotes de gato. Es difícil calcular la edad de la chica, el peinado me despista, las dos trencitas de colegiala le quitan tantos años de encima como los que le suma el maquillaje de putón verbenero; labios en rojo fuego, la mirada enmarcada con una raya a lo Cleopatra y una sombra de ojos oscura, que se extiende por sus cuencas como un antifaz "zorruno".

Como no veo que tiene que ver este pendón adolescente conmigo, Álex se explica enseguida.

_ Quiero que salgas conmigo vestida así.

_ ¡Estás de coña! _ exclamo echándome hacia atrás, como si la mesa me hubiese propinado un chispazo.

_ Para nada. Deja que termine mi oferta y luego hablamos. Con los 3500 euros que te prestaré, podrás viajar en primera clase, dormir en hoteles de lujo

y comer en los mejores restaurantes. ¿Soy generoso o no?

_¿Ha- has dicho tre-tres mil quinientos? _estoy flipando.

_Y si quedo satisfecho... podría elevar la cifra con una sustanciosa propina _se jacta con un guasón brinco de cejas.

¿Satisfecho? ¿Propina? ¡Coño, sin comerlo ni beberlo, me he convertido en Demi Moore en una “Proposición indecente”!

Estudio la fotografía mordisqueándome la uña del meñique con vehemencia, meditando los pros y los contras de este sacrificio. Tres mil quinientos euros por vestirme enseñando braga para ver a Julián sin perder la salud en el intento. Una noche de terror y humillación junto a este... hipócrita, a cambio de unas vacaciones por todo lo alto. ¿De qué me sirve el orgullo si después tengo que trabajar pluriempleada durante meses sólo para pagar el billete? ¡Con esta montaña de gastos a mis espaldas que se acumula sin remedio, no reuniré el dinero hasta dentro de dos años! ¡Dentro de dos años Julián ya no recordará ni cómo me llamo!

La balanza se inclina a un lado y a otro, sin encontrar el equilibrio.

_Te dejo que lo madures _me sugiere levantándose_. Aunque si tardas mucho... podría echarme atrás.

¡Al diablo con todo! ¿Qué puede pasarme por soportar a este gilipollas unas horitas?

_Vale. ¡Acepto!

Vuelve a sonreír antes de sentarse.

_Pero lo quiero por escrito _le aclaro, cegada por la rabia.

_¿No te fías de mí?

_Ni un poquito.

_Está bien. Lo tendrás por escrito _teclea sobre la pantalla táctil del Ipad y abre el procesador de textos_. Yo expondré mis condiciones y tú las tuyas. Empiezo yo.

Tras un largo debate que me costará mi puesto de trabajo en Jovemaniacs, llegamos a un acuerdo.

Reunidas las dos partes:

Siendo la primera parte la Srta. Marta Salazar Ortiz con el DNI XXXXXXXXXXXX y la segunda parte el Sr. Alexander Xifré Wakefield con el DNI XXXXXXXXXXXX este contrato establece que:

Marta Salazar deberá vestirse como se indica en la fotografía adjunta a este contrato, accediendo a acompañar a Alexander Xifré un mínimo de siete horas, en las que se incluyen: una visita cultural, una cena y una sesión de fotografías privada en el Studio W&X, de una duración mínima de dos horas. Todo el itinerario y los lugares a visitar, serán escogidos por Alexander Xifré sin que Marta Salazar pueda objetar. Igualmente, todos los gastos de la cita correrán a cuenta de Xifré.

Alexander Xifré se compromete a entregar 3500 € en un talón al portador cuando concluya la velada. Siempre y cuando se respeten todas las condiciones detalladas en la cláusula 1.

Marta Salazar dispondrá de 5 años para devolver los 3500€, sin intereses añadidos.

Y para que conste a todos los efectos, lunes 21 de mayo del 2012.

_Falta una cláusula _objeto, después de leerlo.

_¿Cuál?

_Nada de sexo.

_¿Sexo? Cariño, de eso estoy bien servido _presume con soberbia_. Nunca he pagado por hacerlo. A la vista está que no lo necesito, además me parece denigrante y patético. Soy un seductor nato y lo sabes.

_¡Uf! Cuando creía que no podías ser más pedante... En fin, quiero verlo por escrito. No firmaré esto hasta que incluyas esa cláusula. Nada de numeritos románticos, ni piropos, ni manos de pulpo. Nada de nada. Te quiero a dos metros de mí.

_Ok, pues redáctalo y firma _propone encogiéndose de hombros y encarando la tableta hacia mí para que pueda redactarlo.

Virginia

Año 2000-2001

Julián siempre dice que lo nuestro fue un flechazo y puede que, en aquel instante, sí lo pareciera. Lo conocí el mismísimo día que se instalaba en el edificio, mucho antes de que mi extrovertida hermana se presentase en su casa para darle la bienvenida, antes, incluso, de que mamá supiera que el piso del viejo Abelardo había sido alquilado.

De buena mañana, me dirigía al instituto, cuando nos cruzamos en el portal por primera vez. Él iba cargado con unas cajas que contenían viejos documentales en vídeo de “El hombre y la tierra” y yo con mis apuntes de bachillerato. Su destartalado Seat Ibiza rojo, aparcado sobre la acera de la entrada, estaba repleto de sus escasas pertenencias, lo que constataba el ingreso definitivo de nuestro anciano vecino en una residencia.

Sin duda, en cuanto nos vimos, se prendió una chispa de atracción mutua. A decir verdad, su aspecto, ligeramente bohemio, me sedujo de pleno. Enseguida le atribuí ese espíritu aventurero de película que tan buenos resultados da en taquilla. Por eso, desplegué las armas de mujer que ya dominaba con destreza; esa pose elegante, esa mirada peligrosa y frágil al tiempo y un amago de sonrisa. Su embelesamiento dilató mi vanidad como nunca. Más a menudo de lo que me gustaba, mi belleza atraía a decenas de admiradores, estaba acostumbrada a ser el amor platónico de alguien desde el parvulario, sin embargo, siempre fingía no enterarme de nada, aunque más tarde, evocaba esas palabras zalameras que pretendían impresionarme, con una prepotencia malsana que, pronto, Julián me extirparía para siempre. Pero, esa mañana, todavía era vanidosa y ver a ese chico, mucho mayor que los inmaduros chicos de mi instituto, mirándome como si yo fuese una diosa del Olimpo de paseo por el mundo terrenal, me hizo sentir arrebatadoramente inalcanzable. De hecho, se quedó tan impresionado que fue incapaz de corresponder a mi saludo.

En posteriores encuentros, cuando aún Marta no nos había hecho de

celestina y todavía no había confianza entre nosotros, si él se armaba de valor y entablábamos una insulsa conversación de ascensor, yo me regodeaba para mis adentros viéndolo padecer cuando se le trababa la lengua o se bloqueaba buscando esa genial ocurrencia que evitase el fin de nuestra charla.

Seguramente, si Marta no se hubiese encariñado tanto con él y hubiese intercedido para que saliésemos, me habría conformado con ese tira y afloja tan pueril y nuestra relación jamás habría trascendido. Pues, a corto plazo, no tenía intenciones de comprometerme con nadie, daba más importancia a mis estudios que a las ataduras de un noviazgo. Por encima de todo, deseaba que mi carrera estuviese encarrilada y, por nada del mundo, aparcaría mis aspiraciones por el amor de un hombre, ni perdería el juicio al menor piropo como lo habían hecho mis primas. De hecho, el género masculino me resultaba simplón y maleable y aún no había conocido a ningún hombre que me impresionara. Pero Marta se puso tan pesada...

A diferencia de su antipatía actual, en el albor del nuevo milenio, mi hermana se ganaba la simpatía de cualquiera con tremenda facilidad. A sus catorce años, no tenía pelos en la lengua ni se sentía inferior ante nadie, posiblemente por la inconsciencia de la juventud. La diferencia de edad no obstaculizaba su amistad con Julián, de modo que ella se sentía en la obligación de hablarme de los sentimientos que su genial amigo albergaba hacia mí, atosigándome para que le concediera una oportunidad.

Al final, pequé de soberbia y caí en la trampa. Perversamente me veía explicando la cita a mis amigas y ridiculizando al nuevo idiota que había picado el anzuelo. Para ello, escogí el mejor de mis conjuntos, y me acicalé a conciencia. Aunque Julián hacía tremendos esfuerzos para reprimir sus sentimientos, sus gestos eran rígidos y había altibajos en su voz, y yo, lejos de compadecerlo o truncar sus esperanzas manteniendo las distancias, lo torturé con una oscilante simpatía. Tan pronto se sentía con ánimos para un acercamiento como inseguro ante mi frialdad.

La cita fue aburrida y predecible: un paseo, un café, preguntas anodinas para sondearnos el uno al otro y muchos silencios. Antes de que volviésemos a casa, ya había decidido que no valía la pena repetir la experiencia, ni siquiera por vanidad. Julián no se acercaba, ni de lejos, al excitante aventurero que yo había diseñado en mi cabeza, más bien era todo lo contrario; soso, aburrido y moralista. Por eso, rechacé sistemáticamente

todas sus invitaciones, inventándome rocambolescas excusas con la esperanza de que se diese por enterado.

Entonces, todavía desconocía los grilletes que me impuse al acudir a esa cita.

Con el transcurso de las semanas, su goteante obstinación empezó a ponerme nerviosa. Día sí día también, me esperaba a la salida del instituto para escoltarme hasta casa y se quedaba conmigo hasta la cena, entorpeciendo el avance de mis estudios con su fastidiosa compañía. Empezó a hablar de un futuro en pareja, de matrimonio, ¡de hijos! Le dije claramente que esos proyectos estaban fuera de mis prioridades. Mediante una espeluznante mueca, di a entender que esa familia modelo impuesta por la sociedad no entraba en mi ideal de vida, yo quería viajar y la maternidad cortaba las alas. Mi opinión le indignó. “Eres joven, aún no sabes lo que quieres”, espetó antes de marcharse. Creí que mis palabras lo habían desencantado y suspiré aliviada pensando que por fin me había librado de su asfixiante persecución. Nada más lejos de la verdad.

Con insidiosas maquinaciones, empezó a envenenar a mis amigas, a malmeter sobre ellas y a atosigarme para que volviésemos a salir como antes, como si ese “antes” del que hablaba fuese un largo periodo de noviazgo, en lugar de una insípida tarde de domingo. Lo esquivaba como podía, hacía pellas a última hora y salía antes del aula con alguna excusa o, por el contrario, me quedaba en la biblioteca del instituto hasta que terminaban las extraescolares. Pero enseguida entendió mi juego y se anticipó a él, haciendo guardia ante la salida del instituto con la tenacidad de un escolta presidencial.

El engreimiento que me había endiosado, poco a poco se fue desvaneciendo ante la incomprensión de los demás. Cuando se lo comenté a mi madre, quiso convencerme de que se trataba de un comportamiento corriente en los hombres enamorados: “También tu padre me esperaba a la puerta de los ultramarinos cuando salía de trabajar. ¡Aunque cayesen chuzos de punta, pobrecito mío, menudo catarro me cogió el pobre aquel día! Lo que pasa es que ese chico bebe los vientos por ti y ya está. ¡Ay, mi niña, déjate querer, déjate querer!”

Tampoco encontré respaldo en Marta y mi padre consideró que tarde o temprano el chico se aburriría y me dejaría en paz. Sólo mi abuela Cándida mostró cierta preocupación cuando vino a visitarnos por Semana Santa.

Siempre tan intuitiva, no tuve que explicarle nada para que percibiese mi inquietud. En la intimidad de mi habitación, mientras acariciaba la tibia piel de su mano moteada por manchas hepáticas, le hablé de lo mucho que me asustaba la insistencia de Julián. “Lo ideal sería que pusieras distancia, ¿por qué no te vienes al pueblo este verano o mejor, por qué no pides una plaza en la Universidad de Salamanca? Está a una hora de casa, podrías vivir conmigo, mi niña.” Su idea me sedujo al instante, y si algo me hacía vacilar, era alejarme de mi familia, especialmente de Marta. Mi abuela Cándida era más afín a mi modo de entender la vida, creía en los objetivos y no se conformaba con el patrón de vida convencional, siempre lamentaba no haber cursado estudios y nos animaba a perseguir nuestras metas. Alentadora y maternal, vivir con ella me pareció una excelente solución.

Cuando se lo comenté a mis padres, mamá se mostró muy reticente y Marta me miró con ojos suplicantes. No quería que se sintiesen abandonados y mentí al decirles que solo era una idea que me había rondado por la cabeza. Pero, sin duda tenía sus ventajas, la abuela no estaría tan sola en esa casa tan apartada y podría estudiar filología española en una universidad histórica, con más de setecientos años de antigüedad. Marta podía ocupar mi dormitorio, mucho más amplio que el suyo y papá montar un pequeño despacho para su negocio en el cuarto que quedase libre. Hablaba como si mi pretensión fuese no regresar. Mamá me amenazó con su habitual “ya lo hablaremos” y Marta, conteniendo las lágrimas, buscó apoyo en la persona menos conveniente; Julián.

Interiormente pensé que el tiempo les ayudaría a asimilar mi decisión. Me apetecía mucho iniciar una vida lejos de casa, sentirme más madura y dueña de mis actos. Y lo mejor, Julián estaría fuera de ella.

Con esa meta en mente, me volqué de lleno en los estudios a fin de subir mi nota media y preparar el examen definitivo que se celebraba en junio. Aun no sabía si dispondría de esa plaza en la Universidad de Salamanca, pero la abuela ya estaba preparando mi habitación, y en el caso de que algo saliese mal, pasaría el verano junto a ella, como había sugerido.

Por otra parte, Julián había aflojado su insistente acoso y empezaba a sentirme liberada de él. Tal vez, cuando Marta le explicó lo que pretendía hacer, se asustó y decidió darme más oxígeno. Aun así, la idea de vivir en Salamanca ya estaba arraigada en mis planes y solo podía desbancarla el rechazo de la plaza o el suspenso.

Sin embargo, existía un tercer inconveniente que nunca hubiese augurado y que Julián supo provocar.

Aquel domingo, los cuatro miembros de la familia nos despertamos con un inexplicable agotamiento. El teléfono sonó durante el desayuno. Antes de que nadie lo hubiese descolgado, ya intuimos que el día iba a truncarse. Con el auricular en la oreja, mamá escuchó las explicaciones de mi tía y miró a mi padre, antes de cederle el teléfono, anunciando muy apenada que su hermana tenía malas noticias.

Aquella misma mañana, mi primo Fredi había encontrado a mi abuela sin vida, tendida en el suelo del gallinero. Llevaba varios días fallecida y el cuerpo estaba tan maltrecho por los picotazos de las gallinas y las larvas, que mi primo, de apenas doce años, sufrió una brutal impresión al apearse de su bicicleta y verla muerta sobre la paja. Tardó más de una hora en reaccionar e ir en busca del médico del pueblo que, al encontrar el cadáver en aquel lamentable estado, a duras penas certificó que había fallecido de un ataque cardíaco.

La apurada situación financiera de mi padre, solo nos permitía el gasto de dos billetes de avión para acudir al inminente funeral, así pues, nosotras nos quedaríamos en casa y la velaríamos desde allí. Les supliqué a mis padres que utilizarasen el dinero reservado a mi matrícula para costear nuestros billetes, pero no quisieron sacrificar mis estudios.

__Prefiero que la recordéis como era. __Tras decir esto, mi padre retornó a su enlutado mutismo.

Aunque la muerte no sabe de promesas, me costaba creer que hubiese sido tan cruel con las dos. Ya no tenía sentido trasladarme hasta Rinconada de Tormes, porque ya no existía la compañía que quería compartir.

Una vez Marta y yo nos quedamos a solas, invertimos el tiempo en las lágrimas y los recuerdos. Resaltábamos sus consejos, sus deliciosos platos, sus juegos... Reíamos y llorábamos, en una mezcla de nostalgia y homenaje. Hasta que, de madrugada, nos dormimos juntas en la cama de nuestros padres, abrazadas como dos huérfanas.

Sin embargo, la vida no se detiene, por muy duro que haya sido el mazazo. Al día siguiente, tuve que retomar el estudio para afrontar el examen que pondría en jaque mi futuro. El proyecto de Salamanca había fracasado, pero por respeto al coraje de mi abuela, le debía perseguir mis sueños y realizarlos. De tanto en tanto, su recuerdo me asaltaba entre

épocas históricas o comentarios de texto, entre vocabulario de inglés y traducciones del latín, lloraba unos minutos, sentía su caricia cercana en mi mano, animándome a continuar, y proseguía con fuerzas renovadas.

La mañana de la convocatoria de materias comunes estaba más relajada de lo esperado. Preparé la mochila con apuntes, metí la fiambarrera que mamá me había preparado para la comida, un ramillete de bolígrafos, por si alguno fallaba, y algunos dossieres con resúmenes y esquemas. Mi madre me despidió con un largo y pringoso beso, orgullosa de mí y Marta me jaleó mientras se preparaba el desayuno.

Los tres primeros exámenes me parecieron muy fáciles, de un nivel inferior al esperado. Estaba sobradamente preparada y olía los notables. Mientras recalentaba la comida en el microondas del comedor de la facultad, contrastaba con mis compañeras las respuestas de algunos enunciados y crecían entre ellas los nervios y los tirones de pelo. Nos reíamos de la cara de derrota de Sonia que, de tan nerviosa, se estaba orinando todo el rato y la bautizamos como la preuniversitaria meona. En mitad de aquel almuerzo compartido entre los que nos examinábamos y los veteranos universitarios, una inoportuna sombra me borró la sonrisa. Julián me saludaba desde la otra punta del grandioso comedor y señalaba la silla que tenía ante él, reclamando mi compañía con una sonrisa aparentemente cálida. Hice como que no lo había visto y seguí comiendo y riendo como si nada. Cuando volví a mirar hacia aquella dirección, la mesa estaba vacía. Sondeé con disimulo a mi alrededor, pero no logré distinguirlo entre los estudiantes, se había esfumado. Sin embargo, su visita me descentró. No pude afrontar las dos pruebas que faltaban con la misma eficiencia. Su cara se me aparecía cuando parpadeaba. Esa manera sibilina de agitar la mano como si yo fuese un chucho que debía obedecerle, me espeluznaba.

Regresé a casa con manía persecutoria. Pero cuando me giraba, él nunca estaba ahí. Al llegar al portal, mientras esperaba el ascensor, Julián surgió del recodo donde estaban los buzones. Su aparición me alteró la respiración, por alguna extraña razón, me sentía mal por haberle ignorado en el comedor:

¿Qué tal ha ido el primer día? _preguntó apoyándose en la puerta del ascensor, para impedir que pudiese abrirla.

_Bien _respondí con un hilo de voz, asintiendo.

Abrió la puerta y me invitó a entrar. No podía negarme, pues yo misma

estaba esperando el ascensor hacía unos segundos. Obedeciendo más a la cortesía que a mi instinto, subí con él.

_Ahora que tu abuela ha muerto, te quedarás aquí, ¿no? _me preguntó sin ningún tacto, en cuanto empezamos a ascender.

Lo fulminé con la mirada, sin darle una respuesta.

_Debes sentirte fatal _continuó, ignorando el brillo dolido de mis ojos_, tu caprichito me ha obligado a intervenir.

Mi rostro, pasó de la antipatía a la interrogación. Con una sonrisa juguetona, Julián hurgó dentro de su bolsillo, alzó el puño y extendió los dedos de golpe, dejando caer el objeto que guardaba en su mano. La medallita de mi abuela oscilaba pendida en su fina cadena de oro, como un hipnótico péndulo, sujeto de su dedo corazón. Al principio no entendí porque tenía en su poder un objeto que mi abuela jamás se quitaba del cuello.

_Esa vieja tozuda me obligó a tomar medidas drásticas.

Finalmente comprendí, tras la consternación inicial, que Julián estaba jactándose de su asesinato. De pronto, su actitud cambió, al fin brillaba en él ese lado salvaje que yo había intuido al principio, solo que no era tan romántico como lo había imaginado, sino perverso e inhumano.

La sospecha de mi grito, lo empujó a detener el ascensor y a amordazarme, arrinconándome lejos de los pulsadores.

_Escúchame bien, princesa. Ahora mismo subirás a mi casa y me darás todo lo que me has estado negando porque, si no lo haces tú, será tu hermanita la que me lo dé a la fuerza. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

_No la toques _supliqué contra sus dedos.

A pesar de la mordaza, me comprendió.

Tras una perversa sonrisa de satisfacción, se aproximó a mi oído y susurró con guasa: “¿Todavía te parezco aburrido?”

Exigiéndome silencio, me arrastró hasta su piso y una vez en su guarida, dentro de la habitación insonorizaba en la que escuchaba sus grabaciones de graznidos y gorjeos de aves, puso la cinta más horripilante que jamás he escuchado: la agónica conversación que mi abuela mantuvo con él, mientras sufría aquel infarto, inducido por una neurotoxina de origen reptil, que Julián le inoculó a traición. Cuando acabó de reproducirla, una vez me había convertido en un guiñapo indefenso, abrumado por lo inaudito, me arrancó la ropa y me violó.

BARCELONA

Viernes, 25 de mayo de 2012

Marta

Tan cegada por las bombillas del tocador como un topo de la mafia en un interrogatorio, miro al estilista y a la maquilladora del Studio W&X como si fueran a sacarme el cerebro por la nariz. Bajo el batín de peluquería, el vestido de cuero, dos tallas más pequeño, me compacta los michelines y si a eso se le sumamos que el puñetero relleno del *wonderbra* me sube las tetas hasta las amígdalas, apenas puedo respirar. Por si eso no fastidiara lo suficiente, el ligero que sostiene las medias de rejilla, me oprime los muslos igual que un torniquete, privándome la circulación y adormeciéndome los pies. Acostumbrada a la robusta bota de trekking, ¿seré capaz de mantener el equilibrio con estos zapatitos de plataforma con tacón de aguja? Pronto lo averiguaremos.

Brigitte, la mar de entregada, me aplica sombra de ojos a toneladas, luego, con un *eyeliner* negro, tan ancho como cinta aislante, enmarca mis ojos cual mapache y, por último, el inesperado peso de las pestañas postizas pone a prueba la fuerza de mis párpados. Siguiendo las pautas de Álex, la maquilladora me agranda los labios con el perfilador y los colorea de rojo fuego con un pintalabios *gloss waterproof* prácticamente imborrable. ¡Joder, ahora mis labios son húmedos y apetecibles, justo lo contrario de lo que desearía!

¿Marta, acaso has perdido la chaveta?

Eso parece. Pero con esos 3500 lereles llegaré a Camboya sin agobios. ¡Qué carajo, podré comprarme una casa allí si me da la ventolera!

Quince minutos después, Brigitte y Saúl comparan la fotografía con el Picasso que han plagiado en mi cara y asienten, la mar de satisfechos.

Lo tenemos.

_¡Has quedado magnífica!

¿Magnífica? ¿Sobre qué punto de vista? Joder, la muñequita Pepona que ahora soy, pintarrajeada tal y como me exige el bribón, se siente la mar de estúpida, y está a puntito de llorar porque su integridad se ha ido por el retrete.

En vista de mis torpes andares al levantarme de la silla, Saúl se ofrece para acompañarme hasta el despacho de Álex, pero me niego en redondo. No, no quiero más público cuando el Pijales me vea y se parta el pecho de risa.

Tal y como temía, mi desfile por el pasillo que conduce su despacho, incluye banda sonora: risotadas, piropazos y meneítos guarrindongos de los informáticos del departamento de diseño Web que me fotografian el culo, con sus móviles pepino, mientras me alejo haciendo eses, como una modelo con una buena bolinga.

Al abrir la puerta del despacho, pongo en juego mi físico. En una mano, el minibolso de *Louis Wuitton*, en la otra, el pomo. En cuanto doy el primer paso, los tobillos se me tronchan y entro en la oficina con pies de pato mareado. A puntito de caerme de bruces, freno en seco de sopetón, flexionando las rodillas igual que un surfista novato el primer día que pisa la tabla.

Ferrer, que discutía con Álex sobre asuntillos laborales, se queda de piedra al reconocerme.

_¿Ma- Marta? _tartamudea ojeando a Álex, atónito.

Pero en vez de ponerse a dar explicaciones, su jefazo revienta en una carcajada tan escandalosa que me despeina el flequillo y hace vibrar todos ventanales del edificio.

Minuto y medio más tarde, todavía plantada en mitad de su despacho con cara de malas pulgas, espero a que la cosa pierda su gracia, pero el cabronazo se regodea sin prisas, con lagrimitas en los ojos. Su ataque de risa pronto contagia a Ferrer, que empieza a reírse por lo bajo.

Cuando consigue reunir fuerzas, el Gilipollas abandona su butacón presidencial, con las manos en la barriga, casi con convulsiones, lo que me permite ver esa entallada camisa negra, que destaca su cuerpo de atleta y esos desgastados tejanos de marca, que le habrán costado un mes de mi sueldo. (Por cierto, tiene una capacidad de recuperación envidiable, ni rastro de ese ojo a la funerala).

_Vaya, vaya. No te creía capaz, pero veo que estás colgada de ese tío hasta

las trancas _dice, estudiando mis curvas.

_Acabemos con esto de una puta vez, ¿vale? _le gruño, retadora.

_Como gustes _inmediatamente se gira en dirección a su ayudante y, guiñándole un ojo, le pide que prepare el estudio para nuestra sesión nocturna.

Ferrer le da su palabra sin decir ni pio y, a mí, tanto secretismo me huele a encerrona de las gordas.

_Sólo quiero que sepas que esto no lo olvidaré en la vida _le amenazo con el índice, dentro del ascensor.

_Lo sé, y eso me encanta _responde, la mar de contento, acariciando las lazadas de una de mis trenzas hasta que mi palmetazo disuasorio le corta el rollo.

Al segundo, ataca la otra trenza, fingiendo que se trata de la mano de otro, cuando nadie más que él y yo ocupamos el ascensor.

_¿Quieres dejarlo ya? _me aparto, agobiada por la sombra de su estatura_. Me quitas el aire.

_Ya te gustaría _insinúa con voz penetrante, arrimándose a conciencia.

_¡Los cojones! _bufo, arreándole un empujón.

¿Matarle ahora? Aún es pronto, en cuanto cobre por este trabajito sucio, contrato a un sicario.

_¿iY esta horterada!?! _me agarra la muñeca de pronto, parpadeando de pura abominación. Aunque la modelo de la fotografía no llevaba este complemento, escogí este reloj de plasticucho chillón a conciencia, para crispas la moral del Pijo. El cacharro tiene su historia, mi abuela Cándida, adicta al *boom* del *todo a cien*, nos regaló uno a mi hermana y uno a mí cuando, de renacuajas, pasábamos con ella las vacaciones de verano en el pueblo. Aunque el chisme merece un puesto en el baúl de los horrores, nos hizo mucha gracia la marca Tasio, de imitación a los Casio de toda la vida, pero reinventado en color verde pistacho y con lunares fucsias. Le tengo mucho cariño y aunque no suelo llevarlo, siempre le cambio las pilas, como si al mantenerlo en hora perdurase el recuerdo de mi abuela, ya fallecida.

Pero hoy no lo he traído solamente por jorobar a este gilipollas, también me vendrá muy bien para controlar el tiempo: a las siete horas y un segundo, la nena se vuelve a casa, con o sin carroza.

_¿Algún problema? Te olvidaste el reloj _puntualizo cuando el ascensor se detiene.

En lugar de soltarme una de sus ácidas réplicas, me sonrío con ternura,

como si acabase de ver a un recién nacido bostezando por primera vez.

Y nada más abrirse las puertas, me cede el paso con una floritura de mosquetero.

_¡La leche, que biruji! _exclamo arreçada por el frío que hace en la calle. Si fuese un caballero me cubriría con su americana, pero claro, eso impediría que todo bicho viviente me viese el tetamen.

_¿Y bien? _pregunto_. ¿Qué quieres que haga? No pienso satisfacer ningún deseo sexual. Recuerdas la cláusula, ¿no? Antes me hago el harakiri _le advierto, por si las moscas.

_¿Quién necesita sexo, con lo divertido que es verte sufrir? _responde acercándose a su Jaguar XK, color gris metalizado, que inexplicablemente aparcó frente a la entrada, aunque el motivo se desvela enseguida; a esta hora termina la jornada de la gran mayoría de los empleados del grupo editorial y no son pocos los que vuelven en metro a sus casas. Periodistas, diseñadores, publicistas, comerciales y editores salen del edificio en desbandada como mozos en pleno encierro. Todo el que repara en nosotros, nos mira dos veces y alucina.

Tiro del agarrador de la puerta del coche, ansiosa por esconderme dentro, pero Álex se recrea, llave en mano, fingiendo que revisa los mensajes de su Iphone. Me entran unas tremendas ganas de estrangularlo sobre el capó del coche, así está gente flipará con razón.

_¡Abre ya! _suplico, brincando para combatir el frío.

_Respondo este wasap y te abro _dice, como si fuese tan difícil apretar el puto botón del cierre centralizado.

Por si fuera poco, todos los miembros del equipo de *Jovemaniacs* salen en grupo y nos pillan juntos. Durante un año, con mucho esfuerzo, sudor y lágrimas había conseguido desbancar a esa camarera que les servía el desayuno y ganarme su respecto como diseñadora gráfica para que ahora, de un plumazo, me vean como una tía facilona que se tira al jefe para sacar tajada.

_¡Vámonos ya! ¡Adónde sea! _suplico con exigencia.

_¡Qué prisas! _me aplaca, guardando el móvil en el bolsillo del vaquero.

En cuanto los faros del carísimo carruaje parpadean entro a la desesperada y cierro la puerta de inmediato. Al segundo, el mamón bordea el morro de esta nave espacial de lujo, frotándose las manos, excitadísimo. En cuanto se sienta a mi lado, me acurruco contra la ventanilla.

_Será divertido _promete, con los ojos vivarachos y me da otro tirón de trenza_. Quién sabe, quizás, cuando la noche termine, supliques un poquito más de tiempo. No tienes ni idea de lo atrayente que puedo ser... _presume, arrancando el motor.

Le respondo con un gruñido y hago como si no existiera. Pero cada vez que cambia de marcha, temo que uno de sus tentáculos de pulpo se eche sobre mis muslos.

Como mantiene en secreto sus intenciones, apenas puedo concentrarme. En mi ventanilla se refleja la Universidad, Plaça Catalunya, La Rambla... Enseguida da con un parking subterráneo en el casco antiguo. ¡El muy cabrón pretende pasearme por el centro más turístico de Barcelona, pavoneándose en compañía de una tía semidesnuda! ¡Qué horror!

Dentro del parking el tipo de la garita casi se rompe el cuello de tanto torcerlo, primero, pasmado por el cochazo valorado en más de cien mil euros que desciende por la rampa, y segundo, por el pibonazo en ropa interior que sale de él.

Una vez en la superficie, dejamos atrás los puestos de flores. El mercado de la Boquería está atestado de clientes de toda procedencia: vecinos del barrio haciendo la compra, turistas que se deleitan con los puestos de frutas exóticas de la entrada, adolescentes que compran a granel chucherías, japoneses que fotografían la cúpula modernista...

Este vestido es tan descarado y deja tan poco a la imaginación, que sin quererlo acaparo la atención del público de las estatuas vivientes de la Rambla. A Álex, por supuesto, le encanta que todo tipo que se nos cruce se gire, que me silben, que escuche la cámara de algún teléfono móvil, a nuestra espalda y que las otras mujeres me despellejen con la mirada, incluso con sus comentarios.

Por suerte, a la altura del Liceo, nos desviamos hacia el Carrer Ferran, en dirección Jaume I, dejando atrás la zona más turística y congestionada. Es entonces cuando el Pijo se salta a la torera la cláusula del contacto físico y me rodea los hombros con el brazo.

_A dos metros, ¿recuerdas? _le amenazo, sacudiendo el hombro.

_Relájate, mujer _me susurra al oído, inclinándose hacia mí, sin apartarse_. Relájate y descubre ese potencial femenino que tanto desperdicias. ¿Sabes? Si tú quisieras, podrías conseguir a cualquier hombre. Míralos _me indica con la barbilla a una pandilla de veinteañeros salidos que me devoran con los ojos_.

Se les cae la baba al mirarte.

_Se les cae la baba porque voy prácticamente desnuda _replico, estrujando la mano que cuelga de mi hombro. Le clavo las uñas postizas con tanta saña que hasta una se me salta. En vista de mis “caricias”, se decanta por deslizar sus dedos hasta mi cintura y lo hace con intención, palpando la sinuosa curva donde la espalda pierde su nombre. Desde la esquina llegan los lloriqueos de envidia de esos depravados y Álex les sonrío de oreja a oreja, superorgulloso de sus privilegios conmigo.

Ay, Dios, necesitaré mucha terapia para superar esto.

Dejamos atrás el ayuntamiento y el Palacio de la Generalitat y seguimos por la calle Sant Jaume hasta vía Laietana.

El largo paseílo termina en la calle de l’Argenteria, ante una pequeña sala de exposiciones donde, dentro de pocos minutos, se inaugurará una nueva serie de fotografías bajo el título: *Ceremonias del mundo*. Cuando irrumpimos en la pequeña sala, la mujer de Manel Feliu, el fotógrafo, se dispone a iniciar la presentación ante una escasa afluencia de público, apenas veinticinco personas, la mayoría gente de la tercera edad. Nada que ver con el despliegue de medios con alfombra roja por la que paseaban los famosos durante la inauguración de *FotoLiterArte*, más bien parece una concentración del IMSERSO en el vestíbulo de un hotel en temporada baja.

Aunque podríamos acercarnos más al atril donde la representante del artista repasa sus notas, Álex insiste en que nos sentemos en la última fila. No es cuestión de que el putón verbenero que trae consigo, le quite protagonismo a Victoria Miralles, una setentona adorable, de voz dulce y quebradiza, que ojea cada dos por tres el discurso que tiene escrito para no perder el hilo. La gente la escucha atentamente y en silencio, mientras ella nos explica como el oficio de proveedor de artesanía exótica arrastró a su marido por medio mundo y cómo, gracias a eso, puede ofrecernos hoy unas instantáneas que recopilan la vida costumbrista de distintos rincones de planeta. Se justifica ante los profesionales de la imagen que la escuchan en esta sala, pues Manel Feliu nunca se consideró un fotógrafo profesional, sino un cazador de imágenes y vivencias. Por desgracia, el sueño de exponer llega con demasiado retraso, sin embargo, es la mejor manera de rendirle un homenaje tras su muerte, en agradecimiento por haberla considerado una auténtica compañera de viaje, animándola a formar parte de la enriquecedora travesía de su vida.

Se le parte la voz al recordarlo. Creo que, hasta el tipo más insensible de la

sala, estará con un nudo en la garganta. Enseguida, todo el público se suma al aplauso que inicia Álex en su rescate. El bonito gesto del Pijo hace que Victoria se reponga y pueda cerrar el discurso, invitándonos a disfrutar de las instantáneas.

Tras el último aplauso, la gente empieza a dispersarse por las esquinas de esta pequeña galería de paredes rústicas, encaladas y desniveladas.

Una vez que los conocidos que felicitaban a Victoria Miralles por su emotiva presentación se alejan para admirar el legado de su esposo, la viuda se nos acerca, seguida por un cincuentón clavado a ella.

En cuanto el tipo se recupera del calentón que le han causado los ligeros-torniquete de mis muslos, estrecha la mano de Álex, enérgicamente. Victoria abraza al Pijo con cariño, casi a punto de echarse a llorar de nuevo. Tiene la mirada brillante, como una cría ilusionada y conmovida, con principio de cataratas.

_Su presentación nos ha tocado el corazón _Álex la adula con mucha ternura, como si hablase con una persona muy frágil.

_Estaba hecha un flan _admite Victoria, abanicándose con las notas, todavía abochornada_. No estoy acostumbrada a hablar en público. Me asustaba que la presentación fuese muy larga y aburriese a los visitantes.

_Todo lo contrario, ha estado magnífica. No es nada fácil captar ese nivel de atención.

El hijo de Victoria intenta disimular el interés que le han despertado mis tetas semipostizas, mientras yo me cubro el escote con la mano, fingiendo un ataque de urticaria.

_Me hubiese gustado nombrarte _dice Victoria, estrechando la mano de Álex entre las suyas.

_Pero no debe hacerlo, créame, es mejor así.

_Pero, hijo, has pagado los costes, y la publicidad y has conseguido que la obra de mi Manel por fin vea la luz, ¿cómo voy a pagarte eso? _la vieja vuelve a arrugar la barbilla y yo, empiezo a sospechar que todo este tinglado no es más que un teatrillo que el Pijo se ha ingeniado para que lo vea como un generoso filántropo. Pondría la mano en el fuego que esta mujer es una actriz veterana, seguro que, si hago memoria, ubico su cara en alguna serie de televisión o alguna peli de “Cine de Barrio”. *¿Y los viejos que hacen bulto, formarán parte del reparto o les habrá prometido un bocata y algún refresco como si fueran público en un concurso de la tele?*

_La obra de su marido merece ser conocida. No he hecho nada extraordinario.

_Pero mediaste para que pudiesen estar en este lugar. Él quiso exponer tantas veces... le llevó media vida recopilar este trabajo y cuando por fin estaba decidido a mostrarlo... esa condenada enfermedad... Pero no, hoy no voy a llorar más, porque sé que él estará feliz, esté donde esté.

_Y orgulloso de ti, mamá _añade el mirón, apartando los ojos de sátiro del ligero.

¡Genial, soy la chica florero! Álex ni se digna a presentarme a la viuda, ni falta que hace, porque no quiero que la vieja asocie mi nombre a mi facha. Enseguida nos hacemos a un lado, para dejar que siga recibiendo los halagos de sus amigos.

Minutos más tarde, todavía con la mosca detrás de la oreja, convencida de que esto no es más que una pantomima urdida por Álex, me propongo desenmascararlo.

_¿Dónde lo descubriste?

_En un pequeño certamen amateur que organizó una biblioteca pública. Me propusieron que formaba parte del jurado y Victoria envió una fotografía magnífica que me llegó al alma.

_Ya _respondo, sarcástica.

_¿No me crees?

_Me cuesta verte en un jurado de esa categoría. ¿No es *mediocre* para ti?

_No me tomes por el típico snob que solo valora a los artistas de reputación, también me interesa mucho el trabajo amateur. Está más que demostrado; cuando un artista crece sin pautas, puede ser tremendamente original, ¿no crees? _dice, sin captar mi tono ofensivo.

_Y solo tú puedes distinguirlos _le suelto con una mordacidad que no sabe interpretar.

_Soy un cazatalentos en la sombra _me sonrío, más ancho que largo_. Pero no lo vayas aireando por ahí, yo elijo a quién favorezco y a quién no. La gente enseguida quiere aprovecharse de mi posición, pedirme dinero y extraños favores _añade, medio en broma, para cerrarme la boca.

De repente, un visitante recién llegado se asoma desde la sala principal al pequeño rincón de esta laberíntica galería en el que nos encontramos y saluda eufóricamente al Heredero.

_¡Aquí nos tienes, Xifré!

_¡Ah, por fin! _el Pijo saluda al grupo de coleguitas que acaba de entrar_. Ven, quiero presentarte a unos amigos.

¡Mierda, debí imaginármelo! El cabrón se las ha ingeniado para reunir a todos aquellos fotografos que presenciaron mi debut ante los medios de comunicación cuando me cebé criticando la insulsez de sus fotografías en directo. El Gran Capullo me presenta a los siete, uno por uno, para eternizar la humillante situación, exhibiéndome como un trofeo de guerra. Por si fuera poco, el grupito de machos nos escoltará durante todo el recorrido.

Muerta de vergüenza, ojeo las fotografías a destajo, para distanciarme cuanto antes del conjunto que rompe a reír en cuanto me creen ausente. Felicitan al Heredero con codazos, leves puñetazos en la barriga y palmaditas. *No habrá sido nada fácil domesticar al Pitbull, ¿eh?*, dice uno. *Esa tía es un hueso duro de roer*, opina el segundo. *¿Cuánto le pagas?*, añade el tercero. Álex no responde a esa lluvia de preguntas. Quizás, porque se huele que estoy pegando la oreja.

Asqueada por la argucia, me alejo lo suficiente como para no escucharlos, haciéndome a la idea de que he venido hasta aquí por mi cuenta. Como en tantas otras exposiciones, quisiera disfrutar del talento del artista siendo una persona anónima, pero las blancas paredes de la galería, me hacen destacar como una mosca en un vaso de leche y, por si el vestido no fuera lo suficiente llamativo, el condenado repiqueteo de mis tacones de aguja, crispa a los que me rodean y delata mi posición en todo momento como un sónar.

Traumitas aparte, las fabulosas fotografías de Manel Feliu remueven conciencias e invitan a reflexionar sobre las distintas formas de vida que existen. Al contemplarlas uno espera que la imagen cobre vida, y la secuencia continúe como una película encallada en un fotograma a punto de reanudarse. Imagino a Victoria con el corazón encogido, mientras estos masáis bebían la sangre de la vaca que acababan de sacrificar.

_No intentarás escabullirte, ¿verdad? _me recrimina Álex, observándome desde la sala anexa.

Ignorando su pregunta, finjo interés por una de las fotografías titulada *Salto del buey de los Hamer*, realizada en Etiopía en el año 1989. Con dos zancadas, se coloca a mi lado y analiza la imagen, acariciándose la barbilla, con aires de crítico pomposo e inaguantable.

_Ya se han ido _confiesa para que pueda relajarme_. Se estaban pasando.

_Qué raro, ¿no? _le espeto.

_¿El qué?

_Que prefirieses la compañía del pitbull a la de tus amigotes.

_Es que hoy el pitbull está irresistible _me piropea y en su mejilla se forma ese hoyuelo picarón que vuelve loquitas a mis compis de curro.

Avanzo hasta el siguiente retrato, poniéndome colorada.

_Nunca me has enseñado tus fotografías _comenta con tono suave cuando le doy la espalda, ni rastro de su chulería, ni del afán por rebajarme ante su dominio de la técnica.

_¡JA! _exclamo con sorna, girándome hacia él_. Y nunca las verás.

_¿Por qué no? _pregunta con ingenuidad, ladeando la cabeza_. Estoy seguro de que tienes talento y una gran sensibilidad.

_¡Ni lo imaginas! _fanfarroneo.

Entorna los ojos como si intentase comprender por qué este asunto me pone de uñas.

_¿Te gusta trabajar en *Jovemaniacs*? _lo pregunta muy serio, realmente interesado.

_¿Y por qué no? _desvió la mirada.

Jo, de pronto me cuesta horrores mantener esta cara de malas pulgas. Vale, sí, me quejo de mi vida cada vez que suena el despertador y me joroba que las oportunidades siempre sonrían a otros, pero sé mejor que nadie que yo soy la única culpable de que mis sueños se apolillen. Nunca muevo un dedo por ellos, me canso solo de pensarlo, siempre tengo alguna excusa de peso y espero que llegue el momento adecuado, pero nunca se da el caso. Supongo que por eso Julián es mi ídolo, él nunca titubea cuando toma una decisión.

_Pero... pensaba que querías ser fotógrafa. Como él _¡Cómo odio que utilice a Julián como una coletilla!

_Me gusta mi trabajo _insisto para autoconvencerme.

_¿Y qué pasa con la fotografía?

_Pues... nada. Ahí sigue, en proceso de evolución.

_¿Evolución? Tradúceme eso.

_¿Qué más te da?

_No, en serio, me interesa. ¿Te estás formando en alguna academia?

_No.

_¿Participas en certámenes?

_A veces.

_Tal vez, ¿presentas tu *book* en agencias?

_ Tampoco _ respondo, irritada.

_ Entonces, ¿qué haces para lograr tu meta? _ me ametralla con el interrogatorio, que hoy, no puedo encajar con el desdén de siempre.

_ ¿Mi meta? Álex, la vida no es una carrera de fondo. Me gusta la fotografía, pero no tanto como para vivir de ella. Solo es un hobby para mí.

_ Así, doy el tema por zanjado.

_ Lástima, me apetecía mucho contratarte _ dice tras escuetos segundos.

No habla en serio, Marta.

_ ¿Cuál es tu especialidad? _ por insistir, que no quede... ¡qué plasta es!

_ Te estás ensañando de lo lindo _ me crispo.

_ ¿Ensañando? _ su ingenuidad acentúa su atractiva mirada. Obviamente, se habrá pasado horas y horas practicando esa carita de corderito inocentón delante del espejo.

_ Me ofreces un trabajo maravilloso para que el lunes me dé de bruces contra la realidad. Eres cruel.

No soy más que una fotógrafa amateur, esa oportunidad me asusta tanto que prefiero despreciarla.

_ No estoy de coña, lo digo muy en serio. Si te interesa, podemos discutir las condiciones de tu contrato durante la cena. ¿Cómo lo ves?

Gracias a la aparición de un numeroso grupo de visitantes, tengo una excusa para abandonar la sala con la esperanza de que la conversación termine. Pero Álex insiste, en cuanto nos quedamos a solas.

_ ¿Y bien? ¿Qué me dices? Tú y yo juntos, trabajando codo con codo. Tendrías una buena nómina, los fines de semana libres y vacaciones en agosto. No haría falta que te matases sirviendo mesas. ¡Vamos! _ se entusiasma, poniéndome las manos sobre los hombros_. ¡Olvídate de ese escritorio de dos palmos y súbete a la planta catorce a trabajar conmigo! Obtendrás lo necesario para materializar ese sueño que tanto postergas. Podrás experimentar en el laboratorio a tu libre albedrío y trabajarás con excelentes profesionales del gremio. ¿No te gustaría? Di que sí y el lunes formarás parte de mi plantilla. Descuida, yo hablaré con Sofia sobre tu traslado.

Joder, que sí, que lo está diciendo en serio.

Me lo pienso dos segundos. Trabajar con Álex significará volver a esa etapa de esclavitud, cargada con cafés, haciendo recados estúpidos y aguantando sus insolentes lecciones. Como llovida del cielo, encuentro la respuesta que me salve de esta trampa.

_¿Todos creerían que asciendo por enchufismo! _¿Y más después de haberme visto subir en su cochazo medio en cueros!

_¿Y qué? ¿No eres tú la que siempre predica que no hay que dejarse influenciar por los demás?

_No quiero trabajar para ti, ¿vale? _corto por lo sano.

Por su cara cualquiera diría que acabo de escupirle. Tarda más de tres segundos en reaccionar.

_¿Joder, eres como un muro! Pero, aunque vas de dura y finges que estás por encima de todo, yo sé que, bajo ese inconformismo, lo único que hay es una chica que tiembla de miedo ante la idea de perseguir sus sueños. ¿Qué te asusta tanto? ¿Fracasar? Nadie se muere por eso. El fracaso nos fortalece, aprendemos de él.

No tengo respuesta para sus acusaciones. Me siento hipervulnerable frente a este problema de baja autoestima que no sé de dónde me viene. Sin abrir la boca, evito sus críticas, alejándome y contemplando una nueva fotografía, como si oyera la oferta del día del supermercado.

_Aunque menosprecias mi trabajo, aprenderías de mí más de lo que crees y si fueras un pelín más amable incluso podría abrirte algunas puertas. ¿Pero cómo voy a hacerlo si parece que me has condenado a una orden de alejamiento? En cuanto me acerco a menos de diez metros de ti, me envías una descarga de malas vibraciones digna de Darth Vader _continúa.

_No necesito tu caridad _murmuro, cabizbaja.

_Pero sí que necesitas mi dinero, ¿no? _me reprocha_. Ya veo, para compartir tu trabajo conmigo soy pura escoria, pero a la hora de soplarme 3500 euros no dudas en sacarme de la cama.

Y no sabes cuánto me arrepiento de ello.

_¿Sabes qué? Se me acaba de ocurrir una nueva cláusula para el contrato. Contengo el aliento.

_Quiero ver tus fotografías.

_No, ni hablar _sacudo la cabeza con énfasis para matizar la rotunda negativa_. No pienso presentarte mi trabajo para que lo destroces. Estoy aquí, ¿no? Vestida con ese trapo de cuero, aguantando el tipo como puedo. ¿No me estás torturando lo suficiente?

Me giro con tanto ímpetu que el tacón me juega una mala pasada. Pierdo el equilibrio y tropiezo contra una parejita de ancianos centenarios que a punto están de caer conmigo al suelo como si esto fuese una bolera humana. Por

suerte, el tropezón resta fuerza a mis palabras y hace que Álex se ría de mi torpeza y abandone las armas.

Anochece. Los últimos rayos de sol se desvanecen entre las callejuelas de Barrio Gótico. Las tiendas se ponen a hacer caja y empiezan a bajar la persiana y la gente, en procesión, busca el bullicio de la Rambla y la oferta de los bares de tapas, Colón sigue posando para los turistas, como un Mickey Mouse incansable y el Moll de les Drassanes se abarrota de peatones que migran hacia el Maremagnum.

Bastante complicado es caminar evitando que el vestido no enseñe más lorza de la que ya enseña, como para aguantar a Álex paseando a mi lado de mal rollo y más mudo que una momia con bozal.

Por si fuera poco, cada dos por tres, el tacón se me atasca entre los tablones de la Rambla de Mar, tronchándome los tobillos. Por eso no saco las uñas ni marco distancia cuando su brazo rodea mi espalda, evitándome tropezones patosos. El calor que desprende es reconfortante y con el frío que tengo, hasta me da gustito.

Durante nuestro incómodo paseo, no hay mujer que se nos cruce que no reviente de envidia. Joder, ¿no se cansará de tanta miradita ardiente? Sin duda, ser tan guapo debe ser agotador. Aunque también acaparo muchas miradas, sé mejor que nadie que el morbo que ahora despierto en los hombres durará un suspiro, en cuanto me quite esta ropa de facilona, volveré a ser invisible, pero a él le favorece todo, hasta una bolsa de basura destripada que atufa a pescado podrido. ¿Acaso tantas facilidades lo aburren y por eso no deja de perseguirme?

Dejamos atrás el Aquàrium y el Imax Port Vell, atravesamos la plaza l'Ictineo y seguimos hacia una zona que conozco bien, demasiado bien. Todavía no hemos pisado el paseo de Joan Borbó y ya me huelo la segunda encerrona de la noche. ¿No pretenderá que cenemos en el *Pop á feira*?

_Hemos llegado _ anuncia, deteniéndose ante MI restaurante.

Me observa con intensidad, a la espera de mi reacción.

_Aún trabajas aquí, ¿no?

Conteniendo la rabia, me muerdo el labio con tanta fuerza que casi me hago sangre.

_¿Por qué me haces esto? _pregunto, aterrada al verme entre la espada y la pared.

_¿Y por qué no? _Con una forzada sonrisa da a entender que merezco esto y más. Acto seguido, abre la puerta del local, cediéndome el paso, por enésima vez.

Mientras Biel localiza nuestra reserva, yo me escondo detrás del ficus deseando sufrir un ataque alérgico que me abotargue la cara. También es una desgracia que Saúl me haya recortado tanto el flequillo que no pueda usarlo para cubrirme.

_Sígueme, por qué son dos personas, ¿no? _pregunta el maître, con su inconfundible acento *lleidatà*, buscando a la acompañante de Álex, hasta que me encuentra parapetada tras el expositor de menús, y ¡uf!, parece que no me reconoce.

Por si fuera poco, Álex ha reservado la archiconocida mesa de las parejitas, obligándome a atravesar todo el restaurante y a exhibirme ante los comensales que nos acribillan a miradas insolentes.

¡Dios! ¿Dónde están los infartados cuando se los necesita? ¿Por qué no sale uno de los cocineros envuelto en llamas y dejo de ser el centro de atención?

Al estirado de Biel le chocará que esta chica tan exhibicionista sea tan vergonzosa. Me ofrece asiento, siempre tan protocolario, y reparte las cartas con una ligera reverencia. Pero en cuanto cruzamos miradas y logra reconocermme bajo toneladas de maquillaje, se le saltan los ojos y ahoga una carcajada porcina. De inmediato estrello el dedo sobre mis pringosos labios de fuego, suplicando que no se vaya de la lengua, pero es difícil callar un secreto de este calibre.

Bien metido en su papel de tío forrado que pretende vacilar ante su chati, Álex alardea eligiendo el albariño de las Rías Baixas más caro de la carta, pues Joel, que huele la pasta y la fantasmada a leguas de distancia, se lo ha sugerido como excelente maridaje con el marisco que hemos pedido. Satisfecho con la recomendación, Álex asiente al innecesario derroche, con una sonrisa de marqués.

¿A qué narices viene este despilfarro? Sólo es una cita de pega, a mí no tiene que impresionarme con su Visa Oro.

En cuanto Joel descorcha la botella, el Rubio hace la cata con habilidad de sumiller. Lo olfatea, valorando su buqué, paladea un sorbo, descifrando sabores, y aprueba la recomendación con un asentimiento. Es como si estuviese cenando con un desconocido, de pronto Álex es un hombre tan

educado, y formal que me hace comprender el éxito laboral que tiene. El Pijo conoce el *savoir faire* de la gente que maneja la pasta; eso es lo que le hace triunfar.

Mientras Joel nos llena las copas conteniendo la risa y frunciendo la boca como si chupase limones, Álex no deja de mirarme, orgulloso de todo el jolgorio que llega desde la cocina. El reflejo del acuario ilumina sus ojos azules como dos neones cuando acaricia sugerentemente el borde de la copa. Con tal de evitar su performance de seductor de culebrón, releo la carta, que conozco al dedillo.

Lo lógico sería que este bochorno me cerrara el estómago, pero sucede justo lo contrario. En represalia por esta jugarreta, escojo los platos más caros y devoro bogavantes y cigalas con modales de vikingo al tiempo que él me suelta un soporífero monólogo sobre sus viajes por medio planeta y sobre todos los famosetes que conoció en cada uno de ellos.

_¡Arg, dadme un respiro! _suplico, tapándome las orejas al oír el hilo musical. El choteo no tiene fin y todo quisqui quiere aportar su sanguinario granito de arena a esta humillación. Desde el vestíbulo, Biel inclina la cabeza poco después de subir el volumen de la música. Al segundo, empiezan a sonar las primeras notas de “*la Vie en rose*” de Édith Piaf. *¡Marchando una balada para la acaramelada pareja de la mesa 10!* Miro a Álex de reojo. *¿También has preparado esto, mamón?*

Por lo visto sí, porque el cretino se pone a tararear la letra, como si llevara días ensayándola:

_*Je vois la vie en rose. Il me dit des mots d'amour, des mots de tous les jours, et ça me fait quelque chose...* _susurra, agitando el vino de la copa.

_¡Déjalo ya! ¿Vale? _bufo, tirándole un panecillo que esquivo con rapidez y acaba impactando en la coronilla de otro comensal.

Cuando el agredido se gira, nos escoramos hacia la pared, ocultándonos tras la celosía.

(El muy idiota me ha conseguido hacerme reír.)

_La vida color de rosa... _Álex mira la copa antes de llevársela a los labios_. Ahora que consigo retenerte... ¿por qué no me explicas lo que piensas hacer cuando llegues a Camboya y des con “el Principito”?

_No es asunto tuyo.

_No estoy tan seguro, al fin y al cabo, voy a invertir una buena cifra para financiar tu sueño, de modo que me gustaría saber si tendrás cojones para

confesarle lo que sientes.

—¿Por qué estás tan interesado en que me declare? Si te devuelvo el dinero, ¿qué más te da lo que haga con él?

—Tú no te das cuenta —se encorva hacia mí, como si fuera a hacerme una confidencia—, pero eso de estar enamorada sin ser correspondida, te agria tanto el carácter que amargas la vida de los demás. Para ejemplo, un botón —se victimiza.

—Eso no tiene nada que ver. —Confieso que el comentario me ha dolido—. Simplemente no te aguanto, así que no metas a Julián en esto.

—¿Y por qué no me aguantas? Me gustaría mucho saberlo. Quizá pueda hacer algo para demostrarte lo equivocada que estás conmigo.

Por el bien del contrato, no respondo a esa pregunta. Sencillamente, contraataco las pinzas del bogavante y me entretengo sacándoles la pulpa.

—¿Y bien? —insiste cuando Juanan, nuestro camarero, nos retira los platos.

—Vale, tú lo has querido —aparco el tenedor, antes de entrar al trapo—. No me gusta cómo utilizas a la gente y, no me digas que no lo haces, porque si no yo no estaría aquí.

—Pero si eres tú la que me utiliza para conseguir lo que quiere.

—Tampoco soporto tus aires de genio prepotente.

—Mi trabajo me ha costado estar donde estoy.

—Ni aguanto que te creas tan irresistible.

—¿Insinúas que no lo soy?! —exclama con afectación, abanicándose con la servilleta como si fuese a darle un telele. Para no variar, todo se lo toma a chiste.

—Pero, sobre todo, me repatea que compares tu trabajo frívolo con los reportajes que Julián suda arriesgando la vida.

Su numerito cesa tajantemente, le he dado donde más le duele y no tiene con qué rebatirme porque la razón está de mi parte. El orgullo se le hace bola y, como si necesitase alcohol para tragárselo, se sirve el culo de vino que aún quedaba en la botella, y se lo bebe de un trago.

—Cuidado, pequeña —le rechinan los dientes—, puede que las alas de tu querido angelito sean postizas —dice alcanzando la carta de los helados.

¿Qué insinúa con eso? Ni idea. Lo único que sé es que no vuelve a abrir la boca hasta que nos sirven los postres.

—¿Y si no consigues hacerle cambiar de idea? —vuelve a insistir—. ¿Qué harás? ¿Te adaptarás a su vida por complacerle?

Paladeo el tiramisú, empachada. Mi estómago no da más de sí, pero insisto en hacerle pagar este mal trago saqueando su cuenta bancaria.

_¿Aunque estés lejos de tus padres, tengas que aparcar tus metas y abandonar tus empleos? _ recalca.

¿Pretende asustarme? Joder, pues, lo está consiguiendo.

_Antes tendría que saber qué siente por mí, ¿no? Quiero decir que, no puedo saber cómo sería vivir allí si no lo pruebo antes.

_Lógico. _Echa un vistazo a la botella de vino y exprime las últimas gotas en su vaso vacío. Luego suspira y aborda la tarta de Santiago, sin apetito_.
¿Alguna vez te has imaginado viviendo en otro país? _dice, tras el primer bocado.

_Hace una eternidad soñaba con vivir en... Lon...dres _se me parte la voz. De pronto me entra un sofoco infernal. *¿Es el vino que me hierbe en la sangre o esa ciudad... tabú?*

Mi elección, tan europea e inesperada, le ilumina la cara.

_¿Y qué pasó?

_Nada, cambié de idea.

_¿Por qué?

_Ay, no sé _me agobio_. Porque sí. Se me quitaron las ganas y ya está. Además, mi inglés era y es patético. ¿Cómo iba a apañármelas? _desenrosco el tapón de la botella de agua, con un brote sediento y lleno la copa hasta el borde. En cuanto la dejo sobre la mesa, Álex se apodera de ella con la misma ansiedad.

¡¿Cómo puedo tener tanto calor, si voy casi en cueros?!

_Pues... en cuestión de idiomas, Camboya no es una elección muy acertada. ¿O ahora me dirás que el jemer se te da mejor que el inglés?

_Eso no me preocupa, Julián será mi intérprete _presumo, levantando la barbilla con orgullo.

Álex renuncia al postre, definitivamente.

_¿Y Nueva York? _insiste, sirviéndose el segundo vaso de agua.

Jolines, empiezo a detestar esa ciudad.

_¿Qué pasa *ahora* con Nueva York? _Mediante un gesto, le pido que llene también el mío.

_Allí viven tantos hispanos que podrías comunicarte sin problemas. Piénsalo. La Gran manzana es un amplio abanico del folklore mundial a pequeña escala. Te encantaría. ¿Qué te despiertas y te apetece un desayuno

típicamente camboyano? Pues coges el metro y te apeas en *Chinatown*. ¿Una pizza? En *Little Italy* tienes restaurantes italianos para todos los gustos. ¿Un poquito de aire fresco? ¡Qué mejor que un paseo por Central Park! _cambia la servilleta de sitio, como si le estorbase a la vista. La arrebuja, la plancha, la dobla. Me pone tan nerviosa que estoy por arrebatársela y lanzarla bien lejos para que abandone el tic neurótico_. Quizás la ciudad por excelencia... no... sea tan mal destino para... vivir... También podrías probar... suerte allí, ¿no? _vocaliza con esfuerzo.

_¿Estás loco? Nunca podría permitirme el lujo, así que, ¿para qué soñar? _bajo el mantel, mi rodilla izquierda sufre un espasmo. Por suerte, no pateo nada vivo.

_Si el dinero es la única pega eso... tiene fácil arreglo _su cara vuelve a iluminarse.

_¿De qué estás hablando? _replico a la defensiva, deslizando la silla hacia atrás, con el culo inquieto.

_Cambia el destino de ese billete _me propone, sin levantar los ojos del postre_. Disfruta de tus tres semanas de vacaciones en mi apartamento de *Park Avenu*. Podría... ponerme en contacto con el arrendador para alquilarlo de nuevo. Y si la Quinta Avenida no... te entusiasma, *Upper West Side* también tiene mucho encanto. Allí viven los artistas y los... intelectuales, las casas son de principios de siglo, alineadas una junto a otra. Ti-tienes Central Park a un paso. O, tal vez, prefieras algo más urbano, u-un *loft* en *West Village* o en el *Soho*. O una convencional casita a las afueras, en una tranquila urbanización, con... su jardín, su piscina y una caseta para el perro. ¿Eh? ¿Te gusta más eso?

_Acalorado, esconde las manos bajo la mesa y las frota contra el pantalón, como si le patinasen del sudor. La cosa empieza a ponerse muy incómoda, y antes de que se embale, le echo el freno levantándome de sopetón.

_Perdona que te corte, pero me meo viva _le suelto a quemarropa, dejándolo cortado.

Durante ocho eternos minutos me entretengo en los servicios rasgando por la línea perforada, porciones y porciones de papel higiénico. Sin explicación, las apilo sobre la tapa del inodoro, como un acordeón de servilletas, esperando que algún día de estos se me pase el susto.

¿A qué viene tanto ofrecimiento? ¿Qué busca éste de mí?

¿Y por qué carajo he dicho Londres? Tendría que haber dicho Indonesia, el Congo, Kenia, Madagascar. ¡La Antártida! ¡Nunca, jamás Londres!

A mi regreso, un cuarto de hora más tarde, veo que ya ha pagado la cuenta.

Xabier nos despide con mil ceremonias cuando nos marchamos, por lo que se ve, le soy más rentable como clienta que como empleada, ya que las tres cifras de la factura le han endulzado el carácter.

Ernesto, el vigilante de seguridad del turno de noche, nos recibe a las doce menos cuarto en el vestíbulo de G.E.X. Mientras juguetea con un manojito de mil llaves, como si fuese San Pedro, intercambia un guiño cómplice con Álex, felicitándole con el pulgar, a la descarada, por la piba que se ha agenciado.

Otro habitual que no me reconoce...

Imagino que esta situación se repite a diario: el hijo del mandamás, el empedernido conquistador, consigue deshacer a la mema de turno con su irresistible encanto personal para luego arrastrarla hasta su madriguera con la excusa de hacerle cuatro fotitos. A diferencia de la mema, yo me siento una vulgar presa, empachada por el atracón. Las costuras del vestido reventarán en cuanto empiece a posar. ¡Ay, no quiero ni imaginar las posturitas que va a proponer!

Acostumbrada a que bromeo dentro del ascensor, hoy echo en falta alguna de sus guasas, de hecho, le agradecería que rompiese el hielo, aunque fuese haciendo el payaso. Pero se ve que ha perdido todo el interés. En ese caso, que me dé mi talón y los dos pa' casita.

Sin intercambiar una palabra, atravesamos la recepción del Studio W&X y nos encaminamos hacia su estudio particular: el más amplio y equipado de los cuatro. Yo le sigo sin decir ni pio y con la misma aprensión que un perrito asustado sigue al veterinario que va a castrarlo. Al llegar al final del pasillo, percibo una luz anaranjada y un olor humoso de vela recién apagada, procedentes del interior.

_Algo se quema _le aviso, quitándome de encima su cazadora, con la que me cubrió cuando salimos del restaurante, por si tiene que usarla para sofocar el fuego.

Sacude la cabeza, con expresión triste y nos ponemos en camino.

Aunque no existe incendio, el escenario me pone al rojo vivo de inmediato. Y no es para menos, alrededor de una espaciosa cama modernista, sobre este dormitorio de anticuario, docenas de velas llameantes le dan al ambiente un aire romántico, de película. El primoroso e impresionante dosel de madera, estilo *art nouveau*, se retuerce sobre la cama, como el tronco de un árbol de

cuento. En esa maravillosa colcha de raso, descansan fresquísimos pétalos de rosa y, en las almohadas, un par de rosas rojas, sin deshojar, lucen exuberantes.

Vale, ¿de qué va esto?

Miro a Álex, cagada de miedo. Según presume, el sexo le empacha, entonces, ¿por qué ha colocado esta cama de novela erótica en el estudio?

¡Ay, madre!

Mis rodillas se vuelven de gelatina y las manos empiezan a sudarme. Sin que se dé cuenta, las froto contra el vestido, pringando el cuero con un montón de huellas.

Ajeno a mis temblores, Álex sigue en una dimensión alternativa, analizando la cámara como si la sujetase por primera vez y no supiera cómo coño usarla. *¡A saber qué estará maquinando que lo tiene tan pensativo!*

Como no me queda otra, aprovecho su estado catatónico para deambular por el estudio. Al menos, esta vez, no cargo con una bandeja tambaleante llena de cafés para los empleados. Es difícil prestar atención al entorno cuando andas memorizando lo que cada personaje te ha pedido. De hecho, jamás había visto esta gran sala al vacío, siempre hay alguna modelito o alguna actriz de renombre acaparando a la plantilla. Lo cierto es que, sin esa cuadrilla de profesionales trabajando contrarreloj, entre focos y cables, este lugar es tan frío e inquietante como un quirófano sin cirujanos.

_¡Achís! _Mi estornudo revienta la burbuja de abstracción de Álex. Enseguida los pezones se me erizan por el frío, para disimularlo me cruzo de brazos, pero me temo que he sido lenta. Su mirada me abrasa.

_¿Hace frío? _pregunta, aún muy reservado.

_Sí, bastante _me froto los brazos para entrar en calor.

_Entonces, el ventilador ni tocarlo, ¿no? Tampoco quiero que caigas enferma. No soy tan malo.

Eso está por ver...

_Encenderé el termostato _propone emprendiendo el camino hacia el panel.

_¡Déjalo! No estaremos tanto aquí... ¿NO? Tampoco hace falta que... nos pongamos tan cómodos, ¿eh? _contesto con un hatajo de gallos.

Retrocede, mirándome un poco confuso, antes de ponerse en modo profesional:

_Come on _me invita a acostarme con un elegante gesto.

Al tercer paso, los tacones vuelven a fallarme y caigo sobre la cama de

boca. Me giro rápidamente, como si me hubiese arrojado a propósito y junto mucho las piernas, para que no se distingan mis bragas.

_¿Qué debo hacer? _mi voz suena tan aguda como si me hubiese pasado toda la cita aspirando globos de helio y es que me espeluznan las sugerencias.

_Seduce a la cámara.

Ay, me lo temía...

_Yo no valgo para eso _respondo, quitándole hierro. Siempre envidié la facilidad de Virginia para maravillar a los hombres. De poseer ese don, no lo usaría para mal, palabrita.

_Inténtalo, al menos.

_¡Uf! _Hinco las uñas en la colcha, y encaro los dedos de los pies, cerrando la aduana en los Países Bajos.

_No es tan difícil _insiste, apartándose del visor_. Suponte que soy él. Mírame como lo mirarías a él. Posa para Julián.

¡Qué pose para él, dice! ¡Ojalá fuera tan fácil como imaginar a Julián deseándome!

_Seguro que sabes cómo ponerlo a cien.

El cuero del vestido se funde con el ardor del comentario y hace ventosa con mi cuerpo, envasándome al vacío.

_Claro que sabría _fanfarroneo, hecha un manojito de nervios. El brazo me tiembla irrefrenablemente. Enseguida me ladeo un poco para disimular el tembleque. *¡Joder, qué calor tengo, coño!*

_Entonces... posa _insiste, desabrochándose el primer botón de la camisa. El gesto me hace recordar cómo me recibió aquel domingo cuando piqué a su puerta, con esa fabulosa tableta de chocolate enmarcando su ombligo y ese Calvin Klein tan bien equipado. La inoportuna imagen mental me pone cardíaca.

Como consecuencia, mi cuerpo no responde. Hago un esfuerzo tremendo para cruzar las piernas a lo Sharon Stone, pero mis extremidades son de hormigón armado. Al final, voy a desmayarme de tanto aguantar la respiración.

Sin venir a cuento, Álex se inclina y apaga varias velas con un par de soplidos. Gracias a eso el ambiente se vuelve más íntimo, aunque, en lugar de desinhibirme, me empuja a ser una mujer de hojalata.

_Recuéstate despacio... _su voz surge de las sombras, cuando una larga serie de fotografías en ráfaga, secuencian este bochornoso espectáculo.

Me fotografía las piernas, en un lento recorrido que asciende desde los

tacones hasta mi cabeza. Bordea mis curvas, mientras yo agarro el vestido para que el objetivo no capte zonas íntimas.

Cuatro soplidos más, cuatro velas menos. Todo son sombras.

Escucho el sonido del disparador a destajo. Noto un leve roce entre las sábanas, la cama se hunde de un lado: Álex se ha sentado junto a mí.

_Marta... _murmura con voz de seductor nato. Está cerquísima. El brillo esférico del objetivo, lo delata.

Me escurro, marcando distancia, hasta acurrucarme contra el cabezal de la cama.

Su mano sobrevuela la colcha y acaricia mis dedos. Enseguida aparto el brazo, espantada.

Se toma un segundo de descanso y aparca la cámara, que termina en la cama, rozando mi cadera.

_¿Sabes por qué estás aquí? _me pregunta con ternura.

¡Ay, madre! Me lo temía...

_Álex... no me hagas esto...

_¿El qué? _pregunta buscando de nuevo mis dedos, palpando la colcha a tientas.

_Me asustas con este numerito de... *latin lover* barato.

_¿*Latin lover* barato? _Se viene abajo, hundido por mis alusiones_. Numerito...

Aunque estamos a oscuras, puedo presentir el reproche de su mirada.

Como si no quisiera darse por aludido, fingiendo un truco de ilusionista desesperado que ya tenía previsto, saca una champanera de debajo de la cama, con una botella helada de Mötet & Chandon y dos copas de cuello largo.

_¿Champán?

Por más que niego con la cabeza (estoy sin palabras), no le entra en la mollera que las burbujitas no me apetecen nada y empieza a descorcharla.

_Vamos, en ese hogar de acogida no tendrás oportunidad de saborear este champán de 300 euros, aprovéchate _llena las copas hasta que la espuma rebasa los bordes_. Venga, emborrachémonos.

Alcanzo la copa para impedir que empape la colcha. Por lo visto, él también está atacado de los nervios y tampoco tiene pulso para robar panderetas.

Por callarle la boca, doy un sorbito con precaución. Aunque no caeré en esta trampa tan evidente: pillar la cogorza del siglo y facilitarle el magreo.

_Brindo por... _Álex hacía el amago de alzar la copa, pero se detiene en seco al apreciar la gota que se me escurre por la barbilla y desciende, imparable, hacia mi canalillo. Doy un palmetazo para detener el reguero y cubrirme de esas pupilas ardientes. Pero él se incorpora de golpe y sale del estudio, sin dar explicaciones.

¿Adónde ha ido ahora, a por condones?

_Me largo _decido, cuando se cuele en mi cabeza una espeluznante imagen de Álex con una máscara de cuero salpicada de tachuelas, con látigo y tanga a juego. Apoyo mis patosos pies en el suelo como si no caminara desde hace siglos. Como las piernas no me responden, podría gatear hasta el ascensor, arañar la pared hasta pulsar el botón y rodar hasta dentro en plan croqueta, pero... ¿y si a mitad de camino viene y me pilla por el estudio a cuatro patas? Sería una sugerente invitación y ya no digamos si está equipándose para a sesión de sexo duro.

_¡Dios, Dios, Dios! ¡No pienses en eso Marta! _farfullo con el estómago del revés, a punto de echar la pota y comprobar el deprimente estado del marisco, descompuesto por los jugos gástricos.

BARCELONA

Viernes, 25 de mayo de 2012

Alexander

¡No, no, no, no! ¡Todo está saliendo mal! Y encima ahora, el pequeño entra en escena reclamando la parte que le prometí, para hacerme perder el control y joderla definitivamente.

Golpeo el interruptor del despacho, fuera de mí. El flujo sanguíneo concentrado en la entrepierna, me exige que vuelva tras mis pasos y de rienda suelta a mis represiones.

En lugar de eso, meto la cabeza bajo el grifo y me flagelo con un chorro de agua helada. Vapores. Con cada parpadeo, me aborda la imagen sensual e indefensa de Marta sobre la colcha. Ardo en deseos de comerle la boca, embadurnarme con su pintalabios mediante un morreo eterno. Me veo quitándole las medias a mordiscos. Jugando a los acertijos sobre su talla de sujetador, abarcando sus limoncitos entre mis dedos. Sus manos arañando mi espalda. Sus manos en mi...

Autocontrol. Autocontrol.

Respira hondo.

¡Joder!

¡Esta duchita no funciona!

¡Quién lo iba a decir, el retratista de las *top models* no puede contenerse!

Joder, quiero volver a esa cama y hacerle el amor como si estuviéramos bajo la amenaza de un inminente Armagedón. Por favor, llevo años esperando esta oportunidad.

Olvidalo. Te partirá la cara.

_Pero... la deseo tanto... _negocio con mi reflejo, con el cabello chorreando, regándome la camisa. El agua no surte efecto: sigo empalmado como un mandril.

_Está bien _amenazo a mi ferviente amiguito que se comprime contra la

bragueta del tejano y saqueo el mueble bar de mi oficina. El objetivo: anestesiarlo con el antídoto de mayor graduación que encuentre.

_ Buenas noches, señor Jack Daniel's.

Bebo un trago tras otro, sin ganas, bailoteando en zigzag sobre el parque.

Pero ni por esas, el firme soldado baja la guardia.

Sólo veo dos opciones: o zanjo esta absurda sesión de golpe o le pido a Marta que se cambie de ropa. Porque, de continuar como hasta ahora, voy a revolotear a su alrededor con la tienda de campaña montada y al final acabará por darse cuenta, empeorando, con ello, el mal concepto que ya tiene de mí.

Mierda, ¿por qué no la obligué a quedarse conmigo hasta el lunes? La noche ha pasado volando y ninguna de mis propuestas la ha conmovido.

_¿Hasta cuándo vas a castigarme? ¿Qué puedo hacer para que vuelvas a mirarme como antes?

A los diez minutos, el pequeñín entra en coma etílico. No me gusta inhabilitarle de esta forma, pero mejor que ande dormidito, bastante me exprimo la cabeza para impresionar a Marta sin él de por medio.

Mucho más calmado, me arrastro hasta la sala de peluquería, sustentándome en las paredes, (daños colaterales del bromuro casero), y busco un secador con el que secar la camisa y mi pelo.

BARCELONA

Viernes, 25 de mayo de 2012

Marta

Ya he vaciado media botella a cañete y tengo menos equilibrio que un trompo loco, pero ni la cogorza me quita los temblores. Como la copa se me escurrió hace rato, haciéndose trizas, ahora me amorro a la botella igual que un *guiiri* de farra por Ibiza. Con cada lingotazo, siento las burbujitas del cava anulando neuronas.

Plantada sobre la cama, con aires de princesita despechada porque su caballero sigue en paradero desconocido, eructo tímidamente montándome yo solita mi propia fiesta.

_Pero... ¿dónde... narices andará este... este? _me parto el culo al verme compactada dentro de este vestidito de putilla. En cuanto pienso en Julián, la risa se vuelve lamento_. Cariño... lo hago por ti... para poder verte, mi amor.

Furiosa conmigo misma por haberme dejado liar, lanzo los zapatos contra los focos. Por suerte, ando mal de puntería y no tendré que pagar desperfectos.

_¡UPS! _al salir de la cama pierdo el norte, y me doy un batacazo contra una preciosa silla art nouveau. Despatarrada por los suelos, me muerdo el puño, reprimiendo las palabrotas que me vienen a la mente, porque acabo de cascarme la rodilla. Iba a incorporarme, cuando resuenan por el pasillo los arrastrados pasos de Álex.

Nada más entrar, enciende las luces de sopetón.

_¿¡Dónde estabas!?! _grito achinando los ojos, fulminada por los fluorescentes, poniéndome en pie, a duras penas.

Sin brindar explicaciones, se me acerca en silencio, caminando como si fuera pisando huevos, con mi mochila al hombro.

_Vístete _ordena, entregándome la bolsa de golpe.

Sin poder evitarlo, mi cuerpo se vence hacia atrás. Torpe de reflejos, no actúa con el fabuloso romanticismo de las películas, abrazándome contra él

para evitar que caiga por un escarpado precipicio, si no que Álex más bien araña el aire con efecto retardado, en el preciso instante en el que mi colodrillo impacta contra el suelo. Esta fallida voltereta hacia atrás, hace que el vestido se repliegue hasta la cintura, dejándome en bragas, y que el escote se arrugue hacia el ombligo, mostrando el *wonderbra* en todo su esplendor y convirtiendo el vestido en un auténtico cinturón de cuero. Álex me contempla atónito, sin mover un dedo y... ¿por qué narices se ha lavado el pelo?

Por suerte, el pedal que llevo encima me quita la vergüenza. El momento cucaracha panza arriba, dura diez segundos, poco a poco consigo darme la vuelta y recomponer el vestido, un pelín asqueada por las panorámicas que le he facilitado.

Álex, por fin reacciona y se acuclilla a cámara lenta, agarrándose a la butaca modernista.

_¿Te has hecho daño? _se preocupa, restregándose su aliento a whiskazo.

Coño, cuando propuso que nos emborracháramos, pensé que quería que lo hiciéramos juntos, o por lo menos, en la misma habitación.

Se sienta a mi izquierda, brindándole un ideal punto de apoyo a mi espalda.

_Déjame ver _susurra, en busca del chichón.

¡Madre mía, no sé cómo se lo monta, pero al minuto sus dedos me narcotizan! Poco a poco, deshace una de las trenzas, aparta el pelo de la zona perjudicada, con un masaje que me deja sin defensas. Enseguida bajo la guardia, aparco viejos rencores y odios. Cierro los ojos, aprovechando que lo tengo a mi espalda y no se entera de nada y sin poder evitarlo, revivo aquella noche inolvidable que...

No hay herida, ni sangre. Todo está en orden. La caricia termina de repente, dejándome con ganas de más.

Al verme tan relajada, pasa por alto la cláusula que lo mantenía a dos metros de mí y posa su frente en mi coronilla. Su aliento, como una brisilla cálida y húmeda que me agita el pelo, me hace cosquillitas en la nuca.

Nada más abrir los ojos, la cama revuelta y perfumada, me tienta como un Euromillón premiado.

¿Y por qué no...? Déjate llevar... déjate hacer... Mañana te haces la amnésica, le echas la culpa a lo pimplado y ya está...

Álex suelta un agónico suspiro, resiguiendo con la nariz la línea en la que se dividen mis trenzas y haciendo que sienta un increíble escalofrío.

_¿Por qué tan lejos? ¿Por qué Camboya? _murmura, pegándose a mí.

Soy incapaz de abrir la boca y mucho menos de ponerme a dar explicaciones. Al verme tan dócil, se arrambla un poquito más a mi espalda, y me sujeta suavemente la barbilla, deseando que me vuelva y lo mire a los ojos. Predispuesto, observa mis labios, entreabre los suyos y empieza a inclinarse cuando, de improviso la alarma del Tasio se pone a pitar, reventándonos los tímpanos y jodiendo la intimidad del momento. Enseguida, recuerdo que la puse por precaución, por si Álex me engatusaba. ¡Jolines, no podía ser más precisa! Casi me rindo a su talento para el camelo.

Son las dos de la mañana: Cenicienta, es hora de darse el piro.

_¿Pusiste la alarma del reloj? _Su aliento de whisky llega cargado de reproche_. ¿Tan terrible es estar conmigo que cronometras el tiempo?

Me aparto despacio, porque esa artimaña me avergüenza.

_No es eso... Este cacharro... no funciona bien... _no sé por dónde salir para evitar que se ofenda más.

_Se acabó _se incorpora con movimientos rápidos, sobrio de repente_. Cámbiate de ropa. Te llevaré a casa.

Tras siete horas de tortura, es un tremendo alivio quitarme estas medias con ligero, enfundarme mis viejos tejanos y abrigarme los pinreles con mis calcetines de algodón de mercadillo. El puñetero maquillaje *waterproof* se me resiste como rotulador permanente, pero tras aplicarme una tonelada de productos desmaquillantes, casi soy la Marta de siempre, aunque con una sombra oscura en las cuencas y rímel a porrillo.

Enseguida me reúno con Álex en su despacho, disfrutando la fabulosa comodidad de mis bambitas de saldo, mientras atravieso pasillos desiertos y oficinas a oscuras. ¡Hasta nunca condenados tacones de aguja!

Tanto potingue para lavarme la cara me ha devuelto la cordura, pero aún estoy un poco perjudicada. Al desequilibrio del alcohol, se suma el palpitante dolor de ese chichón que empieza a sobresalir. No quiero ni imaginar qué habría pasado si el reloj no hubiese venido al rescate... tal vez estaríamos ahí, haciendo el loco en pelota picada, delante de los focos.

Estés donde estés, abuelita, te agradezco la interrupción.

Cuando entro en la oficina, me encuentro a Álex contemplando Barcelona a través del ventanal, como un reflexivo rey medieval, admirando su reino.

_Ya estoy _rompo el silencio, obligándolo al girarse. Nada más verme, condena mi vestuario con un vistazo de rencor. Tampoco es para arrancarse

los ojos, llevo un tejano normalito y una camiseta amarilla de la Warner Bros. donde el Coyote persigue al Correcaminos subido a un enorme cohete de la marca ACME.

El pijo se frota la sien, como si la viñeta le empeorase la resaca y contradictoriamente quisiera aplacarla con un buen lingotazo de whisky del vaso que sostiene en la mano.

Brillando sobre su mesa, nos espera ese cheque en blanco, aún por rellenar.

En vista de mi silencio, y el meneo impaciente de mi pie, no le queda más remedio que cumplir su parte del trato.

Con parsimonia, se sienta en la butaca y mira el cheque como si fuera un suplicio escribir esas cuatro cifras.

_Escúchame con atención _me pide, cubriéndose los ojos con la mano, antes de firmarlo_. Este dinero es para que duermas en buenos hoteles, comas en restaurantes salubres, viajes con compañías aéreas fiables y elijas transportes seguros. ¿Entendido?

_Sí, papito _respondo con acento cubano.

En cuanto rubrica su firma, me marco un zapateo a lo Sara Baras.

_No bromeo _me reprocha con cara de acelga, acariciando la botella de Jack Daniel's, un poco irritado_. Por mucho que quieras a ese santo, ir a la aventura puede significar que pilles una disentería, te atraquen unos desaprensivos o te estrelles por ahí viajando en una cafetera con ruedas. A Julián no le gustará que llegues hasta él metida en una caja.

_Jo, tampoco hace falta ponerse tan trágico.

_Existe una gran diferencia entre escuchar las batallitas de un temerario mientras te tomas una cerveza, a vivirlas en tus carnes _replica, endureciendo la voz.

_Lo sé _me acobardo.

Finalmente rasga el cheque por la línea perforada y lo extiende hacia mí. Me cuesta un huevo arrancárselo de los dedos, por eso, antes de que se arrepienta, lo guardo en la mochila, a buen recaudo. Hasta el lunes no podré confirmar su autenticidad, pero el simple hecho de tenerlo en mi poder, me alivia un montón. Me peleo unos segundos con la puñetera cremallera del bolsillo, con tan mala pata, que se me va la mano y acabo derribando una fotografía enmarcada que tenía sobre el escritorio. Ni siquiera había reparado en ella hasta golpearla, pero al ver a la mujer despampanante de la foto, me entra un bajón inexplicable.

_Lo siento, no la había visto _me disculpo, afianzando el pie del marco para mantener la foto derecha. La misteriosa rubia, me sonríe entre ruinas griegas, aguant ndose la pabela que una brisa traicionera pretende arrancarle de la cabeza.

_Es mi madre _confiesa, dándome una explicación que no le he pedido. Cuesta creer el parentesco porque no se parecen en nada.

_La foto parece reciente...

_Chica observadora, es de esta primavera.

_ Venga ya! Esta mujer no tendr  más de treinta y cinco _digo, sin ánimo de ofender.

Se encoge de hombros, con resignación.

_Amanda Wakefield es adicta a la cirugía est tica, el b tox y los tratamientos de belleza _responde, algo acomplexado_. Cuando supo de que mi padre se casaba con una mujer de 28  os, su inseguridad fue en aumento. Desde entonces, se hace retoques anuales. Apenas quedan facciones de la madre que vi al nacer _murmura algo acomplexado.

_Vaya... _coloco la fotografía en su lugar, ojeando al bicho de quirófano con compasión.

_Por eso Julián es un hombre con suerte _a ade, poniéndose la cazadora.

_ Lo dices porque su madre no se ha operado para quitarse  os de encima? _pregunto saliendo de la oficina, tras sus pasos.

_No, Julián tiene suerte porque tú nunca te obsesionar as con eso _dice, después de apagar la luz.

Sintiendo que lo peor ya ha pasado, me apoltrono cómodamente en el Jaguar de camino a casa. Veo que no est  al corriente de que me he emancipado, aunque tampoco esperaba que recordara mi vieja dirección, pero, de qué me extraño, fui vecina de Julián cuando ellos eran inseparables. En cuanto aparca el coche ante el edificio de mis padres, me río, sin saber por qué, quizás achispada por el alcohol, quizás porque he recordado la primera impresión que  lex me causó cuando nos conocimos: *gilipollas que va de gracioso*. Por aquel entonces, no había día que, al salir de clase, no buscara la emocionante compa a de Julián. Todas las chicas de mi edad estaban atontadas con ni atos de la clase, con las series americanas y los cantantes del momento, a su lado, me aburría como las ostras, supongo que eso explica porque nunca aprendí a ser más femenina. En fin, aquel día no fue diferente,

piqué a la puerta y mientras esperaba, oí como Julián le pedía a un amigo que se encargase de abrirme. Debí parecerle peligrosa porque el Rubio se quedó plantado en el recibidor, examinándome tras sus gafas de *cultureta*, sin saludarme siquiera. Tonta de mí, pensé que tal vez tenía fobia de los perros, pues yo cargaba a mi pequeño Rufus en brazos. Avisándolo de lo dócil que era, me encogí de hombros al ver que seguía sin palabras y entré en el piso como Pedro por su casa. Rufus empezó a rebullirse y tuve que soltarlo. Entonces, el pinga espigado reaccionó inesperadamente: me dijo que no podía entrar sin mostrarle alguna acreditación que demostrase que yo era una vecina inofensiva, pero la bromita perdió toda la chispa cuando, al intentar prohibirme el paso, su mano aterrizó sobre mis tetas.

No nos habíamos presentado y yo ya le había arreado el primer guantazo.

Fue una tarde muy embarazosa. No sé cuál de los dos estaba más cohibido. Y Julián, como siempre, en el guindo.

_¿Qué te hace tanta gracia? _me pregunta, retorciendo la boca.

_Ya no vivo aquí, hace meses que me emancipé.

Le asombra que sea una mujer independiente, seguramente porque aún no se ha dado cuenta de que ya no tengo quince años.

_¿En serio? ¿Y dónde vives ahora?

_A veinte minutos de aquí.

_¿Y por qué no lo has dicho?

_Porque tú me has dicho que sabías mi dirección _respondo, adormilada.

Nos sonreímos, sin fuelle. Los excesos empiezan a pasarnos factura.

Álex decide bajar la ventanilla, esperando que el aire nos despeje y, acto seguido, apaga el motor del coche.

_Hemos bebido mucho, no quiero problemas con los de tráfico. Haremos un poco de tiempo hasta que se nos pase la borrachera, ¿te parece?

_De acuerdo _contesto, esforzándome por mantener los ojos abiertos. ¡Uf, qué modorra me está entrando! Si por lo menos el barrio no estuviese tan tranquilo... ¿Quedaría muy mal si echo una cabezadita? Al fin y al cabo, esto no es una cita de verdad, si ronco un pelín no habrá magia que romper.

_¿Quién te llevará hasta el aeropuerto? _pregunta de pronto, con una voz tan suave y una mirada tan penetrante que se me quita el sueño de golpe.

_Bueno... mis padres y mi hermana no saben lo del viaje, no quiero preocuparles. Y mis compañeras de piso no tienen coche así que, probablemente, cogeré un taxi.

_Yo te llevaré _¡Otra vez la voz de terciopelo! ¿No irá a ponerse en plan romántico ahora, para sacar tajada?

_Pero... ¡qué dices? ¡Vas a levantarte a las cuatro de la mañana? No, bastante has hecho ya.

_Déjame hacerlo _pide con ojos de cachorrito desvalido.

¿Si le digo que sí, me meteré en más líos? Bueno, bien mirado me ahorraré el taxi, lo uno por lo otro.

_Si no es mucha molestia para ti... _accedo.

_Ninguna.

Me mira como si quisiera añadir algo, pero se lo calla. Me pone tan nerviosa que, para disimular, saco el móvil de la mochila y compruebo que, para no variar, no he recibido mensajes de nadie.

_Esa ONG está cerca de la frontera con Tailandia, ¿no? _me asombra que esté tan bien informado_. ¿Tardarás mucho en llegar hasta él desde Phnom Penh? _frota el volante como si intentase limpiar una mancha con la uña. Aunque, por su tono de voz, se diría que me está haciendo una pregunta indiscreta.

_Battambang está a unas cinco horas en autobús. Si todo sale bien, dentro de dos semanas estaré abrazándolo.

_Qué pronto, ¿eh?

_Tengo unas ganas. _No sé por qué exagero tanto mi entusiasmo. Ahora que el dinero ya es mío, empiezo a estar un pelín asustada_. Y todo habrá sido gracias a ti.

_Claro _responde con una sonrisa forzada. Echa hacia atrás el asiento, se recuesta en el respaldo y cierra los ojos con fuerza, como si le hubiese entrado una fuerte migraña_. Duerme si quieres. Aún no me veo bien para conducir.

_Va bene.

Son las dos de la madrugada y en mi antigua calle pasea, a lo lejos, uno de mis ex vecinos con su viejo perro reumático. Solamente se escuchan las pisadas de ese tipo y cómo el perro orina en un árbol. La paz impera dentro del coche. Tengo sueño. Estoy en calma. El cheque dentro del monedero, el contrato cumplido y Álex bien quietecito y amodorrado.

El paseante nocturno entra en su portal, el perro va tras él, la puerta del rellano se cierra y el callejón se queda desierto. El rumor nocturno de Barcelona se amortigua. Una brisa ligera mece las hojas de los árboles.

Y me duermo. Y sueño que compro ese billete, aterrizo en Camboya y una

vez allí...

BARCELONA

Viernes, 25 de mayo de 2012

Alexander

¿Emancipada? Me ausento solo un par de meses y cambia de casa. Y es que, lo quiera o no, mi chica ya es toda una mujer, aunque al mirarla siga viendo a esa adolescente con trenzas y carita de ángel, de la que me enamoré a primera vista.

El provocador pintalabios corrido, rebasando el borde de su boca entreabierta, despierta de nuevo mis instintos. Como el sargento Jack Daniel's anda bien lejos, la naturaleza se impone y reina la anarquía genital, que modero con una mnemotécnica cancioncilla de la infancia: *Dos por una, dos. Dos por dos, cuatro...*

Mientras mi anatomía se altera, el poeta que hay en mí, se pone romántico: *¿Acaso hay algo más bonito que esto?*

Tres por cuatro, doce.

Por desgracia, este fiasco de cita era el último cartucho que tenía para impedir que ese vegetal la aleje de mí. ¿Acaso pedía demasiado? Yo sólo quería probar un pedacito de ese pastel de merengue que ella cocina para él, cogiéndole de la mano, sonriéndole, ensimismada y orgullosa. Sólo pretendía, al obligarla a ir así, que superase esa baja autoestima en la que se ha encasillado, más por ella que por mí, porque si supiera lo mucho que me atrae con su ropa de diario, cambiaría de estilo, solo para remediarlo. Virginia me aseguró que el vestuario de guerrillera feminista le daba seguridad, y si la despojaba de su uniforme, me sería más fácil desarmarla y averiguar porque su carácter se ha avinagrado tanto. Pero la pelirroja se equivocaba. La camiseta que Marta ha escogido ilustra como una ácida viñeta la naturaleza de nuestra relación. Soy como el Coyote que persigue al Correcaminos, agotando todos los recursos. Cuando no me aplasta su indiferencia, me revienta en la

cara su desprecio y cuando parece que gana terreno, el cohete en el que me desplazo, pasa de largo, distanciándose de ella una vez más. La alcance o la adelante, nuestros caminos se cruzan para volver a distanciarse.

Supongo que ya es demasiado tarde para enmendar lo que hice. ¿Pero, qué otra opción tenía, pequeña?

“Mírala bien”, insiste el poeta.

“Y acarrea con las consecuencias”, añade el soldadito.

La miro. Duerme con una media sonrisa, parapetada tras la mochila, protegiéndose de la incómoda compañía de ese golfo egocéntrico al que tanto menosprecia. ¿Y acaso no lleva razón? Soy un tarado que ha perdido el juicio regalando tres mil quinientos euros a cambio de una cita insólita. *Fíjate lo loquito que me tienes que hasta pienso que te he pagado poco.*

Si no hubiese dejado el móvil en la guantera, le haría una fotografía para immortalizarla así, tan apacible y angelical. Tan distinta a la vida real...

Palpo la pulsera fabricada con anillas de latas de refrescos que ella misma ensambló, rozándolas levemente con el índice, hasta toparme con ese reloj abominable que me ha agitado la fiesta.

Sobre su camiseta, el rostro del Coyote parece asombrado en la cumbrecita de sus pechos. Fantaseo con reclinar me sobre ellos toda la noche. Todas las noches.

En mi ascenso visual, me pregunto qué preciado recuerdo entrañará esta caracola que lleva al cuello. *¿Acaso te la regaló él, durante un paseo por la playa mientras te aburría con un soporífero documental sobre la vida marina de los crustáceos?*

Y ese lunarcito en el cuello, que es una cruel provocación.

Otra vez esta fiebre que nunca remite. *Ninguna mujer ha conseguido borrar de mi cabeza. ¿Qué tengo que hacer para que lo comprendas?*

Suspira de pronto. Quizá sueñe algo espléndido, una idílica escena abrazada a su Santito, en la que no tengo cabida.

Me pregunto si ese viaje tendrá el desenlace que espera. Egoístamente, me encantaría que Julián la rechazara, sin rudeza, en su línea benévola, pero con contundencia.

En cuanto se cierre esa puerta, ahí me tienes. Siempre dispuesto. Pero, por el momento, me conformo con que me des un poco más de tiempo para estudiarte. No te despiertes, para que pueda deleitarme sin recriminación, para que pueda olerte, acercarme hasta tu boca y recordar a qué sabían tus

besos. Ni imaginarías lo cerca que estoy de ti, ni sospecharías lo mucho que te he amado siempre.

Acaricio un mechón de su flequillo suavemente, pero ella me confunde con un moscardón que incordia. Se rebulle, da un palmetazo al aire. Se acurruca. Nuestras narices casi se rozan. Ronronea de pura comodidad y es entonces, cuando decido poner en marcha el coche para apagar el deseo.

Al sintonizar la radio, la gutural voz del locutor la sobresalta.

_¿Dónde vives? _Evito el contacto visual para que mi rubor no me delate.

_En Horta.

_¿Podrás indicarme desde aquí?

_Si no me duermo otra vez _responde, encogiéndose de hombros.

Tras veinte minutos escuchando a los locutores de radio y los grandes éxitos del momento, sin conversar más que para recibir indicaciones, estaciono en doble fila, ante su portal. Acciono los intermitentes de emergencia, en silencio, comportándome como un taxista antipático que aguarda la propina sin hacer menor esfuerzo por ganársela.

_Bueno... gracias por... la pasta _dice, indecisa, abrazada a la mochila como a un chaleco antibalas_. Buenas noches, Álex.

Abre la puerta y se despide, agitando la mano. Enseguida, usa el frío como excusa para alejarse rápidamente y abandonarme aquí, en este envoltorio en chapados de lujo, con tanto por decir, y sin oportunidades para exteriorizarlo.

Virginia

Años 2001-2002

Cada vez que se me escapaban las lágrimas, utilizaba la excusa del fracaso. Sin cuestionarse esa versión improvisada de los hechos, mis padres creyeron que suspender la selectividad me había traumatizado. Es más, ninguno de mis profesores entendió porque no me había presentado a la segunda fase de la prueba: mis notas eran excelentes, nada justificaba aquella evasiva, ni aquel descalabro. La única explicación viable que acalló sus preguntas, recaía en mi altísimo nivel de autoexigencia. Según mi tutor, lo que me sucedía no era tan insólito, a menudo, los alumnos más aplicados sucumbían ante la presión de la nota y se tronchaban incomprensiblemente. Tanto los docentes como mi familia me vieron tan superada, que trataron de quitarle hierro al asunto. Mi vida académica no terminaba por un suspenso, volvería a presentarme a la convocatoria del año próximo y esa vez estaría más mentalizada, pues ya sabía a qué iba a enfrentarme.

Nadie sospechó nada. Nunca. Julián me había forzado sin miramientos y me había hecho prometer que mantendría la boca cerrada, de lo contrario mi familia pagaría las consecuencias igual que mi abuela murió por incitarme a dejarle. Estaba tan aterrorizada que no tenía ni un átomo valor que me sirviese para delatarlo.

La primera noche tras la violación, fue horrible. Mi sexo estaba maltrecho por la violencia a la que había sido sometido, todavía sentía sus dedos hincándose con fuerza en mis muslos, estrujando mis pechos hasta hacerme daño, tenía moretones que atestiguaban sus actos, y no conseguía deshacerme del sabor de su saliva, por más que me enjuagaba la boca.

En poco menos de una hora, él había destruido mi vida: había embrutecido mi sexualidad, había frustrado mi sueño universitario y había corrompido irremisiblemente mi confianza en el ser humano. Supe que mis relaciones íntimas nunca serían tan idílicas como las había imaginado porque, desde aquel instante, el fantasma del abuso siempre las corrompería. ¿Cómo podría confiar en los hombres, si la persona que para los demás era intachable, me había usado brutal e insensiblemente?

El ostracismo se convirtió en mi forma de vida. Dejé la natación, las clases de inglés y de expresión artística, no me atrevía a salir de casa por temor a encontrármelo en el portal o en la calle. Por sistema, rechazaba las salidas con mis amigas, con la excusa de que no me encontraba bien, y cuando vinieron a verme, muy preocupadas por mi encerramiento, les hice tan mal papel que no quisieron insistir. Las aparté de mí, porque me atosigaban con sus indiscretas preguntas, sólo querían averiguar qué me pasaba y no entendían que NO podía sincerarme. Pronto se cansaron de llamarme y las perdí.

Mi mundo se redujo a los escasos metros cuadrados de mi dormitorio. Incluso, me aterraba pisar el comedor porque él siempre estaba allí, de visita, acompañando a Marta, día sí y día también, sin impunidad, con la intención de recordarme lo sencillo que era para él hacerla desaparecer. Una tarde, llegó antes de que ella hubiese regresado del instituto, con la excusa de venir a animarme, mi madre estaba preocupada porque llevaba semanas sin pisar la calle y pensó, ingenuamente, que nuestro altruista vecino, mi ex novio, tan comprensivo y humanitario, hallaría la fórmula que me hiciera salir de mi concha y reincorporarme al mundo. En cuanto mamá nos dejó a solas con la excusa de comprar unas verduras para el cocido, Julián aprovechó la ocasión para llevarme hasta mi cuarto y exigirme que le diera placer a cambio de terapia. Fue rápido, porque el tiempo jugaba en su contra, Marta estaba a punto de regresar y mamá podía presentarse de pronto. Creo que la posibilidad de que nos descubrieran fue lo que más lo excitó. Sin embargo, cuando mamá volvió, nos encontró sentados en el sofá, tal y como nos había dejado, aunque yo temblaba y lloraba mientras Julián, a mi lado, me abrazaba comprensivamente y pronunciaba palabras alentadoras. Tuve que escuchar cómo ella le daba las gracias por haberlo intentado y cómo trataba de paliar su desánimo al verlo tan abatido por su fracaso.

Al día siguiente, cuando Marta quiso cerrar el pestillo del cuarto de baño, tan solo vio los orificios de los tornillos que lo sostenían a la puerta. Mamá estaba contrariada, pues papá siempre avisaba de cualquier reparación en el hogar, quizás para desmentir que nunca se ocupaba de las tareas domésticas, sin embargo, al tratar de abrir la puerta de mi dormitorio para preguntarme si yo sabía algo al respecto y advertir que era imposible hacerlo, enseguida comprendió lo que había ocurrido. La

recuerdo aporreando la puerta, preguntándome qué hacía en mi habitación que exigiese encerrarse de esa manera. Respondí que sus interrupciones me desconcentraban, que estaba harta que entrasen cada dos por tres para comprobar cómo me encontraba, que no quería ver ni oír a nadie, solo a mis libros. Había provisionado el dormitorio con galletas, sobras de la comida y una garrafa de agua mineral de cinco litros, lo que me permitió estar dos días enclaustrada. Creí que mi madre llamaría a los bomberos para que tirasen la puerta abajo, pero no flaqueé ante sus amenazas y al cabo de unas horas, agotada de mis chaladuras, se rindió y me dejó por imposible.

Semanas después, cuando el asunto del pestillo fue aceptado, Marta picó a mi puerta para preguntarme si tenía alguna compresa, y tras rebuscar en mi bolso, le di la última que guardaba. Al correr de nuevo el pestillo, el pánico se apoderó de mí. Hacía tres meses que no tenía el periodo, ¿y si estaba embarazada de él? ¿Cuánto tiempo tardaría en notarse? ¿Cómo conseguiría un test de embarazo sin salir de la habitación? Tampoco podía pedirselo a Marta sin levantar la liebre. ¡Dios mío, qué iba a hacer con ese niño? ¿Qué iba a decir cuando me preguntasen quién era su padre?

El mismo pestillo que me protegía de Julián, también me aislaba de la convivencia. Empecé a sentir rechazo por todo aquel que quisiera comprenderme, incluso mi familia me molestaba, sus constantes atenciones para animarme, me sulfuraban. Harta de mis pullas, Marta dejó de hacerme confidencias. Vilmente, Julián quiso compensar la acritud de mi carácter y el hueco que había dejado en sus corazones, con un incremento de sus visitas. Se comportaba como el hijo sustituto, era amable con mamá y la ayudaba con la compra, a Marta con sus deberes y a papá con sus reparaciones. Mientras tanto, yo me consumía, víctima de la preocupación de un embarazo que nunca llegó a manifestarse, del terror a más violaciones, de la culpa por la muerte de mi abuela... Mi aspecto empeoraba con el transcurso de las semanas, cada vez me aseaba menos y mi estilo había degenerado. Alejé de mí toda prenda que pudiese embellecerme, y me decanté por la ropa de chándal muy holgada y desgarrada. Mamá trató de que recuperase el hábito de la pulcritud y me obligó a acompañarla a las rebajas, para que me airease, sabía que no podía enfrentarme al exterior si no iba acompañada. Aprovechó nuestro paseo por los puestos para interrogarme sobre lo que me pasaba, hasta que sus preguntas me acorralaron de tal forma que tuve que contrarrestarlas con avinagradas

respuestas y amenazas. “Tal vez debería irme de casa. Ya soy mayor de edad, no tengo que rendir cuentas a nadie de lo que hago.” “¿Y tus amigas? ¿Cuánto hace que no las ves?” “No las necesito.” “¿Y qué me dices de Julián, por qué no le das otra oportunidad al chico? Cada vez que viene se queda mirando el pasillo como un corderito, pero tú te has empeñado en encerrarte en esa leonera que tienes por cuarto que huele que tira de espaldas.” Discutimos ante una multitud consumista y regresamos a casa sin dirigirnos la palabra.

Algunas noches me estiraba en la cama cómo si estuviera tendida en mi ataúd. Cruzaba los brazos sobre el pecho, me imaginaba rodeada de mis seres queridos y conjeturaba sobre lo que dirían de mí una vez fallecida. Veía a mis profesores apenados, a mis compañeras de instituto comentando lo rara que estaba la última vez que me vieron, a mis padres, desechos, y a Marta preguntándose qué me había pasado para arrojar la toalla y consumirme de aquella manera. Entonces, Julián irrumpía en mi imaginación y arrojaba a mi hermana, mientras le aseguraba que yo me había desquiciado sin motivo, aduciendo que ese final tan inexplicable era fruto de mi implacable perfeccionismo.

A decir verdad, visto desde fuera, daba la impresión de que me estaba volviendo loca, por eso no me sorprendió que mamá tratase de convencerme para que visitásemos a un psicólogo. Lo propuso con mucho tacto, entendía que me hubiese sentado mal suspender la selectividad, pero habían transcurrido cuatro meses y ya era hora de que superase el mazazo. La preocupaba mi aspecto enfermizo y lo rápido que me estaba adelgazando. En varias ocasiones había oído desde la cama cómo vomitaba la cena y la asustaba que tuviese algún trastorno alimentario. Durante la madrugada, las pocas veces que lograba conciliar el sueño, las pesadillas me atormentaban y despertaba mareada, con ganas de vaciarme, como si asociase la pérdida de alimento, con la pureza de mi cuerpo. Sí, había adelgazado doce kilos, pero gracias al chándal, ellos no se percataron. Obviamente me negué a ver a ese especialista, con lo cual, mamá tuvo que arrastrarlo hasta casa. Me aterrorizaba que descubriese la verdad, porque temía el enfado de mis padres por habérmelo callado o peor, que no creyesen lo que Julián me había hecho, dejándome totalmente desamparada ante él. En mi cabeza auguraba los peores desenlaces y temía que, si él se enteraba antes que la policía, arrasase con mi familia para salir indemne.

Sea como fuere, mi secreto me destruía por dentro y a la vez era un defecto que debía ocultar a los demás, un síntoma de cobardía que me avergonzaba.

El psicólogo no logró que saliese de mi habitación, por más que mamá insistía en lo vergonzoso e infantil de mi comportamiento. Él trabajaba por partida doble, tratando de suavizar sus amenazas y hablándome con suavidad para hacerme salir de mi cueva. Aceptó, incluso, hablar conmigo tras el obstáculo de la puerta, pero no respondí a ninguna de sus preguntas. Tras varios intentos, mamá se cansó de pagarle para nada y aparcó la idea.

Por suerte, encontré un tranquilo refugio en los libros y la escritura. Marta se encargaba de traerme de la biblioteca los títulos que yo le solicitaba y de comprarme cuadernos en los que anotaba palabras que nunca había escuchado, frases hechas y poesías. Gracias a la lectura yo sólo era una espectadora a la que nada podía sucederle. La literatura rellenaba mis horas muertas de insomnio y alejaba de mi cabeza la nefasta salida del suicidio.

A medida que se acercaba junio, sabía que se esperaba de mí que volviese a presentarme a la selectividad. Estudié mucho, hasta dominar todas las materias a la perfección, pero no estaba segura si me presentaría a la prueba o no. De no hacerlo, se terminaría la justificación de mi encerramiento, no creo que mis padres estuviesen dispuestos a mantenerme de por vida, ni yo deseaba ese triste futuro para mí. ¿Cómo podía escapar de mi propia cárcel? No tenía dinero para empezar de cero. Podía tomarlo prestado y devolvérselo a mis padres en cuanto tuviese la oportunidad y esconderme de él huyendo lejos, sin dejar constancia de dónde iba. O bien, podía armarme de valor, presentarme en comisaría y confesar porqué me había vuelto tan huraña y desaliñada.

Mientras postergaba esa decisión, un nuevo personaje entró en la vida de mi hermana, un compañero de facultad de Julián, totalmente antagónico a él. Me bastó sólo un minuto para entender que la ternura con la que miraba a mi hermana iba más allá de la simpatía o la amistad. La gran diferencia de edad y mi desviación a malpensar de todos, me empujaron a desconfiar de sus intenciones de inmediato. Pero cada vez que elucubraba sobre sus perversas pretensiones, erraba el tiro. Por ejemplo, si Álex seguía a mi hermana como un perrito faldero hasta la cocina para preparar unos bocadillos, yo apostaba que aprovecharía la intimidad para acorralarla y abusar de ella, tal y como Julián había abusado de mí, pero cuando me

levantaba del sofá, acongojada, para comprobar que Marta no estaba sufriendo mi mala suerte, me los encontraba bromeando y ultimando los bocadillos, como si nada. Algunas veces, Álex esperaba a Marta en nuestro salón para reunirse luego con Julián e intentaba entablar una conversación conmigo, pero yo no me molestaba en responderle. Su incomodidad era irónica, pues era yo la que estaba más aterrada de los dos. Mi miedo a la intimidad con cualquier desconocido, me hacía reaccionar de forma brusca y antipática. Él formulaba preguntas sobre el libro que yo leía y yo me levantaba y me marchaba, como si el timbre de su voz me resultase insoportable. Enseguida se disculpaba por haber interrumpido mi lectura cuando yo me escabullía asustada por lo que podía suceder si trabábamos amistad. Temía cualquier proposición, suya o de cualquier otro, pues había asumido mi indefensión ante los demás. Al no enfrentarme a Julián, no era capaz de enfrentarme a nadie. De modo que, me pidiesen lo que me pidiesen yo debía acatarlo sin remedio.

A mis ojos, la amabilidad de las personas sólo era un disfraz que escondía sus depravaciones, por eso, el día en el que Álex me obsequió un libro sin justificación, lo recibí como la amenaza de muerte de un mafioso. Me lo regaló ante toda la familia, sin darle ninguna importancia, su padre trabajaba en una editorial y el libro tenía muy buenas críticas, pensó que una lectora empedernida como yo, lo disfrutaría. No había vileza en sus palabras sino algo de compasión. Hasta mi padre, que le tenía cierta ojeriza, se avergonzó cuando le arrojé el libro a la cara y corrí a esconderme a mi habitación. Marta se ofendió tanto que no me dirigió la palabra durante una semana y tampoco accedió a devolver los libros a la biblioteca. “¡Llévalos tú, sal de una puñetera vez de tu agujero, loca del carajo!”

Sabía que lo que había hecho estaba mal, pero no podía defenderme explicando los motivos que me hicieron actuar así. Necesitaba alejarme de mi cárcel, tal vez ir a casa de mi tía en Salamanca durante unos días. Creo que mamá accedió tan rápido porque necesitaba que le diese un respiro. Al menos, papá aprovecharía el viaje para ver a su hermana y hablar sobre la casa que heredaron de mi abuela.

Al salir a la calle, mientras papá cargaba las maletas en el coche, me crucé con Álex que subía los peldaños que conducían a nuestro portal.

Al verlo, no pude contener esa súplica que aliviaría mi conciencia

durante las vacaciones.

—Mientras yo no esté, tú cuidarás de mi hermana, ¿verdad?

Le sorprendió tanto mi petición como que, por fin, me dignase a dirigirme la palabra.

—Claro —respondió, reprimiendo la efusividad de su sonrisa.

Justo en aquel instante, Julián apareció para despedirse. Advertí en sus ojos un interés acuciante sobre lo que habíamos hablado entre nosotros. Aprovechó el beso de despedida en la mejilla para exigirme, a media voz, que regresase cuanto antes: “Te doy siete días. Ni uno más.”

Ver la tumba de mi abuela y respirar la pureza del aire de la dehesa, me insulflaron fuerzas para enfrentarme a mi miedo. Julián no podía quitarme mi vida, yo debía luchar contra él, imponerme y denunciarlo. Pero me encontraba tan a gusto en el pueblo que, al final, me quedé un mes en casa de mi tía y gracias a la fabulosa gastronomía salmantina gané peso y volví fortalecida. Pero, a medida que el tren se aproximaba a Barcelona, el miedo me iba minando. De hecho, me hubiese apeado en Zaragoza, si mi tía no me hubiera acompañado.

Julián estaba enfadado conmigo, lo leí en sus ojos al recibirnos en la estación de Sants. Acompañaba a mamá y a Marta como un hijo más. Cuando me abrazó, lo hizo con una fuerza opresora: “No soporto que estés lejos de mí”.

También encontré a Marta muy triste, al parecer Álex había roto su promesa de protegerla, marchándose de repente, sin decir adiós. Había notado la atracción que él sentía por ella, pero sólo entonces, presentí la que ella sentía por él.

Alarmada, mamá temía que una epidemia de melancolía se cebase con sus dos hijas. Desde que el Rubiales, tal y como papá apodó a Álex, se había esfumado, Marta estaba apática y lloraba cuando creía que nadie podía escucharla, tía Flori hablaba de mal de amores, pero mamá temía que hubiese adquirido mis extraños hábitos y las dos empezásemos a retraernos. Sin duda, alguien que la quería perjudicar, les estaba echando un mal de ojo a sus hijas. Para evitar el desastre, convenció a una de sus amigas del instituto para que arrastrase a Marta hasta la playa y así pudiera olvidarse del “inglés” durante unas horas. Como mi hermana no estaba, me tocaba a mí pasear a Rufus. En cuanto objeté, Mamá me recordó la promesa que le había hecho al marcharme: “Cuando vuelva del pueblo llamaré a mis

amigas, saldré más y me presentaré a la Selectividad en septiembre”, pero enseguida había vuelto a enclaustrarme. Mi tía Flori se ofreció a acompañarme, pero mamá insistió en que debía superar de una vez esa fobia a la calle: “Irás sola y pobre de ella como no salga del portal, estaré asomada a la terraza, vigilando que los dos pisen la calle”. Discutir no sirvió de nada y tampoco podía buscar refugio en mi dormitorio porque, durante mi ausencia, papá había quitado tanto el pestillo como la puerta. Intenté convencerla de que la calle aún me abrumaba, pero mi tía desmintió tal cosa pues había paseado sin temor por las callejuelas de Rinconada de Tormes. Daba igual que me inventase mil excusas, lo quisiera o no, el perro tenía que orinar y sería yo la que lo paseara.

De modo que, salí al rellano con cautela y ojeé las escaleras que conducían hacia el piso de arriba, conteniendo la respiración. No se oía nada. Mamá esperó a que entrase en el ascensor para cerrar la puerta. Dentro del cubículo, Rufus se movía en círculos, inquieto y ansioso por pisar la calle que tanto miedo me inspiraba. Al abrir la puerta, salió corriendo hacia la acera, arrastrándome de la correa. Todos los desconocidos que se cruzaban conmigo, me observaban y yo tergiversaba sus miradas, quería volver a casa, pero mamá me gritaba desde la terraza que llevase al perro hasta la plaza, que me seguiría muy atenta con la mirada. Los árboles del parque le impedían averiguar qué hacía, del mismo modo que le impidieron ver cómo él se acercaba, cogía a Rufus en brazos y lo acariciaba con afecto.

_Me has desobedecido _dijo, mientras le alborotaba el pelo del lomo.

Con voz quebradiza, le supliqué que lo dejase en el suelo.

_Pero si lo hago, ¿cómo voy a asegurarme de que subirás al coche? _me preguntó con voz inofensiva y acto seguido, tiró de la correa para arrancármela de las manos. Con la barbilla, señaló su Seat Ibiza rojo que nos aguardaba con el motor encendido en la acera_. Sube al coche, cariño.

Miré la terraza de mi casa, esperando un milagro, pero mamá ya no estaba asomada al balcón.

_Como se te ocurra gritar, le parto el cuello aquí mismo _cogió a Rufus por la cabeza y él zarandeó su cuerpo, para tratar de zafarse de esa caricia desagradable_. A Marta no le gustará que muera su perrito.

_No le hagas daño, por favor.

_Sube al coche, pues.

Julián condujo hacia las afueras de Barcelona, por las sinuosas carreteras llenas de vegetación de Collserola que conducían a la Floresta, mientras Rufus gemía en el maletero.

_No quiero que vuelvas a alejarte de mí. No soporto tenerte lejos _repitió_. Tenemos que formalizar nuestra relación. Cuando volvamos vas a hablar con tus padres y decirles que quieres pasar el resto de tu vida a mi lado. Ellos estarán muy contentos de que sea el compañero de tu vida, para eso me los he trabajado tanto. De algo tenía que servirme aguantar la chapa de tu hermana día sí, día también. Lo que necesitamos es intimidad, Virginia. En mi piso no puedo ser yo mismo, esas paredes de papel me hacen sentir incómodo. Quiero que nos mudemos a la casa que he reparado mientras me castigabas con tu ausencia. Y me ha quedado tan bonita que no querrás salir de aquí nunca.

Sacó a Rufus del maletero y me hizo salir del coche para que admirase la fachada desconchada de nuestro hogar, una casa ruinoso y antigua, ensombrecida por los pinos blancos y los robles. El camino que conducía hasta ella, ni siquiera estaba asfaltado.

_No te dejes llevar por las apariencias. El interior es lo que importa, por fuera parece una casa abandonada, y quiero que lo siga pareciendo, pero por dentro es muy acogedora _sacó las llaves del bolsillo y abrió la cerradura_. Vamos, cariño, entra.

Contemplé esa boca de lobo. Las piernas me flaqueaban y él me agarraba con fuerza del brazo mientras sostenía al perro con la izquierda. Rufus se hartaba de ese abrazo, quería pisar el suelo, explorar la zona y olisquearla. Pronto se le complicó la tarea de sujetarnos a ambos. Pensé que era el momento adecuado para escapar, Rufus conseguiría zafarse si yo lo ayudaba, Julián intentaría atraparlo y yo escaparía de él.

Finalmente, el perro saltó de sus brazos y yo aproveché su sorpresa para escabullirme. Corrí en dirección a la carretera, desgañitándome para que Rufus me siguiera, pero no contaba con la maldita correa. Julián la pisó y el perro derrapó por el ímpetu de su carrera y cayó panza arriba, quedando preso del cuello. Agitaba las patas para voltearse y recuperar pie, cuando Julián alzó la pierna y apoyó el talón sobre su cabeza.

_¡Lo mataré! _me gritó desde donde se encontraba_. ¡Como sigas corriendo, le aplastaré el cráneo!

Dejé de correr. Angustiada, vi como Rufus gemía bajo su bota y agitaba

las patas para tratar de huir. El amor que sentía hacia ese perro me forzó a regresar. Lloraba desconsolada, sin encontrar una baza con lo que poder negociar, para que saliésemos ilesos los dos. No quería que hiciese de mí lo que se le antojaba, pero tampoco soportaba la idea de ver morir a ese perro que tanto cariño me había dado sin cuestionarme ni pedir nada a cambio.

_Entra en la casa.

_Si lo sueltas...

_¡Qué entres, joder!

Entré, suplicándole sin parar que lo dejase libre. Cerró la puerta de un portazo, dejándome encerrada y a oscuras, en ese lugar queapestaba a humedad. Pude oír como apaciguaba a Rufus, que gruñía para zafarse y los insultos de Julián cuando éste le mordió. Y acto seguido, un golpe seco contra la pared de piedra de la casa. Oí los gañidos agónicos del perro, y los golpes contra la pared se sucedieron. Busqué la ventana que tenía más cerca y entre las rendijas de los ladrillos que la tapiaban, y vi cómo Julián sostenía de las patas traseras el cuerpo inerte del perro y cómo lo estampaba una y otra vez contra un árbol, con ensañamiento.

_¿Por qué has tardado tanto? ¿Y dónde está el perro? _replicó mamá en cuanto pisé el recibidor.

_¿Qué te pasa, mi niña, por qué estás tan pálida? _me preguntó tía Flori desde el sofá.

_¿Dónde está el perro? _insistió mamá, asomándose al rellano.

Avancé hasta mi habitación, aún en estado de shock y me dejé caer sobre la cama.

Me costó convencer a mi tía, más que a mi madre, de que nada me había ocurrido que, sencillamente, había soltado al perro y éste se me había perdido. Lo había buscado todo ese tiempo sin tener éxito, por eso había tardado tres horas en regresar.

Julián me dictaba esas excusas cuando lo tuve sobre mí.

“Les dirás que el perro se ha perdido, les dirás que lo soltaste y se te escapó. Corrió detrás de un gato. Te dio esquinazo y no lo volviste a ver.”

Nunca podré olvidar el disgusto de Marta y sus acusaciones. Ella creyó que lo había abandonado ex proceso para evitar que mamá me obligase nuevamente a sacarlo. Fue muy doloroso oírla llorar y que rechazase mis argumentos para consolarla. Fue angustioso verla colgar esos carteles de

búsqueda a diario, sin recibir una llamada que la aliviase. Fue terrible que ella aceptara agradecida la colaboración de Julián en el rastreo y verlos salir juntos, para interrogar a los dueños de otros perros y a los vecinos de los barrios colindantes, con la incerteza de si Marta sería víctima de sus atrocidades.

La desaparición de Rufus abrió una brecha entre ambas para siempre. No solo ella, toda la familia estaba decepcionada conmigo. Mamá me acusaba de hacerle falsas promesas, Marta me repelía para castigarme y papá parecía haberse dado por vencido, aceptando mi situación con una indiferente resignación.

Los tres ignoraban el ultimátum que Julián había expuesto aquella fatídica tarde en la casa de nuestro futuro y la decisión que debía tomar al respecto:

“Se me está agotando la paciencia. Estoy harto de tu suciedad y tu sudor rancio, hasta los cojones de que te escondas cuando bajo a verte, hasta las pelotas de que te hagas la estrecha conmigo y me niegues lo que merezco. Quiero compartir mi vida contigo y ya no puedo, ni quiero postergar más el momento. Si dentro de dos semanas no afrontas este paso y te trasladas a nuestra casita feliz, me obligarás a convencerte por la fuerza. ¿Me vas a poner en el difícil aprieto de tener que elegir entre tu hermana o tus padres? Sabes que puedo hacerlo, no me obligues a repetir el método. ¿O me vas a decir que tu abuelita la espichó en balde?”

Tenía muy malas cartas para ganar la partida. Esos cuatro ases: miedo, vergüenza, debilidad y cobardía, me empujaron a dar el abominable “sí, quiero”.

Preparé mi equipaje durante la noche y al amanecer, mientras mi familia desayunaba en el comedor, arrastré la maleta hasta el recibidor y dejé las llaves en el cuenco que teníamos junto a la puerta.

¿Adónde vas a estas horas de la mañana y por qué arrastras esa maleta? ¿Qué tramas, niña? _gruñó mamá.

Hacía horas que me mentalizaba para afrontar ese momento y, aun así, me costó mantener la entereza y no romper a llorar suplicando ayuda. Por alguna razón, Julián había logrado que interpretase la valentía de una confesión, como un signo de flaqueza. Él era mi problema y debía mantener a los demás al margen, cuando eran los demás los únicos que podían respaldarme.

_No quiero estar más en esta casa _respondí en tono desagradable.

_¿Cómo dices, niña?! _Mamá se ofendió.

_Soy mayor de edad, no puedes impedírmelo.

*_¿Pero bueno! ¿Has oído a tu hija, Braulio? ¡Que se va de casa, dice!
¡Pero niña tonta, adónde vas a ir, sino tienes trabajo, ni dinero ahorrado!
¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora!*

Papá se levantó de la mesa para contribuir a la discusión, Marta, sin embargo, me contemplaba desde su silla con el ceño fruncido.

_Mira, niña, ¿esto no será otro cuento chino para desdecirte de todo lo que nos has prometido? ¡Porque a tu madre ya se le están hinchando mucho las narices con tus manías!

_¿A qué viene esto? _preguntó papá, aprovechando la pausa de mamá.

_¡Es por ese dichoso examen! _prosiguió ella, con menos talante_. ¡Si tanto te asusta suspender, pues no te presentes y punto! Aquí nadie te obligará a estudiar una carrera, aunque es una pena, porque estás hecha para eso, todos los profesores nos lo dijeron, pero si tú quieres tirar la toalla y acabar en un trabajo cualquiera, pues adelante, hazlo, pero, por favor, no nos castigues más con tanta tontería porque a este paso, me tiro por el balcón. Venga, trae esa maleta _Mamá trató de arrancarme el equipaje de la mano. Respondí con un empujón.

*_¡Me voy! ¡Y no es por ese examen! ¡NO ES POR PUTO EL EXAMEN!
¡Odio esta casa, odio cómo me miráis todo el rato, como si estuviese chiflada! ¡Necesito que me dejéis en paz! ¡Olvidadme, ya, joder!*

No esperaba que el bofetón que ponía el broche final a la disputa, viniese de mi padre.

Marta dio un respingo en su silla, con el sonoro chasquido que frenó mis insultos.

_Si pones un pie fuera, no vuelvas _añadió papá tras la bofetada, en voz muy baja, como si de pronto se hubiese achicado por lo que acababa de hacer.

*_¡Déjala que se vaya, ya volverá con el rabo entre las piernas! ¡No tiene ni idea de lo que es costearse la vida! ¡Déjala, Braulio, que escarmiente!
se enervaba mamá cuando papá me dio la espalda y se fue a la cocina.
¡Mira lo que has conseguido, que tu padre te ponga la mano encima! Está harto de tus tonterías y eso está minando nuestro matrimonio, ¿qué quieres?
¡Que acabemos divorciándonos? Piensa un poquito en nosotros y en tu*

hermana. ¡No seas tan egoísta!

_Me voy, mamá. No es ningún farol _dije con entereza, levantado la maleta del suelo.

Su rostro enrojeció, apretaba con fuerza los labios y los puños.

_¡Pues a qué esperas! ¡Lárgate si eres tan valiente, vamos, sal por esa puerta y enfréntate al mundo! ¡Veremos cuánto aguantas! _espetó y se encaminó hacia la cocina, para discutir el asunto con papá.

Marta y yo nos quedamos a solas. Esperaba que intentase quitarme la idea de la cabeza, pero no dijo nada, se limitó a mirarme como si le costase reconocer a su hermana en mí. Bajó la mirada y se puso a remover el cacao soluble con ensimismamiento. Quise decirle el último adiós, pero las lágrimas se me estaban agolpando en la garganta y preferí escapar.

Barcelona
Sábado, 26 de mayo de 2012

Alexander

A media mañana, Virginia se presenta en mi ático, sin previo aviso, y con una bolsa de cruasanes recién horneados. La recibo en albornoz a desgana, despeinado y con una barba incipiente. Decir que me desperté hace un par de horas sería mentir, apenas he pegado ojo; el vacío de mi cama me recordaba el fracaso de anoche, así que salí de ella en cuanto amaneció. Hace más de cuatro horas de eso, y sigo sin ánimos para asearme y vestirme, y mucho menos para recibir la visita de nadie.

_Buenos días, guapetón, te traigo el desayuno. _Zarandea la bolsa, obsequiándome una radiante sonrisa.

Aunque el rellano se embriaga con el dulzón aroma de la repostería francesa, el olor a mantequilla me da ardor de estómago. Me preocupa o, mejor dicho, me irrita la película que la pelirroja se está montando. *Sí, nena, fue una noche memorable, pero por favor, no empieces con los preparativos de la boda.*

_¿Puedo pasar o estás *acompañado*? _susurra, con picardía, asomándose curiosamente al recibidor, esperando ese indicio sonoro, o visual que confirme si Marta sucumbió a mis encantos. Ese rotundo silencio descarta implacablemente mi triunfo. A raíz de este fracaso, mi ego está moribundo. Confiaba tanto en mi *sex appeal*, que esperaba que la noche acabase con una *mascletá*. Y lo mejor sería que, al despertar, la mujer que amo seguiría a mi lado para poder abrazarla, prepararle el desayuno o amarla una vez más.

_Estás solo. _Ese suspiro decepcionado debería salir de mí, no de ella. No sé cómo interpretarlo. ¿Se siente aliviada porque su hermana supo mantenerme a raya o esperaba que terminase en mi cama?

_Mira, Virginia, no te lo tomes a mal, pero anoche bebimos mucho y me gustaría dormir un poco más.

_Te traigo el desayuno, ¿y tú vas a rechazarme así...? _maúlla como una gatita despechada, frunciendo los labios.

Más por compromiso que por la compañía, la invito a entrar, sin efusividad.

En cuanto se quita la chaqueta para lucir ese ceñido top negro sin mangas, su voluptuoso escote me noquea. La porosa esfera de lava que siempre lleva colgada al cuello, se queda ensartada en su canalillo como una aceituna negra. Apuesto a que ha escogido esta prenda con la finalidad de realzar su portentosa delantera y, así, despertar el apetito de mi entrepierna. Su elección merece una ovación, pero su comentario atempera lo que tanto alegra mis ojos:

_Empezaba a preocuparme.

_¿Preocuparte?

_Pensé que mi hermana te habría encandilado. Su carácter podía ser muy excitante para un hombre como tú... _me susurra, antes de besarme detrás de la oreja. Un escalofrío de placer me hace arrugar el cuello, pero sus alusiones ya me han enfriado.

_¿"Un hombre como tú"?

_Ya sabes, eres un tío atractivo, acostumbrado a que lo complazcan. Pero Marta es tan inflexible...

_Inflexible no, insufrible. _replico con tono arisco. Me he levantado con el pie izquierdo y con una terrible resaca, para que ahora la hermanita mayor venga a meter el dedo en la llaga. _¿Quieres un resumen? Anoche tuve la peor cita de mi vida. Punto final.

De cuatro zancadas entro en la cocina, dispongo una taza de café en la Nespresso e inserto una cápsula escogida al azar.

Virginia deja los cruasanes sobre la encimera, respetando durante cinco segundos este caldeado silencio.

_¿Por qué será que no te creo? _me pincha, cruzándose de brazos.

_¿Qué es lo que no crees? ¿Qué tu hermana sea un muermo o que me estropeará la noche?

_No creo que no te atraiga su carácter.

Esta conversación empieza a crisparme.

_Marta es puro sarcasmo y antipatía. Encorsetada, borde, incrédula...

_Jolín, ¿tan mal fue? _Virginia frena mi hatajo de adjetivos

Alcanzo uno de los cruasanes y lo muerdo con ensañamiento.

_Olvidémonos de eso, ¿vale? Perdí 3.500 euros a cambio de una noche

espantosa. Marta ni siquiera me daba conversación, tenía que sacarle las palabras con cuchara y, las pocas veces que abría la boca, era para hablarme del Santurrón. Me atraco en la cena pidiendo los platos más caros y luego se le olvidó decirme que ya no vivía con tus padres, lo que nos obligó a hacer tiempo en el coche, cuando me moría de ganas de volver a casa. Pero no tuve más remedio, habíamos bebido mucho y no quería problemas con los de tráfico. Y no te imagines que quería emborracharla, bueno, quizá sí, pero no para propasarme, sino para anular su mal carácter _digo todo esto muy enfadado, más de lo que Virginia se merece y mientras lo hago, sólo pienso en Marta sentada a mi lado en el coche, dormida con esa sonrisa de triunfo.

La desconsideración de Julián me saca de quicio. El Héroe no es más que un cobarde egoísta que se alimenta de la admiración de Marta para agrandar su ego, pero a la mínima señal de compromiso, hace la maleta, escribe cuatro palabras que justifiquen su huida y aplaza el terrible momento de las confesiones. Continuamente se escuda en la amistad que ambos se tienen, sin embargo, ese respeto sólo desorienta a Marta que, amargada y en compás de espera, no se imagina lo que otros haríamos por el simple hecho de pasar una tarde con ella.

No sé si mi expresión evoca todos estos pensamientos, pero advierto los ojos de Virginia paseándose por las estanterías de mi cerebro, visionando mis neuras mentales con todo lujo de detalle, como si fuesen tomos de una enciclopedia.

Con una enigmática sonrisa en el rostro, agarra la taza que sostengo y la coloca sobre la encimera de mármol.

_¿Quieres que hablemos sobre eso? _propone con voz comprensiva.

_¿Sobre qué? _replico, recuperando el café para disimular.

_Sobre... lo pilladísimo que estás de mi hermana.

Suelto una fallida carcajada, evitando su mirada. Vierto el café en el fregadero y enjuago la taza para aguar la conversación. Pero ella se me aproxima, despacio, y me abarca por la espalda, rozándome la columna con sus pechos. Al poco apoya su barbilla en mi hombro y acaricia mi oído con una propuesta:

_Yo podría ayudarte a reconquistarla. Entre los dos, la convenceríamos para que renuncie a él.

¿Reconquistarla? Coloco la taza sobre el escurrerplatos, lentamente, dudando si su sinceridad es auténtica o una retorcida trepa femenina. Es difícil

saberlo cuando la predisposición de su explosivo cuerpo y sus incitantes caricias, se contradicen con sus buenas intenciones.

Me la han jugado muchas veces como para ignorar los avisos de mi intuición, y ahora me advierte que tenga cuidado, que la pelirroja no es de fiar.

BARCELONA

Domingo, 27 de mayo de 2012

Marta

Después de todo, cumplir ese contrato no fue tan traumático. El sábado, cuando fiché en el restaurante, resistí como una campeona los tiritos de los camareros y de los pinches. Enseguida se tragaron la trola que les conté, todo era parte de una apuesta, una apuesta que yo gané, *of course*. El dinero me salía por las orejas y, encima, seguiría cobrando mi sueldo, razones de sobra para echarme a la chepa todas esas insinuaciones de viejo verde. Hasta me puse colorá cuando empezaron a lloverme piropos sobre el cuerpazo que escondía bajo el uniforme. Incluso, el enfermo de Raúl me retó para que apostase contra él.

Si algo me enseñó esta experiencia, es que me tomo la vida a la tremenda cuando, en realidad, suele ser muy cómica. Por ejemplo, ir a comer casa de mis padres siempre me ha parecido un suplicio. A menudo, debo soportar el resentimiento de mi madre, que todavía me la tiene jurada por haberme mudado sin pasar por el altar o pillar a un pobre infeliz con el que arrejuntarme. No hay día que no me eche en cara que prefiriera convivir con dos desconocidas que con los de mi propia sangre. Decirle que necesitaba respirar un poco de aire y comprobar si sabía valerme por mí misma, es como hablarle de la tarjeta gráfica de un ordenador, algo que ni le va, ni le viene.

Pero este domingo me siento a tope para resistir sus miraditas acusatorias y los comentarios de mi padre sobre cómo se me va a pasar el arroz. Él siempre soñó con que fuera una niña bonita, vestida con falda, con las uñas pintadas y zapatitos de tacón. Un ama de casa que encontrase un buen partido, le diese 200 nietos y me dedicase enteramente a subirlos inculcándoles valores arcaicos. Para mujer moderna ya está mi hermana, con su abanico de diplomas y su fabuloso trabajo de marchante de arte. Virginia apenas sufrió diez minutos

de menosprecio cuando decidió echar a volar y nunca tuvo que aguantar estos domingos, porque cortó por lo sano toda comunicación. Luego volvió, como si nada hubiese pasado y mis padres la aceptaron sin cuestionarle su forma de vivir, ni atreverse siquiera a opinar. Es injusto. Como primogénita fue la niña mimada. A la segundona, siempre le recuerdan que al venir al mundo aguó los planes de tener “la parejita”. Luego mamá se ligó las trompas y papá se quedó sin ese bebé al que hacer un hombre de pelo en pecho y educar como digno sucesor del negocio familiar de fontanería.

Estratégicamente traigo un brazo de gitano para aplacar un poco los reproches. Mamá me recibe con un delantal lleno de lamparones que ha conocido tiempos mejores. Ha vuelto a teñirse de rubio platino su chamuscado cabello y, como siempre, la eterna sombra de ojos azul turquesa extendida hasta las finísimas cejas.

Me saluda con un leve gruñido y se lleva la tarta a la cocina, para guardarla en el frigorífico. El olor a costillas de cordero, alioli, y patatas asadas, me anticipa el menú del día.

Cuando piso el comedor, me encuentro a papá sentado frente la tele, viendo un programa de zapping.

Junto al sofá, sobre mesa camilla con el tapetito de ganchillo de la abuela, una lata de cerveza, un cuenco con olivas picantes y un platito lleno de sus huesos. Dejo el sillín de la bici y la cazadora tejana sobre una silla, y me siento a su lado. Me saluda con un ligero movimiento de cabeza dando un sorbo a su San Miguel. La publicidad le impulsa a pasar de un canal a otro en busca de algo mejor que devorar con los ojos, como si mi compañía no le entretuviera suficiente, como si no tuviéramos nada que decirnos.

_Huele muy bien _ intento romper el hielo, pero sigue meneando la cabeza _ . ¿Ha llamado Virginia? ¿Vendrá hoy a comer? _pregunto, aunque conozco de sobra la respuesta.

Jugando a las películas mudas, papá confirma lo que ya sospechaba, llevándose otra oliva a la boca.

Me pregunto cuándo se dignará Virginia a visitarnos, la última vez que la vi fue en la exposición de Álex, y de eso hace más de tres meses. ¿Tan difícil es encontrar un huequito en esa agenda llena de compromisos para nosotros? ¿Se puede ser tan egoísta y dormir a pierna suelta por las noches? Virginia está hecha de una pasta dura e insensible, pero no voy a comerme más el tarro preguntándome porqué es tan desconsiderada, allá ella con su conciencia.

_ Iré a ver si mamá me necesita _suspiro al ver que él ni me mira.

_ Eso. Ves poniendo la mesa _me palmea la nalga sin apartar los ojos de la pantalla, intentando compensar su fría bienvenida.

Mamá está agachada, ojeando las costillas de cordero que se doran al horno. Una humareda que le abre los poros, la avasalla cuando decide abrirlo. Se defiende de los primeros vapores, a golpe de trapo.

_ Todavía les falta un poco, a tu padre le gustan churruscadas _me educa, cerrando la puerta del horno.

Sin decir ni pio, abro el primer cajón y saco el mantel. Luego los cubiertos, los vasos, el pan, las servilletas...

_ Prepara un vermú, anda. Hay embutido, aceitunas, mejillones en escabeche, corta un poco de queso... Tú misma, pon lo que tú veas, anda. _para no variar, le fastidia verme quieta. Cuando me dispongo a cortar el *fuet*, inicia el despellejamiento.

_ Pero, mírate, estás en los huesos _opina, palpándome el brazo_. Seguro no comes más que porquerías precocinadas. Te tengo dicho que eso no es comida, es puro plástico. Claro que, con ese sueldo de chiste que ganas, no te dará ni para pipas. Pero una cosa está clara _me acobarda con el cuchillo con el que troceaba la lechuga_, a mí no vengas a pedirme nada. Has dicho que quieres vivir sola, pues vive sola, con todo lo que eso acarrea.

Ya lo he dicho antes, era impensable que mis padres echasen mano a sus ahorros para que yo me fuese de viaje tras El Bohemio, como ellos lo bautizaron. ¿Quién me iba a decir a mí que sería el odioso Álex el que me enterraría en billetes? Sonrío por mi triunfo, por lo inofensivas que se ven las pesadillas cuando ya han pasado. Tengo la autoestima por las nubes y de pronto, reunir esta fortuna para devolverle el préstamo en cinco años, me parece pan comido.

_ ¿Tan gracioso es lo que te digo? ¿Te burlas de tu madre? _me discute, siempre en su afán de protagonismo.

_ No, mamá. Tienes razón, si vivo sola, me espabilo sola.

_ Pues eso digo. Y espero que no me estés dando la razón como a los tontos. Tu madre no es nada tonta, que lo sepas.

_ Lo sé.

_ Anda, anda, ves llevando eso a la mesa que no quiero discutir _se enciende, señalándome los huevos rellenos.

Mamá siempre cocina como si fuese el banquete de una comunión. El menú

consta de cuatro platos. Vermut, primero, segundo y postre. De ahí que piense que como como un periquito. Vale, no heredé sus pechotes, ni sus caderas de mulata, ni el tripón cervecero de papá. Tampoco es que sea una raspa de pescado, también tengo algunos michelines. Mi constitución delgada es herencia de mi abuela materna, Joaquina, una polvorilla que quemaba tanta energía que jamás llegó a engordarse.

Diez minutos más tarde, ya estamos sentados a la mesa. Devoramos la comida con el avance informativo de fondo, sin nada que decirnos. Mamá se escandaliza con los manifestantes que han parado un tranvía en Sevilla y, de rebote, me acusa de pertenecer a esa pandilla de revolucionarios que no están conformes con nada, y que insultan a sus padres creyéndose más que ellos. Mi madre siempre me imagina de botellón, rodeada de perroflautas que okupan casas ajenas y desafían a la autoridad, solo por hacerme manifestado contra recortes y desahucios. Eso, cuando no empieza a entrar en el tema sexual. Está mosqueadísima por el retraso de ese novio formal, aspirante a marido, que me haga sentar la cabeza. Que tarde tanto en aparecer la empuja a encontrar explicaciones rocambolescas. No hay domingo que no me interrogue sobre las inclinaciones sexuales de mis compañeras de piso, según su opinión vivo con una hippie marimacho y una *choni* que nos ha encasquetado a un *nini*; personas que solo me llevarán por el camino de la perdición.

A pesar de todo, su opinión sigue importándome, por eso me veo en la obligación de informarles sobre las “vacaciones” que haré dentro de una semana. No quiero que me pongan de vuelta y media cuando llegue el domingo y yo no aparezca para celebrar la rutinaria comida. No tengo tanta jeta como mi hermana.

_Siempre nos lloriqueas con que no llegas a final de mes, ¿y ahora te vas de vacaciones? _remuga mamá, trinchando el brazo de gitano a la precipitada. Son las cuatro de la tarde y en menos de un cuarto de hora saldré escopeteada hacia el *Pop á feira*. Trabajo en el turno tarde-noche, desde las cinco hasta la hora del cierre.

_Iré a casa de una amiga que vive en Galicia _confieso que he tramado esta mentira con premeditación_. Tiene una habitación libre y no gastaré más que en comida, igual que aquí.

Para no variar, me ojea con desconfianza, repartiendo las porciones.

_Estaré tres semanas fuera. Lo digo para que no os preocupéis. Os llamaré a menudo.

_Espero que sea más a menudo de lo que llamas ahora _me echa en cara, alcanzando la cafetera y sirviendo el café en vasos de vidrio.

Lo admito, la llamo muy poco, pero la culpa es más suya que mía, no hay comentario que no acabe en bronca. Marcar su número es poco apetecible si ya tienes un día medio malo.

Miro a mi padre esperando su opinión al respecto, pero está enfrascado rematando el postre, chupeteando la nata de la cucharilla y rebañando el plato con pan.

_Podrías traer una empanada gallega _murmura, al fin, sin entusiasmo, dando el festín por terminado y poniéndose en pie. La película de sobremesa empieza y se apoltrona en el sofá. Al minuto, al ser una historia romántica, entra en coma.

Ayudo a mamá a recoger. Tiro los restos y guardo las sobras en un táper. Apilo los platos en el fregadero y los remojo con un chorro de agua tibia, antes de meterlos en el lavavajillas.

_Entonces... ¿cuándo te vas? _me pregunta, sacudiendo el mantel en el cubo de basura.

_El once de junio.

Después de doblarlo y guardarlo en el cajón, me mira, por fin sin reproches.

_Galicia es muy bonita. Hace años, cuando tu padre y yo éramos novios, fuimos a Santiago de Compostela. Habrá cambiado mucho, claro. Pero te gustará. Se come buen pescado.

Le sonrío con cariño. De pronto me doy cuenta de que está envejeciendo y eso me pone triste. ¿Estoy siendo dura con ella? ¿Acaso no tiene derecho a echarme de menos y expresarlo a su manera, con el rencor del abandono?

Al contemplar cómo ronca papá mientras ella se implica en esa romántica historia de la película, me pregunto si son felices y si, cuando eran jóvenes imaginaban un futuro mucho más emocionante que este. ¿Se sentirán defraudados? Nunca me atreveré a preguntárselo. ¿Me sucederá lo mismo?

Solo hay un modo de saberlo. Yendo tras Julián.

BARCELONA

Lunes, 28 de mayo de 2012

Marta

No sé si la luna tendrá algo que ver, pero hoy me apetece ponerme un poco más mona. Después de una buena ducha, en lugar de calzarme lo primero que saco del armario, me entretengo combinando prendas como si tuviese una cita con el hombre invisible. Por fin estreno la entallada camisa azul que mamá me regaló hace meses con la idea de feminizarme; me da un toque fino e impecable, de secretaria competente. Me recojo el pelo con una pinza, para realzar este precioso cuello del que estoy tan orgullosa e, incluso, meto la pezuña en el baúl de maquillaje de Lidia, para darme un pelín de color en la cara sin que ella se dé cuenta y quiera jugar conmigo a “pinta y colorea”. No sé por qué, pero tengo la autoestima por las nubes, tanto que me veo capaz de ligarme a Brad Pitt.

Por primera vez en mucho tiempo, no cruzo los dedos al entrar en el aparcamiento subterráneo del grupo editorial. De hecho, incluso me molaría toparme con Álex. El viernes me despedí de él con el cohete en el culo, acojonada por el ambientillo íntimo que se cocinaba dentro del coche. Ayer, mientras analizaba nuestra cita, entendí lo mal que había quedado, como una cochina egoísta que sólo quería sacarle la pasta.

Sin embargo, al ver su BMW ocupando su plaza particular, me desinflo. Subir hasta la sexta planta sin sufrir el agobio de sus críticas y sus pullitas, se me hace... rarísimo.

Al menos aprovecho ese aburrido ascenso para mentalizarme sobre la reacción de mis compañeros tras presenciar la escenita del viernes. En cuanto el ascensor se detiene, me pongo en guardia. Entro en la redacción de la revista con pies de plomo, imaginando de todo, pero, por extraño que parezca, todos sufren una inexplicable amnesia colectiva; las mismas caras de sueño y

pereza de todos los lunes, bostezos, manos de zombi que sostienen cafés en vasos de plástico... A su lado, estoy fresca como una lechuga.

Suspirando de alivio, me siento en mi desordenado escritorio y enciendo el ordenador, canturreando. Aunque el buen humor me dura los escasos segundos que tarda en encenderse la pantalla.

_¡Pero... ¿qué coño...? _¡Alguien ha cambiado mi fondo de escritorio de delfines por una fotografía mía vestida con ese cinturón horrible! ¡Al inclinarme para entrar en el cochazo de Álex, les facilité, sin darme cuenta, un primerísimo primer plano de mis bragas! Gracias al Photoshop, el maldito paparazzi que parió la gamberrada, ha trazado un círculo amarillo fosforito alrededor de mi culo y acoplado un *meme* salidorro y babeante con los ojos saltones y la lengua fuera.

De repente, todos los que me rodean dejan el aburrimento atrás y hacen la ola. En menos de dos segundos, un chaparrón de carcajadas, silbidos y gestos obscenos, me escogen como diana.

¿Y ahora qué hago? ¿Saco la recortada de debajo del escritorio y me lío a tiros contra todo bicho viviente, a lo Michael Douglas en “Un día de furia” o alardeo de pasarme al jefazo por la piedra? Estoy taquicárdica y el acoso de preguntas de Miriam y Cloe empeora los síntomas: *¿Dónde fuisteis? ¿Te llevó a su casa? ¿Está tan macizo como aparenta? ¿Y el calabacín, cómo lo tiene?*

_¡Basta! _grito, transformándome en Hulk, cuando Cloe me ofrece una regla con la intención de que la ponga al corriente, centímetro arriba, centímetro abajo, sobre la virilidad del Rubio.

Confundidas, observan cómo me pongo en pie con aires de asesino en serie.

Como es hora punta, el ascensor está colapsado, así que no me queda otra que subir a pie los ocho pisos que nos separan. Con un poco de suerte, puede que el agotamiento mitigue mi sed de sangre cuando dé con Álex y le obligue (usando la fuerza, si es necesario), a desmentir los puñeteros rumores.

Llego a la planta catorce con la lengua fuera, todavía más furiosa. Tanto, que incluso estoy dispuesta a devolverle toda la pasta con tal de volver a ser la empleaducha invisible que era. Aún no he cobrado el talón, pensaba pasar por el banco a la hora del almuerzo, así podré hacer con él una pelotilla homicida y saltarle un ojo con ella.

A puntito estoy de estrujarlo, cuando distrae mi atención el grupito de fisgones que taponan las puertas del estudio. De inmediato recuerdo el soplo que Álex me dio durante la cena del viernes: *No se lo digas a nadie, pero este*

lunes tendré en mi estudio a la mismísima Noa Gomes.

La joven promesa del cine norteamericano es un bellezón tan exótico que casi todas las firmas se dan de bofetadas para que las represente. Esta vez, presta su físico a una marca de lencería española, muy reconocida a nivel internacional. Por lo que sé, el equipo de Álex se encargará de la parte artística de toda la campaña publicitaria, incluyendo el anuncio que ruedan en este mismo instante. El viernes, mientras yo me hinchaba a gambas, Álex me animó a presenciar el rodaje alegando que no le costaría nada hablar con mi jefa, si finalmente me dejaba caer en el plató a tomar apuntes.

Ni muerta pensaba hacerlo, pero... aquí estoy.

Es inevitable que los empleados de la agencia no babeen con la nueva novia de América. Hija de un atractivo y prestigioso empresario estadounidense y una cantante hawaiana, la genética se las ingenió para crear una tipa de belleza inigualable. Inició su carrera de actriz a los seis años en una serie juvenil, luego vinieron las películas, las superproducciones y los discos como solista, porque la niña no solo es guapa, sino que además canta como los ángeles. Y, por si fuera poco, el año pasado fue nombrada embajadora de las Naciones Unidas por sus innumerables implicaciones con campañas humanitarias y ONG.

A menudo, cuando maqueto las intensas biografías de estas jóvenes promesas en la revista, siento que mi vida evoluciona a cámara lenta, e inevitablemente, me deprimó imaginando un futuro monótono, donde nunca pasa de nada y donde los demás son los únicos que alcanzan sus metas, mientras yo me devano los sesos para pagar el alquiler.

La muchedumbre taponó la puerta. Imposible colarse. Titubeo un instante mirando el talón y la firma de Álex; el único hombre que conozco que tiene el privilegio de codearse con esas estrellas, tan inaccesibles para el más común de los mortales.

_No seáis tan cotillas, hombre. Ya tendríais que estar acostumbrados a esto. Vamos a quedar como unos paletos ante los americanos. ¡Venga, largo de aquí!

_Ferrer hace de cancerbero a la entrada del estudio y con el aire tranquilón que lo caracteriza, espanta a los mirones.

El rebaño hace el remolón, antes de dispersarse.

Enseguida lo asumo, ni Álex puede malgastar el tiempo defendiendo mi integridad, ni yo voy a montar el pollo delante de los estadounidenses.

_Eh, Marta _sisea Ferrer, a escondidas de los cotillas que se alejan_. Tú

tienes vía libre, merece la pena verlo.

¡Qué majo es Ferrer! Encantador, sencillo y zen. Personificación de Kung Fu Panda y un hombre tan íntegro que no es de extrañar que Álex lo considere su mano derecha. Creo que es la única persona de todo el edificio a la que confiaría algún secreto.

En fin, su carita, regordeta y cándida, logra convencerme.

¡La Virgen! El plató está tan atestado de especialistas y cámaras, como en una superproducción de James Cameron.

El escenario modernista del viernes, ampliado con nuevos paneles de pared, y muebles de dormitorio, asombra por su veracidad. Al ver el anuncio, nadie diría, que esta habitación es un acopio de trampantojos. La dichosa cama, cubierta de nuevo por una colcha de pétalos de rosa recién arrancados, me apuñala los ojos.

Todo el plató se queda sin habla cuando Noa Gomes hace su aparición cubierta en un albornoz blanco nuclear, resplandeciente como un neón. El maquillaje broncea toda su piel con diminutos brillos dorados de purpurina. La diva, absolutamente irresistible, conversa con Álex y presta mucha atención a sus indicaciones. Mientras él, la sujeta por la mandíbula y le pide a la maquilladora que realce la profundidad de esa mirada esmeralda.

Dijo que la había conocido en uno de los clubs de jazz más exclusivos de Nueva York.

Observo con tanta expectación como los hombres que babea a mi espalda, como la musa se quita el albornoz y exhibe el conjunto con encajes, muy en sintonía con ese tipazo de la muerte. Metro ochenta, un melón azabache que brilla como el charol, labios carnosos, naricita fina y chata. En fin, pura perfección.

Y luego se acostaron. Fijo que sí.

Los relinchos de los hombres me sulfuran cuando Noa se tumba sobre MI cama y me ilustra, con la sabiduría de una maestra de la seducción. Aunque no nos conocemos y ella ni siquiera sabe que existo, me tomo su profesionalidad como un *zasca* en toda la boca: *Mira y aprende, pazguata.*

¡Su sensualidad no tiene nada que ver con la terrible sesión de viernes, donde una cualquiera vestida de putilla barata, se retorció sobre esa preciosa cama como si tuviese un cólico!

Joder, ¿qué pretendías, Álex? ¿Utilizarme para hacer pruebas de iluminación y así tenerlo todo listo para la sesión de hoy? ¿Burlarte de mí?

¿Demostrarme lo oxidada que estoy? ¿Tan evidente es mi falta de práctica?

Muchas mujeres hubiesen aprovechado la oportunidad de acostarse con Álex, lo sé. Ya fuera por su dinero, por su físico, o por darle un gustazo al cuerpo. Lidia, sin ir más lejos, le habría entrado a cuchillo. Ella misma insinuó, al ver la entrevista que le hicieron en la exposición (antes de que mi comentario despectivo se hiciese viral), que el Rubio estaba para hacerle unos cuantos favores. Por eso el viernes, me sentí orgullosa por haberle colocado en su sitio. Pero, creo que, si mi corazón no tuviese dueño y la cita hubiese sido auténtica, también lo habría dejado a dos velas, porque me hubiese acojonado muchísimo no dar la talla. Además, Álex se decantaría por una mujer más escultural, no por este cuerpo escombros que soy. Está claro que me vine arriba creyéndome más de lo que soy, cuando él solo quería ponerme nerviosa y reírse un ratito de mí. De pronto comprendo lo generoso que ha sido urdiendo un contrato tan absurdo como el que he cumplido, todo para que no me sintiera humillada aceptando su dinero a cambio de nada.

De repente, los motivos que me han traído hasta aquí me parecen una soberana gilipollez. Enseguida empequeñezco y guardo el talón en el bolsillo. Un tsunami de realidad me arrolla hasta mi escritorio en la cuarta planta. Humillada, abandono la lucha por mantener mi honor intacto y hago oídos sordos a las risitas de mis compañeros. Ojeo una vez más el fondo de escritorio, comparándome con Noa Gomes y, contra más lo miro, más defectos me veo. Entro en el panel de control y recupero la imagen de mis adorables delfines, busco en las carpetas la ubicación de esa maldita fotografía manipulada y la papelera de reciclaje se encarga de eliminarla para siempre.

BARCELONA

Lunes, 28 de mayo de 2012

Alexander

Como fotógrafo publicitario, trabajo diariamente con modelos puntero, artistas de renombre y deportistas de élite, un privilegio que genera muchas envidias. En realidad, no es para tanto. El espectador que sueña con conquistar a la musa que posa para un perfume carísimo, desecha una verdad inasumible: detrás del glamur, se esconde una mujer de carne y hueso, con sus defectos y sus debilidades.

Tampoco voy a negar la parte gratificante del oficio: conoces a personas influyentes, amplías tus conocimientos, entablas sólidas amistades con celebridades, o recibes invitaciones para eventos y grandes fiestas y, de vez en cuando, algún obsequio de agradecimiento irrechazable.

Por contrapartida y en contadas ocasiones, también me he topado con ese hatajo de personajillos encumbrados a los que debes tratar entre algodones, triunfadores que representan la cara más repulsiva y mezquina del éxito: jóvenes anoréxicas al borde de la inanición, que apenas se tienen en pie y ponen en riesgo su vida bajo la tutela de un representante sin escrúpulos que las obliga a pasar hambre para lucrarse, modelos altivas que negocian a través de su agente y no te dirigen ni una mirada, músicos ególatras escoltados por su séquito de lameculos, profesionales pendientes del reloj que te atosigan en las sesiones para cumplir con su apretada agenda, modelos primerizas que en su primer posado actúan como si tuvieses que besar la tierra que pisan, actores neófitos que te abordan por la calle con tal de que les confeccionen un *book* que impresione al director de casting, honorables celebridades, escasamente fotogénicas, que requieren un milagro para salir favorecidas, políticos de facciones intransigentes que demandan un retrato que derroche confianza y les haga sumar votos, futbolistas que carecen de talento para posar pero cobran

sumas astronómicas por lucir una prenda, publicistas que piden lo imposible y triplican tu trabajo... La lista es interminable.

No pretendo juzgar a nadie, simplemente digo que este oficio también tiene sus inconvenientes y, nada tiene que ver con ese camino de rosas que insinúan los que me tildan de suertudo. A veces, se me agota la paciencia, y llego a casa con la impresión de haber lidiado una batalla encarnizada contra la ineptitud absoluta. Esas noches, la pasión que siento por mi trabajo, no basta y echo en falta tener a alguien en mi vida que me recargue de energía con un reconfortante abrazo. Alguien que, al no estar implicado, exponga los problemas desde otro prisma y me ayude a dilucidar prioridades. Esperaba que Marta fuese esa persona, pero ella se niega a asumir ese papel.

Esta mañana, me angustiaba tanto la idea de perderla que estuve tentado de llamar al banco para anular el talón, pero me pareció un gesto deshonesto, así que apechugué con la promesa que le hice, aunque eso signifique perder a la persona que acapara mis pensamientos noche y día.

Durante la jornada, el trabajo ha absorbido mi mente creativa, ahora, en la soledad de mi empresa, el zumbido del aire acondicionado me recuerda que estoy solo. Ya puedo quitarme el disfraz de hombre seguro, un traje que utilizo para ganarme el respeto de empleados y publicitarios. Al fin, puedo arrastrarme hasta mi despacho, sentarme frente al ordenador y deprimirme, sin dar explicaciones a nadie.

Anoche, cuando Virginia se marchó tras pasar todo el fin de semana en casa, descargué las fotografías de mi cita con Marta en este portátil, y durante todo el día he anhelado este momento de calma e intimidad para contemplarlas. Avanzo una instantánea tras otra por la biblioteca de Adobe Lightroom, buscando esa captura en la que ella parezca corresponderme. Pero, por más que las reviso, no logro encontrar una sola imagen en la que disfrutase de mi compañía.

BARCELONA

Martes, 29 de mayo de 2012

Marta

Estás en la casa del pueblo de tu abuela, aunque todo es distinto y ajeno. A veces, las habitaciones se estrechan y el mobiliario es distinto, otras veces, entras en habitaciones desconocidas. Subes al desván, y entre viejos aperos del campo, iluminados por la escasa luz que entra por ese ventanuco con mosquitera, una sombra vestida de blanco se te echa encima de sopetón.

_¡Niña! ¡Niña! ¡Sal! No deberías estar aquí _te reprende tu abuela, materializándose por sorpresa.

_¿Abu! _tiemblas, pues no reconoces a esta anciana decrepita que va en camisón. Está tan enfadada que las arrugas de la frente le cubren los ojos.

_¡Sal de aquí! ¡Fuera de aquí! _te empuja con los ojos vidriosos_. ¡Llévatela! _le pide a Virginia, que ha subido hasta el desván, al clamor de los gritos.

En un repentino cambio de escenario, en la vieja cocina de leña, una versión escuálida de tu hermana, prepara una sopa. Al mirarla te parece una niña de ochenta años, un espíritu consumido y agotado.

_Come _coloca la olla ante tus ojos y te da un capón hacia el plato, para que te sacies con un caldo parduzco y espeso como el lodo. Te ofrece el cucharón, de malos modos_. Has sido mala. No debiste subir. Sabes que no le gusta _te reprende.

Una inesperada tristeza te desborda, no conocías esas condiciones y te angustia que el enfado de tu abuela dure eternamente. Lloras, a moco tendido, como la niña que eres, con pucheros.

_¡Come y deja de llorar! ¡O nunca serás valiente! ¡No vuelvas a entrar AHÍ y todo irá bien!

Para evitar un enfado mayor, tomas la primera cucharada, pero algo parecido a un hueso de pollo o una ramita astillosa, se atasca en tu

garganta, añusgándote. Extiendes los brazos y pataleas para llamar la atención de tu hermana que permanece de espaldas, fregando los platos en una bañera antigua con patas, que alguien instaló en mitad de la salita. Mientras pierdes facultades por la falta de aire, y esa astilla te atraviesa la piel como una semilla emergente en la tierra, Virginia se quita la vieja ropa que lleva puesta y se mete en esa bañera, cuajada de agua corrupta y platos sucios.

Antes de sumergirse, observa fríamente como te vas asfixiando como si hiciese tiempo para ahogarse contigo, a la par.

_¡Ah!

Me arrastro como un zombi al olor del café. Con los ojos cerrados, haciendo eses por el pasillo, atravieso el comedor y entro en la cocina, donde Azucena y Lidia desayunan magdalenas, cereales con fibra y yogures a punto de caducar. Azu sigue en pijama. Lidia ya va pintada y vestida con el uniforme de cajera, mentalizada para una jornada intensiva en el supermercado.

Bastet, el gato negro de Azucena, apura las últimas gotas de leche de su cuenco de metal haciendo un ruido escandaloso.

Las saludo con un gruñido mañanero, achicando los ojos, desacostumbrados a la luz. Son las siete de la mañana y ya hace un calor pringoso.

Alcanzo la cafetera y mi taza de Dr. Slump. Leche. Dos de azúcar. Cuchara. Remover. Pesadilla. Abuela calva. Hueso. Virginia. Suicidio.

_¡Qué pesadilla! _Me llevo la mano a la garganta, reviviendo la angustia del ahogo. Azucena me observa, expectante. Lidia se burla de mis ojos, empedrados de legañas.

_¡Lo que es una pesadilla es ese pedrusco amarillo que tienes en el ojo! _me pincha, escurriendo la bayeta como una amenaza_. ¡Lávate la cara o me obligarás a tomar medidas drásticas!

Forcejeo con escaso sentido del humor. Las carcajadas de ambas resuenan en la cocina, llenando la casa de alegría. Ay, cómo echaré de menos sus risas cuando esté en Camboya, ojalá pudiese encogerlas y llevármelas a las dos en la maleta, como si fueran calcetines.

No sé qué me pasa, anoche no bebí nada, entonces ¿a qué viene esta sensación de resaca? Ahora que ya lo tengo todo bien atado y por fin puedo respirar tranquila, estoy superdesanimada.

_¿Qué soñaste? _Azucena palmea la silla que está a su derecha, invitándome a ocuparla.

Como siempre ocurre cuando uno quiere argumentar un sueño, el recuerdo se emborrona.

_Pues... estaba mi abuela y Virginia... Mi abuela se enfadaba conmigo porque entré en el desván.

_¿El desván?

_Sí, y luego, Virginia me dio de comer una sopa asquerosa, parecía agua de fregar.

El rumor del politono de mi móvil nos interrumpe y me hace brincar de la silla. Correteo. Comedor. Pasillo. Habitación. Mochila. Mochila. Mochila. ¡Arg! ¡Jodida cremallera rota!

¡Ajá! Prefijo camboyano. ¡Es mi Julián!

Por desgracia, apenas se le escucha.

_Ho...la... ¿Me... oyes?

Me asomo a la ventana que da al patio de luces, para mejorar la cobertura.

_¿Hola? Estoy en Battambang. Te llamo desde un locutorio. Seré escueto porque tengo que coger un ferry. ¿Qué has decidido?

_¿Cómo? _pregunto, con un nudo en el estómago. No esperaba que fuera tan directo.

_¿Vendrás a verme en vacaciones? Laura está entusiasmada con tu visita. Di que sí, Marta _lo dice sin ganas, aunque ese tono podría deberse a la mala comunicación_. Te... echo de menos _añade con timidez_. Pienso en ti a diario.

_¿De verdad? _se me acelera el pulso.

_¿Vendrás? Es vital para mi... supervivencia.

_¿Qué quieres decir?

Julián vacila un par de segundos. Busca las palabras adecuadas. Soy toda oídos.

_Necesito que vengas. Ya no puedo mentirte más.

¿Mentirme? ¿Sobre qué?

_¿Lo harás, pequeña?

Un impulso travieso me incita a responderle con una mentira. Me invento que he conseguido un billete para el tres de agosto. Si es cierto que me añora tanto, se quedará de piedra cuando me vea aparecer el doce de junio.

_¿Agosto? _pregunta, como si le fuese imposible esperar tanto.

_Sí _repito, aguantándome la risa_. ¿Podrás esperarme?

_Será difícil _suspira, poco antes de que la conexión se corte definitivamente.

No tardo ni un segundo en poner al corriente a las chicas. Les detallo la conversación palabra por palabra, con una euforia tremenda. Me tiembla todo y una sonrisa incontrolable me tensa la cara.

_¿Mentirte? ¿Por qué habrá dicho eso? _pregunta Azucena, un poco descolocada.

_¡Jo! _resopla Lidia_. ¿Es que la “vidente” no ve lo evidente? _la provoca con un codazo_. ¡Está clarísimo! El “lobo solitario” está harto de reprimirse _agita los brazos como si estuviese esquiando_. ¡El lobo solitario necesita un buen meneo y una lobita con la que formar manada! _bromea con un aullido_. ¡Auuuuuh! ¡Auuuuuh!

Se me suben los colores y para silenciarla, la amordazo con una galleta.

_¡Y todo, *crunch...* gracias... *crunch...* a nuestros retoquitos! _prosigue, escupiendo pedazos de galleta_. Deberías... *crunch...* pintarte más a menudo.

Azucena sonrío por compromiso, sus ojos están en otra parte. Me extraña que, después de todo lo que he sufrido y llorado con ella sobre mi historia con Julián, no se alegre por mí.

Fastidiado por nuestro parloteo, Roberto entra en la cocina en gayumbos. Las arrugas de las sábanas, se le han marcado en el moflete.

_¡Joder, así no hay quien duerma! _nos reprocha con los párpados hinchados.

_¡Ay, mi pobre cari! _le compadece Lidia, dándole besitos en el cuello, para sanar los chupetones que le hizo anoche nuestra amiga vampiro.

Ni Azucena ni yo lo sentimos haberlo despertado, a decir verdad, estamos hasta el moño de él... El *pobre* Roberto es una sanguijuela que devora nuestra comida, monopoliza el mando a distancia, se apoltrona en nuestro sofá, sin hacernos un huequito cuando regresamos muertas de cansancio del curro. El señorito duerme hasta las doce del mediodía, y lo peor, no mueve un dedo, ni colabora en las tareas domésticas. Para colmo, es un inquilino okupa que no aporta un céntimo en el pago del alquiler y pasa más tiempo aquí que en casa de sus padres. Hace dos meses Azu y yo nos encontramos con esos adorables cincuentones y nos agradecieron la paciencia que tenemos con él desde que está en paro. Por más que le hablamos de vacantes y entrevistas a las que podría acudir, con la genialidad de quitárnoslo de encima, ninguna cumple sus

expectativas. Y así lleva ya medio año. Con tantos mimitos, Lidia fomenta su forma de vida. Con su miserable sueldo de cajera, lo colma de caprichos, le compra su tabaco, le paga sus tatuajes, los pírsines y las reparaciones de la moto. El amor la ciega del todo y nosotras no sabemos cómo hacérselo entender sin mosquearla.

_¿Cómo acababa tu sueño? _me detiene Azucena cuando salgo para el trabajo.

_Ah, sí. Pues... me atragantaba con algo y Virginia se ahogaba en una bañera llena de platos sucios. *Qué cosas tiene la mente, ¿eh, señor Freud?*

Azucena no pilla el chiste y se queda callada observando cómo me ato los cordones de las zapatillas.

_No debiste mentirle _pronostica cuando cojo las llaves, con esa mirada perdida de vidente en trance que tanto acojona.

BARCELONA

Domingo, 10 de junio de 2012

Marta

Dentro de diecinueve horas despegará mi avión y esta vez, ni la edad, ni el miedo, ni esas pesadillas que me desvelan a las tres de la madrugada, me impedirán embarcar. Desde el mismo día que Julián llamó, sueño con Rufus, mi perro que se perdió hace años, con la abuela en nuestro último encuentro antes de que muriera, con muertos vivientes con la cara podrida que intentan devorarme el cerebro.

Azucena dice que soñar con la muerte significa un cambio en la vida. Eso me tranquiliza un poco. Desde luego, mi viaje a Camboya es un paso hacia lo desconocido, donde todo lo que suceda será nuevo e imprevisible. Pero Julián cuidará de mí. *No problema.*

Como cada domingo, vengo a comer a casa de mis padres y mientras aparco la bici en el pequeño rellano de los buzones, recibo un inesperado *wasap* de Álex.

Álex. El pelmazo que me hacía la vida imposible, no ha vuelto dar señales de vida desde nuestra cita. Claro, como herí su orgullo de *latin lover* y ni siquiera pilló cacho. De hecho, llevaba tantos días sin cruzarme con él que pensé que había vuelto a Nueva York. Cuando me topé con Ferrer, en la cafetería de la editorial y le pregunté si se había ido de viaje otra vez, me miró muy extrañado y dijo que había hablado con él en su despacho hacía cinco minutos.

En fin, a ver qué quiere.

<< ¿A QUÉ HORA PASO A RECOGERTE? >>

Vaya, me sorprende que aún recuerde su ofrecimiento a llevarme, creí que se había desentendido.

<< A LAS 4. PERO PUEDO IR EN TAXI. >>

<< NO. YO TE LLEVO. NOS VEMOS A LAS 4. NO TE ESCAPES, ¿EH? >>

>>

<<OK. NO ME ESCAPARÉ>>

Se ve que la euforia del viaje me vuelve empalagosa, porque solo tengo ganas de besuquear a mamá y suplirla en la cocina para que pueda descansar en el sofá.

_¿Quién eres tú y que has hecho con mi hija? _remuga, arrugando el entrecejo.

_¡Mamá, hablas como si nunca hubiese hecho la comida!

_En esta casa, nunca _me reprocha, bien sabedora de que dice una gran mentira. Me cede el delantal como si fuese el testigo en una carrera de relevos, y me amenaza con su dedo índice_. Que nada se quemé.

_Síiiiiiiii.

Remuevo el sofrito del fricandó. Moixernons, setas San Jorge, trompeta amarilla, tomate rallado, cebollita, picada catalana; el olorcillo me hace salivar, hasta que un inesperado timbrazo me obliga a desatender el fuego. Tras limpiarme la mano en el delantal, abro la puerta.

_¡Caramba! ¿Cómo tú por aquí? _saludo a mi hermana con todo el sarcasmo que puedo transmitir.

Para no variar, viene divina de la muerte, siempre con ese aspecto impecable de recién duchada. Aunque hoy su mirada parece más triste de lo habitual. ¿Habrá vuelto a dejarla tirada ese adúltero que la tiene loquita perdida?

_¿A qué se debe tanto honor? _no me ando con chiquitas y le echo en cara los tres meses que lleva sin pasarse por casa. Soy yo la que aguanta la chapa de mamá mientras ella devora la vida y destroza el corazón de los hombres.

Trae una tarta de limón consigo, de modo que, hoy repetiremos postre. A este paso, a la nevera le va a subir el azúcar.

_Me ha contado un pajarito que te vas de viaje.

Doy un bote. El pánico se apodera de mí sin fundamento, aún no sé a qué viaje se refiere. ¿Habla de Camboya o de mi “escapadita” a Galicia?

_Ya me contarás cómo son los gallegos... _insinúa con retintín, como si supiera más de lo que cuenta.

_Sí, claro. ¿Quieres que te traiga algún recuerdo? ¿Un botafumeiro en miniatura? ¿O algo de manduca? _disimulo, sumergiendo los filetes de ternera en el sofrito.

Se queda callada y me responde con una sonrisilla un tanto amarga.

Mamá entra en la cocina justo cuando estaba a punto de delatarme a mí misma preguntando a Virginia si está al tanto de mis planes.

Pero el brindis que propone durante la comida, lo deja bien clarito.

_Brindo para que “Marta” _enfatisa mi nombre_, encuentre un buen chico en Galicia. Un chico guapo y, a poder ser adinerado, que haga que ella se luzca _me guiña un ojo con malicia.

Mamá ríe, cómplice de sus palabras. Papá discrepa: ¡dónde esté un buen currante, que se quiten esos niñitos de papá, forrados de dinero!

_Aunque... igual ya lo tiene y no nos ha dicho nada _añade por lo bajini, antes de dar un sorbito al vino.

Con la excusa de quitar la mesa, la acorralo en la cocina. Está preparando una cafetera para el cortado que acompañará los postres. Abre y cierra el armario, enciende el fogón y busca el tetrabrik de leche en los estantes de la nevera.

_¿A qué venía eso? _digo entre dientes, para que nuestros padres no nos escuchen.

_Explícamelo tú _responde, repartiendo cuatro tacitas sobre el mármol.

Me cruzo de brazos y la torturo con mi visión láser hasta arrancarle una confesión.

_Me refería a Álex. Según tengo entendido, tuvisteis una cita muy interesante el viernes de la semana pasada. ¿Acaso pretendías levantármelo?

_¿Levantártelo?

_Hace un mes que salimos juntos. ¿No te ha comentado nada?

Mi cara de idiota se lo aclara todo.

_Muy propio de él. No querrá cerrar la puerta a otras relaciones _para no variar, utiliza ese tonito de insultante suficiencia que siempre me repatea los higadillos_. Aunque, a decir verdad, no estoy colada por él. Sólo es una relación carnal. Una reciprocidad sexual. Sé que él tampoco está enamorado de mí. Tiene a otra en el punto de mira... Un objetivo “muy cercano” ... “muy familiar” _insinúa, a la declarada.

Observa con descaro como se me va hinchando la vena de la frente y comprimo los labios en una fina línea.

¡Joder, qué vergüenza! ¿Habrás visto mis fotografías sobre esa cama modernista, vestida con ese cinturón de cuero?

_A veces pienso que no eres humana _opina, apoyándose en el mármol y

echándose un mechón de pelo hacia atrás, la mar de coqueta, ella_. Tienes a un hombre escultural al alcance de la mano y, sin embargo, te obcecas con el pavisoso de Julián. No lo entiendo. Alex es un partidazo. Es guapo, rico, trabajador y... _se muerde el labio fantaseando_... *un* máquina en la cama.

_¡Lo que hayáis hecho me importa una mierda! Deja el suplemento del Kama Sutra para tus amigas. _La aparto de mí, furiosa, y me ensaño a hachazos con el brazo de gitano que he traído, como un pescadero descabezando salmones a destajo.

Pero sigue, y mi rabia aumenta.

_... y el culo de granito, tan prieto como... _abre las manos como si abarcase sus nalgas.

_¿Quieres dejarlo ya?!

_¿Nunca te ha tentado catarlo? Yo creo que si te insinúas un poco él estaría encantado de...

_¡Corta ya!

_¿Por qué te molesta tanto lo que digo? Ah, ¿no estarás celosa?

_¿Celosa? ¡Ja!

_Entonces... no te importa si él y yo seguimos... _me tantea, restregando un dedo contra el otro.

_Es todo tuyo, hermanita, que te aproveche bien. Espero que no se te indigeste. Ya te advertí que no es la fidelidad hecha persona, pero, ¡qué digo! ... si los dos estáis cortados por el mismo patrón.

En lugar de avergonzarse de su pendoneo, me sonrío de oreja a oreja.

_Estás celosa _porfía.

_¡Y dale! ¡Que NO lo estoy!

_Pues quiero que sepas que él sólo ve virtudes en ti. Hasta me atrevería a decir que tú le atraes más que yo.

_Seguro _ironizo.

_¿Por qué no le das una oportunidad? ¿Qué te ha hecho, el pobre?

_Tú no... ¡ARG! ¡No me líes! Tiene lo que se ha ganado. Si no fuera tan pelmazo yo no... Además, él no recuerda... ¡Bah! No sé por qué hablo contigo de esto. En cuanto le veas, tergiversarás mis palabras para meterme en líos. ¿Qué más te ha contado ese bocachancla?

_Que le pediste dinero para ir a Camboya y que te lo dio a cambio de que te humillaras. Pensé que no lo aceptarías y confieso que yo misma le animé a que te pusiera las cosas difíciles.

_Para divertirlos a mi costa, ¿no?

_No, hermanita, lo hice para que no te fueras.

_No te capto.

_Ay, Marta, Marta, Marta... _pone su cuidada mano sobre mi hombro_.
¿Por qué no lo dejas correr y te pones un objetivo más fácil? ¿Acaso esperas pasarte toda la vida yendo tras Julián hasta que él se decida a dar el paso?

_¡Ahora lo pilló! Tú le pediste a Álex que me prestase el dinero.

_Por supuesto.

_¿Y eso por qué?

_Para que supieras lo que es una cita de verdad. Es muy deprimente para mí ver como centras tu vida en las visitas de Julián y como te cambia el humor cuando él se vuelve a marchar. ¿Es que no lo ves? Buscas en él algo que nunca va a darte porque cuando te mira, no ve a una mujer, ve a su vecina favorita. Estoy convencida de que cualquier otro, o Álex, sin ir más lejos, te ofrecería todo lo que Julián te está negando. Por una vez en tu vida, hazme caso, Marta. Olvídate de Julián. Acepta el cariño de Álex sin preocuparte por el mañana, no planees nada, sólo disfrútalo, ríe con él, como lo hacías antes.

_Hablas de una persona que no existe _murmuro, harta de esta conversación.

_Estabas loquita por él, no lo niegues _me recuerda.

_Y, aun así, te has tirado a su yugular. ¡Seguro que también te acordaste de mí cuando te lo follabas! Te pedí que lo dejases correr, pero, como siempre, sólo piensas en ti.

Mi menosprecio la entristece. Sabe que me costará mucho tiempo perdonarla.

_No es verdad... _responde, agachando la cabeza.

El agua empieza a hervir en la cafetera a borbotones y ya no tenemos nada más que decirnos. El rencor que siento por mi hermana se multiplica y la escasa confianza que había puesto en Álex, se resquebraja. Lo único que me preocupa es que Virginia acabe de darme el postre, utilizando su bocaza en mi contra y suelte, como quién no quiere la cosa, que mi viaje a Galicia es una trola. Pero, por alguna extraña razón, quizás por vergüenza o para compensar el daño que ha podido hacerme, mantiene el pico cerrado.

BARCELONA

Lunes, 11 de junio de 2012

Alexander

Por tercera vez en cinco minutos, pulso el botón de rellamada. Son las cuatro y diez de la madrugada y permanezco dentro del coche a la espera de que Marta descuelgue el teléfono o, por lo menos, se digne a contestarme con un wasap.

Intranquilo, me apeo del BMW y estudio la vieja fachada del edificio, buscando esa ventana iluminada que señale la ubicación de su habitación, pero el vecindario al completo duerme y yo soy el único imbécil noctámbulo que merodea por el barrio.

¡No puedo creer que se haya dormido en un día tan crucial como este!

Aplasto la nariz contra la puerta acristalada de la entrada. El escaso mobiliario del portal se insinúa entre las sombras; un ficus mustio y el felpudo del inquilino del bajo. Insisto con una cuarta llamada. Si su móvil estuviese apagado me saltaría el buzón de voz, pero no es el caso.

Cuando el rellano se ilumina, me relajo pensando que es ella la que descende en el ascensor, pero de él solo sale un operario, enfundado en un mono gris, que bosteza sonoramente, exhibiendo viejos empastes de amalgama. Aprovecho su salida para entrar en el edificio y gracias a la aclaración de los buzones averiguo que Marta vive en el 3ª B. Una vez en su rellano, antes de tomar la drástica medida de llamar al timbre y despertar a todo el bloque, realizo la quinta llamada. Pego la oreja a la puerta para averiguar si su politono está sonando y lo único que atino a oír es un inexplicable silencio. Golpeo con los nudillos la madera con sigilo, pero su persistente indiferencia no me deja otra alternativa que pulsar el timbre. La situación me traslada a aquel domingo en mi ático, cuando los papeles estaban invertidos y sonrío, triste y nostálgico.

Estaba a punto de desistir, cuando la puerta se abre de sopetón.

—¡Como sigas tocando el timbre, vas a meterte el puto dedito por el culo!
—me chulea el veinteañero que sujeta el pomo: un patético plagio de Cristiano Ronaldo que me recibe en calzoncillos. Su fascinación por el delantero se hace patente en el peinado y el escudo del Real Madrid que lleva tatuado en el pecho.

Una punzada de celos me lleva a imaginarlo seduciendo a mi chica, hecho que aclara el repentino descuido de Marta. Por fortuna, la oportuna aparición de su novia, me relaja la mandíbula.

—Cálmate, cari —lo tranquiliza con un beso fugaz en la boca—. Eres Álex, ¿no?

Asiento y me disculpo por los timbrazos. El tipo se quita las legañas con la mala uva del que se despierta para abrir la puerta a un gilipollas desconocido.

—Vengo a buscar a Marta —avanzo el pie para entrar en el piso, pero el brazo de ese tío me frena el paso. Su territorialidad no puede permitir que intercambie más que cuatro palabras con su chica, que, por cierto, también va muy ligerita de ropa.

—Se fue en taxi hace media hora. —La rubia teñida esboza una sonrisa de circunstancias, como si Marta la hubiese puesto en una tesitura desagradable—. Me dijo que, si aparecías, te pidiéramos perdón de su parte, pero no podía arriesgarse a que te durmieras. Estaba bastante mosqueada. ¿A qué hora habíais quedado?

La puntualidad es una de mis escrupulosas virtudes. He leído más de diez veces el maldito wasap que en el que me pedía que acudiera a las cuatro. ¿Por qué se habrá ido sin mí?

Sin dilación, les dejo con la palabra en la boca y desciendo los pisos con pasos escandalosos. Al minuto, salto dentro del coche y acelero hacia el aeropuerto.

En cuanto llego, no pierdo el tiempo aparcando y dejo, el coche en doble fila, junto al carril de taxis. Mientras recupero el aliento, echo un vistazo al panel de vuelo de la Terminal B: el avión aún no ha despegado. Saldrá a las siete menos cuarto y apenas son las cinco menos veinte.

Al menos, a estas horas el aeropuerto está semidesierto, eso me facilitará localizarla. Y efectivamente, antes de lo que esperaba, la veo en facturación, ofreciendo a un empleado su abultada mochila.

Llego hasta ella sin resuello, sintiendo que mis pulmones están al rojo vivo.

_¿Me dijiste que viniera a las cuatro?! ¿Por qué no me has esperado?

Al verme, no hace ningún aspaviento.

Echa a caminar, sin responderme y se sienta en un banco. Por su aspecto diría que no ha pasado una buena noche. Está ojerosa y pálida y su expresión es lánguida.

_¿No vas a decir nada? _me ofendo, todavía con la voz alterada por la carrera_. ¡He dejado el coche en doble fila!

Cierra los ojos, haciendo un tremendo esfuerzo por reprimir ácidas explicaciones.

_No sabía si me tomabas el pelo _contesta despacio, como si mascase las palabras_. Virginia podía haberte convencido para que me dejases en la estacada y perdiese el vuelo, igual que te convenció para que me dieras ese dinero.

_¿Eh?

¡Mierda! No esperaba que la pelirroja tuviese la lengua tan suelta, de hecho, habíamos quedado en mantener en secreto nuestra relación para evitar el enfado de su hermana y resulta que es, precisamente ella, la que me arroja a los leones.

_Confiaba en ti. _Desvía la mirada como si le asqueara observarme.

_Tampoco... dijiste que fuese un secreto _me defiende. Marta me acusa de traición y eso me enfurece con Virginia. La pelirroja me ha asestado una puñalada inesperada. Supongo que mi afecto hacia su hermanita, le molestaba. ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Por celos, por despecho, o por la mera satisfacción de joderme?

_Tienes razón _dice finalmente, acariciando el billete.

Bloqueado, sin encontrar argumentos que arreglen lo que Virginia ha boicoteado, me siento a su lado, sin saber cómo afrontar su enfado. Sigue sin mirarme, viendo pasar a la gente, fría y distante.

_¿Por qué no me dijiste... que estabais juntos? _pregunta, pasado un rato, anudando su dedo con un hilo suelto de la cazadora.

_Juntos es una palabra muy seria. No sé qué te habrá contado Virginia, pero...

Su corrosiva mirada de rencor engulle mis excusas.

_¿Mentía?

Mi vacilación me deja en evidencia.

_Os lo habréis pasado de muerte comentando lo patética que estuve y lo

imbécil que puedo llegar a ser... _se muerde el labio inferior, esforzándose por no perder los estribos. El aeropuerto está lleno de policías, lincharme sólo provocaría una situación comprometida que pondría en peligro su viaje.

_Menos mal que ya me voy... _suspira desanimada.

_Virginia no significa nada para mí _admito, firmemente.

Me fulmina con desprecio.

_Sí, es tu hermana, pero ella y yo... no... _murmuro.

_¡Ella y tú, tú y ella! ¡No me importa vuestra historia, siempre que no me repercuta!

_No lo entiendes...

_No hay nada que entender. Estáis liados, os habéis divertido a mi costa y ya está. He ganado una pasta con vuestro juegucito, en realidad he ganado yo. Punto final. Se acabó. No hay más. Olvidadme ya. Ni siquiera sé por qué te has molestado en venir...

Busca aire, en un pequeño brote de ansiedad que le hace temblar la barbilla.

_Ya está... Saldrá bien... Saldrá bien, Marta _se dice en voz alta, cerrando con fuerza los ojos.

Toda excusa o explicación que surja por mi boca, será malinterpretada. Para no empeorar las cosas callo, aunque en mi cabeza retumben y forcejeen las desesperadas promesas. Aunque me corroen los remordimientos, y me arrepienta como nunca de la noche que pasé Virginia. Es demasiado tarde. Y tengo poco tiempo.

Una pareja pasa como un ciclón ante nuestros ojos, con el pánico de perder el vuelo inminente de su luna de miel. Me imagino viajando junto a Marta a ese país del sudeste asiático, en busca de mi examigo, con un día entero de vuelo, con más tiempo para hacer el planteamiento y me entran unas ganas terribles de acompañarla en esta locura, y corretear como esa pareja, en un viaje lleno de contratiempos que acorte las distancias, borre los errores del pasado y nos empuje a reírnos de las situaciones.

Contemplo con envidia el trajín de los enamorados y casi puedo vernos discutir.

_¡Vámonos! _me pongo en pie de súbito y le tiendo la mano que ella observa desconcertada. Al poco, esos ojos congestionados me otean de hito en hito_. ¡Cojamos el primer avión que despegue! _continúo_. ¡No importa hacia donde vaya! ¡Vamos! ¡Dale la patada al Santo de una vez! ¡Le has regalado

unos años preciosos y él se limita a enviarte una carta de despedida! ¡Que le zurzan, Marta! ¡No sabe lo que se pierde! ¡Celebremos tu liberación con un viaje inolvidable! ¡Tú eliges el destino! _agito la mano para invitarla a seguirme, pero ella continúa sentada, contando los dedos que le tiendo, mirándolos como si fuera la primera mano humana que tiene delante_. He traído el pasaporte, ¿ves? Y llevo una pequeña maleta en el coche.

Ni siquiera pestañea, se limita a contemplarme con una tristeza inexplicable en la mirada.

_Seré bueno, lo prometo _alzo la mano, dispuesto a hacer el juramento.

Chasquea la lengua y sacude la cabeza, como si mi estupidez no tuviese remedio.

Abatido y acallado, vuelvo a sentarme en el banco.

Ella decide ignorarme y se entretiene con la actividad de los pasajeros anónimos. Un brillo esperanzador destella en su mirada al observar la hora de su vuelo en el panel. De pronto, está calmada y tranquila. En paz consigo misma.

Durante varios minutos, me castiga con su silencio y yo me limito a observarla con la intención de memorizarla, como una última fotografía mental a la que acudir cuando la sed de su presencia me aborde durante estas semanas. Al mismo tiempo, mi cabeza elucubra una estrategia a marchas forzadas. Sin embargo, toda la experiencia acumulada, la larga lista de conquistas que llevo a mis espaldas, no me sirven de nada. No sé cómo encauzar la conversación a mi favor. En menos de una hora, la oportunidad de ser sincero habrá volado, justo cuando ese avión despegue. Y temo que mi desesperada declaración de amor, solo la convenza para quedarse en Camboya para siempre.

BARCELONA

Lunes, 11 de junio de 2012

Marta

En poco menos de una hora, empezará la aventura de mi vida. La auxiliar de diseño/camarera se convertirá en una viajera solitaria. Me gusta romper con esa puñetera rutina que tanto me encasilla e imaginarme como una versión de Lara Croft antibelicista, armada solo con mi inteligencia. Quizás, aparte de recuperar a Julián, lo que me gustaría averiguar es si yo podría llegar a ser tan intrépida como él.

Esta es la primera tontería que llevo a cabo sin rajarme, eso hace que me sienta libre de mis complejos.

_¿Es aguamarina? _Álex señala la piedra que llevo colgada al cuello.

_¡Eh, no debes tocarla! _la resguardo en el puño_. Es por la vibración... _añado para suavizar mi reacción_... al tocarla modificas su energía. Azucena dice que es la piedra de los viajeros y anoche me la regaló para que me proteja durante el viaje.

Me mira con escepticismo como si le hablase de mi establo de unicornios.

_¡Ah, casi lo olvidaba! _exclama, de pronto. Sus manos van de un bolsillo a otro de su cazadora. Pone cara de susto, como si le hubiesen birlado la cartera_. Ah, aquí está _respira, forcejeando con el bolsillo_. Toma.

Sin venir a cuento, me tiende una cajita aterciopelada de color azul marino, con el sello de una joyería estampado en letras doradas.

Al verla, casi me trago la lengua.

_Ábrela.

Sigo disecada.

_No muerde, ¿ves? _Levanta la tapa despacio para intensificar el misterio, a lo Richard Gere en Pretty Woman cuando le enseñaba a Julia Roberts ese collar que valía un pastizal. Pero Álex no me regala un collar de piedras preciosas, sino una bonita brújula en forma de pulsera_. Es de acero inoxidable, y está diseñada para navegantes, de modo que aguantará bien la

humedad del sudeste asiático. Y cuando no la utilices para orientarte, bajas la tapa y la puedes lucir como una sencilla pulsera _me la abrocha en la muñeca.

¡Qué idea tan absurda me rondaba por la cabeza! Esperaba un anillo.

¿Un anillo? ¡Por favor! ¿Acabas de enterarte de que se tira a tu hermana y va a venir con anillitos?

Aunque no es una alianza con un diamante del tamaño de un huevo, la brújula también le habrá costado un pico.

Hago una suma de todos los inesperados detalles que está teniendo conmigo desde que aquel domingo le saqué de la cama y cada vez le entiendo menos. Quizás el afecto que ha despertado mi hermana en él, le haya ablandado el corazón con respecto a mí.

_No puedo aceptarla _respondo, desabrochándomela.

_Y yo no puedo aceptar que no la aceptes. Además, no puedo devolverla. Está grabada _me indica la inscripción en el dorso de la tapa. Detalle que se escapó a mis ojos por el nerviosismo. Escrita en letra pequeña y elegante, una breve frase que me dispara el corazón:

_“No te me pierdas” _lee en voz alta, con un tono de voz que fundiría el hierro.

Nuestras miradas se cruzan, cargadas de significado.

_Conociendo tu patético sentido de la orientación, pensé que podrías necesitarla _se mofa a la altura de mi oído, con un susurro tan suave que me da escalofríos_. Todavía me acuerdo de aquel día en el Montseny.

¿El Montseny has dicho?! Ay, NO, ALEX. No vayas por ahí... Hoy no...

Inmediatamente me pongo a la defensiva.

_¿Te acuerdas? _insiste con una leve sonrisa_. Rufus se perdió y tú te perdiste buscándolo a él.

Enseguida me abordan las escenas de esos sueños nocturnos que se empeñan en despertarme a las tres de la mañana. Rufus, la abuela. La abuela, Rufus.

Juraría que han pasado mil años desde ese día de picnic, por eso no deja de sorprenderme que recuerde el nombre de mi perro.

_Creía que... no te acordabas de eso...

_¿Por qué no iba a acordarme? _pregunta, afable.

_Pero... tú dijiste... _balbuceo, confusa.

_Me acuerdo de todo, Marta. Del metro de las seis y diez en el que coincidíamos, de las clases de inglés aquella tarde lluviosa, de las tardes en

casa de Julián, de ese maravilloso día de picnic en el Montseny... ¿Recuerdas? Julián se empecinó en que fuéramos de ruta por las fuentes. Tu chucho me confundía continuamente con una perra en celo y se restregaba en mis tobillos _bromea sacudiendo la pierna, como si reviviese sus obscenas embestidas.

Mi sonrisa es una mezcla de nostalgia y pérdida. El 2002 fue un año decisivo para mí y mi familia y la excursión al Montseny, el día más excitante de mi vida antes de que todo se estropeará.

Álex entrelaza los dedos, vacilando un instante.

_Me acuerdo que os alejasteis tanto de nosotros que luego no encontrabas el camino de vuelta. Enseguida intuí que te había pasado algo. Anocheció mientras te buscábamos.

_Hasta que tú me encontraste _pienso en voz alta.

_¡Estabas muerta de miedo y querías atizarme con un palo! _me acusa, bromeando.

_Sí, y tú, en vez de tranquilizarme, te reíste de mí _respondo, recordándolo a la luz de luna, cuando apareció entre los árboles como el que pasea para distraerse en mitad de la noche.

_¿Me reí?

_Dijiste: *Hay que ser tonto para seguir a un chucho que es incapaz de distinguir un tobillo de una perra en celo. Era de esperar que su sentido de la orientación estuviese atrofiado.*

_¿Eso dije?

_Sí, y ahora que caigo, ¿quién es más loco? ¿El loco o el loco que sigue al loco que sigue a otro loco?

_Nos perdimos los tres _resume, sonriendo.

_Y Julián tuvo que rescatarnos...

_Soy un hombre de asfalto _se justifica, encogiendo los hombros.

Inevitablemente, busco en sus rasgos a ese veinteañero delgado con acné, de aire desenfadado, que me hacía reír como nadie, pero solo veo al hombre triunfador que hace que me sienta pequeña como una seta.

_Cómo hemos cambiado, ¿eh? Julián y tú sois hombres de éxito... _no pretendo ofenderle diciendo esto, pero se lo toma como una acusación personal... y yo... no he hecho nada que tenga mérito. Mi vida es como un puñetero círculo vicioso.

Su mirada compasiva, aviva mis complejos.

_Tienes... que confiar más en tus posibilidades. Hay muchas opciones ante ti que no valoras... _me anima.

Desvió la mirada, este billete de avión es mi bote salvavidas.

_Estoy cansada de tantos fracasos. Si renuncio a este viaje, caeré una vez más en la misma trampa. Esta vez saldrá bien _repito, rematando a mordiscos la rebaba de una uña.

_¿Esta vez?

Me quedo callada, dándole vueltas a las pesadillas nocturnas que Álex me ha traído a la cabeza al hablar de Rufus. ¿Por qué Virginia no estaba en casa cuando regresamos del Montseny y mamá montó el pollo? Ah, ya me acuerdo, estaba en Salamanca, ¡en casa de la abuela! *¡Abuela, qué intentas decirme!*

Observo a Álex que se distrae mirando a la parejita que factura la maleta, respetando mi silencio. Virginia ha sido tan lanzada... No estaba preparada para imaginarlos juntos. Puede que nunca lo esté.

_Lo siento... _respondo, de repente_. Después de todo lo que has hecho por mí... tendría que haberte esperado.

Le quita hierro, alborotándome el pelo.

_Alguna tenías que hacerme... _bromea, dándome un empujoncito.

_Ya sé que he sido muy mala contigo y no tengo ningún derecho, pero, ¿puedo pedirte un último favor?

_Lo que quieras _responde contundente.

_¿Cuidarás de mi hermana? Creo que se siente más sola de lo que aparenta. Arruga la frente, disgustado.

_¿A qué viene eso ahora? _suelta, de pronto_. Hablas como si no fueses a regresar.

_Si lo vuestro cuaja, serás mi cuñado.

Sus ojos, brillantes como dos relucientes canicas azules, se empañan como si se le hubiese partido el alma. El aire se hace plomo. La tensión de su cuerpo me acobarda, no sé si va a echarse sobre mí para abrazarme o para matarme.

_¡Qué tarde es! ¡Tengo que embarcar ya! _salgo por peteneras, con un hilito de voz.

Sacude la cabeza, negando lo que digo, como si no quisiera oírlo.

_Tengo que embarcar... _repito con una punzada de pánico en el ombligo.

Me pongo en pie. Desde esta altura, Álex parece un *dummie* arrumbado en el asiento de un coche destrozado.

Antes de levantarse, exhala un largo suspiro.

_Está bien _murmura y acepta los hechos_. Al menos, me darás un abrazo de despedida, ¿no? _propone extendiendo los brazos. Accedo sin hacerle ascos, necesitada de apoyo para no flaquear ante la puerta de embarque y volver a truncar mis sueños por cobardía.

Álex me abarca como si fuese la primera persona que ve en mil años, y necesitara todo el cariño del mundo.

_Quédate _suplica achuchándome con más fuerza, apoyando su mejilla contra la mía_. Por favor, Marta... quédate.

Un escalofrío muy excitante me nubla la mente una milésima de segundo, y me entran ganas de obedecerle, incluso de besarle los morros. El corazón me va mil por hora y retumban contra mi piel los latidos de su yugular, pero me basta con imaginar a mi hermana en esta misma postura, batallando desnuda en su cama, recostándose en el mismo lugar en el que está mi cabeza, riéndose de mí, mientras planeaban como ridiculizarme y me pongo enferma. *Sólo fui una tonta de tantas, ¿verdad?*

_Tengo que embarcar _respondo como una muletilla. No puedo reprimir el temblor de mi barbilla, ni tragarme el nudo que tengo en la garganta. Estoy muerta de miedo, excitada por todo lo que voy a vivir, confusa porque su voz emotiva me desarma.

Aparta el flequillo de mi frente y me da un beso tierno e inocente que, sin embargo, dura una eternidad.

_Se me hace tarde...

Me aparto lentamente, alimentándome con los malos momentos que he sufrido por su culpa, un rencor putrefacto y despiadado para evitar que me derrumbe en sus brazos.

De pronto, parece muy cansado.

_Ten mucho mucho mucho cuidado _recoloca la capucha de mi chaqueta de chándal y pellizca suavemente mi mejilla_. Buen viaje, pequeña. Vuelve pronto.

Cruzo en bandolera el equipaje de mano. Me coloco a la cola del control de equipajes. Dejo mis pertenencias en la bandeja de plástico y atravieso el detector de metales. Cuando vuelvo a mirarle, Álex mantiene la palma levantada, en señal de despedida. La gente se interpone y lo barren de mi vista. Al dejarse ver de nuevo, agacha la cabeza, observando con expresión triste el llavero del coche que sostiene en la mano.

Voy en busca del hombre más solidario y comprensivo que existe y, sin

embargo, siento que cometo el peor error de mi vida. Al contemplar a Álex por última vez, antes de desvanecerme arrollada por los pasajeros que van detrás de mí en la escalera mecánica, tengo el inquietante presentimiento de que no volveré a verle jamás.

_Apaguen sus teléfonos móviles y abróchense los cinturones. En caso de emergencia... _la azafata gesticula al ritmo de la grabación que suena por megafonía.

Salgo del trance que me empujaba a mirar por la ventanilla y busco mi Nokia para apagarlo. Hace horas que lo silencié para que las llamadas de Álex no despertasen a las chicas y, también, con la sucia intención de ignorarlas.

Sobre la pantalla nueve llamadas perdidas. Todas tuyas.

Apago el teléfono, con los ojos empañados y lo guardo en la bandolera, entre la guía de viaje, atiborrada de pósits y una revista de pasatiempos.

_Nueve...

Ahora que estoy rodeada de extraños, ya puedo soltarlo todo.

Por lo visto, al ejecutivo que tengo a mi derecha, le joroba mi lagrimeo y me ojea de reojo, sin empatía. Enseguida agradece que amordace mis sollozos con la sudadera y, retrepándose en el asiento, despliega el suplemento de finanzas del periódico.

De inmediato la azafata interpreta que sufro pánico aéreo. Con la lección bien aprendida, me pregunta si quiero agua y se esfuerza por calmarme, a pesar de la separación de mí dos asientos ocupados. Avergonzada por el numerito que estoy armando, me trago el nudo y pospongo la limpieza de emociones para la intimidad del hotel.

Por suerte, a 10.000 metros de altura, las ciudades son simples hormigueros de luces y los problemas, fantasmas sin alas que no pueden alcanzarme. El amanecer del primer día de mi nueva vida es tan radiante que lo interpreto como un buen augurio. El sol atraviesa el avión con deslumbrantes haces de luz y fascina a todos pasajeros que nos dirigimos a París.

Azucena dice: *Si quieres emprender un nuevo camino, deshazte de viejos lastres.* Ya está hecho. Esta vez saldrá bien. Al fin, tomo las riendas de mi vida.

Poco a poco me calmo. Respiro hondo. Sonrío imaginándome un futuro maravilloso junto a Julián.

El economista sentado a mi lado, desperdiga sobre la pequeña mesita abatible, unos informes llenos de gráficos, a su izquierda, una anciana cabecea con la dentadura postiza desencajada. Ronca un poco y eso crispa al amargado del traje.

Delante de nosotros, unos recién casados cuchichean sobre los invitados de la boda y planean su luna de miel por Tailandia. Seguramente coincidiré con ellos en el avión hacia Bangkok. Les veo hacerse arrumacos y darse besitos a través el minúsculo hueco entre sus respaldos y, al hacerlo, mi frente palpita, resentida por el calor y la ternura del beso de despedida de Álex.

Con una empanada mental impresionante, me entretengo mirando la brújula y su preciosa filigrana de plata. Cuando levanto la tapa, la aguja oscila buscando el norte en nuestra trayectoria de vuelo, titubeando tanto como yo.

Me acuerdo de todo.

¿Por qué me mentiste? _le reprocho como si este objeto pudiera comunicarme con Álex_. ¿Por qué nunca mencionaste ese día de picnic...

¡Ay, cuánto ha llovido desde esa inolvidable excursión al Montseny! Hacía poco menos de una semana que yo había cumplido los quince y lo que empezó como una inocente escapada, terminó con una bronca histórica en el rellano de mi casa.

A las nueve de la mañana, los tres: Julián, Álex y yo, subíamos al Seat Ibiza de segunda mano de Julián con la idea de un relajante paseo al aire libre: bocadillos, sol estival, senderismo, arroyos de aguas cristalinas, ardillas, pájaros, bromas, los incesantes empujoncitos de Álex, su manía en tironearme las trenzas, la concentración ejemplar de Julián, fotografiando la fauna autóctona... De los tres, mi mochilero era el único que sabía descifrar el mapa topográfico de la ruta.

A las siete de la tarde, agotados de tanta caminata, nos tumbamos bajo los pinos. Al primer descuido, mi perro se alejó del grupo persiguiendo ratones de campo. Julián y Álex estaban relajados, casi casi dormidos, cuando les informé de que iba tras Rufus, pero ni ellos, ni yo, imaginamos que iba a perderme siguiéndole el rastro. Mientras el sol se ponía, me hacía cruces, no entendía cómo me había desorientado tanto. Mi angustia fue creciendo a medida que oscurecía, me insultaba a mí misma en voz alta y despotricaba contra el perro, que por suerte ya había localizado, amenazándolo con darle de comer pienso seco el resto de su vida.

Ya estaba al borde de la lágrima, cuando Álex se materializó en la pineda,

como por despiste, con las manos en los bolsillos y la guasa en los labios. Me encontró armada con una rama seca, gruesa como un lomo embuchado, que sacudía al menor ruido para acojonar a los animales salvajes y prevenir el ataque.

_¿Qué haces con ese palo? Te vas a clavar una astilla _me riñó con una carcajada.

_¡Creía que eras un jabalí!

_¿Un jabalí? ¿Me estás llamando cerdo!

Rufus celebró con alegres ladridos y juguetones meneos de rabo, la llegada de su pierna preferida. Y yo, en lugar relajarme con su aparición, me excité por la atmósfera íntima del anochecer. Por aquel entonces, un momento a solas con Álex era para mí como un regalo del cielo.

_Hay que ser tonto para seguir a un chucho que es incapaz de distinguir un tobillo de una perra en celo. Era de esperar que su sentido de la orientación estuviese atrofiado.

Se plantó ante mí, con una sonrisa tranquilizadora, me arrebató el palo y lo lanzó lejos. En sus gafas de pasta negra se reflejaba la luna que, con el avance de los minutos, relevaba al sol.

_Estás temblando. ¿Tienes frío o es que te asusta estar a solas con el lobo feroz? _dijo, agravando la voz.

_¡Jo! Tiemblo porque creía que estaría dando vueltas toda la noche.

_Desvié la mirada y me aparté de él para ponerme en camino, aunque no tenía ni pajolera idea de la ruta.

_Anda, tonta. No te enfades. Te habrás llevado un buen susto. Hace dos horas que te perdiste. Julián está acojonado. Piensa que eres su responsabilidad. _Alcanzó mi mano y la cogió con firmeza_. Agarra bien la correa del chucho, que no vuelva a escaparse. Vamos. Es por allí _indicó con naturalidad, completamente inconsciente de que nuestros dedos entrelazados me hacían levitar.

Estaba tan incómoda con el sudor de mis manos, que tropezaba cada dos por tres contra piedras y socavones del sendero. Pero él me sujetaba a conciencia, evitando que me diera de bruces, avisándome de las ramas que caían a la altura de mis ojos y de los desniveles.

_¡Menos mal que mi visión nocturna es mejor que la tuya! _bromeó con una carcajada cuando me tropecé con una prominente raíz.

Creo que se olió mi nerviosismo e intentó distraerme dándole a la lengua.

Aunque tanto palique tampoco era algo nuevo, Álex y yo solíamos conversar sin parar, éramos un poco frikis y podíamos pasarnos horas diseccionando pelis, rememorando series de televisión, elucubrando sobre fotografía... Pero aquella noche, él evitaba el silencio a toda costa. Me pareció que también estaba nervioso y quería disimularlo con el parloteo.

Entre tema y tema, me preguntó a qué aspiraba en el futuro y yo le respondí superconvencida y contundente que mis fotografías cambiarían el mundo.

_Es un sueño bonito y... muy ambicioso _admitió.

_¿Y tú? _era una pregunta obvia, pero me puse roja al hacérsela. ¿Entraría yo dentro de sus planes?

_En cuanto termine de estudiar, montaré mi propio estudio, tal vez una agencia de fotografía. Me gustaría ser un retratista famoso y fotografiar a grandes celebridades y a estrellas de Hollywood, al estilo de Greg Gorman, Phil Stern o Arnold Newman. Nada va a pararme, eso lo tengo clarísimo. Y, a la larga, si todo sale bien, puede que me mude a los Ángeles o a Nueva York, nunca se sabe. ¡Eh! Podrías trabajar para mí.

_O tú para mí _fanfarroneé, tropezando de nuevo.

_No sé si serás tan buena fotógrafa como presumes, pero, si cambias de idea, no te metas a guardabosques, lo digo por tu seguridad _me pinchó. Le golpeé en el hombro para defender mi honor y su risa, llena de energía, retumbó en la oscuridad_. ¡Socorro, una chica peleona, armada con fuertes puños, me está atacando! *Oh, my God, help!!* _gritaba con voz de chica boba_.
Help!

_¡Qué payaso eres! _rompí a reír.

Rufus sacudía el rabo y ladraba, saltarín, ansioso por participar.

Un cuarto de hora más tarde, la noche culminaba en el cielo y Álex frenaba en seco.

_¡Ups! _murmuró mirando en derredor. No se veía un pimiento, solo las siluetas de los árboles, rodeándonos como tótems con dedos siniestros_. A ver... _vaciló y dio un paso hacia el este_. No... Espera _giró hacia el sur_.
¡Joder!

_Estamos perdidos, ¿no? _deduje, sin soltar su mano.

_Je, je _esbozó una sonrisa de circunstancias_. Lo siento, he perdido el rastro de miguitas de pan.

_¿Y ahora qué?

_¡Puf! _bufó, encogiéndose de hombros_. Será mejor que nos detengamos.

Primera ley del excursionista: Si te pierdes, no cometas el error de perderte más.

_¿Y si no aparece nadie?

_Julián buscará ayuda. ¡Un momento! _sacó el móvil del bolsillo, pero la cobertura era nula_. Nada. Tendremos que esperar.

_¡Mamá me matará! _temblé al ver la hora en la pantalla. Las diez y diez. Mi toque de queda era a las nueve y media. El castigo sería monumental.

_Tranquila. Lo entenderá. La convenceremos.

Álex era muy optimista.

_Tú no la conoces _suspiré y me senté en una raíz saliente, rezando para que mamá estuviera de buen humor.

Rufus, aburrido por nuestro repentino alto en el camino, empezó a mordisquearse las pezuñas. El rechinar de sus dientecillos, se mezclaba con sonidos nocturnos de insectos, ranas y pequeños depredadores. Y es que Álex se había quedado mudo de pronto y permanecía de pie palpando la corteza del árbol que yo usaba de respaldo.

_¿Puedo preguntarte algo? _su voz sonó extraña, como ahogada.

Giré la cabeza para mirarle.

_Siempre visitas a Julián al volver del instituto. ¿Lo haces porque sois amigos o porque...? _un inesperado chasquido interrumpió su pregunta. Un gran bloque de corteza se desprendió del tronco que hurgaba con los dedos e iba a caerme encima, inmediatamente intentó recomponerlo mientras me apartaba, como si acabase de pillarlo in fraganti destrozando nuestro Patrimonio Ecológico Nacional.

No sé si me carcajeé por su mueca de apuro o porque estaba echa un manojo de nervios.

_¿Estás enamorada de él? _preguntó a quemarropa, sin dirigirme ni una mirada. Su curiosidad sonaba a acusación.

Su pregunta me solidificó el estómago de golpe.

_Noooo... _murmuré, clavando los ojos del suelo. Creo que le oí suspirar.

_Claro, tiene 22 años, es muy mayor para ti, ¿no?

Sonreí para mis adentros porque empezaba a intuir hacia donde quería ir a parar. Julián y Álex nacieron con pocos meses de diferencia, si desmentía ese obstáculo, le daba cancha para continuar.

_No es por eso... _respondí con un gallito, me palpitaban las sienes_. Julián es... como un hermano mayor para mí. Le quiero un montón, pero...

no... me gusta de esa forma que... dices. _ Para enmascarar mi diarrea verbal, acaricié el lomo de Rufus.

_ Pero... seguro que en el insti hay algún compañero que te atrae.

_ Mi instituto es solo para chicas _le recordé, riéndome por disimular.

_ Y... ¿yo también soy como un hermano mayor... para ti?

Bum-bum-bum. Me había tragado la lengua. Sabía perfectamente lo que estaba a punto de pasar, la ternura de su voz, su nerviosismo, su actitud... ¡joder, Álex iba a dar el paso!

Se agachó para buscar mis ojos. Gracias al resplandor de la luna encontré los suyos.

_ Siempre coincidimos en el metro. En el mismo vagón, a la misma hora _dijo con una voz tan tierna como un esponjoso bizcocho_. ¿Nunca te has preguntado porque elijo el metro cuando podría ir hasta vuestro edificio en mi coche? _sonrió como si guardase un as en la manga.

Tragué saliva. La ansiedad me secó la boca y la lengua se me pegó al paladar, impidiéndome contestar a esa pregunta.

_ Pasado mañana me iré a Londres _pronunció la noticia con tono triste.

_ Lo sé _hice un esfuerzo tremendo para maquillar la pena que me causaba su viaje. Desde que sus padres se divorciaron, Álex siempre pasaba las vacaciones de verano con su madre. Era la única época del año en la que se veían, por tanto, el compromiso con ella era ineludible, aunque él ya tuviese la veintena. De modo que no volveríamos a vernos hasta finales de agosto, la tristeza me hizo agachar la cabeza.

Alargó el brazo y levantó mi barbilla para mirarme limpiamente.

_ Pídeme que me quede y me quedaré _susurró con una mirada tan penetrante que creí que me estaba poseyendo.

_ Quédate. _Mi súplica esbozó una sonrisa en su boca. Sus ojos brillaban de una forma especial. Acarició con ternura una de mis trenzas, de arriba abajo, su mano siguió su recorrido hacia mi hombro y luego me envolvió para atraerme suavemente hasta él. Nos abrazamos, nos acariciamos. Al verme temblar como una hoja, enseguida sintió compasión por mi inseguridad y me serenó con una sonrisa. Me sujetaba la cara con las dos manos y me acariciaba los pómulos, y el labio con los pulgares, sin atreverse a terminar lo que ya había empezado por temor a asustarme. Le quité las gafas para darle vía libre, como si temiese romperlas. Ante mí tuve al hombre que es hoy. Aunque, Álex todavía no había aprendido a sacarse partido, ya era muy atractivo a pesar del

acné del que se estaba tratando. Hasta Rufus respetó nuestro primer beso. Su boca presionando la mía, el roce de sus labios buscando espacio a la niña inexperta y acomplejada por el obstáculo de la ortodoncia que no parecía molestarle. Fue dulce, tierno, consciente de mi edad. Estaba tan enamorada que hubiese hecho el amor con él ahí mismo, si él lo hubiese sugerido. Pero no quiso acelerar las cosas. Aceptó mis torponas caricias, mis besos tímidos, tras los cuales confesábamos cuánto nos gustábamos y lo especiales que éramos el uno para el otro.

Hasta que el bueno de Rufus nos advirtió a tiempo para el disimulo: Julián venía al rescate equipado con una linterna.

Álex supo interpretar mejor que yo el papel de excursionista extraviado. Por suerte, la noche y el incidente eran la excusa perfecta para mi inusual comportamiento. *La pobre Marta, qué asustada y avergonzada está por el trastorno que nos ha causado. No seamos duros con ella, ha sido un despiste.*

No. La pobre Marta estaba en una nube rosa. Pero, al mismo tiempo, sabía que aquella preciosa relación no llegaría muy lejos si mi familia se enteraba. Julián tampoco lo encajaría sin chistar, por lo pronto, daría su opinión al respecto y estaba absolutamente convencida de que no se prestaría a ser nuestro aliado. Por eso callé. Por eso dejé que Álex disimulase por los dos. Por eso no abrí la boca cuando mamá nos vio llegar desde el balcón, vociferando como una histérica. Por eso entendí, en esa última mirada de Álex, cuando mi padre los amilanó a él y a Julián en el rellano, amenazándolos con no dejarme verlos más, que lo nuestro no sería nada fácil.

Aunque le pedí que se quedase, se marchó a Londres sin una despedida, sin volver a dar señales de vida durante años. Sin una triste llamada, ni una mísera carta. Álex solo dejó un venenoso silencio que sembró en mí un millón de dudas.

Hasta los veintiuno estuve obsesionada con encontrar a mi alma gemela, solo por volver a sentirme tan feliz como me sentí aquella noche. El tiempo avanzaba implacable, mis amigas se echaban novio y yo parecía un repelente antihombres. Lloré trillones de veces por el rechazo y las jugarretas de los tíos que se empeñaban en huir a la mínima, sin darme explicaciones.

Perdí la virginidad a los diecisiete, en un camping de Cambrils, con Pierre, un chico francés, delgado y paliducho, que tenía unos ojos azules tan bonitos como los de Álex. Pierre me sonreía cada vez que nuestras bicicletas se

cruzaban en el camping, empezamos a quedar para ir en bici y una noche de verbena, nos escabullimos en la roulotte de su tía, y acabamos haciéndolo en la cama de su primo, como si los dos deseáramos quitarnos de encima el estigma de la virginidad. Después de eso, el verano terminó y solo nos quedaron cuatro emails en inglés rudimentario y docenas de fotografías para recordarlo. Por supuesto hubo otros intentos: aspirantes que se esfumaban con la primera o la segunda cita, compañeros de clase, compañeros de curro, citas a ciegas, urdidas por mis amigas, que acababan siendo un fracaso... Julián siempre era mi paño de lágrimas. Como si presintiera mi depresión, regresaba de sus viajes al tiempo que ellos desaparecían y se quedaba a mi lado hasta que recuperaba la autoestima.

Con el paso del tiempo la madurez me hizo volverme más práctica, menos impresionable por las apariencias, más sensata. Gracias al apoyo de Julián tomé una determinación: pasar definitivamente de los hombres y centrarme en él. Al fin y al cabo, Julián era sinónimo de seguridad. Julián fue y sigue siendo el pilar que lo sostiene todo. Tanto Álex como el resto de los tíos fueron perdiendo protagonismo en mi pensamiento diario, hasta convertirse en motitas de polvo en un recuerdo, pero bastó el regreso de Álex para que la muralla que tanto me esforcé por levantar para protegerme de los hombres, y sobre todo de él, empezase a venirse abajo.

Hace dos años, en la reválida de septiembre, obtuve el título de diseñador gráfico con un suficiente raspado. Mientras preparaba el proyecto final, hipotequé mis vacaciones de verano en una heladería. Y cuando mi contrato expiró, a mediados de septiembre, me quedé en el paro. Entonces, consideré que ya había llegado el momento de labrarme un futuro acorde a mis aptitudes.

Tras dos meses pateándome todas las empresas de artes gráficas con mi book de maquetas bajo el brazo, empezaba a apolillarme en casa y a tragarme toda la basura que echaban por la tele. Había retocado y adornado el currículum tantas veces que ya ni podía memorizarlo. En resumen, mi inexperiencia era un inconveniente, y si nadie se arriesgaba a contratarme, nunca dejaría de serlo.

Por otro lado, mi currículum en el sector de la hostelería, era de máster. A los diecisiete empecé sirviendo hamburguesas en McDonald's y, desde entonces, había ido dando tumbos de un mostrador a otro. Así, de pizzería a chiringuito, de chiringuito a los multicines, de los multicines al bar de tapas, del bar de tapas a la heladería, un buen día, en mi aniversario, soplé las 22 velas de la tarta, preguntándome qué había sido de mis aspiraciones.

Como de costumbre, mi Julián acudía al rescate con un plan. Necesitaban una empleada en la cafetería del Grupo Editorial Xifré y la idea era que, una vez en la barra, estuviese atenta por si quedaba alguna vacante entre los equipos de diseño gráfico del edificio y, al fin, poder trabajar en lo que tanto deseaba. Por supuesto, me convenció de inmediato.

Empecé en la cafetería un lunes, a mediados de noviembre, sin saber lo que se me venía encima. A hora punta, editores, redactores, periodistas, y diseñadores reclamaban altas dosis de cafeína con ansias de corredor de bolsa. Mi nuevo jefe, Eloi Vilamajor, me cantaba los pedidos a ritmo de bingo, sin enterarse de lo nerviosa que me ponía esa gente insaciable.

A las dos horas, harto de mis cagadas con las comandas, Eloi me puso a cargo de los pedidos de planta que solicitaban los trabajadores que no podían apoltronarse en la barra porque, o bien, sus trabajos atrasados se lo impedían, o bien, su caché les brindaba el privilegio de un servicio personalizado.

_Abre bien los oídos, *noia*. Sube a la catorce. En el Studio W&X están hambrientos. _A medida que detallaba el pedido, iba dejándolo sobre el carrito de servicio_. Ruth, café largo, con sacarina y un briox. Ferrer, descafeinado con tres sobres de azúcar y un cruasán de chocolate, Oriol, café americano doble, Pau, cortado y mini de jabugo, Ruiz, zumo de tomate y mini de tortilla, la modelo ha pedido un café con leche desnatada y una de azúcar, y el café de Jamaica de la taza de porcelana, es para el Director, que nos ha salido sibarita.

Yo asentía, poniendo a prueba mi retentiva, pero lo cierto es que el follón tras la barra me desconcentraba. Y así, con más de doce tazas bamboleándose sobre el carrito, con sus respectivos acompañamientos, sorteé a los vampiros de la cafeína y subí en ascensor hasta el Studio W&X.

En la centralita, Ruth chismorreaba vía teléfono con una amiga. Se sirvió sin hacerme siquiera un guiño, como si yo fuese un robot humanoide en misión alimenticia. En vista de que era novata, sacudió la mano para señalarme la ubicación del estudio, donde Ferrer hacía una breve pausa entre bodegón y bodegón. Sus ayudantes casi me devoran el brazo para hacerse con sus desayunos y el buenazo de Ferrer se excusó por sus modales con una cordialidad que siempre recordaré.

_El despacho del jefe está a mano izquierda.

Ya en el pasillo, se oían risas masculinas procedentes del interior.

Eloi me había puesto en antecedentes: el Studio W&X pertenecía al hijo

del propietario del grupo editorial y, por tanto, debía caminar con pies de plomo.

Sobre rótulo de la puerta se leía:

Alexander X. W.
Director - Director Artístico

Cada vez que me topaba con ese nombre, se me abría una herida sin cicatrizar. A menudo me compadecía por considerar ese pequeño romance en el bosque, como el momento más excitante de mi vida. Era triste y deprimente que, durante una década, mi vida sentimental hubiese avanzado tan poco. Me sacudí el patetismo, imaginando al director de W&X, como un cuarentón con un peinado excéntrico, a lo Andy Warhol y me convencí, como solía hacer, de que ese primer amor que no podía quitarme de la cabeza ya estaría casado, o incluso, criando a sus hijos y, por tanto, ya iba siendo hora de que me olvidase de él.

Después de que se me concediera permiso, entré con mi carrito semiencharcado de cafés, para proceder con el reparto y regresar a la cafetería cuanto antes. Suponía que Eloi estaría cronometrándome.

A través del enorme ventanal, podía ver el cielo gris que amenazaba lluvia y unas impresionantes vistas de Barcelona. La decoración era muy minimalista, en tonos grises, blancos y negros. Los diplomas y las fotografías de las grandes modelos, a tamaño cartel, cubrían las paredes y, una vitrina de cristal, protegía los premios y galardones, que no eran pocos.

Sentados sobre butacas de diseño, tres hombres negociaban amistosamente. Hablaban de cómo algunas de las mujeres más sensuales de la pasarela, eran un peso muerto sobre las sábanas. Mi presencia les obligó a cerrar el pico.

A mi izquierda, se abrió una puerta contigua de repente, de la que salió un cuarto individuo, barajando unas copias entre las manos.

Álex se plantó ante mis ojos con un aspecto inmejorable. Sin acné, sin gafas, con los músculos desarrollados, insinuándose bajo la camisa. Me impactó tanto encontrármelo ahí, que su taza se me escurrió causando gran estrépito de porcelana.

_¿Álex?! _exclamé mientras el café de Jamaica me calaba los calcetines, tiesa como un palo. Joder, contra más lo miraba, más me alucinaba su magnífico aspecto, sin poder evitarlo, mi temperatura se convirtió en fiebre.

La sonrisa que lucía para los clientes, se le torció de pronto y parpadeó sorprendido, como si al verme, se hubiese tragado un chicle del susto.

Vaciló un instante, pero al ojear a sus clientes, se recompuso.

_¿Nos conocemos?

_Soy Marta. Marta Salazar, yo... ¿No me recuerdas? Hace ocho años... tú... _empecé a sudar. Las mejillas me escocían por el bochorno. Apenas podía coordinar mis palabras. Regresé al Montseny, sustituí el rostro deslumbrante que tenía ante mí, por aquel veinteañero con acné que me susurraba cosas bonitas cuando me besaba y me aturullé.

Uno de los publicistas se rio, y el resto le acompañó por lo bajo.

Álex me contemplaba como si me faltase un hervor, con vergüenza ajena. Para que no la cagase aún más con mi tartamudeo, me interrumpió.

_No te esfuerces, guapa. Apenas puedo acordarme de las mujeres que conocí hace dos días. Así que, ¿por qué no limpias este charco y me traes otro café?

Los publicitarios encontraron muy divertida su respuesta.

Aquello fue como estrellarse contra un autobús a doscientos por hora. El mazazo me paralizó.

Álex dio la conversación por concluida y se aposentó en su butaca presidencial. Expuso las fotografías ante los seis ojos analíticos y siguió con sus negociaciones, como si yo no existiera.

Avergonzada y sin palabras, agrupé los añicos de la taza, enjuagué el suelo con un gurrño de papel higiénico que saqué del baño y descendí hasta la cafetería para preparar otro café.

Ejecutaba mis movimientos como un autómatas.

A los diez minutos, vagaba de nuevo por los pasillos del estudio, picaba a la puerta del director y la traspasaba con un nuevo café humeante sobre la bandeja.

Los publicistas se habían ido y Álex clasificaba las copias de esas despampanantes mujeres semidesnudas, y las distribuía en subcarpetas.

Esperé un instante, deseando que hubiese recapacitado, por no dejarme con el regomello, pero se comportaba como si yo formase parte del mobiliario. Estaba furiosa conmigo misma. Me sentía humillada y tremendamente idiota.

En el año 2010, la chica de sus sueños no era más que una torpe camarera anónima. En poco menos de un segundo el precioso recuerdo que tanto me había dado, saltó por los aires, haciéndose un trillón de añicos.

Cogió la taza de la bandeja y se recostó sobre su butacón, a saborearla. Ya me alejaba como un alma en pena, cuando empezó a hablarme.

_Espera.

Me volví y lo contemplé.

Se concentró, frotándose la barbilla. Probablemente, buscaba en ese amplio catálogo mental, saturado de identidades femeninas, una concordancia entre mis rasgos y sus neblinosos recuerdos. Y mientras lo hacía, tan solo se escuchaba el repiqueteo de las primeras gotas de lluvia contra los ventanales.

_¡Ahora caigo! Eres el perrito faldero del Santo _exclamó chasqueando los dedos.

_¿Cómo? _mi tristeza se fue convirtiendo en ira.

_El Santo, ya sabes, Julián Latorre. Sí... _entornó los ojos, analizándome_. Me acuerdo de ti. Eras un poco marisabidilla. Mmmm... y por lo que veo aún estás anclada en la adolescencia, ¿eh? _replicó, dándome un repaso. Probablemente insinuó eso porque mis curvas escaseaban, de hecho, todavía usaba la misma talla de sujetador_. Pero si al Principito le complace... quién soy yo para opinar. A gustos se hicieron los colores.

Sus bromitas me dejaron de piedra. Después de una década, ¿lo más inteligente que se le ocurría decir eran esas gilipolleces?

_¿Cómo has venido hasta aquí? _preguntó sin interés, hablando por hablar_. ¿En metro?

_En bici _respondí mecánicamente.

_¿En ese cacharro oxidado que he visto esta mañana aparcado en el parking? _replicó con una mueca de espanto_. ¿Y funciona?

_Funciona perfectamente, gracias. _La rabia burbujeaba en el estómago.

Se arrellanó sobre la butaca, apoyó los pies sobre la mesa, y me insultó con su pedante sonrisa.

_Así que eres el nuevo fichaje de la cafetería... Para llevar sólo un par de horitas trabajando, te veo bastante agobiada. ¿Es tu primer empleo?

_¡Claro que no!

_No te ofendas, mujer. Sólo estamos hablando. Explícame, ¿cómo has aterrizado en *mi* edificio?

_“El Santo”, como tú lo llamas _especifiqué con sarcasmo_, me recomendó.

_¿Cómo camarera?

Asentí, enfurruñada.

_Pues podría haberse esmerado más, digo yo. En fin, te ha ofrecido un trabajo esclavo y mal pagado. Vamos, una mierda con mayúsculas. Si con ese gesto tan altruista, pretende demostrar el aprecio que te tiene, yo que tú, haría un pensamiento _dijo, dándose unos toquecitos en la sien.

_¿Perdón?

_Venga, seguro que puedes aspirar a más. ¿Y qué pasó con la fotografía? Si mal no recuerdo te encantaba. ¿Has abandonado tu sueño? No he visto tu nombre impreso en ninguna parte.

No respondí. Ni siquiera entendía porque me quedaba ahí, a escuchar sus impertinencias.

_¿No me digas que esa quinceañera fanfarrona que nos iba a pasar la mano por la cara, ha acabado sirviendo el menú del día? Qué decepción.

Me debatía entre el impulso de llorar o el deseo de partirle el cráneo con la bandeja.

_Déjame adivinar _siguió_. Sigues soltera, vives con tus padres. No podrías compaginar el horario de la cafetería con la universidad, por lo tanto, no estás estudiando. ¿Llevabas mucho en el paro?

_¿De qué vas? _repliqué, atónita.

Se levantó para intimidarme con su estatura, más de cerca.

_¿Qué quieres decir?

_¿Por qué me hablas así? _espeté.

_Sólo te prevengo _contesto encogiéndose de hombros_. Tu aspecto habla a gritos por ti. Tienes el cabello opaco, las puntas abiertas, llevas las cejas sin perfilar... Palidez, falta de sueño, el cutis descuidado... _enumeró_. Te miro y veo inseguridad, dejadez, apatía y una nula autoestima. Y no me gusta. Francamente, me siento en la obligación de advertirte, si no tomas cartas en el asunto, tu desidia podría convertirse en un problema crónico. “Tal te ven, así te tratan”, te guste o no, así funciona el mundo.

Como si en lugar de ahogarme más en mi mierda, acabase de darme el consejo de mi vida, me sonrió, orgulloso de su buena obra. Aunque su boca soltaba veneno, su físico, que quitaba el hipo, me dejaba sin respuestas. Supongo que fue esa virtud, más el antiguo amor que sentía por él, lo que evitó que corriese la sangre.

_En fin, bienvenida a GEX, María _me felicitó con una palmadita en el hombro.

¿María? ¡Era el colmo, ni siquiera se acordaba mi nombre! Asimilé mi

rotunda estupidez y me largué de la oficina, después de darme el gustazo de arrojarle su predilecto café jamaicano sobre los pantalones.

Una vez dentro del ascensor, al contemplarme en el espejo, comprendí, mientras sorbía las lágrimas, que el capullo tenía toda la razón: me había rendido.

Esperaba que Álex hiciera una llamadita y Eloi, actuara en consecuencia, mandándome a la puta calle, pero en lugar de eso, llamó para decirle que había quedado muy contento con mi servicio. Y con esa excusa, Álex pudo usarme de camarera a diario, siempre con la amenaza en los labios, echándome en cara mi atrevimiento al abrasarle los cojones.

Estuve año y medio aguantando sus fanfarronadas, sus aires de genio, sus demostraciones de maestría, sirviendo cafés a cabezas huecas y a publicitarios inhumanos, hasta que me hice hueco en *Jovemaniacs* y su acoso se limitó a diez segundos de agobio en el ascensor.

Sin embargo, hoy, dos años después, se agolpan en mi cabeza mil preguntas que entonces no me formulé porque estaba más preocupada con mis complejos: ¿Qué le hizo pensar que Julián y yo estábamos juntos? ¿Por qué le interesaba tanto qué medio de transporte utilizaba para llegar hasta el edificio? Dijo que no había visto mi nombre impreso en ningún sitio, ¿acaso lo había buscado? Y si sabía mi nombre, ¿por qué fingió haberlo olvidado?

Siempre supuse que me daba clases sobre el oficio para quedar por encima de mí y demostrarme todo lo que me faltaba por aprender. Nunca me planteé que quisiera ayudarme a despegar aconsejándome de verdad. Solo veía maldad en sus acciones, incluso pensé que le divertía humillarme, pero hoy, ya no lo tengo tan claro.

Virginia

Año 2002-2003

Desde el primer día, Julián dio por sentado que escogí vivir junto a él por la imperiosa necesidad de su compañía, obviando totalmente el ultimátum de su coacción. Volcándose de pleno en mi bienestar, siempre me trataba con muchísimo tacto, evitando cualquier conflicto que perturbara la convivencia. Sin flaquear, se desvivía por mí con una devoción patética que yo desairaba mediante la indiferencia. Cuando me traía el desayuno a la cama, ni lo probaba, las noches de intimidad en el sofá, ignoraba sus caricias y me comportaba con la frialdad de un maniquí, hipnotizado por las imágenes de la pantalla. Cuando, de madrugada, se abrazaba a mi inexpresivo cuerpo para olerme y mimarme con tiernas palabras de amor, yo mantenía la mirada perdida en el infinito, sin regalarle ese amago de sonrisa o ese gesto de incuestionable disposición que lo animase a continuar. Sin embargo, en lugar de crisparse y obligarme a corresponderle, se apartaba, desairado y cabizbajo. Al día siguiente, como si hubiese invertido toda la noche en buscar una solución a nuestra fría convivencia, triplicaba sus atenciones con una energía inquebrantable.

Las ventanas tapiadas para simular abandono, oscurecían las estancias. Vivíamos bajo una iluminación mortecina, entre muebles de segunda mano que él rescataba de la calle y posteriormente restauraba en la pequeña bodega del sótano. El aire estaba viciado por el estancamiento y mi falta de higiene. El único modo de airear la casa era abriendo la puerta principal. A fin de evitar que descubriesen nuestro “nidito de amor”, Julián siempre esperaba al anochecer para oxigenarla, me encerraba en el dormitorio bajo llave y pestillo, y salía a fumarse un cigarrillo o bien, se relajaba con un canuto de marihuana para volver hasta mí desinhibido de esa timidez tan paradójica. Al regresar, una corriente de aire procedente del pasillo refrescaba el dormitorio, y por el aroma de su ropa y el garbo de sus pasos, ya podía vaticinar si él terminaría relegado en un rincón de la cama, al borde del llanto o jadeando sobre mí.

En las escasas ocasiones que salía de casa, regresaba enseguida y traía

consigo comida y regalos con los que sacarme de mi silencio y mi pasividad. Siempre era él quien terminaba quitándoles en envoltorio, exasperado por mi desinterés.

Cada día que pasaba, estaba más débil y no tenía valor ni ánimos para idear un plan de fuga, porque ya me daba por desahuciada. La proximidad del cadáver de Rufus me desalentaba en cuanto veía la ocasión, evocándome su agresivo final e imaginando uno similar para mí.

Dos semanas más tarde, la inanición me había convertido en un saco de huesos salientes, incómodos al roce. Se empeñó en hacerme comer, pero yo arrojaba lo poco que me hacía tragar. Al verme vomitar en la letrina desportillada del estrecho aseo, Julián rompía a llorar de pura impotencia. Su hermoso ángel se marchitaba y por más esfuerzos que hacía, no lograba mi recuperación. Se temía mi muerte tanto como temería la propia.

“Nunca he querido a nadie así, por favor, ¿qué puedo hacer para que entiendas cuánto de amo?”

Era inútil reclamarle la vida que me había quitado, porque nunca podría devolverme la despreocupación y las ganas de vivir que disfruté antes de conocerle, igual que tampoco me permitiría quedar en libertad por todo lo que podía explicar de él.

Solo sus amenazas consiguieron lo que no lograban sus mimos: “Hoy he hablado con tu hermana, está muy dolida por tu silencio. Tanto ella como tus padres pensaban que volverías a casa a los dos días y que querías asustarles un poco para que dejaran de echarte en cara tu modo de vida. Te he defendido, por supuesto. Les he dicho que volverás tarde o temprano, que seguramente necesitas un tiempo para aclararte las ideas. Podría dejarte salir... si me prometes que formalizarás ante ellos nuestra relación. Así, todo será más fácil para los dos, tú podrás verlos y yo podré darte todo mi cariño sin que nadie se cuestione nada. Pero, como comprenderás, no puedo permitir que te vean así, porque se asustarán y querrán saber qué te está pasando y tú, llorarás y hablarás de más y les harás creer que Yo soy el malo de esta historia, pero no lo soy, joder, no lo soy. Fuiste tú la que me echó el sedal y ahora no puedo prescindir de ti, ni imaginarte con otro que no sea yo. Así que, si quieres salir de aquí, deberás recuperar los quilos que has perdido. ¡Come de una puta vez, coño!”

Sabía que no había verdad en sus palabras, aun así, me dejé arrastrar por esa fantasía que, en aquel terrible momento, era el único rayo de luz

que atisbaba y probé la primera cucharada.

A pesar de la sobrealimentación no ganaba peso, porque el terror consumía toda mi energía. Para alimentar esa meta dietética, Julián solía alentarme poniéndome al corriente sobre cómo se encontraban mis padres. En una ocasión, me trajo las fotografías que había realizado en la fiesta de cumpleaños de Marta. “Fue triste, te echaban en falta. Según ella, tú eras su mejor amiga, yo apenas pude quedarme un ratito, deseaba volver a tu lado cuanto antes. Como verás, la tarta no tiene velas. Marta no tenía ganas de celebraciones. La ha desanimado muchísimo que ni siquiera te dignases a llamarla por teléfono para felicitarla. Ha sido una fiesta muy deprimente, la verdad”.

Mientras él permanecía a mi lado yo podía deambular por todas las habitaciones de la casa. No era un paseo gratificante, lo único que variaba era el tipo de iluminación y la distribución de los escasos muebles. La altura de los peldaños era excesiva y el corredor tremendamente frío. Siempre evitaba la estancia situada al final del pasillo, porque su contenido me abrumaba con un exceso de información que prefería ignorar. En aquel estudio, Julián conservaba los trofeos de sus terribles acciones en una vitrina: pequeños cráneos de gatos y otros animales, serpientes momificadas, peludas pezuñas, salamandras chamuscadas, la medalla que perteneció a mi abuela y la correa ensangrentada de Rufus. Aquel cuarto era la sala de exposición de sus innumerables trastornos. Su obsesión por mí monopolizaba la decoración. No quedaba hueco en la pared que permitiese averiguar su tonalidad. Centenares de retratos míos empapelaban milímetro a milímetro los cuatro costados, desde el zócalo hasta el techo. Tenía un par de archivadores metálicos, abollados y despintados, llenos de recuerdos míos. En el más pequeño, conservaba objetos que anteriormente me habían pertenecido dentro de bolsitas herméticas. Pequeños e impúdicos hurtos que lo consolaron cuando no disponía de mí a su antojo. Ropa interior que había sustraído del cubo de la ropa sucia de mi casa, leotardos, medias, un antiguo cepillo de dientes que tiré a la basura, la servilleta con la que me limpié los restos de café en nuestra única cita, una barrita de cacao a medio terminar, prendedores del pelo, incluso había hecho acopio de las marañas de cabello muerto que se adherían a mi cepillo y recogido con esmero los recortes de las uñas de mis pies.

En el segundo archivador, recopilaba cintas de casete y de vídeo con

grabaciones espeluznantes que él mismo había realizado mientras sometía a tortura a distintas especies de animales. A menudo, imitando el movimiento de brazos de un director de orquesta, reproducía a todo volumen, los alaridos de esas pobres bestias en el punto álgido de su agonía. Cuando yo me cubría las orejas con espanto, él se burlaba de mi falta de oído musical. Una vez me hizo escuchar por segunda vez la agonizante conversación que mi abuela mantuvo con él antes de morir, pero la impresión fue tan grande que estuve a punto de matarme durante la cena con el tenedor y no quiso tentar a la suerte por segunda vez.

Los días pasaban y yo no encontraba valor para enfrentarme a él, ni para poner fin a mi destierro con la evasiva del suicidio. Aguantaba, esperando que cometiese algún error que alertase a mi familia. Inútilmente colocaba cabellos míos sobre su ropa o me frotaba contra sus prendas para dejar la esencia de mi aroma, esperando que mi familia atase cabos. Había días en los que no salía del dormitorio, ni siquiera me incorporaba de la cama, sólo dormía y dormía, con el anhelo de despertar de aquella pesadilla de una vez por todas y reencontrarme con mi vida anterior.

El invierno se echó sobre nosotros, oscureciendo y enfriando las lúgubres habitaciones. Pasábamos horas y horas ante la estufa. Durante sus largos monólogos, en los que él creía mantener una conversación conmigo, me hablaba con especial adoración de su tío, Ramón Latorre. Una vez al mes, este le enviaba grabaciones en DVD de las peripecias que llevaba a cabo durante las cacerías. Para evitar que los paquetes procedentes de lejanos y exóticos países que contenían aquellas grabaciones de caza furtiva macabra terminasen en manos de Marta, Julián había contratado un apartado de correos en una oficina lejos de Barcelona. Gracias a esos vídeos, pude entender aquellas inclinaciones homicidas. Ramón Latorre era el espejo en el que Julián quería verse reflejado. Y pretendía conseguirlo valiéndose de un personaje infalible, un defensor de las causas perdidas, ecologista y activista recalcitrante. Para amoldarse a ese papel de viajero ejemplar, Julián memorizaba mapas, definiciones enciclopédicas y veía muchos documentales. Se suscribió a distintas publicaciones sobre el género e hizo algunos ajustes en su vestuario, descartando cualquier artículo de origen animal y adoptando, de cara a los demás, una dieta vegana.

A menudo, solía ensayar sus anécdotas conmigo para interrogarme sobre su veracidad. Según él, mi familia siempre quedaba impresionada por las

acciones humanitarias que llevaba a cabo durante sus viajes y por las fotografías que respaldaban los acontecimientos, solicitadas por encargo a fotógrafos mercenarios. Curiosamente Julián no aparecía en ninguna de ellas, y se escudaba en su papel de fotógrafo para justificarlo. Esos viajes que respaldaban sus largas ausencias en el edificio deslumbraron totalmente a mi hermana. Sin saberlo, yo presencié el alumbramiento del personaje que condicionaría el sentido de su vida. Vi a ese monstruo perfeccionarse, adaptando su farsa a un modo de vida provechoso y perverso, lo vi nutrirse de la necesidad ajena, del desamparo y la esperanza, para transformar el sentimiento en dinero, abyección y pánico. Yo vi cómo se gestaba, y por miedo, no hice nada para frenarlo.

Con el transcurso de las estaciones empecé a perder la noción del tiempo y a tener lagunas mentales. Un día intenté realizar una multiplicación sencilla y me di cuenta de que había olvidado las tablas. Hacía semanas, tal vez meses que no abría la boca para hablar y temí que, llegado el momento de las confesiones, no fuese capaz de describir todo lo que me había hecho pasar, porque las palabras habrían muerto para mí y sólo podría expresarme mediante el horror de mis gestos y los gemidos de mi alma. El pelo se me caía a una velocidad preocupante, ni siquiera, las pocas horas que conseguía conciliar el sueño, cuando él se marchaba, encontraba una postura que no se resintiera por la prominencia de mis huesos.

Aquella mañana estaba sola. Julián había salido a comprar y a comprobar si había más correo para él. Oía los amenazadores truenos de la tormenta envolviendo la casa. A través de las pequeñas rendijas que tapiaban las ventanas, parpadeaban las intermitencias de los relámpagos. Estaba tumbada en la cama, hecha un huesudo oville. Mis rodillas casi rozaban mi barbilla, como una prisionera desalmada con la mente in albis. ¿Quién era yo? ¿Había sido alguien, alguna vez? ¿Y si lo que recordaba de mí, no era más que un anhelo o la turbia reminiscencia de una vida anterior? Quise imaginar que existían otras dimensiones en las que era feliz. Que existía una Virginia que jamás se cruzó con él, otra que nunca aceptó esa cita, otra que se fue a vivir con su abuela, otra que lo denunciaba y lo arrastraba hasta la cárcel, otra que esperaba su regreso para asesinarle.

Por primera vez, me percaté de la maleta que había traído conmigo. Seguía cerrada e intacta, sepultada bajo arrugadas y sucias prendas.

Recordé el instante en el que, meses atrás, preparaba el equipaje para asumir esta vida de animal enjaulado y el gesto sorprendido de mamá cuando quiso arrancármela de la mano y comprobó cuánto pesaba.

Mis libros, mis cuadernos de notas, mis diccionarios... La Virginia de aquel momento creyó que no hacía falta ropa para iniciar ese viaje, sino la cordura de sus libros y el eco de sus pensamientos plasmados en libretas. ¿Qué pensaba entonces? ¿Que Dickens, Allende o Márquez me rescatarían de esta pesadilla a través de sus novelas?

Miré mi cuerpo, consumido, miré mi rostro, devastado por el terror y la cobardía. Era tarde para ellos, pero tal vez, aún podía conservar un pequeño pedazo de mí que él no pudiese pulverizar, un lugar intacto en mi cerebro donde jamás pudiese entrar. Julián podía hacerme dudar de mi nombre, pero no me haría dudar de mis conocimientos. Cada día, aprendería quince palabras. Borraría con las definiciones los tremendos episodios y ocuparía el espacio corrompido con su maltrato con términos lingüísticos.

Durante sus ausencias, retomaba la lectura, escribía mis recuerdos para no olvidarlos. Mientras él se aliviaba conmigo, yo tramaba argumentos o perfilaba mentalmente descripciones de lugares fantásticos y me esforzaba por retenerlos hasta que se hubiese marchado o se quedase dormido y pudiera trasladarlos al papel.

De vez en cuando, exploraba las estancias con la esperanza de encontrar una salida que hubiese pasado inadvertida. Pero cada vez ponía menos empeño en ello, tristemente, me estaba resignando a vivir de aquella manera.

Hasta el día en el que todo lo cambió.

Aquella tarde, Julián llegó a casa muy excitado.

—¡Mi tío Ramón viene a cenar esta noche! Es muy importante que quedemos bien con él. Quiero que vea lo felices que somos y lo magnífica y maravillosa que eres, por favor, ponte bien guapa.

Había comprado mucha comida y tres botellas de rioja. También me había traído un bonito vestido de color rubí, ajustado, unas medias negras y unos zapatos de tacón a juego.

—Dúchate tú primero. Yo prepararé la cena —me apremió, ordenando frenéticamente el salón.

Hacía semanas que no contradecía sus peticiones, ni siquiera se me ocurrió negarle lo que pedía. Me duché mecánicamente y me vestí con

aquella prenda que no me favorecía en absoluto, pues me quedaba muy holgada y desbocada. Al escogerla, Julián había pasado por alto todo el peso que yo había perdido, y cuando se dio cuenta ya era muy tarde para cambiarme de ropa, pues su tío llegaría en breve. Me condujo hasta la cocina y me maquilló mientras vigilaba las cazuelas. Él mismo espolvoreó el colorete que compró semanas atrás para evitar verme tan demacrada. Se excedió con él y estaba tan preocupado porque la salsa de la carne no se pegase en la cazuela que me perfiló mal los labios, engrosando un lado de la boca más que el otro. Sentada ante los fogones, yo era como una de esas muñecas con las que se practican maquillajes y peinados, que sonríen y se dejan hacer, por muy torpe que sea el trazo de la mano ejecutora.

Cuando escuchamos las ruedas del vehículo aplastar la gravilla de la entrada, tomé conciencia de que su tío era el sórdido cazador de aquellos vídeos macabros y empecé a temblar.

Julián me sujetó por las mejillas, satisfecho por lo impresionada que me mostraba, e intentó serenarme:

—No sufras, mi vida, le gustarás.

Aunque su tío era más bajo de lo que aparentaba en las grabaciones, su presencia imponía tanto como la del dictador que intimida a toda una nación. Obviamente, no quedó tan impresionado por mi belleza como Julián esperaba, más bien me observó con el mismo desdén con el que un cazador observa a un animal que fallece de viejo.

No vino solo, sino acompañado por un esbirro musculoso, que hacía las veces de chófer y gorila. Un matón que lo escoltó hasta la puerta y regresó al vehículo a esperar su salida.

Ramón Latorre estudiaba el comedor con ojo crítico, como si fuese a tasarlo, entretanto su sobrino desahogaba su nerviosismo con chistes estúpidos, aferrándome contra él, e insistiendo, una y otra vez, en lo bien que estábamos juntos. Pero Ramón no era un hombre estúpido, enseguida advirtió que mi cariño era por forzosa imposición. A pesar de eso, hizo la vista gorda, pues su sobrino parecía encantado.

El invitado no venía con las manos vacías, trajo consigo una botella de whisky de doce años y un cenicero trofeo fabricado con la pezuña de un elefante asiático al que él mismo había dado muerte. Lo estrenaron durante el aperitivo, saboreando y perfumando la asfixiante atmósfera con unos buenos habanos.

Loco de emoción, Julián lo interrogó sobre sus viajes, sobre la posibilidad de acompañarlo en su siguiente cacería.

Yo no intervenía. Mi voz era un misterio para Ramón, para Julián, un tesoro casi perdido que enturbiaba su sonrisa cuando me contemplaba. Escuchaba su conversación sin emitir juicios, como si hablasen en un idioma ininteligible y que no despertara en mí el menor interés. Me evadía de ellos describiendo mentalmente a nuestro invitado, realizando ejercicios de estilo narrativo: “Sus párpados descolgados, ocultaban sus pupilas, dejando a la vista una media luna inclemente, vacía de compasión. Su piel, curtida por el sol, confirmaba sus hábitos de caza. Tenía las manos rudas, pero curiosamente cuidadas, como si alternase la aventura de safari con la vida de alto standing...”

Julián había preparado la mesa a conciencia, centro con velas inclusive.

Como si repentinamente me hubiese quedado invidente, me condujo hasta mi silla y me sentó en ella, después apoyó sus manos en mis hombros y besó mi cabello opaco.

¿A qué tengo una chica preciosa?

Ramón Latorre quiso complacer a su sobrino con un ligero asentimiento, acto seguido, descorchó la primera botella de vino.

La cena me empachó de groserías, y bravuconadas. Ramón era un misógino que degradaba a las mujeres que lo enriquecían, se excedía con el alcohol y masticaba con la misma educación con la que hablaba.

Durante los postres, cuando las mejores anécdotas se agotaron, quiso integrarme en la conversación preguntando cómo nos habíamos conocido. Mi mutismo obligó a Julián a responder a las preguntas que iban dirigidas a mí, desconsideración que obligó a Ramón a ponerse serio.

Me apetece un café, chico, ¿por qué no vas a la cocina, preparas una cafetera y me permites que hable con tu chica dos segundos?

Julián vaciló un instante, vio mis ojos abrirse de puro pánico, mi mano, que imploraba que no me dejase a solas, le oprimía la muñeca. Pero la solicitud de Ramón tuvo más peso que la mía, y reticente, Julián nos dejó a solas.

El cazador se levantó y tomó asiento junto a mí. El humo del habano me mareó, desde entonces, el olor de los puros, siempre me da náuseas.

Vamos a dejar las cosas bien claras, saquito de huesos. Aunque mi sobrino está ciego, yo tengo los ojos bien abiertos. Si te ronda por la cabeza

la idea de darte a la fuga y arrojarlo a los leones, antes debo ponerte al corriente sobre las consecuencias que tendría sobre tu familia, sobre todo, sobre tu hermanita. Obviamente, no me han traído hasta aquí las artes culinarias de mi sobrino, llevo meses al corriente de lo que está haciendo contigo y no he venido en plan de amigo.

Como si tuviese su intimidación ensayada, extrajo su móvil de última generación y me mostró la pantalla.

La fotografía de Marta, vestida con el uniforme del instituto y subiendo al metro que la llevaba a casa, ajena al objetivo de la cámara que la apuntaba, me heló la sangre.

—¿Te suena ese culito juvenil? ¿Esas piernas jóvenes? —su voz, obscena y amenazante, me contrajo el corazón.

Asentí rápidamente, para atajar sus escabrosas preguntas.

—Entonces escúchame bien, guapa. Como dejes a mi sobrino en la estacada, antes de que puedas decir ni pio, le ordeno a mis hombres que le echen el guante a tu hermana a la salida del insti y pongo su virginidad a subasta. ¿Me has entendido, mudita huesuda, o tengo que repetírtelo? Abre la boca y meto a tu hermana a puta y a ti te cierro el pico para siempre.

—No será necesario —aseguró Julián, desde la puerta de la cocina, trayendo la cafetera consigo—. Ella nunca me traicionará, ¿verdad, amor? —preguntó con cierta preocupación, dejándola en la mesa.

Sacudí la cabeza, asegurando mi lealtad.

Ramón me miró con intensidad durante diez segundos interminables.

—Es un poco tarde, preciosa, ¿por qué no vas calentándole la cama a mi sobrino? Tenemos que hablar de cosas de hombres.

Enseguida, me levanté y me encaminé hacia las escaleras que conducían al dormitorio, aliviada por perderlo de vista.

—¿No te despides de mi tío? —replicó Julián, alcanzándome por el bajo del vestido. Me volví y me incliné para besarle la mejilla. Ramón Latorre no hizo esfuerzo por corresponderme y, cuando me erguí, se limitó a arquear ligeramente sus labios en un esbozo de sonrisa. Después se llevó el vaso de whisky a los labios y lo aderezó con una altiva calada de su puro.

Subí lentamente los peldaños, sintiendo cómo escrutaba mi cuerpo y juzgaba mis angulosas protuberancias. Julián parecía incómodo por la impresión que su tío se había llevado de nuestra relación e intuía lo que le venía encima.

Aún no había alcanzado la planta alta, cuando Ramón replicó:

_¿Qué coño le has visto? ¡Es un puto mueble, pasivo, lleno de esquinas y sin amortiguación! Conozco a un millar de chicas más jóvenes y bien experimentadas que le dan cien patadas a tu muñequita pelirroja.

_Ella no es como las furcias que trabajan para ti. No se trata de algo sexual... _le reprochó Julián, ofendido por la obscena apreciación.

La seriedad de su sobrino obligó a Ramón Latorre a adoptar un talante más juicioso.

_¿Esta es la vida que quieres tener? ¿Escondido en un cuchitril que se viene abajo, encerrado con una fulana huesuda y efusiva como un cadáver?

_¡No hables así de ella! _El grito de Julián me atemorizó a lo alto de las escaleras. Deduje que se había incorporado del sofá, quizás para acallar a su tío con un puñetazo, pero no escuché ningún chasquido. Enseguida, Julián se amilanó ante su ídolo y el sofá crujió de nuevo bajo su peso_. No hables así de ella _repitió, atenuando la voz_, Virginia es la mujer de mi vida.

Tras un tenso silencio que me obligó a contener la respiración para que no advirtiesen que les escuchaba, Ramón succionó el habano y después de expulsar una larga bocanada de humo, dijo en tono chulesco:

_Soy demasiado viejo para entender esa chorrada. ¿Por qué renunciar a la variedad de la caza para conformarse con un solo conejo? Nunca he conocido a ninguna fulana que merezca semejante sacrificio _el carajillo interrumpió un segundo su voz. El cubito de hielo tintineó contra el cristal y lo oí tragar el combinado_. A mi hermana no le gustará nada lo que estás haciendo aquí. ¿Desde cuándo tienes enjaulado a ese pajarito?

_Me gustaría que no hablastes con mamá sobre esto.

_¿Temes que te imponga sus condiciones?

_Temo que la vea como una amenaza y quiera apartarla de mí.

_Y es una amenaza _afirmó con la severa contundencia de un capo mafioso, golpeando el brazo del sofá_. Has echado al garete tu tapadera por culpa de ese saco de huesos. Si te trasladaste a Barcelona fue para estudiar fotografía y respaldar tu coartada con los reportajes. A estas alturas, tendrías que estar de viaje, ampliando las posibilidades del mercado y, sin embargo, estás aquí, encerrado y apollardado con esa muñeca hinchable pinchada. Abre los ojos, chaval, ella nunca te dará lo que buscas. Sí, podrás forzarla las veces que quieras sin que oponga resistencia, se ve que la has

“educado” a conciencia, y eso me halaga, porque aprendiste bien mi oficio, pero no has respetado la regla de oro: “Nunca te encoñes de la mercancía”. Estoy harto de decírselo a mis chicos: podéis mirar y sobar todo lo que queráis, pero jamás dejéis que ellas entren en vuestra cabeza, porque estaréis perdidos.

_Ella me quiere. Lo supe desde el momento en que nos miramos, solo que ahora está aturdida porque la presioné mucho para que viniese hasta aquí, pero tengo un plan.

_Chico, chico, escucha lo que estás diciendo, no te engañes más. Si alguna vez te quiso, perdiste la oportunidad cuando la secuestraste. El afecto siempre se malogra bajo coacción.

_¡No la secuestré! _Julián gritó de nuevo_. ¡Ella vino por voluntad propia! ¡Le di a escoger entre su familia y yo, y me escogió a mí!

Ramón resopló, asqueado por la cerrazón de su sobrino.

_Esta dependencia puede acarrearlos muchos problemas. Más te vale que sepas controlarla porque si escapa se convertiría en un testigo más que tendríamos que eliminar. Si eso pasara, reza para que mis chicos no la encuentren antes que tú, porque si lo hacen, tendrás que buscarte a otra muñequita a la que admirar. Recálcaselo hasta que se le grabe a fuego en esa cabecita de zanahoria, háblale de todos los polis que tenemos en nómina, cubriéndonos las espaldas; si habla con alguien, inmediatamente estará firmando su sentencia de muerte.

_Te repito que tengo un plan. Sólo te pido un poco más de tiempo antes de hablar con mamá. Virginia pronto habrá asimilado la situación. Si algo me enseñó mi padre es que la naturaleza se adapta a las adversidades de su medio natural para sobrevivir. Reduciré su mundo hasta que solo exista yo y cuando yo sea lo único que tenga, volverá a quererme. Y más que antes, puesto que nada la distraerá de mí. Temerá tanto el exterior, que yo seré su refugio, su fiel confidente. Confía más en mi capacidad, tito. Te demostraré lo bueno que soy sometiendo la voluntad de los demás. Piensa en este parón como en un año más de especialización. Además, en ningún momento he olvidado porque vine hasta aquí, me limito a perfeccionar ese personaje. Estoy utilizando a su familia para establecer una apariencia y comprobar su veracidad. Creo que es bueno reforzar lazos con ellos porque si eso que tanto temes sucediera, los tendría de mi parte.

_Por tu bien y por el nuestro, espero que no te estés montando una

película.

—Tranquilo, tío, yo dirijo esta superproducción y Virginia es la actriz principal. Sin un guion que seguir, no sabría qué papel interpretar — Julián se jactó del influjo que tenía sobre mí.

Escasamente convencido, Ramón Latorre insistió en su advertencia al despedirse, escasos minutos después:

—Ten mucho cuidado con ese petirrojo, chico.

Mientras Julián lo acompañaba hasta el coche, avancé descalza hasta el dormitorio, me desvestí y me metí en la cama. Cuando, tras fumarse el cigarrillo nocturno, entró en la habitación, Julián me encontró plácidamente dormida, de espaldas a la puerta. En cuanto echó la llave del dormitorio, se desnudó descorazonado, entró en la cama sigilosamente y rodeándome con sus velludos brazos, murmuró un afligido te quiero. Acto seguido, se entretuvo besando una a una mis marcadas vértebras cervicales.

—Nadie te apartará de mí —su voz se quebró y me olió tan intensamente como si desease despojarme de mi aroma natural.

Me volví y lo miré a los ojos, recordando cómo me defendió cuando su tío me había denigrado y la advertencia que éste le había hecho: los animales dóciles a veces son los más peligrosos. Sin querer, Ramón Latorre me había indicado la manera de domeñar a su sobrino. Entendí que mi salvación consistía en hacer creer a Julián que su infalible plan estaba funcionando. ¿Cómo? Venerándolo, adulándolo, demostrándole que sólo vivía para interpretar el papel de amante que él esperaba de mí.

Por primera vez, tomé la iniciativa y lo besé. Mi gesto le agradó tanto que casi rompe a llorar. Hasta la fecha, nunca le correspondí cuando me besaba. Al sentir el contacto carnoso de mis labios contra los suyos, Julián empezó a trepidar como si aquella se tratase de nuestra primera vez. Y en cierto modo lo era, pues anteriormente él se había limitado a tomarme sin importarle mi disposición, pero ahora era yo la que lo buscaba y él, curiosamente, temió no estar a la altura de mis expectativas. Fingí placer, con la portentosa maestría de una hábil prostituta y lo hice con esperanza, presintiendo lo sencillo que sería engatusarle hasta lograr escapar.

Al día siguiente, le regalé mi voz. Cada jornada, le suministraba más cariño, y altas dosis de mansedumbre y disposición. Le hacía largos masajes, adecentaba la casa, como la más sumisa de las esclavas, sin replicar nada ni exigir nada a cambio. Hasta que por fin me permitió

hacerme cargo de la comida. Aquella misma noche, adrecé sus predilectas natillas caseras, con los mismos narcóticos que él me imponía los primeros días de convivencia y ni siquiera sospechó de mí cuando le ofrecí las mías con la excusa de no tener apetito.

Lo mimé por última vez, acariciándole el pelo mientras veíamos la televisión. En cuanto empezó a adormilarse, le pedí que nos fuésemos a la cama. Lo desnudé, mirándolo con adoración, esbozando la sonrisa de mi triunfo que él interpretó como satisfacción. Se tumbó, como un niño a punto de rendirse al sueño, me estiré junto a él y nos cubrí con el nórdico. Mientras esperaba los efectos del narcótico, valoré mis posibilidades.

La amenaza de Ramón Latorre oscurecía mi vuelta a casa. Y contactar con la policía pondría a toda mi familia en el punto de mira. Había visto lo que ese hombre y su camarilla hacían con las mujeres indígenas y cómo le enviaba a Julián los abusos que “adiestraban” a las inmigrantes que trabajaban en sus clubes. Si la policía no lo había detenido todavía, ¿qué podía conseguir yo con mi testimonio? Además, si era cierto que sobornaba a las fuerzas de la ley, si hablaba con la persona equivocada, estaba sentenciada. No quería implicar a nadie ni arriesgarme, de modo que, seguiría siendo la hija que decidió marcharse. Valoré lo que eso significaba. No podría contactar con mi familia, porque corría el riesgo de que él averiguase dónde me encontraba. Siempre podía escribir una carta y enviarla con un remite falso, pero antes debía inventarme una vida y una convincente excusa que explicase los meses de silencio. Pero, en aquel momento, no podía ni planteármelo, solo rezaba para que el somnífero lo neutralizase lo suficiente como para poder alejarme de Barcelona subiendo al primer tren.

Dos horas más tarde, hice la prueba de fuego, pellizcándole sutilmente el lóbulo de la oreja. Ni lo notó. Alcancé su mano que reposaba entre mis pechos y la aparté a disgusto, para cerciorarme totalmente. No reaccionó.

Sin perder más tiempo, alcancé las cuerdas de escalada que guardaba en su mochila y las usé para maniatarlo al cabezal, con un enrevesado nudo, que había estudiado en sus libros sobre vías ferratas. En cuanto comprobé su eficacia, salté de la cama y abrí el armario del altillo. Todas las noches, Julián guardaba el manojito de llaves de la casa, dentro de una pequeña caja fuerte, cuya combinación averigüé y comprobé días atrás. Acto seguido, saqué de debajo de la cama el poco equipaje que había preparado y, de

nuevo, comprobé si dormía escupiéndole en la cara.

Me coloqué las deportivas, sin atarme siquiera los cordones y abrí apresuradamente la cerradura de la habitación. Con un insoportable hormigueo recorriéndome todo el cuerpo, corrí hasta su santuario, con la idea de recuperar el único objeto que deseaba arrebatarse a parte de todo su dinero, la medallita de mi abuela. Sin embargo, no encontré las llaves que abrían la vitrina de sus trofeos en el manajo. Perdí un tiempo vital buscándolas sobre el escritorio, en los cajones. Al ver los vídeos de las cacerías, me tentó la idea de robar alguno para entregarlo como testimonio a la policía, pero unos golpes repentinos disiparon esa posibilidad. Julián no estaba sedado. Había despertado y se preguntaba por qué no podía mover los brazos. Empezó a resistirse a las ataduras y a gritar mi nombre, como un perturbado que ha perdido su juguete favorito. Para salir de la casa, debía pasar ante la puerta de la habitación que, tonta de mí, había dejado abierta. Pero si reunía el valor para llegar hasta ahí, podría utilizar llave y pestillo para encerrarle en el dormitorio tal y como él me había encerrado a mí cientos de veces antes de marcharse. Crucé los dedos para que las ataduras aguantasen lo suficiente. Al verme aparecer, Julián cesó sus sacudidas y me miró con los ojos desorbitados. Mi escupitajo le había mojado el flequillo. Sudaba y en su cuerpo magro se ramificaban abultadas venas, dilatadas por la traición. Sabía lo que me disponía a hacer: dejarlo allí, atado, encerrado e incomunicado. Sabía que nuestros papeles se habían invertido y que ahora era él, el que estaba a mi merced. Y eso le daba terror.

No soporté más la ira de su mirada y cerré la puerta con rabia. Me costó echar la llave porque estaba temblando muchísimo. Él alternaba las súplicas con las amenazas. Tan pronto decía que no soportaría vivir sin mí, como que me mataría si me alcanzaba. Regresé a su despacho mareada, como si mis piernas me fuesen ajenas, como si el suelo se inclinase más y más. Sus gritos se ensordecían por el pitido de mis oídos. Harta de buscar esas llaves, rompí la vitrina y rescaté el recuerdo de mi abuela para protegerlo en mi bolsillo. Luego, aparté los libros, tras los cuales él escondía la caja con el dinero, y la abrí con su llavecita. Un increíble e inesperado botín de billetes de cincuenta euros, enrollados en cilindros y sujetos con gomas, sería mi pasaporte para iniciar una nueva vida anónima. Cargué el dinero en la mochila y me alejé de aquella horrible habitación y de él, para siempre.

Eran las cuatro de la madrugada cuando salí al exterior. El frescor de la noche me reconfortó, era como volver a respirar. Embriagaba por la pureza del aire y el olor a hierba mojada, corrí por la pendiente del bosque alumbrada por una penosa linterna y con la vista fija en las vías de los ferrocarriles.

BARCELONA

Lunes, 11 de junio de 2012

Alexander

El desenlace de aquel día en el Montseny, puso un tajante punto final a mi amistad con Julián. Tal como habíamos quedado, él me acompañó hasta casa y, con la excusa de hablar sobre el coto del fontanero, subió hasta mi piso. Y lo hablamos, sí, pero a gritos, luego se encargó de arrojarme antes de acostarme, eso sí, después de quitarme el cariño de su vecinita de la cabeza, a fuerza de romperme dos costillas. No sé cómo se enteró de lo que hicimos, lo más probable es que nos viera besarnos. Aunque, a decir verdad, parecía más resentido porque Marta se hubiese decantado por mí que por él. Hasta me acusó de haber pactado con ella la “supuesta” desaparición del perro para quedarnos a solas y dar rienda suelta a nuestro amor.

Aunque estaba dispuesto a superar mil obstáculos para estar con Marta, Julián me amenazó con denunciarme por acoso a una menor, al fin y al cabo, nuestra diferencia de edad era alarmante, ella apenas acababa de inaugurar su adolescencia y yo ya vivía en un pequeño apartamento y empezaba a labrarme el futuro. Según insinuó, sería facilísimo convencer a Protección de menores y a sus padres de mis malas artes a la hora de embaucarla, pues la había perseguido a diario y aprovechado mi amistad con él para camelarla. Me sugirió que reflexionará durante mi estancia en Londres, pasaje que él mismo me forzó a tomar.

Avergonzado de mi comportamiento, prolongué mis vacaciones ocho años. En contra de mi voluntad y mis sentimientos, me impuse renunciar a Marta y qué mejor forma de olvidarla que poniendo tierra de por medio. Quise escribirle una carta que expresara todo lo que sentía, y darle a nuestra historia una pequeña prórroga: quizás dentro de unos años podríamos... Sin embargo, aunque escribí mil folios explicándole lo complicado que era para mí gestionar todos aquellos sentimientos, algo en mi interior se resistía a ponerle

sello. De hecho, por más que me esforzara, ninguna frase evitaría que le destrozase ese tierno corazoncito en pedazos y ella terminase odiándome por anteponer la opinión ajena a lo que sentíamos. Dejando nuestra historia sin un cierre, elegí el lado más cobarde y silencioso y terminé el máster de fotografía en Londres, decisión que, al menos, satisfizo a la gélida Amanda Wakefield.

Llené los años que nos separaron, persiguiendo el sueño de ser un sonado retratista. Con ahínco, fui escalando posiciones, manteniendo siempre mi apellido en la sombra y ganándome el prestigio que tengo hoy en día por méritos propios. Y para ello, empecé desde abajo, como becario en una agencia de publicidad londinense. En cada hueco que tenía, iba perfeccionando la técnica, ocupando el estudio de la agencia cuando otros dormían, promocionándome con todos los medios a mi alcance, presentándome a personas que podían recomendarme. Piqué a todas las puertas, recibí muchos portazos y demoledoras críticas de directores artísticos y gente del gremio que ahora me tienen en buena estima. Y así, sudando cada peldaño que me conducía hacia esa meta, y sin dejarme vapulear por los abusos de algunos empresarios, fui acariciando el ideal que estaba persiguiendo.

Hasta que, a mediados de marzo del 2009, a la salida del trabajo, tomé el metro en Liverpool Street para desplazarme hasta Notting Hill Gate. Siempre en lucha contra la falta de tiempo, aproveché el trayecto para esbozar algunas composiciones: al día siguiente, tenía una entrevista decisiva con un cliente y no daba con una propuesta impactante que deslumbrase al director artístico para el que trabajaba. Estaba enfrascado haciendo un croquis tras otro, descalabazándome por impresionar con mi originalidad, cuando subió al vagón un grupito de adolescentes dando escandalosas voces. Las observé con desdén, recriminándoles ese griterío tan pueril que me descentraba. Entonces la vi, con el uniforme y esas trenzas, aunque aquella chica no era Marta, se le parecía demasiado como para ignorarlo.

En poco menos de un segundo, una cascada de recuerdos emergió de un rincón polvoriento de mi mente y avivó la llama de la pasión que con los años había perdido. Por aquel entonces, mi vida había dado un giro radical, acababa de mudarme tras la ruptura con mi última novia, Jeanette. Mi madre se había trasladado a su residencia de primavera en Marsella, y el trabajo empezaba a desmotivarme. La idea de mudarme a España y reencontrarme con Marta para terminar lo que dejé a medias, me abordó en cuanto rescaté el

viejo álbum de fotos del 2002. Desde entonces, había salido con muchas mujeres, la mayoría modelos publicitarias y con tres de ellas había mantenido relaciones duraderas, la más larga con Jeanette, una activa modelo parisina con la que hipotequé nueve meses de vida, y cuya convivencia fue tan inaguantable como un parto sin epidural. En resumen, ninguna de esas esculturales mujeres me hizo tan feliz como se traslucía en esas viejas fotografías.

Olvidando la composición que tanto me obsesionaba en el metro, me pasé toda la tarde y parte de la noche rastreando a Marta por internet y en las redes sociales. Busqué su Facebook, que no logré encontrar, incluso alguna reseña sobre su hipotética incursión en el ámbito de la fotografía, dando por sentado que ese sueño que tanto la entusiasmaba, no se habría apagado. Pero no di con nada que pudiese ofrecerme alguna pista sobre su actual situación. A las tres de la mañana, me acosté con los ojos enrojecidos por la intensa exposición del monitor y con un desmedido apetito de su presencia.

En aquella noche lluviosa, con ocho años de retraso, me reconcilié con mis sentimientos y comprendí que mi amor de entonces era puro y auténtico. El atractivo de Marta no radicaba en su edad, sino en ella misma, en su energía noble y su contagiosa vitalidad. Quería cuidarla, protegerla, hacerla reír, darle mi cariño, verla envejecer y hablarle con el corazón en la mano, como solo puede hacerse con tu otra mitad. Nada que ver con la enfermiza atracción sexual que movía a ese pervertido infantil al que Julián me comparaba.

De modo que, a finales de marzo, regresé a Barcelona con una fijación. Llevaba dos semanas alimentando ese sueño de retorno y estaba tan ilusionado que presentí que nada podía salir mal. Marta habría cumplido los 22 y sus padres ya no podían ver nuestra relación como algo sórdido.

Tomé un taxi en el aeropuerto y le indiqué al taxista su dirección, con la esperanza de que no se hubiese mudado. En cuanto comprobé que la familia Salazar Ortiz seguía registrada en uno de los buzones del portal, me alegré, sin embargo, al ver entrar a un vecino que cuestionó con una mirada suspicaz mi interés por el correo ajeno, comprendí que mi comportamiento rayaba lo demencial.

Pero no desistí. Mientras mi proyecto de crear el Studio W&X se materializaba, de regreso a casa, el desvío por su barrio era obligatorio. Cruzando los dedos, le pedía al cielo un encuentro fortuito que me allanase el terreno. Como nunca tuve suerte, empecé a temerme que se hubiese

matriculado en una universidad fuera de la provincia, trasladándose a una residencia de estudiantes. Me tentó la idea de interrogar disimuladamente a alguna vecina, pero temí que mis preguntas llegasen a oídos de sus padres o incluso de la propia Marta.

La fortuna no me sonrió hasta principios de noviembre, poco antes de que Julián le ofreciese el trabajo de camarera, una semana antes, para ser precisos, al fin la contemplaba por primera vez desde el coche, a distancia prudencial. Marta caminaba despacio, con la cabeza gacha y una carpeta DinA3 bajo el brazo. Apenas había cambiado y al observarla, comprendí que mis sentimientos hacia ella todavía eran intensos. Verla tan deprimida me preocupó.

Aunque ansiaba restablecer el contacto, lo medité diez segundos ante el volante. Cabía la triste posibilidad de que no me recordara, que ya tuviese alguien a su lado o que sintiese tanto rencor hacia mí, que se negase a dirigirme la palabra. Pero, de entre todas esas posibilidades, me aterraba mucho más malgastar aquella oportunidad. Decidido a enfrentarme a esas opciones, me apeé del coche pensando cómo fingir ese encontronazo, cuando Julián hizo su aparición. Enseguida Marta pasó de la melancolía a la euforia y me bastó un parpadeo para entender que el Santo me había desbancado.

Chascado, regresé al coche, sin que reparasen en mí y no volví a desviarme de camino a casa.

Aquel lunes, cuando Marta irrumpió en mi despacho como la nueva camarera, me descolocó por completo. Estaba tan excitado por las oportunidades que se me presentaban, tan resentido por su relación con Julián que, para no delatarme, fingí una amnesia muy inapropiada. Luego, no supe cómo arreglar el desaguisado y así, de esta forma tan estúpida, la bola de nieve de esta mentira fue creciendo hasta aplastarme.

Si ahora, dos años después de nuestro reencuentro, he desempolvado el pasado, ha sido con la esperanza de que Marta recapacite, sin embargo, descendiendo las escaleras mecánicas que desembocan en el *dutty free* y la zona de embarque, sin titubeos, dándome la espalda.

La siniestra corazónada que retumba en mi cabeza me impide despegar los ojos del hueco por el que ha desaparecido:

Recuerda esa carita de ángel, será la última vez que la veas.

A medida que se desgranán los minutos para el despegue, el tránsito de

pasajeros se intensifica. Sin apartar la mirada de esas escaleras mecánicas, con el anhelo de verla regresar, pronto me convierto en un estorbo para los viajeros que hacen cola ante facturación.

Finalmente, media hora más tarde, el avión despegue con puntualidad y Marta viaja en él.

Tras el suspiro más largo de mi vida, salgo de la Terminal 1 con la moral por los suelos y me arrastro hasta mi coche estacionado en doble fila, sintiendo aversión por la vida y por este amanecer insultantemente espléndido. Para contribuir a la desgracia, en el lugar que ocupaba el BMW, encuentro un enorme vacío y una notificación de la grúa pegada sobre el bordillo donde se me informa de la retirada del vehículo por estacionamiento indebido. Con absoluta indiferencia por mi híbrido, regreso a casa en taxi, para adecuar mi aspecto al *briefing* que programé a las ocho.

Este *brief* es crucial para ultimar detalles antes de presentar a nuestro anunciante los resultados de la campaña para la franquicia de ropa íntima, donde la inigualable Noa Gomes evocará la sensualidad femenina durante la próxima temporada otoño-invierno, desbancando a todas las candidatas de la competencia.

Los chicos del departamento web, muestran en la pantalla de proyecciones de la sala de juntas, el diseño de la página de venta online del producto y los banners animados que, gracias a la sensualidad de la actriz, incitarán a clicar a los usuarios. Sin lugar a dudas, la nueva novia de América, derretirá al internauta con sensuales giros sobre sábanas negras en el vídeo de presentación del nuevo producto estrella de la firma. Tanto el anunciante como sus asesores, quedarán complacidos: *Perfecto, Xifré, las consumidoras asociarán inmediatamente la marca con la sensualidad y acudirán a las tiendas de nuestra franquicia fantaseando: "Todas podemos ser Noa Gomes". Maridos y amantes regalarán a sus parejas el producto esperando encontrar sobre la cama a la hawaiana que vieron en pantalla.*

Compran humo, hubiese replicado Marta sin tapujos, al entrar en la sala de juntas, con su bandeja de acero inoxidable abarrotada de cafés.

Miro la puerta, esperando que haga su aparición, desconcertando a diseñadores e informáticos. Hoy, el jefe, parece más interesado en mirar por la ventana que en valorar sus esfuerzos. Más allá del cristal, la torre Agbar, velada tras el halo de contaminación, se me antoja como un *esfumato* de Da

Vinci.

El ruido que hacen al arrastrar las sillas al tomar asiento me rescata de mi ensimismamiento. Quince personas en nómina, treinta ojos esperando mi aprobación.

Si supieran lo poco que me interesan esta mañana las inalcanzables expectativas de esos tiburones del marketing, pienso recordando nuestra despedida. Mi cabeza sigue en el aeropuerto. Juraría que Marta estaba a punto de llorar.

¿Y el packaging? ¿pregunto, sin más.

Rubén Rodríguez se pone en pie con temblor de manos. Los diseños de *packaging, blisters* y expositores corren de su cuenta. Hoy se esfuerza, más que nunca, por superar su glosophobia, mostrándonos el prototipo de las cajas que contendrán las distintas prendas de la colección, y distribuyéndolas para que todos podamos estudiar su diseño y funcionalidad.

Aún siento la calidez de Marta durante nuestro abrazo. El olor de su pelo, me asalta de súbito. Chasqueo la lengua, arrepentido por haberle financiado ese maldito viaje.

¿Debí decirlo? ¿Hubiese servido de algo? Te quiero, pequeña. No te alejes de mí porque me matas.

Rubén palidece con mi segundo chasquido. Imagino el insomnio que le habrá causado esta campaña, siempre está al borde del colapso cuando trabajamos para una multinacional. Demasiado dinero en juego, demasiado arriesgado cagarla. Con tal de evitarle un infarto, me muestro complacido con su trabajo.

Hago un esfuerzo sobrehumano para acelerar la reunión, sin que se resienta nuestra calidad. En cuanto se han tratado las modificaciones, despego de la silla, como catapultado por un resorte.

Las 9:45, Marta ya habrá aterrizado en Charles de Gaulle. Tengo que hablar con ella antes de que parta hacia Bangkok. Si consigo que se arrepienta, cogeré el primer vuelo que salga hacia París y la traeré de vuelta.

La átona respuesta del buzón de voz, nunca me sonó más frustrante. Tras escribirle un mensaje suplicando una llamada, rezo para que me conteste en cuanto pise tierra y me armo de paciencia.

Al pasar junto la sala de maquillaje y atrezo, me ensordece el guirigay infantil de los que en breve posarán en el estudio. En esta atestada “guardería” no hay hora de la siesta. Mientras los padres aleccionan a sus hijos sobre

cómo deben posar y comportarse, unos bebés amoratados, berrean a pleno pulmón. Entretanto, una cuadrilla de preescolares desperdiga por el suelo el contenido del baúl de los juguetes. Una niña, enfurruñada, se queja del peinado que Saúl acaba de hacerle porque los chicos más mayores, de apenas ocho años, se han burlado de ella. Sorteó a ejecutivos en miniatura con el pelo engominado, a lactantes con pijamas de oso panda, a precoces versiones de Shakira con taconcitos...

Ya lo dijo Hitchcock, que era un sabio: *Nunca trabajes con niños o con animales.*

Desmotivado, echo un vistazo a los jóvenes fichajes para mentalizarme. Visita de rigor, presentación oficial a los padres, y alguna que otra payasada para que los pequeños se familiaricen y me pierdan el miedo.

Sin poder evitarlo, el recuerdo de Marta me asesta una nueva puñalada. A propósito de una sesión similar, hace cosa de año y medio, irrumpía en el estudio con la bandeja atestada de batidos y bollería. A los niños les entregó los dulces y a mí estas agrias palabras: *Estas sesiones son otra variante de explotación infantil. Sobornáis a los niños con chuches y juguetes, mientras los padres se frotan las manos y compiten para que sus hijos salgan en la portada del catálogo. ¿Y qué pasará con los que no den la talla? Estáis creando a las mujeres objeto y a los frustrados del futuro. Te felicito.*

Una de esas madres, con ínfulas de Claudia Schiffer, me aborda en el pasillo de antemano, para averiguar qué opino de la cándida belleza de su hija de cinco años. Educadamente, le respondo que todo se verá cuando realice el posado, le explico que la cámara es más explícita que el ojo humano y enseguida busco refugio en mi despacho para recargar las pilas antes de entrar en faena.

Enciendo el Mac y accedo a Internet: Google, *New Feet for Them*, Cambodia.

Leo la carta de presentación de la ONG como si la vida me fuese en ello, esperando que eso me tranquilice. Pero, en lugar de eso, solo retengo en la retina imágenes de niños amputados por las minas antipersonal y crudos testimonios de jóvenes rescatadas de las mafias del tráfico humano. Marta estaba hecha un manojo de nervios y me da pánico que su inseguridad la haga vulnerable. Si no disimula mejor, su recelo atraerá a cualquier desaprensivo malintencionado, a la primera de cambio.

Antes de cometer la locura de volar hasta Asia para rescatarla de mis

temores, confío en que el bueno de Julián sepa lo que se hace al someter a su “amiga del alma” a esta sobredosis de realidad.

Ajeno a mi inminente episodio de ansiedad, Ferrer se asoma desde el pasillo y reclama mi atención, golpeando la puerta suavemente con los nudillos.

_Tienes visita.

No tengo ánimos para recibir a nadie, lo único que deseo es meterme en la cama, a persiana bajada, y dormir durante tres semanas. Así, cuando despierte, Marta habrá regresado y, entonces, podré volver a respirar.

_La sesión está a punto de empezar, no tengo tiempo para nadie. Que pida cita a Ruth o deje un teléfono de contacto, si es tan urgente _replico ariscamente, barajando unos papeles desubicados para aparentar que me desborda el trabajo.

_Serán sólo cinco minutos _Virginia sonrío al entrar en el despacho.

Ferrer, apurado por que la chica se haya colado, se excusa con un encogimiento de hombros.

_Asegúrate de que todo está a punto _a desgana, delego en mi suplente el poco entusiasmo que me despierta esta sesión de jardín de infancia.

¡Qué irritante me resulta esta belleza de escándalo! A decir verdad, me quedaría bien a gusto echándola a cajas destempladas, pero es la hermana de Marta y por egoísmo no me arriesgaré a perder el vínculo. En caso de que Marta decida castigarme con su silencio, siempre puedo saber de ella a través de su hermana mayor.

Al cerrarse la puerta, Virginia pierde de golpe la sonrisa.

_¿Podemos escondernos en algún sitio más íntimo?

Cabe pensar que su sugerencia nace de un impulso carnal, sin embargo, su actitud refleja resentimiento

_Por favor. Es importante _insiste, con los ojos empañados.

Accedo con recelo y al segundo, obtenemos la intimidad de mi laboratorio particular, anexo a mi despacho. Cuelgo en el pomo el cartel que prohíbe el paso, advertencia que siempre mantiene a raya a los fisgones.

Al cerrar la puerta y girarme para encararnos, su bofetada me coge desprevenido. Nunca imaginé que una mano tan delicada escociese tanto.

_¡Imbécil! ¡Lo has hecho todo mal! _vocaliza, roja de ira. Por un instante, me entra el canguelo. Con tanto flirteo, algún día tenía que toparme con la típica desequilibrada que le amputa el pene a su amante y lo pasa por la

picadora para prepararse unos espaguetis a la boloñesa.

Ni siquiera me concede tiempo para formular la primera pregunta, cuando recibo la segunda bofetada.

_¡Pero, qué haces? _esquivo del tercer bofetón, haciendo una finta.

_¡Gilipollas, tenías que impedir que cogiera ese maldito avión!

No puedo reprimir esta mueca de incompreensión. Como si fuese hoy, recuerdo a Virginia aquel famoso domingo, tumbada en mi cama, forzándome a idear esa divertida artimaña que me resarciría del puñetazo que Marta acababa de arrearme.

_No entiendo nada. ¡Fuiste tú la que me convenció para que le prestase ese dinero!

Se acerca hasta mí, apretando los labios, con un aura de furia contenida.

_¡Te ofrecí la oportunidad de reconquistarla y tú lo desaprovechaste como un imbécil! ¡Si te hubieses sincerado con ella, Marta nunca hubiese subido al avión! _me empuja. Sus ojos están vidriosos_. ¿¡Tanto te costaba decírselo!?

_¿Decirle qué? Si salí con ella fue porque la broma que me propusiste me pareció divertida. No sé qué te hace pensar que yo pueda sentir algo por tu hermana... _murmuro para escudarme.

_No disimules... he visto el *bonito recopilatorio* que guardas en el armario _me acusa.

Me sonrojo de pura vergüenza. Imagino a Virginia, contemplando los retratos robados de su hermana; fotografías de hace diez años, durante nuestras excursiones, fotografías actuales, realizadas desde la calle, mientras ella sirve las mesas de la terraza del *Pop á feira*, con ese uniforme tan sobrio que tanto me excita.

_¿Has registrado mi armario? _intento desviar el tema, acusándola de agredir mi intimidad.

_¡Tenías que protegerla! _Virginia reanuda el ataque_. ¡Te dije que cuidarás de ella, joder!

De nuevo experimento el *déjà vu* que me abordó en el aeropuerto, cuando Marta pronunció esa misma frase. Ahora, gracias al timbre de voz de la pelirroja, revivo el *flash-back* al completo: hace diez años Virginia iba vestida con un chándal fucsia talla XXL, que le iba gigantesco, y me oteaba tras ese grasiento flequillo que le cubría los ojos. Su cabello apelmazado, recogido en una cola de caballo desgredada, pedía a gritos un tratamiento de queratina. Maleta en mano, preparada para veranear en el pueblo de su tía, en

Salamanca, esperaba a su padre para partir. Cuando irrumpí en el portal, me miró con incomodidad. Estuvimos a solas un segundo, pero lo recuerdo con nitidez porque me impresionó mucho su desamparo. Sin venir a cuento, me hizo prometer que cuidaría de su hermana durante su ausencia. Su petición me sonó extraña, pues siempre me rehuía cuando intentaba mediar palabra con ella, pero accedí gustoso, tan enamorado como lo estaba entonces, lo que me pedía se avenía a la perfección con lo que sentía.

Hoy, sin embargo, no entiendo de qué me acusa.

_Cómo no te expliques mejor... _contesto calmado.

_¿Tanto te costaba impedírselo?

Tu intervención no me allanó el terreno que digamos me encaro con menosprecio.

_¡Joder, te lo puse a huevo! ¡Marta estaba dolida, debías jugártela a todo o nada, en lugar de amilanarte! ¡Estaba furiosa por lo nuestro y sólo hay una explicación para eso, que lo nuestro le importa!

Maduro un par de segundos su planteamiento, rememoro la tristeza de Marta cuando la localicé en la cola en facturación, su abrazo, entre reticente y angustiado, y el esmalte de sus ojos al alejarse. Pero todo pierde sentido cuando comprendo que subió al avión para reunirse con otro.

_¿Por qué te fuiste a Londres? Si estabas coladito por ella... _Los ojos verdes de la pelirroja ya no me encandilan como días atrás, al contrario, me agreden.

_Tu hermana solo era una cría, no estaba bien... Además, tu padre nunca lo habría consentido _ (por no decir que me hubiese cortado las gónadas.) Y si no lo hacía el fontanero, lo habría hecho aquel Santito psicópata que, rojo de ira, se desgastaba los puños contra mi estómago y me recriminaba una y otra vez: *¡Lo has jodido todo! ¡Lo has jodido todo!*

_Además, ¿qué sentido tiene hablar de eso ahora? _espeto, sacudiendo de mi cabeza el traumático episodio. Ojeo el reloj, el tiempo apremia y esta conversación no nos llevará a ninguna parte_. Mira, siento haberte decepcionado, pero tu hermana es mayorcita para elegir lo que más le conviene. Nosotros no somos quién para opinar. Si me disculpas, tengo que volver al trabajo _hago ademán de dar por finalizada esta absurda disputa, cuando Virginia me clava las uñas en el bíceps.

_¡Ves a buscarla! ¡Ves ahora mismo! _me zarandea para instigarme_. Por favor, Álex. ¡Ve, antes de que sea tarde!

Virginia tiembla y palidece de súbito. Se aparta de mí, atemorizada, como si de pronto, los objetos que nos rodean hubiesen cobrado vida y se dispusieran a atacarla.

Su respiración se acelera y coge aire a bocanadas. Aunque le queda muy holgado, el colgante que lleva al cuello le molesta y no deja de tocarlo, como si necesitase quitárselo para volver a respirar.

_¿La has empujado a un viaje suicida...! _balbucea con principio de afonía. ¿*Suicida*? Mi inquietud se magnifica con la rotundidad de esa palabra.

Su inexplicable desesperación la arrincona en una esquina del laboratorio, y la empuja a ovillarse entre el armario de reactores y la ampliadora.

_No, por favor, por favor... _se mece como una cría asustada_. Ella no, ella no... _repite con la mirada vacía.

Incapaz de actuar, me estremezco con sus delirios de paciente de psiquiátrico. Ni siquiera me atrevo a tocarla, desconozco si entraña algún riesgo para ella sacarla de ese trance.

_Virginia... _le hablo con voz calmada, como si intentase despertarla de su sonambulismo.

_Por favor... por favor, por favor, por favor, por favor, por favor... _repite sin cesar, entre sollozos e inhalaciones_. Por favor... no lo haré más... Por favor, iré, pero déjala en paz.

_¿Adónde irás? ¿De qué estás hablando? _me agacho con recelo, sin comprender cómo nuestra conversación ha derivado en este ataque de pánico.

Mi rostro la sobresalta. Se pone en pie, me araña, me golpea y chilla. Es un grito desesperado, el mismo grito que desgarraría a una madre al ver a su hijo muerto.

_¿Qué está pasando? ¿Por qué dices que su viaje es un suicidio? _pregunto con el vello de punta, esquivando sus manotazos_. ¡Habla, por Dios!

_No puedo... _hipa acongojada, agitando la cabeza y cubriendo el colgante con la mano_. No... puedo...

_¡Explícate! _insisto, como si al zarandearla, brotasen de su interior las palabras. Pero, en vez de una confesión, Virginia no puede soportar más la tensión y se desploma en mis brazos, pálida como papel.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

ACERCA DEL AUTOR

Ana García Cruz (Terrassa, 1978) Ilustradora bajo el pseudónimo *Gauziana*, estudió ilustración en la Escola d'Arts i Oficis Llotja, de Barcelona. Empezó a escribir su primera historia a los once años, y a los veinticinco ya acumulaba más de una decena de novelas escritas, de géneros tan diversos como la fantasía, el terror, la ciencia ficción, la novela romántica o la crítica social más realista. Además de numerosos poemas.

Su fascinación por las palabras la inspira a crear “la muleta del escritor” (www.lamuletadelescritor.com), una web de fichas y herramientas de apoyo para escritores noveles, donde aúna sus dos pasiones: escribir y dibujar.

“**Quédate**” es el primer volumen de la tetralogía “Viaje *in* solidario” y su primera novela en publicarse.